

**NOE CASADO**

**CUANDO NADIE ME VE**



# Índice

[Portada](#)  
[Sinopsis](#)  
[Portadilla](#)  
[Cita](#)  
[Capítulo 1](#)  
[Capítulo 2](#)  
[Capítulo 3](#)  
[Capítulo 4](#)  
[Capítulo 5](#)  
[Capítulo 6](#)  
[Capítulo 7](#)  
[Capítulo 8](#)  
[Capítulo 9](#)  
[Capítulo 10](#)  
[Capítulo 11](#)  
[Capítulo 12](#)  
[Capítulo 13](#)  
[Capítulo 14](#)  
[Capítulo 15](#)  
[Capítulo 16](#)  
[Capítulo 17](#)  
[Capítulo 18](#)  
[Capítulo 19](#)  
[Capítulo 20](#)  
[Capítulo 21](#)  
[Capítulo 22](#)  
[Capítulo 23](#)  
[Capítulo 24](#)  
[Capítulo 25](#)  
[Capítulo 26](#)  
[Capítulo 27](#)  
[Capítulo 28](#)  
[Capítulo 29](#)  
[Capítulo 30](#)  
[Capítulo 31](#)  
[Capítulo 32](#)  
[Capítulo 33](#)  
[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Referencia a las canciones](#)

[Créditos](#)

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

## PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## Sinopsis

¿Cuántas películas habéis visto en las que la protagonista es una chica modesta con mala suerte en los asuntos del corazón? ¿Y en cuántas ella tiene un amigo gay que siempre la ayuda? ¿En cuántas le rompen el corazón hasta que aparece el hombre ideal? ¿No estáis cansadas de los mismos argumentos?

Pues bien, yo soy una de esas chicas modestas que no tienen suerte con los hombres.

Tampoco busco demasiado, y como vivo en una ciudad pequeña, la oferta es más bien limitada. Me llevo algún que otro berrinche amoroso, aunque intento no amargarme. La desilusión me dura veinticuatro horas como mucho, porque para quitarme las penas ya tengo a Tito, mi compañero de piso, un treintañero cañón, divertido y heterosexual por los cuatro costados con el que, además, de vez en cuando mantengo alguna que otra charla trascendental. A Tito lo quiero a rabiar, y todos piensan que somos la pareja perfecta; no lo niego. Sin embargo, no solo no somos pareja, sino que hay más... mucho más... Si quieres conocer todos los detalles, no puedes perderte esta comedia erótico-romántica llena de entresijos, errores, tensión sexual y erotismo.

CUANDO NADIE ME VE

Noe Casado

Esencia/Planeta

Cualquier mujer puede tener glamur, basta con quedarse quieta y poner cara de tonta.

HEDY LAMARR  
Actriz e inventora



## Capítulo 1

—¿Nos emborrachamos o follamos?

Debo de tener una cara como un poema en verso alejandrino, como mínimo, cuando entro en casa y Tito, mi compañero de piso, amigo y lo que se tercié, me recibe con una sonrisa entre comprensiva y burlona, amén de hacerme semejante pregunta.

Una pregunta que, por cierto, no me escandaliza.

¿El motivo?

Acabo de descubrir que el tipo con el que he estado saliendo los últimos tres meses está casado. Si ya decía yo que no podía ser tan bueno. Encima el muy canalla, cuando se lo he echado en cara, me ha contado una milonga, la de siempre, sobre los problemas de su matrimonio. ¡Ja! Qué poco original. Y digo yo, si tienes problemas en tu matrimonio, busca un consejero, no a otra con la que foliar.

Lo conocí en el trabajo, es comercial de piensos. Lo menos glamuroso del mundo, lo admito, aunque ese detalle me traía sin cuidado; no soy elitista en cuanto a la profesión de mis amantes se refiere. Lo relevante es que me dejé llevar porque fue simpático, amable y, como me gustó, pues tiré hacia delante, que, en estas lides de los amoríos, si te lo piensas mucho no triunfas. Como dice Tito: «Si no se folla más, es porque no se pregunta más».

También puede explicarse mi atontamiento con el vendedor de piensos debido a un momento de bajón, porque llevaba un tiempo sin salir con nadie. ¡Yo qué sé!

Cuando me invitó a comer no detecté nada sospechoso y acepté. Cuando me llamó para ir a tomar algo, tampoco vi nada raro y quedé con él. Y cuando me pidió que lo acompañara a la habitación de su hotel, me pareció lo más lógico.

Tardé menos de una semana en acostarme con él.

Llevaba una racha muy mala con las citas, si es que se pueden llamar así. Por estos lares no abundan los tipos interesantes y los que pueden llegar a serlo no me terminan de convencer, porque los conozco desde hace tiempo y, si la cosa sale mal, no me apetece encontrármelos cada dos por tres. Sin olvidar los rumores que circularían por el pueblo, que si bien me suelen resbalar, no me apetece que lleguen a oídos de mis padres, quedaría feo. A los progenitores eso de que su hija sea, digamos, «ligerita de cascós», pues como que no. Ya sé que la definición está anticuada, pero comprendedlo, en los pueblos aún están arraigadas muchas cosas como ésta.

Conclusión, que terminé acostándome con un comercial de piensos. Que no sé para qué me enrolló tanto.

¡Glamur a tope, sí señor!

Ojo, que no se me enfaden los comerciales de productos agropecuarios, por favor.

El tipo estaba bien, lo veía dos o tres veces al mes y tan contentos. Tampoco buscaba una relación estable (algo que ya di por imposible hace diez años, ahora me conformo con pasarlo bien), motivo por el cual no admito que me tomen por tonta y el susodicho, en vez de ser sincero y decírmelo (a ver, no es que yo vaya acostándome con tipos casados, pero si surge, allá ellos con sus remordimientos), mintió con descaro, porque en una de esas conversaciones tontas que se

tienen después de follar, salió el tema y él no dijo ni mu.

Y me he enterado de pura casualidad. En medio de una cita le ha sonado el móvil y al responder le ha cambiado la cara; por lo visto, su hijo pequeño se ha caído de la bici y, claro, ya no ha podido mentir más cuando ha tenido que marcharse escopetado.

¿Mi reacción? Mandarlo a paseo. Dudo que vuelva a aparecer por estos lares. Seguro que la empresa nos envía a otro comercial, porque no creo que quieran perdernos como clientes. Si mi jefe me pregunta por qué ya no viene el mismo de antes, puede que hasta le diga la verdad, porque Fran es bastante tolerante con estos asuntos, siempre y cuando no afecten a la actividad.

Ya os hablaré en otro momento de Fran, el dueño de la empresa, porque ahora, como habéis comprobado, estoy que trino y necesito desfogarme primero contando mis avatares con el vendedor de piensos.

Tras el chasco, me he vuelto a casa con cara de amargada y en busca de consuelo. Por el camino le he enviado un mensaje a Tito para contárselo.

De ahí su recibimiento.

—Xim, contéstame: ¿follamos o nos emborrachamos? —pregunta de nuevo.

—Dame dos minutos y te respondo —murmuro, y camino arrastrando los pies hasta el dormitorio, en donde deajo caer el bolso y la chaqueta de cualquier manera. Tito me ha seguido y aguarda cruzado de brazos a que me decida.

Bien, ahora os estaréis planteando varias cuestiones.

Para empezar, ¿cómo un compañero de piso puede proponerme algo semejante?

Y después, no lo neguéis, qué voy a elegir.

Pues está claro.

—¿No puede ser mitad y mitad? —pregunto.

Tito mira el reloj, tuerce el gesto y dice:

—Vale, pero date maña, que esta noche tengo una cita.

—¿Perdón? —Dejo de desabrocharme las botas y lo miro perpleja.

—Es sábado y llevo tres meses tirándole los tejos a la cartera. Casi he rozado el acoso, así que no voy a desperdiciar la oportunidad.

Con Tito siempre es así, ya os explicaré en otro momento cómo acabamos viviendo juntos. Ahora voy a ver si me quita las penas, porque lo necesito de verdad.

¿Qué? Cada una se consuela como puede, y en mi caso recurro a un amigo.

Y que conste en acta, a él no le supone ningún esfuerzo. Hace tiempo que dejamos claros nuestros sentimientos. Nos tenemos un cariño enorme, pero eso no implica que nos queramos desde el punto de vista de pareja. Quizá os resulte extraño. Somos muy buenos amigos, nada más.

Hay quien piensa que eso es precisamente una pareja, dos amigos que se comprenden y tienen sexo. Pues sí, tenemos esa relación; sin embargo, yo no lo veo así. Yo no suspiro por él, no pienso en él. Lo echo de menos cuando me voy de vacaciones, pero sólo un poco.

Y sé, porque lo hemos hablado, que a él le ocurre lo mismo. Tito no quiere dormir conmigo todas las noches. Tampoco abrazarme porque sí. Ni «conocer» a mis padres, aunque, paradojas de la vida, se lleva con ellos estupendamente, quizá porque sabe que no tiene que ser el yerno ideal, sino tan sólo ser mi mejor amigo.

Y ya veis, así llevamos casi dos años. Juntos y revueltos.

—Vamos, al lío —me insta con un seductor movimiento de cabeza y lo sigo a su habitación.

Él la llama «la polvera». ¿Hace falta que os explique por qué?

Ni nos molestamos en cerrar la puerta. Tampoco apagamos la luz. Nos conocemos, nos hemos consolado mutuamente unas cuantas veces, aunque tal como me van a mí las cosas, Tito me

consuela más que yo a él.

—Joder, Xim, qué sujetador tan soso llevas —dice tras quitarme la sudadera, aunque su tono es sugerente—. Es lo más antierótico que he visto en mucho tiempo.

Sabe de lo que habla, porque es el tío más detallista y elegante que hay. Cómo sería la cosa que nada más conocerlo pensé que era gay, porque ningún hombre sabe combinar la ropa sin ayuda. Bueno, también porque escucha a Mónica Naranjo. Lo dicho, Tito es un hacha en esos menesteres. Y, como ha comentado, mi ropa es práctica, de calidad (no siempre) y carente de estilo.

—Y las bragas... Con el cuerpazo que tienes, qué desaprovechada estás —añade cuando me quedo desnuda delante de él.

Tito también se ha deshecho de la ropa y ha sacado los condones. Tenemos confianza, pero aun así; como él tiene sus rollos y yo los míos, hace ya tiempo que optamos por usarlos. Cuestan muy poco y sirven de mucho.

—Pues funciona —replico, señalando su erección.

—Eso es porque eres buena en la cama y porque no tenemos mucho tiempo —explica, haciéndome reír con ese extraño piropo.

—Vaya, gracias por la parte que me toca.

—Y no olvides que llevo tres meses sin follar contigo —añade guasón.

Cierto. Cuando alguno de los dos mantiene una relación más o menos estable, no nos acostamos. No al menos si no nos apetece. Siempre respetamos esa parcela. Y como yo he estado con ese canalla, perdiendo el tiempo, pues Tito y yo no hemos intimado.

Claro que él no se ha mantenido casto, bien lo sé, pues en «la polvera» ha habido movimiento. Algo que de verdad no me molesta. Sé que os puede costar entenderlo, sin embargo, es cierto. Tanto Tito como yo disfrutamos de libertad absoluta.

Cuando alguna tía lo deja (él nunca rompe con ellas porque es muy listo) o bien le apetece (a Tito eso de la fidelidad le parece absurdo) y yo estoy libre (situación que ocurre a menudo, porque tengo muy mala suerte con los hombres), acabamos en la cama, recurriendo al sexo seguro para sentirnos mejor. Y funciona.

Habrà quien pensará que es un parche. Comida rápida. Me da igual, funciona.

—Ven aquí —susurra y da unos golpecitos en el colchón.

Me tumbo junto a él y enseguida noto sus manos encima. No solemos andarnos con miramientos. Follar con Tito es, desde el punto de vista técnico, perfecto. A veces, medio en broma, le digo que es mi «consolador».

Y él no se molesta, porque sabe que, en caso contrario, yo estoy ahí para ser su apoyo. Os preguntaréis qué ocurre cuando uno tiene un chasco y el otro está medio emparejado: pues que al que le va mal le toca hacer trabajos manuales. Pero también os digo, es raro que a Tito lo pille emparejado; por no ocurrir, no ha ocurrido nunca.

—Supongo que hoy la tigrasa está cabreada, así que tendré que hacerlo yo todo.

Sonrí y asiento.

—Dame caña, a ver si se me quita este mal cuerpo —le pido.

—Eso está hecho, Xim. Separa las piernas.

Me acuesto boca arriba y Tito se pone de costado. Comienza a besarme en el cuello y a desplazar una mano por mi vientre. Va a lo seguro y enseguida me excita. Yo apenas tengo que hacer nada y lo agradezco, hoy no estoy para virguerías amatorias. Me limito a estirar el brazo y agarrar su erección. Lo acaricio con impaciencia y él se percata de ello, por lo que se enfunda el condón en un visto y no visto.

—Te voy a dejar como nueva —musita, a caballo entre la excitación y el cachondeo.

En otro momento, si me acuerdo, os contaré el día que, tras beber más de la cuenta y echar el polvo de rigor, Tito se empeñó en que lo cronometrara mientras se ponía un condón (cosas de borrachos), y gastamos una caja de doce porque quería batir su propio récord una y otra vez.

Se pone encima, me besa, me toca y me penetra. Sin pasos intermedios. Directo al meollo de la cuestión.

—El primer empujón siempre es el mejor —susurra con morbo.

—A mí me lo vas a contar...

Jadeo encantada. Es rápido y eficaz. Con el punto justo de agresividad. Tito y yo hemos experimentado en la cama largo y tendido. Ha sido el amante con el que más he disfrutado y conoce mi cuerpo y sus reacciones al dedillo, y viceversa. Por eso hoy apenas ha habido preliminares.

Sí, el Kamasutra para nosotros no tiene secretos. La de veces que hemos acabado descojonándonos de risa probando alguna cosilla. Y lo del sexo tántrico ni os lo cuento. Tito piensa que está sobrevalorado; yo también, pero no nos quedamos con las ganas e hicimos pruebas.

Y la conclusión fue que los experimentos, con gaseosa.

Cierro los ojos, echo los brazos hacia atrás y disfruto de cada embestida. Alzo un poco las caderas para que él pueda empujar mejor. Tito es eficiente, tanto en la versión larga como en la abreviada, y me está dando justo lo que necesito.

Estoy cerca de correrme, arqueo la espalda para que sus embestidas sean más profundas. Tito gime y me muerde en el cuello y, joder, sí, alcanzo el clímax. Me pellizca un pezón, haciendo que sea un poco más intenso, y gruñe antes de eyacular.

Se tumba a un lado. Nos quedamos en silencio, recuperando la respiración. Desnudos. Entre nosotros no son necesarias palabras de cariño o gestos bonitos. Somos muy prácticos.

—Creo que vas a tener que emborracharte sola —dice con un deje de humor, tras mirar el reloj.

Me da un beso rápido en el hombro y me regala una sonrisa de chico malo al servicio de las damas en apuros.

—De acuerdo —digo, y lo observo caminar desnudo hasta el cuarto de baño.

Tito no cierra la puerta y enseguida oigo el agua de la ducha. Yo me quedo un rato en «la polvera». Tito lo tiene todo manga por hombro, no hay ni un solo hueco libre. Empezando por el diván, sí, tiene uno de lo más rococó, en el que alguna vez hemos echado un polvo, donde ahora está acumulada su ropa. Sólo lo despeja cuando sabe que va a necesitarlo. Traducido, cuando va a tener visita femenina.

Y si viene visita femenina es que se la va a tirar, por si acaso alguien lo dudaba.

La zona de trabajo está llena de papeles, con notas alrededor de la pantalla, porque, a pesar de tener un ordenador alucinante, sigue esbozando sus proyectos a mano. En la pared, presidiéndolo todo, una enorme reproducción de *El gran masturbador*, de Dalí. Para Tito es lo más, su maestro, su ídolo, su modelo a seguir.

¿No os lo he contado? Tito es diseñador gráfico. Trabaja desde casa para una empresa de publicidad. Lector empedernido, tiene un montón de libros, principalmente cómics, lo que por cierto no entiendo, pues a sus treinta y cinco años se supone que ya debería leer otra cosa; sin embargo, es un friki camuflado. Se gasta una pasta en frikadas por las que yo no pagaría ni un euro.

Al fondo su armario, la envidia de muchos, incluida yo. Tito gasta mucho en ropa. Compra pocas prendas, pero muy caras. Le gusta ir siempre hecho un pincel, un contraste con su caótica habitación. Le cuesta horrores hacer las tareas del hogar. La de peleas que tuvimos al principio

por este motivo. Aunque ahora cumple (más o menos) sus turnos de limpieza.

Cuando le toca el baño me descojono de él sin piedad, porque usa guantes de goma especiales, nada de esos de fregar que compro yo en el bazar a setenta y cinco céntimos el par.

Debería ir levantándome, por lo que me doy la vuelta para salir de la cama. Al hacerlo, veo sobre la mesilla el condón usado y, al lado, a punto de caerse, uno de sus libros de cómics. Lo cojo antes de que termine en el suelo y por curiosidad miro la portada.

—¡Ostris! —exclamo al ver el dibujo y leer el título—. *Odio a mi jefa*. Esto no es Mortadelo y Filemón.

Tito sale del baño, recién duchado y con la toalla a punto de caérsele. Lo he visto desnudo cientos de veces, está bueno, mejor incluso que el pan con Nocilla, y una no se cansa de admirarlo. No lo desnudo con los ojos, porque ya veis cómo viene. Me mira y esboza una sonrisa burlona.

—Échale un vistazo, es de lo mejorcito de J. Miralles. *Soft Hentai* —me informa mientras saca del armario sus vaqueros de Armani.

Los mismos por los que pagó ciento cincuenta euros. Cuando me lo dijo, casi me caigo de la silla. Eso sí, le hacen un culo impresionante. Bueno, a Tito casi todo le queda bien; se cuida, hace ejercicio, vigila la dieta y la madre naturaleza ha sido muy generosa con él. Y encima es simpático; imaginad los estragos que causa cuando sale por ahí a tomar una copa. Lo he comprobado in situ. La de miradas asesinas que me dirigen las chicas cuando estoy con él.

Y lo bien que me lo paso arrimándome lo justo cuando me lo pide, para que alguna pedorra con la que no quiere volver a hablar anda cerca.

Sí, cuando lo conocí pensé que era un gay buenorro.

—No me hables en chino —lo regaño, porque no tengo la menor idea de qué es eso—. Lo de *soft* más o menos lo entiendo, la parte del *hentai*, ni pajolera idea.

—*Soft Hentai*, cómics para adultos, contenido picante. Atrevido.

—Paso —murmuro con desdén; nunca me han atraído este tipo de lecturas.

—Lees novelas eróticas, esto es... mmm, parecido.

Haced la prueba, dadle a un tío una novela romántica con escenas de sexo explícito y pasaréis la mejor velada de vuestra vida con la ropa puesta. Garantizado. Sus opiniones son tan curiosas que yo, cuando les leo en voz alta alguna escena, después saco papel y lápiz para anotar sus comentarios.

Tito comienza a vestirse. Cuando veo la camisa negra hecha a medida, con los puños en gris, silbo y él posa para mí cual modelo de pasarela.

—Vas en serio, ¿eh?

—Ya te lo he dicho, me lo he currado tres meses, así que ahora... —Mueve las cejas de forma perversa.

—Pues cambia las sábanas —le recomiendo, y me pongo una de sus camisetas mientras recojo la ropa sucia del suelo.

—¿Para qué? —quiere saber, sacando su lado más narcisista al mirarse en el espejo.

—Por si esta noche triunfas —le digo con sinceridad.

Insisto, si Tito se trae a una mujer a casa, lo único que debe hacer (aparte de tener condones a mano, porque no sería la primera vez que va a mi dormitorio a pedírmelos) es poner algo en la manilla de la puerta para que no ocurra como una vez que, al llegar a casa quería hablar con él e interrumpí. Luego me dio las gracias, porque la tía le estaba haciendo la peor mamada de la historia y no sabía cómo deshacerse de ella. Pero como comprenderéis, fue un poco violento. Además, cuando estoy en casa suelo ser aún más descuidada con mi aspecto, por lo que la chica

debió de imaginar que era la prima loca de Tito o algo así.

—Lo dudo. Si me ha tenido tres meses rondándola, no creo que se vaya a abrir de piernas en la primera cita —afirma, y vuelve a meterse en el baño, supongo que para acicalarse.

No criticuéis a Tito por hablar con tanta franqueza. No lo ha dicho en tono despectivo. Él siempre es muy claro con las mujeres con las que sale y también le han hecho alguna que otra putada. Como aquella que le pinchó las ruedas de la moto cuando él le dijo que no tenía intención de casarse con nadie. Por lo visto, ella creía que por haber echado un par de polvos ya podía ir elaborando la lista de bodas.

—¡Oh, joder! —exclamo cuando huelo su colonia—. Me he puesto cachonda otra vez.

Se ríe y me señala el cómic.

—Pues confórmate con eso hasta que vuelva.

—Qué remedio —mascullo, y le doy un beso en la mejilla—. ¡Suerte!

Tito coge las llaves, la cartera, el casco de la moto y me guiña un ojo.

—¿Por qué no usas el coche? En una cita es más seguro.

—Si una chica no sabe montar en moto, ya no me interesa.

Es cierto, siempre hace la misma prueba.

Suspiro cuando se cierra la puerta. Ordeno un poco el cuarto, total, me sobra tiempo y emborracharme sola no tiene gracia. Me fijo de nuevo en el libro que me ha recomendado y, picada por la curiosidad, me lo llevo al salón. Le echaré un vistazo, aunque la portada, con ese hombre descamisado, de perfil y el abultamiento del pantalón sobre el que descansa una mano femenina, me han perturbado. Es un dibujo, cierto, pero parece muy real.

Dejo el libro en la mesita del salón y voy a mi cuarto de baño a darme una ducha y a ponerme unas bragas limpias. Sí, tenemos dos cuartos de baño, uno en cada dormitorio. Es muy cómodo. Sólo tenemos en común la cocina y el salón.

El apartamento es alucinante.

Cuando empecé a trabajar como contable (después de un sinfín de empleos temporales que nada tenían que ver con mis estudios), decidí emanciparme y para ello elegí salir del pueblo donde nací, me crié y en donde trabajo. La razón es muy simple, quería un poquito de libertad, y si abandonaba la casa de mis padres para vivir a menos de un kilómetro, poca o ninguna iba a conseguir.

Así que me fui a una población cercana, un pueblo grande o una ciudad pequeña, a quince kilómetros. Eso me permite estar a tiro de piedra del trabajo y al mismo tiempo salir del radar de los conocidos.

¿Y cómo terminé compartiendo piso con Tito?

No lo neguéis, os morís por saberlo.

¿O debería dejaros con la intriga y leer *Odio a mi jefa*?

Bien, como estoy sola, os lo voy a contar.

Fernando de Acuña, Tito, vivía en la capital. Tenía un sueldo decente, amigos y todo lo que se supone que implica el éxito. Sin embargo, la realidad era otra bien distinta. Pagar el alquiler de un cuchitril le costaba más de la mitad del sueldo, tardaba una hora en llegar a su trabajo y vivía rodeado de ruido e inseguridad. Por eso decidió trasladarse a una ciudad pequeña, tras llegar a un acuerdo con la empresa para trabajar desde casa y sólo desplazarse los días de las presentaciones o para las reuniones.

Y ahora llega la parte interesante, no os impacientéis.

Vi un anuncio para compartir piso. Hasta ahí todo normal. El precio era razonable y el apartamento estaba recién reformado. Justo lo que buscaba. Lo que no esperaba era que una

semana después apareciera un tipo (con toda la pinta de ser gay, ya os lo he explicado) diciendo que era mi compañero de piso. Imaginad mi sorpresa, pues esperaba a otra chica.

A él, si lo sorprendió verme a mí, no lo dijo. Lo que sí dejó muy claro fue que ya había hecho la mudanza y ni loco iba a marcharse. Yo reclamé al dueño y éste se encogió de hombros. Podía rescindir el contrato, pero yo perdería dinero, así que me vi obligada a aguantar un año con Tito.

Me sentí un poco estúpida, porque debido a mi ingenuidad me había dejado engañar por un casero, pero como no quería volver a casa y asumir la metedura de pata ante mis padres, apechugué con la situación, confiando en que al menos el tipo con el que iba a vivir fuera decente.

A los seis meses nos cogimos el primer pedo juntos.

Y a los seis y un día echamos el primer polvo.

¿Cómo llegamos ahí?

Eso lo dejaré para otro momento, creo que ya os he contado suficiente por hoy.

## Capítulo 2

Recién duchada, bragas limpias, relajada, gracias al polvo medicinal, y dispuesta a olvidar a un gilipollas casado que por suerte he detectado a tiempo y por lo tanto no me ha roto el corazón; sólo me ha jorobado el orgullo y me ha servido para, una vez más, vacunarme y confiar en que a la próxima sepa detectar antes al capullo de turno.

A ver, en una primera cita todas tenemos derecho a meter la pata, sin embargo, hay que dejar a un lado los sentimientos y hacer caso de las alarmas que se disparan ante determinados signos. Ya, ya lo sé, a veces estamos tan agilipolladas que pecamos de incautas. En fin, una piedra más en el camino.

Yo llevo unas cuantas y aun así no me rindo.

Enciendo la tele, dispuesta a comerme un bocadillo y acompañarlo de una cervecita fría, no voy ahora a complicar la vida cocinando, porque a veces los placeres más sencillos son los que más se disfrutan. Entonces, cuando ya ni me acordaba, la portada sugerente, qué coño, explícita, hace que me fije de nuevo en el libro que me ha dejado Tito.

—Odio a mi jefa —leo en voz alta, y me armo de valor para abrir el libro.

Resoplo al ver las viñetas en blanco y negro; a priori me desanimo, sin embargo, hago un esfuerzo y empiezo a leer. Un tipo de rasgos duros se queja, con una taza de café en la mano, de lo hija de puta (sí, eso pone con todas las letras) que es su jefa.

Vale, el argumento puede estar bien, a ver si no tira de tópicos.

Avanzo en la historia, percibo agresividad y falta absoluta de diplomacia. No veo la parte picante por ningún lado. Reunión de gallitos dándose palmadas en la espalda y poniendo a parir a la jefa. Chicos malos de oficina. Conserje que permanece en segundo plano y que escucha y lo ve todo. Mmmm...

No le veo la gracia, pero sigo pasando páginas, demasiada testosterona por metro cuadrado, hasta que llego a la parte digamos peliaguda. El protagonista espía a su jefa, para lo que se esconde en el aseo de mujeres. Oh, oh, oh, voyerismo. O eso pensaba. Las viñetas se suceden y oh, oh, oh, aparece el de mantenimiento y le suelta dos guarradas a la protagonista, que, en vez de pararle los pies, se sube la falda, le muestra la «merienda» y él se arrodilla para devorarla.

Oh, oh, oh, Ostris con el Soft Hentai o como carajo se llame.

¿Y qué hace el mirón? Abrirse el pantalón y, ¡oh Dios mío!, lo que muestra es, por decirlo de una forma sutil, descomunal.

La secuencia sigue con él masturbándose, mientras que la jefa se lo monta con el de mantenimiento. Este tipo no odia a su jefa, sino más bien todo lo contrario.

Quien nos lo explica es el conserje que todo lo ve y guarda los secretos de los empleados y que además se pone como una moto.

Vaya argumento... Jefa inflexible, con gustos sexuales que debe esconder para no ser criticada por los subordinados. Empleados, hombres criticones, menos uno, que está loquito por ella y casi roza la obsesión, y conserje mirón contándonos toda la película.

He de reconocerlo, me ha subido la temperatura, vamos, que me he puesto cachonda. Tengo que



saber cómo acaba este cacao y de paso buscar un abanico e ir por otra cerveza fría.

Y así me encuentra Tito, abanicándome y mirando el cómic como si no me lo creyera.

—Te veo muy... animada —bromea, y deja caer de cualquier manera la chaqueta de piel sobre el sofá—. ¿Has bebido?

Lo observo. Ha vuelto muy pronto. La camisa bien abrochada. El pelo en su sitio. No ha triunfado. La cartera se le ha resistido. Ay, pobre, con lo ilusionado que estaba.

—Ni una gota —respondo, porque las birras eran sin alcohol, y me pongo en pie—. En vista de que tu noche ha terminado temprano, tendremos que pasar el rato. ¿Una cerveza? —pregunto, y me dirijo al frigorífico para traer dos botellines.

Nos sentamos juntos y él abre el libro justo por donde yo lo he dejado. Sonríe de medio lado y de manera pícaro.

—Tengo una duda profesional y sólo tú puedes aclarármela —digo, y, tras dar un buen sorbo, señalo el miembro descomunal del protagonista—: ¿El dibujante no conoce la palabra *proporción*?

Tito se echa a reír a carcajadas, contagiándome.

—Se supone que está excitado, Xim —me explica sin dejar de descojonarse—. Además, tienes una edad. No me digas que ahora te asustas al ver una polla en erección.

—Pues, como mujer, si veo algo así cierro las piernas y no las abro en la vida. Uff, eso tiene que doler.

—Joder, Xim, que en algunas novelas de esas que lees se abusa bastante del sistema métrico decimal —replica, y con razón.

—Ya lo sé, tonto —le doy una palmadita en la espalda porque se va a atragantar de tanto reírse—, pero no es lo mismo leer veinticinco centímetros que verlos al detalle. Una cosa es imaginártelo y otra esto. —Señalo la polla del tipo.

—Los tíos somos más vagos, nada de imaginar, realismo puro y duro —admite.

—Pues *Odio a mi jefa* va sobrado de realismo, ¡por Dios, que pollón! Y no te ofendas, nada que ver con tus diecinueve proporcionados centímetros.

—Diecinueve y medio —me corrige entre risas.

Os preguntaréis cómo es posible que sepa cuánto mide el pene de Tito. No lo neguéis.

Somos colegas. ¡Nos lo contamos todo!

Pero en este caso ocurrió de otra manera.

Muy muy sencillo. Una de esas noches en las que ambos estábamos juntos en la cama, tras darnos un revolcón terapéutico, le hablé sobre el último tipo con el que había estado. Ya ni recuerdo su cara y menos aún su nombre, de lo que no pude olvidarme fue de la longitud de su pene. O, mejor dicho, de su micropene. A ver, un tipo puede ir justito de tamaño, eso lo asumo, porque de todos los tamaños tiene que haber en la viña del Señor y se pueden hacer otras muchas cosas al margen de la penetración; sin embargo, el susodicho se emperraba en ir a lo típico y, claro, decepción total. Se lo conté a Tito, y ya sé que las comparaciones son odiosas, pero él, para animarme, se levantó de la cama, fue en busca de una de sus reglas de trabajo y todo serio me dijo:

—Haz las comprobaciones.

¿Imagináis mi cara?

Exacto, un poema. Y os aseguro que casi me meo de risa.

Fue una de las mejores noches de mi vida; Tito se recostó y se acarició hasta empalmarse para que yo midiera. Como no quedaba claro, cambiamos de postura. Hubo una pequeña discusión sobre cuál era el punto desde el que partir, pero al final la cosa quedó en diecinueve.

Y os aseguro que son reales y, por supuesto, muy eficaces.

—Pues si este tío del cómic fuera real, ¿andaría por los treinta? —me aventuro a calcular—. Y ella debe de gastar una ciento veinte de sujetador. Si yo tuviera esas tetas, no conseguiría caminar erguida.

Tito se atraganta con la cerveza.

—Tú usas una cien, tampoco están nada mal —me piropea—. Tienes la medida exacta para que un tío quiera follártelas.

—Mmm, gracias, creo —digo y arqueo una ceja—. Voy por otra cerveza, si nos vamos a poner filosóficos, la necesitaré.

—Trae mejor la cubitera y media docena de botellines —sugiere, y le doy la razón.

Una vez servidos, con alcohol y algo para picar delante, le pregunto por su cita de la noche. Se ha arreglado, por lo tanto, era de esperar que funcionase, sin embargo, Tito tuerce el gesto y me cuenta.

—Ya debería haber sospechado cuando me ha dicho que quería ir al Burrikin —empieza, y os traduzco: el Burger King. Los odia, porque durante su etapa en la gran ciudad se vio obligado a comer allí más veces de lo recomendable, para no gastar mucho, y a él, que le gusta comer sano y es un tanto sibarita, pues imaginaos—. Pero me he dicho, total, es sábado y puedo hacer una excepción. Una vez allí, y esto tiene tela, me ha dicho que si pagábamos a medias.

—No te quejes, una mujer moderna.

—Sí, espera que aún queda lo mejor —masculla, y apura una cerveza antes de continuar—. Cuando va a pagar un triste menú de siete noventa y cinco, va la tía y saca el dinero ¡en calderilla! Para morirse de vergüenza. He estado a punto de dejarla plantada.

Reprimo con dificultad las risas. Sé que para Tito estos detalles son básicos, pues odia hacer el ridículo o dar la nota. Siempre procura comportarse de forma educada, así que me figuro qué cara habrá puesto.

Le hago un gesto para que continúe.

—Y ahí estaba yo, con la puta bandeja de plástico, los cubiertos de plástico, comiendo rodeado de niños e intentando valorar si merecen la pena tantos sacrificios por una tía que, sí, está bien buena, aunque no tanto.

—¿Y cómo ha acabado la cita?

—Pues mal. La he acompañado a casa y cuando me ha dicho que si quería subir, que sus padres están fuera, ya ha sido definitivo. A mi edad no voy a echar un polvo pendiente de si aparecen los padres y me ven follando a su hija —arguye cabreado—. Así que me he despedido sin beso y sin nada.

—Entiendo que no vas a volver a llamarla.

—La duda ofende —dice, alzando su botellín en un brindis silencioso.

—Ay, Tito, es que a las mujeres nos gusta que hagan sacrificios por nosotras.

Resopla molesto.

—Esto no es una de tus cursis novelas, en las que el protagonista es tonto del culo y pasa de ser un tío listo y decidido a un mierdecilla, sólo por echar un polvo con una mujer que es caprichosa e inestable.

Ahora, como comprenderéis es mi turno de resoplar.

—No son cursis, ya lo hemos hablado.

—«Él me mira, fija sus abrasadores ojos en mi cuerpo y yo, indefensa ante su ataque silencioso, me derrito sin remedio hasta que sólo soy capaz de suplicarle que me posea» —recita con voz de falsete.

—¡Mira que eres ganso! —exclamo riéndome, porque Tito es la monda cuando se pone moñas.

—«Oh, Dios mío, así, poséeme, dame más, oh sí, empotrador de la pradera, soy tuya» —añade en el mismo tono.

—Bueno, vale, algunos párrafos son cuando menos cuestionables, y sí, a veces hay escenas que son inverosímiles —admito—, pero ni con mucho como esto. —Señalo el cómic—. Por favor, eso tiene que doler.

—Un poco sí —acepta—, pero pese a todo te ha excitado, ¿me equivoco?

—Para nada —miento a medias.

—No me obligues a hacer las comprobaciones oportunas —me desafía con aire sugerente.

—Oye, porque tu cita te haya salido rana, no te pongas ahora chulito conmigo —replico orgullosa—. Además, hoy ya hemos echado un polvo.

—Te conformas con muy poco —murmura, y se acerca demasiado. Yo, por supuesto no retrocedo—. Me he puesto la colonia que te pone cachonda...

—¿Sabes? —me pongo en pie y cojo el cómic—, me ha entrado curiosidad por saber cómo acaba la historia. Así que me voy a mi cuarto.

—¡Silba si me necesitas! —exclama burlón.

\* \* \*

El lunes llego al trabajo bostezando y con cara de sueño. Vale, es lunes, mi cara no puede ser de inmensa alegría, aunque por norma general no soy de las que se quejan mucho cuando van a trabajar. Pero hoy tengo excusa, llevo dos noches durmiendo más bien poco, ya que me he enganchado a *Odio a mi jefa*. Uff, no os hacéis una idea de cómo se ha caldeado el ambiente. Tito, a la hora del desayuno, se ha reído de mí y hasta ha querido destriparme el final, pero he logrado cerrarle el pico. Esta noche lo acabo.

—Vaya cara traes —me saluda Ful, el veterinario.

Lleva en la empresa el mismo tiempo que yo. También es del pueblo y además amigo del dueño. A veces demasiado reservado, poco dado a la conversación banal, pero un tío muy legal. Siempre que puede te echa un cable.

—Desvelos de chica soltera —respondo, haciéndole sonreír.

—Porque tú quieres, nena —dice con un tono de *machoman* que me sorprende.

—¿Sabe tu marido que llamas «nena» a tu compañera de trabajo?

—A veces creo que ni se fija —me contesta y, la verdad, me deja preocupada.

No soy muy aficionada a meterme en la vida privada de mis compañeros, prefiero que sean ellos quienes hablen si les apetece, pero en el caso de Ful es diferente, entre nosotros existe cierta confianza. Sin olvidar que nos conocemos desde siempre y sé lo mucho que aguantaron él y su marido cuando se hizo pública su relación, así que acabo diciendo:

—Mierda, Ful, ¿va todo bien?

Tuerce el gesto y se sienta a mi lado. Se pasa una mano por el pelo. Fulgencio es un tipo reservado. A veces bromeo con él diciéndole que debería mostrar más pluma, porque, al verlo, nadie diría que es gay. Vale, ya lo sé, estoy recurriendo a un estereotipo, pero es mi colega y sé que no le importa.

—Va y punto —comenta con aire resignado.

Desde luego, si alguna vez me caso espero no llegar a un punto similar. Debe de ser muy deprimente que toda la ilusión que se pone al principio termine diluyéndose para vivir sin la emoción que yo considero imprescindible.

—Va a ser verdad eso de que a los dos años se pierden la magia y el deseo —añade, y me deja

aún con peor cuerpo.

—Vaya...

—Que últimamente no follamos, joder. ¡Todo hay que decirlo! —confiesa Ful.

Como comprenderéis, prefiero que haya sido él quien lo ha dicho, porque, sí, existe confianza entre ambos, pero aun así hay temas que siempre son peliagudos.

—¿Quién no folla? —pregunta una voz a mi espalda y hago una mueca, porque éstas son precisamente las conversaciones que no se deben mantener en horario laboral, para evitar ser sorprendidos y tener que disimular.

Es la novia del jefe. María del Pilar. Bueno, ella insiste en que la llamemos Mapi, aunque me resulta tan cursi que me cuesta horrores. Es la tía más pija que te puedas imaginar. Pero pija, pija. De manual. Cuando la conocimos, incluso nos portamos mal con ella porque pensábamos que sólo era una cabeza hueca a la que se tiraba Fran (una de tantas), ya que mi jefe es o, mejor dicho, era, como diría Tito: un empotrador de la pradera, y no se le escapaba ni una. Bueno, mejor dicho, eran ellas las que lo perseguían y aún hay alguna que otra que quiere meterle ficha; no obstante, él las manda a paseo sin contemplaciones. Y no me extraña, no sólo por el hecho de que sea un tipo adinerado, la percha que se gasta es impresionante. Ojo, que no quiero nada con él, no penséis mal. Además, ahora está contento con Mapi.

Imaginad nuestra perplejidad. Es lo más opuesto a él, el dueño de todo esto; sin embargo, por alguna de esas extrañas e inexplicables carambolas cósmicas, están juntos. Yo os seré sincera, no entiendo cómo Fran la aguanta, porque hasta donde yo sé él nunca ha tenido problemas para encontrar compañía femenina y además nunca se involucraba más de lo prudente. En el pueblo todavía alguna suspira por él, en concreto Reme, la cuñada de Ful, que lo mandó a paseo por no tener un duro y al cabo de los años quiso volver con él. Por supuesto, Fran pasa de ella y se concentra en su pija particular.

Y míralo ahora, a punto de ser padre con una tía, Mapi, que lo dejó plantado (y hecho una mierda, porque vaya mesecitos nos dio) y se casó con otro.

La pusimos de vuelta y media, algo lógico, pues aquí, aparte de ser nuestro jefe, Fran es un amigo. Uno de los buenos, y un tipo como él no se merecía semejante barrabasada. No tenemos muy claro qué ocurrió para que, uno, él la perdonara, dos, acabaran juntos y tres, lo más sorprendente: ella esté embarazada de siete meses.

Vale, sí sabemos qué ocurrió para esto último. Era una forma de hablar.

Todos pensamos que ella había ido a pescarlo y que él se limitaría a asumir sus responsabilidades, porque, vale, Mapi sería una petarda, pero dos no follan si uno no quiere y ella no se quedó embarazada sola. Pues no, de nuevo Fran nos dejó perplejos cuando anunció a bombo y platillo que eran pareja.

Habrá quien piense que estoy celosa, que estoy coladita por mi jefe. A ver, ciega no soy, y él está de toma pan y moja, pero poneos en mi lugar. Por mucho que me esfuerce, no puedo excitarme con un chico al que he visto desde siempre por el pueblo. Es casi cuatro años mayor que yo, así que cuando yo aprendía a montar en bici, él me echaba una mano. Cuando Fran ya andaba metiéndole mano a Reme (la cuñada de Ful) yo aún saltaba a la comba. Es difícil excitarse con un tipo al que consideras de la familia. ¿Me seguís? Pues que Fran es más un hermano que otra cosa y además mi jefe.

No se me ocurriría ni pensarlo.

—¿No podéis esperar a la hora del café para tratar estos asuntos? —pregunta Fran con retintín, mirándonos con cara de jefe.

—Anda, vete a tu despacho —le dice Mapi empujándolo—. Vete a negociar o a ganar dinero y

no atosigues a tus empleados.

Fran niega con la cabeza y sabe que es mejor desistir. Nos deja a solas, aunque después nos exigirá tenerlo todo listo. No lo culpo, aquí se viene a trabajar, no a cotillear.

Ful mira a Mapi con suspicacia. Lógico; sin embargo, termina diciendo:

—Yo, soy yo el que últimamente folla menos que el chófer del Papa.

Ella me mira y yo me encojo de hombros, pues todavía no conozco todos los detalles.

—Dejad que me siente; este alien que llevo dentro pesa una tonelada y no para quieto.

Ful, todo un caballero, le acerca una de las sillas de oficina.

—El caso es que no discutimos, nos llevamos bien...

—¿Tenéis algo de comer? —lo interrumpe Mapi con cara de «yo no he sido, es el alien».

De nuevo mi compañero se encarga de satisfacerla y le da un paquete de tortitas de arroz, de esas que se comen para matar el hambre y que supuestamente no tienen muchas calorías, pero que saben igual que si te comes un paquete de folios reciclados.

No me extraña que te quiten el hambre, nadie quiere repetir.

—Pero es todo tan rutinario, tan... tan...

—¿Seguís enamorados? —pregunto con cautela.

—¡Por supuesto!

—Te comprendo —tercia Mapi—. La convivencia mata la pasión.

—¡Te he oído! —grita Fran desde su oficina.

—Que no es mi caso —se apresura a añadir ella bien alto con guasa.

Ful y yo nos miramos, aunque no decimos ni pío.

—Y no sé qué hacer para que todo sea como antes —se lamenta Ful.

—Haced un viaje romántico —propone la novia del jefe.

—Hace quince días nos fuimos a pasar el fin de semana a un parador y Eleuterio se pasó todo el tiempo leyendo. Ni caso me hizo. Ni un polvo echamos. Dijo que necesitaba relajarse, descansar, desconectar...

—¿Tan estresante es el oficio de farmacéutico? —pregunta Mapi con sorna.

—Bueno, su hermana le toca bastante los cojones —alego yo, porque, en el pueblo, Reme es famosa por amargar a quien tiene al lado. Bueno, y a quien se ponga a tiro, esa mujer no perdona.

—Uy, a mí no me la nombres —dice Mapi tocando madera, porque ella tuvo su propio encontronazo con Reme.

—Mí cuñada es una tocapelotas, no lo niego, pero no es eso... Hasta he pensado que tiene un amante.

—¿En este pueblo? —digo yo, porque aquí nos conocemos todos—. No hay más gays en veinte kilómetros a la redonda.

Mapi se echa a reír ante mi sinceridad, sin dejar de comerse las tortitas de arroz. Sí que debe de tener hambre para seguir con ellas.

—¿Y si se trata de una mujer? —sugiere Ful—. Yo no puedo competir con eso.

—No digas bobadas —lo regaña—. Es inconcebible que Eleuterio se busque una amante.

—Acuérdate de lo que le costó salir del armario. Estábamos a punto de casarnos y aún no se lo había dicho a su familia —nos recuerda Ful y asiento, porque en el pueblo fue un notición. Os lo podéis imaginar, todos los corrillos hablaban de ello. Hubo señoras que se santiguaron. El cura del pueblo los puso a bajar de un burro desde el púlpito y muchos hasta dejaron de hablarles.

No exagero. Fue un bombazo.

Menos mal que después se fue normalizando todo y como las familias de ambos aceptaron la situación, la gente dejó de hablar. Ya sabéis cómo son en los pueblos. De ahí que yo optara por

irme a vivir a unos kilómetros de allí, porque el radar de mis padres, y por ende el de los vecinos, es muy peligroso para vivir como una quiere.

—Joder, es que yo también me habría callado. Telita con la familia que tiene Eleuterio —murmuro.

—¿Dónde está ahora tu marido? —pregunta Mapi, que así, sin más, se ha zampado media bolsa de tortitas.

—En la farmacia —responde Ful sin titubear.

—Pues no se diga más. Hoy lo vas a ir a ver y le vas a dar una sorpresa de las buenas y... ya sabes, una vez en la trastienda, haced lo que sea que hagáis los gays para reconciliaros —sugiere Mapi resuelta.

Fulgencio no lo ve muy claro; yo, que lo conozco, sé que estos arrebatos no son lo suyo, no obstante, parece que va a considerarlo. No es la mejor idea del mundo, pero puede funcionar.

—De acuerdo, a la hora de comer me presento sin avisar y...

—Y le das lo suyo con cariño, como un hombre enamorado —remata la frase Mapi por él, haciéndonos reír—. ¿Dónde podemos tomar algo parecido a café?

Hoy no estamos dando un palo al agua, lo que supone que mañana tendremos que hacer el doble, sin embargo, lo estamos pasando muy bien los tres hablando y cotilleando. Darle ideas a un gay para que reactive la pasión de su matrimonio es cuando menos curioso, por la simple razón de que tanto la novia del jefe como yo somos heteros y no sabemos un pimiento de relaciones entre hombres; pero supongo que en lo referente a asuntos de pareja podemos aplicar la lógica. Entre Mapi y yo hemos ayudado a Ful, creo que bastante. Confiamos en que, a la hora de comer, él y su marido estén dale que te pego en la rebotica.

—¿Y qué hago con mi cuñada?

—Ostris, es verdad. ¡Reme! —exclamo—. Ésa es capaz de jorobar todo el plan.

—Mmmm, dejadme pensar... —murmura Mapi.

Ful y yo nos miramos, no sabemos por qué esta chica se implica tanto. Supongo que, como tuvo un encontronazo con la boticaria, quiere devolvérsela. En fin, yo también me apunto al club de fastidiar a Reme. Yo sólo voy a la farmacia obligada cuando está ella, cualquiera compra condones.

—Necesitamos un teléfono que no pueda reconocer —dice Mapi.

—Llama desde aquí; como mi cuñada es una agarrada, no tiene identificador de llamadas en el fijo —propone Ful.

—¡Genial! Marca el número, porfis —le pide Mapi.

Él obedece y me mira preocupado, y no es para menos. Como la reconozca, se va a liar parda.

—Esto no me gusta nada —susurra Ful, y yo asiento, porque no puedo estar más de acuerdo.

—Buenos días —dice Mapi con voz de señorona—. ¿Hacen entregas a domicilio? —Pausa—. Estupendo. Verá, a mi asistenta, que es un desastre, se le ha olvidado el maletín de maquillaje y yo estoy aquí de paso, visitando a unos familiares, y necesito algunos productos; ¿puede tomar nota?

Ful y yo nos quedamos alucinados cuando empieza a recitar una serie de marcas que así, sin entender nada, suenan a caras. A la otra, con lo que le gusta el dinero (es su segunda actividad favorita tras tocarle la moral a la gente), se le debe de estar haciendo el culo gaseosa de la emoción.

Y Mapi está que se sale, con ese tono tan de clase acomodada. Acojona un poco la altivez que demuestra. Creo que no voy a cruzar los dedos, porque el plan tiene pinta de funcionar. Y ya lo definitivo es cuando le da la dirección del hotel que está a la entrada del pueblo, queda con ella a la hora de comer y le da las gracias.

—Ya está —dice satisfecha—, entre que va, busca a la señora, se aclara el lío y vuelve, tendrás una horita para echar el polvo del siglo con tu marido.

—No sé cómo darte las gracias...

—Bah, ya se me ocurrirá algo. Bien, ¿alguien más tiene problemas de pareja?

—Ella —dice Ful, y me señala—. ¿Cómo te va con ese tipo de los piensos?

Yo tuerzo el gesto.

—Me ha salido rana —les cuento resignada.

—Pues parecía buen tipo.

—Estaba casado y con hijos. Lo descubrí por casualidad. Así que, nada, vuelta a empezar.

—Te comprendo perfectamente. Esto que no salga de aquí, pero no veas con la de idiotas que me he topado yo —confiesa Mapi, y parece sincera.

—¿Qué me vas a contar que no sepa!

—Hay mucho idiota suelto que, además de dar por el saco, folla mal —apostilla ella.

—Pues entre los tuyos y los míos, no debe de quedar ninguno suelto —digo, y nos echamos a reír.

Fulgencio nos señala la puerta del despacho del jefe.

Uy, éste es un tema muy sensible, mejor cambiamos a otro, que Fran puede estar escuchando y, si ya con lo del numerito para engañar a Reme habrá flipado, de seguir por estos derroteros nos hace un ERE y terminamos en la calle.

—Uff, jopeta, qué patada me acaba de dar el alien —se queja Mapi.

Os estaréis preguntando por qué no digo en voz alta que, en casos de necesidad, tengo a Tito siempre a mano. Pues bien, porque prefiero que nadie sepa lo que ocurre en nuestra casa de puertas para dentro. Resultaría complicado de explicar.

—Menos mal que yo tengo a Fran. A veces es un poco petardo, pero no me puedo quejar. Está llevando esto del embarazo mejor que yo. Nunca pensé que fuera algo tan...

—¿Pesado? —sugiere Ful.

—Sí sólo fuera eso... Las hormonas me están volviendo loca. Lo que peor llevo es —baja la voz, mira a Ful y después a mí—, ya me entendéis.

El veterinario y yo negamos con la cabeza.

—Ya sabéis... —repite ella.

—No te sigo —murmuro.

Mapi resopla.

—Me paso el día cachonda —confiesa en voz baja.

—No veo el problema por ningún lado —tercia Ful.

—Yo tampoco —comento.

—Eso es porque no estáis con «don precavido», de apellido «a ver si te va a pasar algo» —dice malhumorada.

Nos echamos a reír sin mucho disimulo.

—Por favor, estás hablando de mi jefe. No debería escuchar estas cosas —digo, y procuro no imaginarme a Fran de una manera diferente al tipo que me dio trabajo, para no tener malos pensamientos.

Ful, más discreto que nosotras, se sonroja. Es adorable, por eso Mapi le dice:

—Tranquilo, es normal tener fantasías con tu jefe, no me importa, de verdad.

—Lo estás arreglando —tercio yo, al ver que todavía se pone más colorado.

—Cambiemos de tema, por favor —nos pide él, y se levanta a prepararse otro café.

—Gays o no, a todos los tíos les pasa lo mismo cuando se trata de hablar de sexo en el

embarazo —dice Mapi, y asiento.

Justo en este instante aparece Fran. Por su expresión, creo que lleva un rato escuchando a escondidas, lo que me preocupa es cuánto rato exactamente.

Me escabullo como una cobarde. Ful me sigue y dejamos a la parejita a solas. Tengo que recoger unos albaranes de entrega y, si bien puedo pedir que me los traigan, prefiero ir en persona al almacén.



## Capítulo 3

Hay gente que se pregunta por qué no tengo amistades femeninas. A excepción de Mapi, con la que voy congeniando cada vez más, mi mejor amigo es un tipo con el que convivo y ocasionalmente me acuesto; una combinación extraña.

Creo que la explicación está en mi infancia y adolescencia. Yo no me divertía jugando con las chicas. Me aburría como una ostra, prefería la acción de los chicos y, claro, en el pueblo enseguida te terminaban colocando el cartel de «chicazo» o «marimacho».

Pero ¿qué diversión podía haber en estar todas juntas intercambiando trapitos de la Barbie? Sobre todo, cuando la mirabas bien y te dabas cuenta de que esa muñeca está mal hecha y que sus trapitos cuestan un ojo de la cara.

Me traía sin cuidado lo que dijeran, por supuesto, y cuando pasé la horripilante pubertad, me di cuenta de que seguía sintiéndome más cómoda con los hombres. No soy psicóloga, pero creo que esto explica bastante bien por qué Tito y yo hemos llegado a ser tan buenos amigos.

Y eso que al principio tuvimos nuestras buenas peleas por asuntos tan domésticos como bajar la basura o fregar los platos. A él le costó un montón entender que no podíamos tener asistenta, como deseaba. Incluso pagándola él, porque a mí me parecía ridículo. Poco a poco ha ido aprendiendo a limpiar y a ser menos desordenado («la polvera» es territorio aparte, yo allí me limito a escuchar, mirar, callar y follar).

También hemos ajustado nuestros gustos y pulido otros detalles, por ejemplo, respetarnos cuando alguno de los dos ha tenido un mal día y no queremos hablar con ningún ser humano; hay gestos que nos lo advierten. En mi caso, es sacar toda la ropa del armario y organizarla. A veces pienso que debería cabrearme más a menudo, porque dejo el armario que da gusto.

En el caso de Tito es la música.

Y hoy ha debido de ser un día de perros, porque nada más entrar en casa oigo a todo volumen la canción de Mecano, «*Eungenio*» Salvador Dali. Ya os he contado (creo, porque a veces se me va la pinza) que para mi compañero de piso el pintor catalán es lo más. Su guía, su modelo a seguir, en resumen, para él lo es todo en el mundo artístico, de ahí que utilice la canción para evadirse.

Y debe de ser grave, porque, aparte de tener la canción a todo volumen, cuando acaba vuelve a empezar. Miedo me da preguntar, pero me acerco con cuidado a «la polvera» y llamo a la puerta.

Sé que está ahí, aunque, como no responde, doy media vuelta y me acerco a la cocina para ir preparando la cena. No me toca cocinar, pero aun así haré una excepción, porque me apetece tortilla de patata y a Tito nunca le sale bien.

Pelo las patatas. La canción suena y otra vez y, a pesar de que me parece increíble, empiezo a cansarme. A ver si se le pasa el cabreo y me cuenta qué ha ocurrido esta vez. Sé que en el trabajo no todo le va como quisiera. Y no porque su trabajo sea malo o haya bajado el rendimiento. Tito es muy bueno en lo suyo y a currante no lo gana nadie. Lo que pasa es que ha llegado una nueva directora y, como hacen siempre, intenta dejar su impronta y para eso no ha dudado en revolucionar todo el gallinero. Y Tito, que no es muy amigo de tonterías, no acepta esos cambios, porque a su juicio no aportan nada. Pero ella es la que manda, así que ha de aguantarse.

Por lo que me ha contado de ella (él nunca pronuncia su nombre, se limita a llamarla «jefa» y creo que con desdén), Noelia es hija de uno de los dueños de la agencia y tanto Tito como otros compañeros piensan que está ahí por enchufe, no por méritos propios.

Yo en ese punto discrepo, pues no le han dado el beneficio de la duda. Le he recomendado a Tito que espere al menos medio año para ver cómo se desarrolla la cosa y si pasado ese tiempo sigue siendo una petarda, entonces que la critique sin piedad.

Me da la sensación de que, a pesar de ser un tipo bastante progresista, en el fondo siempre queda ese poso machista de que le fastidia tener jefa. Seguro que si el puesto lo hubiera ocupado el hijo del dueño la situación cambiaría bastante.

He intentado sonsacarle algo más sobre la tal Noelia y se ha mostrado bastante hermético, lo que me hace pensar que hay algo más que se niega a contarme. Da igual, ya me enteraré.

Yo sigo aquí, cocinando. A las patatas les quedan cinco minutos, así que voy batiendo los huevos, con energía. Reconozco que antes odiaba cocinar, tened en cuenta que en casa de mis padres yo no tenía que preocuparme por eso, pero cuando decidí independizarme me di de bruces con la realidad: tenía que aprender a cocinar, comer basura o ganar mucho como para poder ir todos los días de restaurante.

Como habéis comprobado, elegí la más económica y, *voilà*, la cena está hecha.

Me preparo un buen bocadillo de tortilla de patata, así, de los de toda la vida, y justo cuando le voy a dar el primer bocado, se abre la puerta de «la polvera» y aparece Tito con ropa de deporte, recién duchado y con cara de pocos amigos.

Señala la tortilla y dice:

—Menos mal que te tengo a ti.

A ver, no os emocionéis antes de tiempo, porque yo no lo hago. Tito, de vez en cuando me suelta frases como ésta, desde el cariño, y así me las tomo yo.

—¿Quieres hablar? —pregunto con suavidad.

Él se encoge de hombros y se prepara también un bocadillo. Como estoy más cerca, abro la nevera y le paso una cerveza y, ya que estoy, abro otra para mí.

—Estoy jodido —murmura con aire de resignación.

—Vale —contesto, porque la explicación peca de pobre.

—Muy jodido.

—¡Ah!

Entre ambos es normal que mantengamos el silencio y no por ello nos sintamos incómodos. Es lo que tiene llevar tiempo viviendo juntos, que ya con un simple gesto nos entendemos.

—Por cierto, ¿tienes planes este fin de semana? —pregunta al cabo de un rato, mientras recoge los cacharros.

—No —contesto, sin sentirme mal por ello.

Hay gente que se agobia si un sábado por la noche no tiene con quién salir. No es mi caso. Además, recientemente he descubierto unas lecturas de lo más adictivas. ¿Quién me lo iba a decir?

—Pues ya los tienes. Te vienes conmigo a una convención de cómics. Nos vamos el sábado por la mañana, pasamos la noche allí, en el mismo hotel de la convención, y el domingo regresamos. Yo invito.

—¡Para el carro! —exclamo no muy convencida—. No quiero ir a una concentración de frikis. Me parece un plan aburridísimo.

—Oye, yo te acompañé al concierto de Luis Miguel, que mira que es...

—Cuidado con lo que vas a decir —lo interrumpo.

—Cansino —remata y esboza una sonrisa.

Sus gustos musicales y los míos rara vez coinciden. Sin embargo, nos los respetamos (casi) siempre. Y si me acompañó esa vez fue porque estaba aburrido y no le apetecía quedarse solo en casa.

Eso sí, me dio la lata hasta que lo obligué a bailar conmigo cuando sonó *No sé tú*. Qué momentazo. Y después lo amenacé con bailar el resto del repertorio y ya dejó de dar por el saco.

—Ya no te ajunto —mascullo como una niña pequeña—. Eso que has dicho es muy feo.

—Vale, que sí, lo que tú digas. Pero me debes una y vienes conmigo.

—Uff, Tito, no sé... —Intento escaquearme, como habréis podido deducir.

—Es un hotel de cinco estrellas —añade para engatusarme, y, por supuesto, me dedica una de sus sonrisas patentadas.

—No coquetees conmigo —le advierto y finjo que me molesta, aunque no es así ni por asomo.

—Lo estás deseando —continúa, y parece ser que se le ha pasado el cabreo, porque utiliza un tono muy, pero que muy sugerente. No me extraña que las chicas se derritan con él—. Fin de semana juntitos, hotel con encanto...

—¿Qué gano yo acompañándote? —Mueve las cejas insinuante. Por supuesto, se está refiriendo a echar un polvo—. Eso ya lo tengo asegurado sin salir de casa.

Tito se humedece los labios y se pasa el pulgar por ellos como el chico Martini. Sí, ya lo sé, era una chavalita cuando aquel anuncio hacía furor, pero ése y el de la Coca-Cola light son de lo que más he visto en YouTube.

Uy, uy, uy, que la liamos.

La cocina se queda sin recoger.

Y la liamos.

\* \* \*

El hotel, tal como dijo Tito, es una pasada. Lujo por doquier. A ver, de pueblerina tengo lo justo y no me importa reconocerlo, pero cuando me voy de vacaciones suelo optar por establecimientos más modestos, porque tengo que mirar el presupuesto y se pueden encontrar buenas ofertas si se busca con tiempo. Y una no ha nacido en una familia rica, y siempre he visto a mis padres hacer números para poder cogernos unos días de vacaciones todos los años sin descuadrar el presupuesto. De ahí que al llegar al hotel se me active la calculadora.

No sé a qué se debe este despliegue de lujo por parte de Tito, ya se lo preguntaré luego.

Nos registramos y después, me guste o no, porque mi idea era quedarme en la habitación viendo la tele o haciendo gasto del hidromasaje, termino por acompañar a Tito al salón donde se celebra la reunión de frikis.

No me hace ninguna gracia, me siento fuera por completo de mi ambiente. Aquí no encajo ni de coña.

Y me siento rodeada. ¡Ostris! Vaya pintas que me llevan algunos y algunas.

Tito, al ver mi cara de completo alucine, me explica que muchos lectores se hacen sus propios trajes a imagen y semejanza de sus personajes favoritos. Es una moda que empezó en Japón y que por lo visto ha contagiado a más países. Oye, y puede que no me guste el cómic, pero se lo han currado, eso salta a la vista.

Sin embargo, digáis lo que digáis, prefiero un concierto de Luis Miguel, aunque lo que es capaz de hacer una por un amigo, así que me aguanto, y me dedico a mirar a la gente y morderme la lengua para no opinar y evitar así un tumulto, porque a ver quién es la valiente que dice algo aquí en voz alta.

Sigo a Tito por los diferentes puestos (*stands* para los pijos que prefieren el término anglosajón). Lo miro a él y me doy cuenta de que lo disfruta como un niño pequeño, así que bien vale el sacrificio. Además, se lo ve muy animado, olvidando por un rato los problemas que tiene en el trabajo.

Por lo poco que me ha contado, su jefa, Noelia, es una bruja de armas tomar y lo está volviendo loco.

Llevamos un buen rato deambulando y ya se ha comprado cuatro libros. Uno incluso de un autor al que por lo visto no conoce nadie, eso al menos se desprende de la conversación que ha mantenido. Una nueva promesa, me ha dicho, y yo me he quedado igual. Si a él le gusta, nada tengo que objetar.

—Hay mucha gente —protesto cuando se detiene en una cola que por lo visto pertenece al más famoso, ya que ningún otro tiene tanta gente esperando. Contabilizo al menos veinte personas delante y así, a ojo, calculo media horita o más de pie. Miro a ver si localizo un banco o algún sitio donde descansar.

—Merece la pena, ya lo verás —susurra Tito a mi lado, y percibo en él cierta emoción que por supuesto yo no comparto.

—¿Y si te espero en la cafetería?

Me fulmina con la mirada.

—Pase que te hayas vestido como si vinieras de una hecatombe nuclear —dice y no le falta razón. Me he puesto unos vaqueros más bien feos y una sudadera del Primark que, como la he lavado más de cinco veces, os podéis imaginar cómo está, a punto de desintegrarse. El pelo recogido en una coleta sin muchas pretensiones. Del maquillaje ni hablemos—. Y aquí podemos contar una trola. Que eres una fan de los cómics catastrofistas, por ejemplo —añade con acritud—, pero te aguantas y me acompañas.

Él va como siempre, elegante a la par que sencillo. Vaqueros negros un pelín ajustados que le hacen un culito divino. ¿Veis cómo sé hablar en pijo? Deportivas Diesel grises (conozco la marca y cuando me enteré de lo que costaban me dio un pumba, porque en el mercadillo las he visto por diez euros) y camiseta de los Ramones. No una de las de ahora, baratas, sino una original, vintage, que compró en Ebay y por la que pagó una pasta. Ya os he contado que a Tito le gusta gastar dinero en ropa y que no escatima.

La fila avanza a paso de tortuga y me empiezo a desesperar. Resoplo con disimulo. Yo soy la antifán por excelencia. Cuando estaba en el instituto y algunas compañeras, cosa lógica de la edad, soñaban con su ídolo, caían en las redes del *merchandising* (¿existe un término en castellano?) y asistían eufóricas, no sólo al concierto sino también a la puerta del hotel a gritar como descosidas, yo me iba al cine tan pancha a ver una peli, a ser posible una que no fuera un taquillazo, para poder estar a gusto en la sala. Así que me resulta incomprensible que alguien se chupe aquí una cola de tres pares sólo por conseguir un libro firmado por el autor.

—Esto va para largo —comento, a ver si Tito se apiada de mí y puedo escabullirme.

Pero él me advierte con la mirada que no haga más comentarios como ése y añado de forma cursi y fingiendo un entusiasmo que no siento ni de lejos:

—¡Yupi! Qué poco nos falta ya.

Por fin, tras cuarenta y dos minutos (sí, los he cronometrado, ¿qué otra cosa podía hacer sino mirar el reloj del móvil cada cinco minutos? Con disimulo, eso sí), estamos a punto de hablar con el autor y entonces me doy cuenta de dos detalles. El primero, al ver varios ejemplares de *Odio a mi jefa*, deduzco que es J. Miralles. Y sí, a lo mejor me sonrojo, porque he tenido más de un pensamiento calenturiento con ese libro en las manos.

Segundo detalle: ¿cómo creéis que es un dibujante de cómic erótico? (Para los enterados: Soft Hentai.) Yo, a juzgar por lo que estoy viendo a mi alrededor, diría que, para empezar, un par de piercings y tatuajes son imprescindibles. La ropa, negra o gris, y sencilla, nada de marcas, al menos no de las que todos conocemos (yo más bien poco). Barba, nada de una recortada y elegante, sino bien tupida y algo descuidada. Pelo tirando a largo, con un moñete de esos horteras que a pocos chicos les sienta bien.

Tito una vez fue a la peluquería y se dejó convencer para hacerse algo así y de verdad estaba horrible. Y mira que es difícil, con lo guapo que es. Cuando se deja el pelo un poco largo tiene un aire de chico peligrosillo. Ahora, por exigencias del trabajo, lo lleva más corto, con un toque despeinado.

Bien, sigamos. El dibujante de cómics estándar pienso que debe de tener un aire descuidado, ojo, no sucio. Lo que denominaría «cutre estudiado».

Pues bien, me quedo de piedra cuando por fin estamos delante del autor que más éxito tiene en el salón. Si me lo encuentro por la calle, me cambio de acera lo más rápido posible, y no porque dé miedo sino porque seguro que me embaucaría para que mis ahorros (los pocos que tengo) terminasen en un fondo de inversión de esos de dudosa fiabilidad, que dan demasiada rentabilidad sin apenas riesgo. Algo improbable, por supuesto.

Atuendo elegante y moderno. Si tiene un tatuaje o un piercing, desde luego lo lleva bien oculto. Mmmm. Me pica la curiosidad... No, no es verdad, no me pica. Ni rastro de ropa negra deforme, con el estampado de algún superhéroe. Todo lo contrario, una camisa gris que a todas luces parece hecha a medida.

Cuando ve a Tito, se pone en pie para estrecharle la mano con bastante familiaridad y eso me da que pensar, además de permitirme observar que lleva unos pantalones de vestir negros. Para pasarse tantas horas sentado dibujando, no se le aprecia una barriga prominente. Supongo que, como Tito, se esfuerza por mantenerse en forma y, por su aspecto cuidado, me da que gasta bastantes calorías en el dormitorio.

—Al final has podido venir —le dice a Tito con una confianza que me sorprende.

—No me lo perdería por nada del mundo —responde mi amigo.

Me están ignorando. Bueno, tampoco me extraña. Los «niños» son así.

Entonces el tipo repara en mí, que sigo aquí callada, junto a Tito, impaciente por largarme, no por que me firme un ejemplar. Miro por encima del hombro y veo que aún hay cola, así que enseguida nos podremos ir. Lo que no entiendo es por qué no se limita a preguntar qué quiere Tito y punto.

—Te traigo una nueva fan —suelta mi amigo todo ufano—. Está enganchadísima a *Odio a mi jefa*.

—Me alegro —murmura él, y sonrío de una forma un tanto mecánica, estudiada para quedar bien. No lo culpo, tiene que aguantar ahí mucho tiempo y la espontaneidad se esfuma.

—Tanto como enganchada... —matizo yo

—Y no ha parado de darme la paliza para que la trajera hoy a conocerte —añade el puñetero de Tito—. Se muere por tener un ejemplar firmado y, por supuesto, por que le expliques algún que otro detalle.

Lo mato o, mejor aún, le echo lejía en sus vaqueros favoritos, por conspirador.

—Uy, sí —canturreo, y cualquiera se da cuenta de lo falso que ha sonado.

Tito se ríe entre dientes.

—Como has podido comprobar, miente de pena —continúa—, pero al final la ganaremos para la causa.

—Eso espero —murmura el tipo, y se sienta, coge uno de los ejemplares de *Odio a mi jefa* y escribe una dedicatoria que no alcanzo a leer—. Ten, un regalo.

—Ostris, pues muchas gracias —contesto agradecida.

—Nosotros nos alojamos en este hotel. ¿Tienes compromisos de autor superventas o podemos quedar luego para cenar? —pregunta Tito con cierta guasa.

El tipo esboza una sonrisa que suena a falsa modestia.

—Perfecto. ¿A las nueve y media en el restaurante?

Con mi libro debajo del brazo y la mirada de enfado de algunos fans por haber monopolizado al autor demasiado tiempo, Tito y yo nos vamos del salón, porque creo que ya no queda mucho por ver.

Nos dirigimos a la habitación para dejar los libros y aprovecho para preguntarle de qué conoce al tipo.

—Joel y yo estudiamos juntos diseño gráfico —responde como si nada, y yo extraigo los dos primeros datos. Uno, su amigo debe de tener treinta y cinco años (más o menos) y se llama Joel. Bueno, es lógico. «Hola, soy Manolo, dibujante de cómics» tiene poco gancho. (Que no se me enfaden los Manolos, por favor)—. Pero él optó por otro camino profesional. Trabajó una temporada como diseñador para ahorrar un poco y poder publicar su primera novela gráfica y, joder, vendió una barbaridad, así que lo fichó una editorial y le va de puta madre.

Me cuenta que hacía mucho que no se veían, pero coincidieron en una presentación de otro autor y han retomado su amistad.

—Ah, vale —contesto, y me tiro en la cama cuan larga soy.

—¿Qué haces? —pregunta Tito frunciendo el entrecejo—. Hemos quedado a las nueve y media y digo yo que te arreglarás un poco. No vas a ir con esas pintas, ¿no?

—¿Perdona?

—Aunque con lo que has traído en la bolsa de viaje, seguro que vas a estar divina de la muerte —se burla sin piedad, y, no contento con ello, comienza a sacar la ropa que he traído de recambio, poniendo cara de disgusto.

—Eh, deja mis cosas —le advierto, aunque sin éxito.

—Joder, Xim, ni siquiera te has traído maquillaje —añade.

—A ver, se supone que estamos en una convención de frikis, con una crema hidratante digo yo que voy sobrada —argumento en mi defensa—. Además, ¿qué pinto yo en una cena de coleguitas?

Tito me fulmina con la mirada.

—Se supone que has venido conmigo, no te vas a quedar aquí sola.

—Me siento igual que una acompañante de lujo —digo con sorna.

—Lo de *lujo* sobra —replica guasón.

—¿Y por qué te empeñas en que vaya contigo? Me voy a aburrir, seguro, porque os pondréis a contar batallitas, cosas de chicos y...

—Arréglate, un poco, anda. Se supone que íbamos a pasar un fin de semana divertido.

—¿Divertido? Será para ti. Que a mí el *frikimundillo* me resbala.

—¡No se te puede sacar de casa! —protesta, y me mira tan serio que acojona un poco, así que me toca ceder.

—Mmmm, vale —digo sin mucha convicción.

Así que al final me las apaño con lo poco que he traído y una camisa que le he birlado a Tito. Me queda un poco justa ya os imagináis dónde, pero en general me favorece. Me he dejado el pelo suelto, que siempre queda bien, y, a pesar de llevar la cara sólo lavada e hidratada, el conjunto resulta interesante.

## Capítulo 4

Bajamos al restaurante del hotel. Sigo convencida de que estoy de más, sin embargo, Tito ha insistido tanto que no voy a discutir. Sé que está pasando por un mal momento debido a su trabajo, por lo que he de estar a su lado. Y sé que salir un poco de la rutina le viene bien. Voy a hacer el esfuerzo de acompañarlo y, en cuanto esté entretenido con su coleguita, me escaqueo. Seguro que no se da ni cuenta.

El dibujante (o mangaka para los puristas) ya nos espera en la mesa. Se levanta al vernos y hace un gesto para que nos sentemos. Se ha cambiado de ropa, ahora viste de forma más informal, más parecida a la de Tito; supongo que después de la cena pretender ir a tomar algo por ahí. Sin mi compañía, por supuesto, y yo estaré encantada de dejarlos a solas.

—Antes de que lo preguntes —dice Tito—, no somos pareja. Sólo compañeros de piso.

Asiento, aunque considero la aclaración innecesaria. Lo miro frunciendo un poco el cejo, porque por lo general no solemos hablar de nuestra relación así de buenas a primeras.

—Debería decir que verte emparejado sí hubiera sido una sorpresa —dice Joel, sonriendo de medio lado y con pinta de que le importa un pimiento—. En fin, ¿pedimos la cena?

Un camarero nos trae las cartas y yo echo un vistazo. Todo tiene una pinta buenísima y me cuesta decidirme. Ellos están a lo suyo, como preveía, hablando de su época de estudiantes, aunque soy consciente de que Joel me observa, con disimulo, pero lo hace.

Pido una jarra de cerveza bien fría y escucho a medias su conversación. Tito le está contando por encima las movidas de su trabajo, algo que yo ya me sé. No escatima «elogios» para su jefa y el dibujante se solidariza con él de inmediato. Qué típico de chicos.

Yo termino decidiéndome por salmón al cava y espárragos trigueros.

Vale, mientras ellos hablan, miraré la decoración, pues pasan de mí como de la peste. Porque he pedido la cena, que si no me largaba y me apañaba con un bocadillo en la habitación.

Después hablan de los nuevos proyectos de Joel, que por lo visto está a tope de trabajo y vende una barbaridad de novelas gráficas. *Odio a mi jefa* va a tener una segunda parte, cosa que no me extraña, porque la primera acabó... Bueno, no os puedo destripar el final, sólo diré que me quedé con ganas de más.

—Xim opina que tus dibujos son desproporcionados —dice Tito con humor, y si piensa que va a ponerme en un aprieto, va listo.

El autor me mira de reojo y esboza una sonrisa. Doy por hecho que está acostumbrado a que le hagan todo tipo de críticas.

—Pues sí —confirmo, porque disimular sería absurdo—. En cada viñeta pensaba lo mismo. A ver, yo no digo que un miembro grande no anime la situación, pero ¿tan grande?

Tito se atraganta con su cerveza ante mi sinceridad y el dibujante arquea una ceja. Continúo:

—Y lo de los pechos... Uff, eso sí que es exagerado. ¿Algún trauma que debamos conocer?

Joel se echa a reír a carcajadas ante mis palabras.

—Joder, Xim... —murmura Tito.

—Muchos —admite—, pero como comprenderás, no te los voy a contar hoy.

—Qué pena —contesto, y apuro la cerveza—. Traumas aparte, la historia me gustó —añado, y soy sincera—, aunque, desde luego, yo habría sido más discreta a la hora de enfatizar algunas escenas.

—¿No dices que el tamaño importa? —interviene Tito con humor.

—Piénsalo de este modo —dice Joel, adoptando una actitud parecida a la de un profesor paciente con sus alumnos, lo que me indica que ha tenido que explicarlo unas cuantas veces—: si dibujase un pecho femenino más o menos estándar...

—A los lectores no les gustaría —remato yo la frase por él.

—Puede, pero lo que iba a decir es que intento ser igual de generoso con los atributos femeninos que con los masculinos.

—Mmmm, no me convence. Tengo la impresión de que piensas más en los tipos que leen tus novelas que en las posibles lectoras. En el porno pasa igual.

Su mirada, un tanto perpleja, hace que me recorra un escalofrío. Seamos sinceros, a ningún escritor le gusta que cuestionen su obra. Y, ya puestos, en una primera reunión no se espera que una dama hable de miembros, tetas y porno con un desconocido.

Lo suelen interpretar mal.

—No siempre —me contradice.

El móvil de Tito suena y él mira la pantalla haciendo un gesto de disgusto, pues el intercambio de opiniones entre Joel y yo le está resultando entretenido.

—Disculpad un segundo —dice y se levanta, dejándonos a solas.

Los camareros recogen los platos de la cena y nos preguntan si queremos tomar postre. Yo niego con la cabeza y Joel también dice que no. Sólo pide café.

Tito tarda bastante en regresar, así que intuyo que se tratará de alguno de sus ligues y él, que es muy práctico y muy listo, en vez de decirle a las claras que está en medio de otro compromiso, estará comiéndole la oreja para asegurarse una próxima cita. Es muy hábil en estos menesteres.

Joel y yo llevamos demasiado rato en silencio y resulta un poco incómodo. Cierzo que acabo de conocerlo, pero digo yo que de algo podremos hablar.

—No conozco a muchos escritores, por eso a lo mejor la pregunta te parece gilipollas: ¿eres de los que se encierran a cal y canto mientras trabajan?

—¿Tienes algo que hacer después de la cena? —replica, pasándose por el forro mi pregunta.

Oh, oh, oh. Parpadeo.

Yo sólo pretendía hablar de algo, pero es evidente que a él no le apetece hacerlo de su trabajo.

—La sutileza no es lo tuyo —acierto a decir.

—Si quieres perdemos cinco minutos mareando la perdiz —se justifica tan pancho y hasta me sonrío.

A ver, a ver, que nos liamos.

—¿Qué me estás proponiendo exactamente? —quiero saber, no vaya a ser que sólo me esté vacilando y yo saque conclusiones erróneas.

Joel sonrío de medio lado. Me parece que esta situación la tiene un poco ensayada. No lo culpo, con ese aire de intelectual buenorro, seguro que triunfa.

—Me ha dado la impresión de que no eres una de esas mujeres indecisas que fingen no entender o que esperan una especie de seducción elaborada —añade y, de verdad, tendríais que ver mi cara.

¿Es un caradura o un tipo inteligente?

¿Me ha insultado o halagado?

—Gracias... creo —digo en voz baja.



¿Dónde se ha metido Tito? Joder, vaya encerrona. Y ahora que lo pienso, ¿y si lo ha preparado todo, porque el muy pervertido quiere montarse un trío? A ver, que no me voy a asustar por eso, y menos teniendo en cuenta que en el pasado ya hicimos nuestros pinitos en ese campo. Recuerdo una vez que nos fuimos a un club de intercambio (*swinger*, como lo llaman algunos), al fin y al cabo, entre nosotros existía total libertad. Pues bien, lo hicimos y nos pareció de lo más morboso observarnos mutuamente. También probamos otras combinaciones y fue muy revelador. De hecho, alguna que otra vez repetimos.

De ahí que me resulte tan extraño que haya desaparecido.

—¿Y bien? —pregunta Joel con aire divertido, lo que me induce a pensar que esto no es más que un juego para entretenerse. Debe de pensar que, de salir bien, tendrá compañía para esta noche.

Anda que no es espabilado ni nada aquí el mangaka.

—Tengo otros planes —respondo muy segura, y que se imagine el resto.

Supongo que Tito ya le habrá informado de que compartimos habitación, aunque como el muy puñetero ha dicho que no somos pareja, la coartada queda endeble.

Joel se limita a mirarme de una forma que interpreto como intensa y acepta la negativa con deportividad. Eso sin duda dice mucho en su favor, pues, por norma general, muchos tíos suelen utilizar la conocida y machacona técnica del taladro.

La técnica de pico y pala, para los que tienen más edad.

También puede ser que a Joel no le haga falta y, de camino a su habitación, encuentre a otra sin mayor problema. No me extrañaría. Me alegraría por él.

—Joder, esta mujer va a acabar conmigo —masculla Tito al regresar—. ¿Te puedes creer que me llama un sábado por la noche para pedirme que haga cambios en una presentación que he de hacer la semana que viene? ¿Es que no tiene vida propia?

—¿Y por qué has respondido? —pregunto.

—Porque esa bruja es capaz de insistir una y otra vez hasta hacerme perder los nervios. Pero ya vale de hablar de ella, ahora quiero divertirme un poco. Vamos a tomar una copa por ahí.

—He oído que tenéis planes —dice Joel, disimulando bastante mal el regocijo por soltar algo así.

¿A qué juega?

—¡Pues claro que los tenemos! —exclama Tito, que por lo visto no ha pillado la indirecta.

—Yo, si no os importa, os dejo a solas para que podáis beber a gusto, echarle el ojo a alguna, decir ordinariéces y hasta eructar.

—Un plan cojonudo —comenta Joel con retintín.

Me pongo en pie, dispuesta a dejarlos.

—Eh, eh, ¿ya te estás escaqueando? —pregunta Tito, sujetándome de la muñeca—. ¿Quién va a llevarme a la habitación en caso de que acabe como una cuba?

—¿Él? —Señalo al escritor, que se lo está pasando bomba.

—¿Y a mí? —pregunta el aludido.

—Pues dormís juntitos y listo —propongo con humor.

—Es una opción —comenta Joel—. La organización me ha reservado una suite espectacular, la quinientos veinticuatro; podríamos compartirla.

Mira, así a lo tonto, ya ha dicho el número de su habitación. No es listo ni nada.

—Estupendo pues, todo resuelto. Noche de chicos. Pasadlo bien.

Me despido de Tito con un beso en la mejilla y de Joel con una sonrisa. Tampoco voy a darle más vueltas, aunque sí, lo admito, me pica la curiosidad por saber qué tipo de hombre es, si va de

farol o su forma de tirar los tejos es tan directa como peculiar. Aunque me quedaré con las ganas.

Para quitarme ideas raras de la cabeza, una vez en la habitación me desnudo y me preparo uno de esos baños que te dejan arrugada como una uva pasa de tanto tiempo como estás en remojo. Y no escatimo a la hora de echar gel, cortesía del hotel.

—Qué pasada —susurro, disfrutando del agua caliente, de la enorme bañera donde caben dos personas, del hilo musical, pese a que no tengo ni pajolera idea de qué suena, sólo sé que es una pieza clásica. La noche perfecta, una chica sola en un hotel de lujo. ¿Quién necesita hombres?

Cuando mis dedos parecen los de una anciana, arrugaditos y suaves, salgo de la bañera y me unto con generosidad con la leche hidratante, también cortesía del establecimiento. Qué bien huele.

Con la piel sedosa, me pongo el pijama. Uno que me regaló Tito en mi cumpleaños, sólo para burlarse de mí. A saber cómo se las ingenió para encontrar uno de mi talla con un estampado de Heidi. Puede que, a mi edad, ya he cumplido los treinta y dos, el tema dibujo animado esté fuera de lugar, pero es mono y, sobre todo, cómodo. Camiseta de tirantes y un pantaloncito que, está mal que yo lo diga, me hace un culo estupendo.

Yo le regalé un pack de siete slips de superhéroes. Los de Batman son mis preferidos. Una vez, le pedí medio en broma que se agenciara la máscara a juego y así podríamos tener una fiesta erótica de lo más surrealista, y me hizo caso. Se fue a una tienda de chinos y se buscó una careta de Batman (o algo parecido) y nos lo pasamos en grande. Lástima que no hagan condones con el símbolo del superhéroe, porque la diversión hubiera sido completa.

Tumbada en la cama, que debe de ser de dos por dos como poco, curioseo en el menú de la tele a la carta hasta que encuentro, fijate qué puñetera casualidad, un concierto de Luis Miguel. Y sí, me lo voy a ver entero y hasta canturrearé (desafinando) las canciones.

Me las sé todas. De pe a pa.

Tito se ríe de mí, pues él tiene otros gustos musicales. Pero no sé, no veo yo mucho romanticismo con Metallica de fondo, aunque *Nothing Else Matters* me encanta.

Es otra de las ventajas de vivir con alguien como Tito; podemos tener gustos diferentes, sin embargo, aprendemos y descubrimos nuevas posibilidades gracias al otro.

Pero concentrémonos ahora en Luis Miguel.

La primera que suena es *La incondicional*. Uy, qué bonita. Me dan ganas de buscar un mechero, como se hacía antes en los conciertos, mientras canto (berreo) casi a pleno pulmón, quizá molestando a otros huéspedes.

\* \* \*

Me he debido de quedar traspuesta, porque me despierto al oír a alguien trasteando en la puerta. Tito. Echo un vistazo al móvil, es casi la una de la madrugada y, al ver que no consigue abrir, me levanto y me lo encuentro en el pasillo.

—¿Cómo vienes! —exclamo, ayudándolo a entrar.

—Si te pones unos rulos y una bata y me llamas, igualita que mi madre —se guasea.

Resoplo y lo acompaño y/o arrastro hasta la cama, tarea hartito difícil, pues viene animado y a cada paso que damos intenta meterme mano. Yo lo aparto, no porque me disguste, sino porque no quiero tropezar y caerme de culo.

—¿Desde cuándo eres tan estrecha? —me pregunta con voz gangosa.

—Desde hoy —digo, tomándole el pelo.

Logramos llegar a la cama y lo empujo para que se tumbe. Tito sonrío y mueve las caderas en un claro gesto de invitación.

—Tranquilo, fiero, antes vamos a quitarte esos pantalones.

—Estoy mal de la cabeza... Me pones cachondo vestida de Heidi —dice de forma poco clara, debido a la melopea que lleva y además riéndose.

—Vaya pedal que me traes, Fernandito —murmuro cual madre gruñona.

Consigo desabrocharle el cinturón y bajarle los pantalones. Sólo me queda la camiseta, pero él se empeña en ponérmelo complicado. Me manosea y hasta pellizca.

—Mete la mano dentro, que no muerde —sugiere, señalando su erección.

—No seas ansioso —lo regaña, apartándolo de un manotazo—. Acuéstate, que ahora vuelvo.

Tito me hace una pedorreta y a continuación mete la mano dentro de su slip, (sí, es de los que siempre van apretaditos; según él, es lo más cómodo) para toquetearse. No me importa y voy un momento al cuarto de baño por los condones, que seguro que lleva en su bolsa de aseo. Nunca sale de casa sin ellos. Hace bien, no como yo, que me he venido sin protección. A ver, no es que tuviera pensado echar un polvo en frikilandia, todo hay que decirlo.

Cuando vuelvo con dos en la mano, me lo encuentro durmiendo como un angelito, eso sí, sin sacar la mano de su slip.

—Ay, pobre...

Si ya me parecía a mí que esa erección era un poco inconsistente, teniendo en cuenta su estado.

Le dejo la mano donde la tiene y lo cubro con las sábanas, luego me acuesto a su lado y apago la luz. Enseguida detecta mi presencia y me abraza. Habitualmente no dormimos juntos, pues después de echar un polvo cada uno se acuesta en su cama; sin embargo, ha habido ocasiones en las que, bien por cansancio o porque nos apetecían unos mimitos, hemos compartido cama toda la noche.

El problema de ahora es que, para empezar, me he desvelado. Y para continuar, con eso del toqueteo, un tanto burdo, lo admito, me he excitado un poco. Vaaaale, bastante, y a juzgar por el estado de Tito me da a mí que no va a haber final de fiesta.

¿Y si...?

—No, ¿estás mal de la azotea?

—Pero me ha tirado los tejos.

—Seguro que está con otra.

Esto es un diálogo conmigo misma, no interrumpáis.

—Eso no lo sabes.

—Es fácil comprobarlo. Habitación 524.

No se hable más.

Como no voy a ir por los pasillos del hotel en pijama, me pongo el albornoz. Meto los dos condones en el bolsillo, junto con la tarjeta de la habitación.

Me aseguro de que Tito esté bien. Quizá mi comportamiento se asemeje más al de una madre que al de una amiga. Incluso le dejo agua en la mesilla de noche.

Tengo que subir dos plantas. Confío en que a estas horas no haya nadie pululando por los pasillos y me pille de esta guisa. La suerte me sonrío y llego a la quinta sin cruzarme con nadie; sólo me habrán visto los vigilantes de seguridad, pero intuyo que están acostumbrados.

Vale, aquí estamos, frente a la puerta de la 524. Respirar hondo es una estupidez, pues no me va a infundir valor ni nada, sin embargo, lo hago. Una tontería más.

Llamo con los nudillos. Enseguida voy a comprobar cómo está el dibujante. Espero que no tan mal como Tito, porque no me apetece cuidar a otro tipo.

Tarda bastante en abrir y, cuando lo hace, desde luego no se parece al hombre elegante que he conocido antes. Lleva una camisa abierta, lo mismo que los pantalones, como si se hubiera vestido

de forma apresurada, el pelo revuelto y el cejo fruncido.

—Mierda —mascullo, porque parece que lo he pillado a punto de caramelo. Estaba metido en faena con alguna fan, seguro.

¿Los mangakas tienen *groupies*?

Doy media vuelta. No vayamos a hacer más el ridículo.

Nota una mano sujetándome e impidiendo que me largue con mi vergüenza a otra parte.

—No estoy lo que se dice en plenas facultades, pero si la memoria no me falla, me has mandado a paseo cuando te he invitado a venir, así que, ¿qué pintas tú ahora aquí?

Me encojo de hombros.

—¿Una no puede cambiar de opinión?

Esboza una sonrisa irónica y me hace una reverencia de lo más exagerada para que entre. Lo sigo y compruebo que está solo. Por lo visto, ni Tito ni él han ligado. No sé si alegrarme o preocuparme.

—¿Has venido a preguntar algo más sobre mi trabajo? —dice burlón.

—Sólo quería saber si estabas bien. Como Tito ha llegado tan perjudicado...

Me mira de arriba abajo. No sé cómo debo interpretar ese gesto.

—Dime que debajo del albornoz estás desnuda —susurra y, de verdad, con esta estupidez me estoy replanteando largarme.

—Por favor, ¿te funciona alguna vez una frase tan manida? —replico.

Joel se mete las manos en los bolsillos del pantalón y se queda quieto, a poca distancia, mirándome con una intensidad difícil de manejar. Una actitud cercana a la chulería, pues sigue con la camisa abierta. Una pose que me parece estudiada. Tengo dos opciones, dar media vuelta o jugar a lo mismo. Así que, despacio, deshago el nudo del albornoz para ir revelando mi pijama de Heidi.

—Por favor, vuelve a taparte —me suelta, negando con la cabeza.

O aguanta mejor el alcohol que Tito o no ha bebido tanto.

—Teniendo en cuenta tu afición por los dibujos, he pensado que agradecerías el detalle —digo, aprovechando las circunstancias, porque no he venido yo muy seductora que digamos.

Vale, lo admito, no gasto ropa interior muy erótica. Tito me lo recuerda cada vez que me ve en bragas. Incluso a veces, cuando le toca hacer la colada, se guasea sin piedad sobre mis bragas de abuela.

Dejo caer el albornoz al suelo. Esto sí que lo he hecho con arte. (Eso espero.)

Inspiro y espero que la maniobra funcione.

A saber a qué está acostumbrado este tipo, aunque así, a ojo, parece de morro fino, y aquí yo no es que me infravalore, pero admito que voy un poco floja de glamur.

—Que me apasione dibujar no significa que piense constantemente en ello.

—Pues el lapicero lo tienes bien afilado, por lo que parece —replico, señalando su entrepierna.

—Joder, mi comentario del albornoz era cutre, lo admito, pero el tuyo del lapicero... se lleva la palma.

## Capítulo 5

Nos echamos a reír porque la situación es surrealista como poco.

Pero tras las risas, que aligeran un poco el ambiente, queda la eterna cuestión de quién da el primer paso. O en este caso el segundo, pues he sido yo la que se ha presentado de madrugada en su suite.

Él me pone morritos y se acerca con una actitud medio indolente. Se detiene sólo a un paso. ¿Espera que yo le salte a los brazos cual fan histérica?

Antes de que me decida, Joel ha actuado, pero no de forma agresiva. Sólo me ha apartado el tirante de la camiseta y me acariciado el hombro. Me gusta la sutileza, aunque espero que no toda la noche sea igual.

Estoy de suerte, porque se inclina y comienza a besarme el cuello. Yo le facilito la tarea y al tiempo pongo las manos sobre su pecho.

—Si no te quitas esto —señala el pijama—, no soy capaz de seguir.

Lo miro y sonrío de medio lado, porque ese tono entre sugerente y burlón me ha gustado. Hagámoslo bien entonces.

—Prepara el lapicero —me guaseo, y doy un paso atrás para que me vea bien.

Quitarse un pijama de dos piezas y resultar al mismo tiempo erótica resulta complicado. Y encima sin ensayar. En especial por culpa de la parte de abajo. Así que me bajo el pantalón de golpe y después me saco la camiseta por la cabeza.

—¡Ta-chán! —exclamo orgullosa de mi cuerpo, porque no tengo otro.

—Al final... —da un paso y luego otro hasta rodearme la cintura con el brazo—, voy a dibujarte.

—¿Con esto? —pregunto, y lo palpo por encima del pantalón.

—No, con esto voy a hacer otras cosas —contesta antes de besarme.

El choque es brutal, violento, y me aferro a su camisa, porque, joder, cómo se hace con el mando de la situación. Pero conmigo va listo, yo también sé jugar a lo de llevar la voz cantante. Que se lo pregunten a Tito, cuando me dio por azotarle el trasero mientras se arrodillaba entre mis piernas abiertas. Ya os lo he dicho, hemos jugado a todo y aprendido muy bien.

—Un poquito de igualdad, chato —le digo cuando me deja respirar—. Yo también quiero recrearme la vista.

—Ya era hora de que lo pidieses.

Me acerco a la cama, llevándome el albornoz conmigo para tener los condones a mano, y me siento para contemplarlo.

—Menos mal que eres bueno dibujando, porque como «boy» tienes las horas contadas —le digo con sorna.

Una vez desnudo, se queda delante de mí, agarrándose la polla y apuntándose con ella.

A ver, no me asusto ni nada por el estilo, sin embargo, si pretende que se la chupe, me parece un poco precipitado.

—No nos conocemos tanto como para que te haga una mamada —le espeto con chulería, aunque

podría mandar a paseo las reservas. Tentada sí me veo.

—Tú te lo pierdes...

No se lo voy a poner difícil, así que me tumbo boca arriba y enseguida lo tengo encima. Piel con piel, besándome y tocándome. Cualquier rastro de sutileza se ha evaporado y me encanta. Soy la primera en gemir cuando desplaza la boca hacia abajo y comienza a chuparme un pezón. Espero que al otro le dé el mismo tratamiento. Pero no, me lo pellizca con los dedos. No puedo quedarme quieta y busco la forma de tocarlo yo a él, pese a que estoy tentada de quedarme así un buen rato, disfrutando de las habilidades de Joel. Que las tiene, vaya que sí.

Asignatura: preliminares.

Calificación: notable alto.

—Esa mano —masculla cuando le agarro la polla y se la sacudo con saña.

—Tranquilo, sé lo que hago —replico, y se echa a reír entre dientes.

Continuamos con la fase de magreo intenso. Hay besos, mordiscos, manoseos, risas, provocación y mucho morbo. Yo me estoy poniendo como una moto, y lo agradezco, porque estoy un poco cansada de tíos que se limitan a la parte mecánica, sin ningún aliciente extra. A excepción de Tito, claro. Con él es diferente.

Joel continúa tocando cada uno de los resortes que me hacen saltar, es hábil y algo puñetero, pues presiona, por ejemplo entre mis muslos, para de repente detenerse y buscar otro punto diferente.

—Me encanta esto... —musita provocador—. Tan suave, tan mojado...

Reconozco que a veces los tíos son poco originales. ¿De qué otra forma iba a estar mi sexo? Sin embargo, reconozcámoslo, semejantes palabras me excitan y más aún cuando van acompañadas de gestos.

—Y tan caliente... —añade.

Yo tampoco me quedo corta.

Allá vamos con el tópico por excelencia:

—Ostris, pero ¿qué tenemos aquí?

—¿Ostris? —repite, apartándose para mirarme a los ojos.

—Sí, eso he dicho —contesto, porque ya sé que es un término infantil, pero me da igual—. Es mi coletilla y la uso cuando me da la gana.

—Espero que no te conformes con tocarme —murmura, yendo a lo práctico y utilizando de nuevo un tono lascivo.

—Qué dura...

¿Se ha reído?

Bueno, un poco de humor nunca viene mal y sus palabras he de interpretarlas como lo que son: que actúe con más contundencia.

—Tócame, joder —me insta con impaciencia.

Perfecto, porque pensaba hacerlo de todos modos, así que no me demoro más.

Le rodeo la polla con la mano, al principio con suavidad, incluso se podría decir que con timidez. Una maniobra perfecta de distracción. Joel no deja de tocarme entre las piernas, de jugar con un dedo, dentro y fuera, lo justo para tenerme expectante. El ritmo perfecto y por eso también yo voy un poco más allá y le acaricio las pelotas. Y cuando digo que se las acaricio, también lo araño, algo que parece entusiasmarlo, porque jadea y gruñe al mismo tiempo. Un sonido erótico donde los haya. Me gusta eso en un hombre, que exprese con vehemencia si algo lo excita.

—La hostia, Heidi, cómo me pones —musita, antes de darme otro buen chupetón en el pecho.

—¿Heidi? —repito casi molesta.

—Te lo has ganado a pulso —explica con sorna, y me besa de manera sonora y contundente.

Me mira de una forma traviesa y cachonda que desde luego no incita a discutir, más bien a actuar.

Me coloca encima. Me sorprende, no voy a negarlo, pues por lo general, y más siendo la primera vez, a los tíos les encanta llevar la voz cantante o limitarse al misionero, porque es lo más rápido y cómodo (para ellos). No niego que de vez en cuando un misionero tiene su encanto, no obstante, esta reacción de Joel es bienvenida y la voy a aprovechar. Y eso hago. Al estar encima, puedo restregarme sin pudor y lograr que sus gemidos sean mucho más intensos, compitiendo con los míos, que no se quedan atrás.

—Creo que necesitamos una cosita —canturreo, apresando bien su erección entre mis muslos antes de apartarme, para que intuya por dónde van los tiros.

—Estoy en tus manos —musita.

Me muevo hasta llegar al alboroz y sacar los condones. Lo hago con rapidez y recupero la postura. Joel me sujeta con fuerza del culo y no sólo eso, también mete un dedo en la separación de mis nalgas, como si quisiera hacerme una pregunta silenciosa.

A la que no le voy a responder; hay ciertas cosillas que siempre es mejor dejarlas en el aire, ¿no os parece?

—¿Sólo dos? —pregunta con ironía al ver los preservativos.

Arqueo una ceja en plan mujer fatal.

—Empecemos con el primero y ya veremos si necesitamos el otro.

—Mujer de poca fe...

Podría explicarle que la estadística está en su contra, sin embargo, no creo que a Joel le importe si a lo largo de los años he tenido la mala suerte de toparme con los más ineptos y los menos resistentes. No pido tanto, ¿verdad? A veces hasta coincidían las dos características al mismo tiempo.

Un horror del cual ahora me olvidaré para no estropear la noche, a la que le veo expectativas decentes.

—Estate quieto medio segundo —murmuro, porque ponerle el condón con sus manos toqueteando por doquier no resulta sencillo.

—Tienes un par de tetas demasiado tentadoras como para pasarlas por alto —alega para justificarse, y alza las manos para tocármelas.

Sonrío, es un halago, aunque demasiado tópico como para no replicar:

—Eso se lo dirás a todas.

Niega con la cabeza.

—Porque estoy a punto de metértela, que si no saco el bloc de dibujo y te demuestro lo inspiradoras que son.

—Insisto, ¡eso se lo dirás a todas! —Me río y él también.

Joel no me lo aclara, supongo que es lo mejor para mantener el misterio y quedar estupendamente. Da igual. ¿A mí qué me importa lo que les dice a las otras?

Pues eso, lo relevante aquí es pasar un buen rato.

—Afilame el lapicero —bromea cuando me coloco encima de su erección.

Sólo he de dejarme caer, despacito, para que sea más intenso. Cierro los ojos, siento una mano aferrada a mi culo y la otra ascendiendo por mi pecho hasta llegar a mi boca. Separo los labios y le succiono el dedo con ansia, haciendo una demostración práctica de mis habilidades orales. Habilidades que no va a disfrutar, no al menos esta noche. Que imagine las posibilidades.

Empuja desde abajo con fuerza y yo tenso cada músculo del cuerpo para sentirlo bien profundo.

Alzo las caderas de tal forma que casi pierdo el contacto, para después dejarme caer de golpe.

—Fóllame bien —me anima entre gemidos de lo más primitivos.

—Estoy en ello —replico jadeante, pues soy yo la que está haciendo todo el trabajo.

—Joder, sí, eso es —jadea también.

Menos mal que, en los hoteles de lujo, las camas son robustas, porque de lo contrario ahora mismo el cabecero estaría molestando, y mucho, a los huéspedes de la habitación contigua. Bueno, hay que ver las cosas siempre por el lado positivo, porque follarse en silencio es, como poco, deprimente, no me digáis que no.

Joel sigue retorciéndose debajo de mi cuerpo. A pesar de sus limitados movimientos, sabe muy bien cómo colaborar para que esto termine siendo un polvo estupendo. Ha puesto una mano justo sobre mi sexo, para que con cada envite su pulgar presione sobre mi clítoris y, claro, cualquiera sabe, o debería saber, que ese gesto es lo mismo que conocer la combinación de una caja fuerte.

Me echo un poco hacia delante, hasta poder besarle, o más bien morderle el labio. Ambos jadeamos, nos robamos el aire, nos tocamos e incluso nos hacemos daño. Yo le clavo las uñas en el torso y él a mí en el culo. Da igual, estamos follando y hasta el dolor es bienvenido.

—Vamos, Heidi, un último esfuerzo, me tienes a punto —me apremia con un sonoro azote.

—¡Deja de llamarme Heidi! —protesto y le muerdo el cuello.

Responde alzando las caderas, penetrándome aún más, si eso es posible, y desestabilizándome un poco, de ahí que tenga que agarrarme a él como si fuera una garrapata.

También porque siento tal tensión recorriéndome por dentro que de alguna manera he de soportarla. Joder, la de ganas que tenía yo de echar un polvo así.

—Nunca pensé que me follaría a Heidi —añade entre gemidos.

—Ya vale —le advierto, y no dudo en inclinarme para poder tirarle del pelo a modo de aviso.

—Cómo me pones... —gruñe.

A partir de este punto no sé cuál de los dos se vuelve más agresivo. Nuestros movimientos son descoordinados y aun así no perdemos el contacto. Joel gruñe, aprieta los dientes y yo tengo la garganta seca de tanto gemir.

Pero merece la pena el esfuerzo, vaya que sí, cuando me corro y esa sensación única me electrifica todo el cuerpo. Y por cómo me clava las uñas en el culo, me da que él ha experimentado lo mismo.

—Uau —musito y, antes de que pueda decir algo más, me besa.

—Qué gozada... Heidi.

Me aparto para tumbarme a su lado. Pasaré por alto que de nuevo me ha llamado Heidi. Un precio muy pequeño en comparación con el orgasmo que he disfrutado.

Cierro los ojos, descansaré unos minutos y me volveré a mi habitación. Joel se mueve, supongo que se está quitando el condón.

—Espero que te recuperes en breve, aún nos queda un preservativo —murmura en tono jocoso.

—Lo mismo digo, machote —respondo en voz baja, con un tono similar al suyo.

No quiero que nada me jorobe este bienestar poscoital, así que me concentro en la sensación de placer. Joel permanece tumbado a mi lado, su respiración, lo mismo que la mía, se va relajando y algo me dice que se ha quedado dormido antes que yo.

Suspiro, ahora toca el desagradable trance de levantarse, ponerse algo encima y salir de aquí. Es una de las cosas que más me molestan del sexo esporádico. A veces echo de menos tener una relación más o menos estable, sólo por la comodidad que supone echar un polvo, dar media vuelta y dormir. Vale, estoy simplificando de una manera un tanto torpe lo que supone una relación, pero se me acaban de freír unas cuantas neuronas con el orgasmo, dadme tiempo a que me recupere.



Y ése es precisamente mi objetivo, recuperarme un poco y largarme.

\* \* \*

Joder. No tengo ni idea de qué hora es. Aún está oscuro. Estiro el brazo. Sí, hay un hombre durmiendo plácidamente junto a mí y, sí, sigo desnuda. Conclusión: me he quedado dormida en la habitación de Joel. En la cama de Joel. Después de follar con Joel.

Vale, que no cunda el pánico. Ahora sólo he de marcharme, haciendo el menor ruido posible. Me bajo de la cama a la misma velocidad que una viejecita octogenaria y agradezco el suelo enmoquetado, que no delata mis pasos. El albornoz está a los pies de la cama. Genial, me lo pongo y compruebo que la tarjeta de acceso está en el bolsillo. Salgo escopetada de la suite y bajo por la escalera hasta mi planta. Me siento igual que una fugitiva y respiro aliviada cuando cierro la puerta y veo a Tito aún dormido, tal como lo dejé.

Angelito...

Entonces me doy cuenta de un detalle primordial. No, no es que sólo hayamos usado un condón, eso puedo asumirlo, lo verdaderamente importante es que me he dejado el pijama de Heidi. Mierda. Vaya cagada. Ahora Joel tiene un argumento sólido para chincharme y sacarme los colores. Esto de escabullirse desnuda de una habitación no es lo mío. En fin, son casi las cinco de la madrugada, según dice el móvil, así que mejor me acuesto, descanso y ya veré cuando me levante. Espero que, más lúcida, sepa cómo solucionar esto.

Tito debe de tener un radar o algo así, pues no he terminado de cubrirme con el edredón cuando me rodea la cintura con un brazo y se pega a mí. Genial, ahora quiere hacer la cucharita.

Es un poco extraño, lo admito, follar con uno y acostarse con otro. Confío en que Tito no se anime por la mañana.

\* \* \*

—¿Qué te pasa? —protesta Tito cuando, tras el tercer intento, aparto su mano de mi sexo.

—Estoy con la regla —le digo gruñona.

Miento como una bellaca, pero algo tengo que decirle para que no siga. Podría decirle la verdad, sin embargo me da un poco de reparo contarle que anoche me escabullí, me fui a la habitación de Joel, eché un polvo y regresé con él como si nada. A saber lo que estáis pensando de mí, aunque, si os soy sincera, me importa más bien poco.

—Ya sabes que eso no me importa —dice, e insiste en tocarme, pero de repente se aparta y añade—: Eh, un momento. No puedes tener la regla dos veces en diez días. La semana pasada tuve que ir a comprarte tampones de emergencia a la farmacia porque se te habían acabado.

—Mierda —mascullo, porque me ha pillado. He de inventar algo, rápido—. Pues me debió de sentar mal la cena, porque me duele la barriga.

A ver, es una porquería de excusa, lo admito.

—Estás muy rara, Xim —dice, y se aparta.

Me vuelvo y lo miro. Tito se queda acostado boca arriba y se frota la cara, es evidente que le duele la cabeza y que esperaba echar un polvete mañanero para llevar mejor la resaca.

—Es que apenas he dormido, sólo es eso.

—¿Y por qué estás desnuda? —quiere saber.

¡El pijama!

¿Y cómo me lo monto para recuperarlo?

—Ay, Tito, no seas tan preguntón —protesto y, a pesar de que el cuerpo me pide diez horas de

sueño ininterrumpidas, abandono la cama.

Él me ha visto desnuda cientos de veces, así que ni me molesto en cubrirme mientras voy al cuarto de baño. Una vez dentro, y a pesar de que no me apetece, me meto bajo la ducha.

De alguna manera tengo que despejarme y organizar un plan de rescate para Heidi.

Ya sé que es de risa. Por norma general, una pierde las bragas, no el pijama, y además uno que la delata. ¿A cuánta gente conocéis con un pijama de Heidi? Es como llevar la etiqueta cosida con el nombre puesto, como hacíamos en el cole.

Sólo hay una forma, volver a la habitación de Joel, confiar en que en este rato no se haya despertado y fingir que sólo me he ido un minuto para ver cómo se encuentra su mejor amigo.

Sencillo, ¿verdad?

Pues mi gozo en un pozo, porque cuando salgo del baño, Tito, todo sonriente, me dice que su amiguito el dibujante quiere invitarnos a desayunar antes de marcharse.

A ver qué cara pongo yo ahora.

## Capítulo 6

—¿Qué tal el fin de semana? —le pregunto a Ful cuando entra en mi oficina, vestido aún con esa especie de condón gigante que se pone cuando hace el reconocimiento de los animales.

Mueve las cejas con toda la gracia de la que es capaz. Nunca ha sido muy expresivo que digamos. Se marcha a la zona de los aseos para quitarse el plástico protector y lavarse. Yo espero en mi mesa a que se digne contarme algo.

—Estupendo —responde cuando vuelve más presentable.

Ful es un tipo que viste de manera sencilla y cómoda, aunque siempre procura ir elegante. Hoy lleva un pantalón chino azul y una camisa en el mismo tono. Guapo, ¿a que sí?

—Mira que eres parco en palabras —me quejo.

—Y tú, ¿qué has hecho?

—Acostarme con dos tíos en una misma noche —le espeto, y ahora sí que se queda traspuesto.

—Joder, qué pendón *desorejao* —exclama una voz cantarina a mi espalda.

—Pija, a la oficina, nada de darles palique a estos dos, que luego no me rinden —le advierte Fran a su novia.

Ella se sienta con cuidado debido a su embarazo y con un gesto un tanto gracioso manda a Fran a paseo.

A él no le queda más remedio que claudicar y, la verdad, muchos, yo entre ellos, seguimos sin entender cómo pueden estar juntos. Y la explicación del embarazo no es suficiente, podría haberse hecho cargo del niño y punto. En fin, misterios de la vida.

—A ver, cuéntanos eso de que te acostaste con dos hombres —dice Ful en voz baja, y me doy cuenta de que se ha sonrojado.

—Con uno de forma estrictamente literal —les aclaro.

—Vaya, eso es publicidad engañosa —se queja Mapi—. Pero como estoy aburrida, me imaginaré lo más pervertido.

Les cuento mi aventura del fin de semana con Joel, omitiendo, como es lógico, algunos detalles, como por ejemplo que es un dibujante de Soft Hentai o que mi compañero de piso y yo mantenemos una relación especial, pues, si bien al principio todo el mundo pensaba que éramos algo más, con el tiempo se han convencido de que somos buenos amigos, sólo eso. De ahí que a nadie le extrañe el hecho de que me vaya con Tito un fin de semana.

—Y ahora llega el momento cumbre, porque estoy segura de que os morís de ganas de saber qué pasó en ese desayuno y si recuperé el pijama de Heidi.

»Os voy a hacer rabiarse un poco más mientras me preparo un café.

—Mientras Ximena se hace la interesante, cuéntanos qué tal con tu marido —le dice Mapi a Ful—. Que el otro día nos dejaste preocupadas.

Asiento.

—No ha sido nada especial, sólo hemos hablado mucho y...

Mapi y yo nos miramos y luego a él.

—Venga, que hay confianza —indica ella—. Digo yo que algo más que hablar habréis hecho.

—Puede —contesta Ful cohibido.

Mapi y yo volvemos a mirarnos.

—Entonces ¿damos la crisis por zanjada? —le pregunto, porque sé que no nos va a dar los detalles más morbosos.

—Sí, ahora estamos mucho mejor —nos confirma.

—Vaya porquería de reconciliación —se queja Mapi, haciéndonos reír—. En fin, Ximena, ¿vas a volver a ver a ese portento sexual?

—Yo no he dicho que lo fuera —la corrijo—. Sólo he comentado que al menos no me quedé a medias.

—¿Y hoy en día no es lo mismo? —reflexiona Mapi en voz alta.

—El caso es que no quedamos en nada.

—Chicas... —nos advierte Ful, señalando la puerta.

De nuevo el jefe en persona, escuchando a escondidas. Fran sonríe de medio lado. No creo que se sorprenda, pues si alguno de los presentes tiene un currículum digno de estudio, es él.

—Tenemos que irnos, nos espera mi madre —dice Fran mirando a su chica.

—¿Y no puedes dejarme media horita más? —replica ella un tanto zalamera.

Él se echa a reír, mira el reloj, niega con la cabeza y al final se marcha.

—Venga, al lío —me apremia Mapi—. ¿Qué pasó con el pijama?

—Que no conseguí recuperarlo —confieso—. Durante todo el desayuno, el muy cabrón se comportó como si nada.

—Quizá ni se dio cuenta de que te lo habías dejado en su suite —tercia Ful, mostrando su ingenuidad.

Mapi y yo negamos con la cabeza, convencidas de lo contrario.

—Estoy segura de que se lo ha guardado en prenda y de que, en algún momento, cuando menos te lo esperes, lo utilizará en tu contra —dice Mapi.

—¡Joder! No me digas eso —la regaño, porque fui un poco rastrera ocultándole el episodio a Tito y si se entera le sentará mal. No el hecho de que me haya tirado a Joel, sino que no se lo haya contado. Y más teniendo en cuenta que fue él quien nos presentó.

—Pues en ese caso no te queda más remedio que llamarlo y exigirle que te lo devuelva —sugiere ella.

—Entonces pensará que está interesada en él —interviene Ful, sorprendiéndonos con sus palabras; él, siempre tan discreto.

—¿Y no lo estás? —pregunta Mapi.

Hago una mueca, porque no tengo muy clara la respuesta.

¿Me apetece otro revolcón? Hombre, a priori sí, por supuesto. Joel apuntaba maneras y si resultó competente en la versión polvo-exprés, digo yo que en la versión extendida también será increíble.

—Puede... —respondo de forma indecisa.

—Aclárate. ¿Sí o no? —me presiona ella.

—Vale, pues sí —admito—. Pero, y es un pero como una catedral, no creo que, después de cómo nos comportamos, él esté por la labor. Fue el encuentro post sexo más extraño de mi vida.

—Te entiendo, a veces los hombres son como extraterrestres. No se enteran de nada. O quizá éste sea más tonto que la media —añade Mapi.

—Como único representante del género masculino, debo decir que me siento ofendido —bromea Fulgencio—. Aunque tenéis la razón, algunos son estúpidos.

Los tres nos echamos a reír.

—Bueno, pues no se hable más. Llamas a ese tipo y a ver qué te dice —propone Mapi resuelta—. Y ahora me voy a ver a vuestro jefe y a decirle lo duro que trabajáis por la empresa.

Se levanta con dificultad y camina despacio, eso sí, con una sonrisita.

Como ya hemos pasado un buen rato de cháchara, me concentro delante del ordenador; tengo un montón de facturas que contabilizar. Hay muchos gastos, pero no he de preocuparme por si son justificados. Fran es uno de esos extraños jefes que gastan más bien poco en asuntos personales. Sí, también me encargo de sus cuentas. Pero no os voy a contar cuánto gana ni en qué banco guarda sus ahorros.

Me limito a introducir los datos en el sistema. Después me ocuparé de los albaranes de entrega. Es increíble lo bien que marcha todo; desde que empezamos a vender la mayor parte de la producción a una multinacional europea, los beneficios se han duplicado. Y no tardaremos mucho en ampliar la plantilla. Y eso son buenas noticias. Y, por supuesto, sin dejar de atender a los clientes originales, los que confiaron en nosotros cuando empezamos.

Tengo la cabeza llena de números y, la verdad, tras un día de sobrecarga laboral, necesito distraerme un poco, así que me voy a la taberna del pueblo a tomar algo con Fulgencio. Le envío un mensaje a Tito para que venga a buscarme más tarde, ya que si voy a beber no puedo conducir. La respuesta es un tanto extraña:

**Tito:** Me apetecía cenar en casa, contigo. Necesito una amiga que me prepare comida casera.

**Yo:** ¿Me estás vacilando?

**Tito:** Sí, un poco.

**Yo:** Ja, ja, ja.

**Tito:** Vale, te recojo en dos horas.

Con amigos así da gusto.

Ful y yo nos pedimos unas cervezas bien frías y algo para picar. Al poco se nos une Eleuterio. Los miro a los dos, a veces me gustaría que fueran un poco más efusivos. Nadie diría que están casados.

La tasca del pueblo es como poco pintoresca, de las de toda la vida. Aquí se juntan los parroquianos de siempre para jugar al dominó con su chato de vino y gente como nosotros, que venimos a pasar buenos ratos al salir del trabajo. Aquí nos olvidamos de casi todo, y de eso se trata. Las cañitas van y vienen y las risas con los colegas están aseguradas. Y de esa forma me encuentra Tito, riéndome del último chiste verde del dueño del bar, que cuando empieza, no para.

—¿Estás muy perjudicada? —me pregunta él acercándose para ayudarme por si fuera necesario.

—¡Os he contado el de la orgía?! —grita el dueño, y todos le prestamos atención por quedar bien, no porque nos interese. Aunque vamos un poco alegres y, por lo tanto, lo soportamos mejor.

—Joder —se queja Tito, y le hago un sitio a mi lado—. Yo no tengo cuerpo para esto.

—Calla. Ahora nos vamos —le digo.

—Dos viejos amigos se encuentran por la calle y uno le dice al otro: «¿Te vienes esta noche a una orgía? Ya sabes, placer sin límites, sexo desenfrenado, nada está prohibido...» —cuenta con voz sugerente—. Entonces el amigo le pregunta: «¿Cuántos seremos?». A lo que el primero responde: «Si te traes a tu mujer, tres».

Tito, muy a su pesar, se ríe con nosotros. Aunque murmura para no ofender:

—Es malo de solemnidad.

Nos despedimos de los presentes y nos montamos en su coche. Mañana tendré que abusar de él

de nuevo y pedirle que me lleve a trabajar. Lo miro de reojo. Está guapísimo con su aire de chico rebelde, qué bien le sientan los vaqueros rotos.

En veinte minutos estamos en casa y puede que sólo hayan sido tres cañitas, pero como no he comido casi nada, estoy un poquito alegre. Tito, que me conoce como si me hubiera parido, me mira con media sonrisa y saca un táper del frigorífico.

—Creo que son las lentejas que sobraron ayer —dice, y las sirve en un plato.

—Calientalas por lo menos —le pido resignada.

—Si no hubieras estado por ahí zascandileando...

—¿Ésta va a ser nuestra primera pelea, churri? —replico con ironía y él se limita a poner delante de mis narices el plato de lentejas recalentado, las lentejas que preparé yo ayer, y se queda cruzado de brazos mirándome—. ¿Tú ya has cenado? —Asiente.

Me acomodo en un taburete, al otro lado de la barra de la cocina, y no me hace mucha gracia cenar lentejas, pero a buen hambre no hay pan duro, así que me ventilo el plato y después cojo una pieza de fruta. Parece que ya se me está pasando el contentillo que traía del bar.

—¿Qué tal hoy? —pregunto, mientras limpio una manzana con la manga de la camiseta.

—¿Vamos a mantener una conversación de parejita aburrida? —pregunta Tito con cachondeo.

No sé qué pretende o si me está tomando el pelo, pero así, a lo tonto, me han entrado ganas de tocarle un poco las narices. Dejo la manzana y cojo un plátano; sí, el más grande. Y sí, lo voy a hacer. Ya sé que es vulgar, pero la cara de Tito es un poema. Sigue cruzado de brazos mientras pelo la fruta.

—Entonces... me estabas contando que hoy has tenido un día... ¿interesante, churri? —murmuro, y le doy el primer mordisco al plátano poniendo unos morritos de alucine.

Creo que ha siseado.

Lástima que no me los haya pintado de rojo fuerte antes, para que el efecto sea mayor.

—Sí, interesante —repito sin pestañear.

—¿Sigues a la greña con tu jefa?

—Sí, es una cabrona y me ha obligado a rehacer el proyecto —responde, y yo le doy otro mordisco al plátano, exagerando, por supuesto—. Xim, ¿me estás haciendo una propuesta en firme?

—¿Yo? ¡¿Qué dices?! Sólo estoy tomando el... —un mordisco más, uno bien grande, de los de atragantarse— postre.

—Xim...

—¿Sí?

—Te la estás jugando —me advierte, y hace amago de abrirse la bragueta.

Me acabo el plátano y me limpio la boca con la servilleta. Tito se ha excitado. Y yo, todo hay que decirlo. Me bajo del taburete y, con la excusa de recoger el plato, rodeo la barra de la cocina hasta llegar al fregadero. Él sigue ahí, apoyado en la encimera, expectante y vigilando todos mis movimientos.

—Al final no me has contado qué te ha hecho tu jefa... —susurro, y antes de que responda le agarro el cinturón y se lo desabrocho.

—Xim..., que no estoy para juegos —me avisa.

—Ni yo —digo y me dejo caer de rodillas.

Tito inspira hondo, yo le aparto la ropa y le doy un beso en la punta del pene, a modo de aperitivo. Me humedezco los labios y, despacio, para que pueda sentirlo bien, voy introduciéndomelo en la boca. Succiono con fuerza y cuando más entregado está, freno en seco.

—Cuéntame ahora cómo te ha ido el día, churri...

Tito se aclara la voz, a ver cómo se las apaña para articular palabra.

Yo sigo a lo mío y por cómo respira es evidente que lo está disfrutando.

—Me tiene hasta los cojones —consigue decir, pues es difícil hablar y jadear al mismo tiempo—. Todo me lo rebate, no le gusta nada de lo que propongo...

Reconozco que mi idea al volver a casa no era acabar de rodillas en la cocina haciéndole una mamada a Tito, pero, oye, el pobre lo está pasando realmente mal con las putadas de su jefa y un poco de distracción nunca viene mal. Pensaréis que no es normal que nos comportemos de esta forma, que recurramos al sexo para sentirnos mejor; sin embargo, yo os planteo la cuestión de otro modo: ¿a quién hacemos daño? Exacto, a nadie.

—Joder, qué boca tienes... —jadea, y adelanta las caderas para meterse más adentro.

—Sigue contándome qué te ha pasado —le digo.

—No hables con la boca llena —me reprende él con ironía.

Sonrío. A Tito cada vez le cuesta más respirar, por lo que al relatarme sus problemas sólo consigue articular palabras de lo más explícitas y soeces. A mí no me ofenden, todo lo contrario, me encanta saber que lo estoy haciendo tan tan bien que se desespera y suelta incoherencias. También noto que me deshace la coleta para enredar la mano en mi pelo y tirar de él. Eso significa que está a punto de correrse. Así que le regalaré mi toque mágico. Sin soltar su erección, utilizo la lengua para recorrer la punta, sin duda la parte más sensible.

—Xim, joder, sí, ahí, coño, qué boca, más fuerte...

—Córrete, Tito —ordeno, y le doy un buen apretón en las pelotas, lo que resulta definitivo.

Obedece entre gemidos y gruñidos. Me tira del pelo con saña y eyacula en mi boca.

—Gracias, lo necesitaba —suspira luego, sin duda más aliviado.

Me ayuda a incorporarme y me abraza.

—¿Mejor? —pregunto.

—¿Qué haría yo sin ti? —dice con ese cariño que podría confundirse con otra cosa.

—No me digas esas cosas, Tito —lo regaño.

Me aparto de él, ha llegado la hora de que cada mochuelo se vaya a su olivo.

—Eh, ven aquí, ahora es tu turno.

—¿De qué hablas?

Me acorrala contra la barra de la cocina y esboza una sonrisita muy peligrosa.

—Yo voy a dormir a pierna suelta gracias a ti, lo menos que puedo hacer es devolvarte el favor —explica, y desabrocha el primer botón de mis vaqueros.

Y no se queda ahí, me los abre por completo hasta meter la mano dentro de mis bragas. Sí, hoy también llevo unas sencillas. A ver si busco un rato y voy de compras.

—No hace falta —digo sin mucha convicción, porque en cuanto roza mi sexo con un dedo, me derrito.

—No mientas, Xim, estás cachonda y empapada, así que esto te lo soluciono yo en cinco minutos.

Y cuando promete algo así, Tito lo cumple. Vaya que si lo cumple. Sus dedos se mueven con precisión, tocan, rozan, presionan, entran y salen de mi cuerpo y me llevan a ese estado que me hace gemir, gemir y gemir como una posesa.

Y todo ello aderezado con un buen puñado de palabras explícitas susurradas.

Duermo como una bendita.

## Capítulo 7

Una semana más.

Siempre lo mismo, rutina, trabajo, alguna cervecita con los compañeros. Cotilleos con la novia del jefe que no van a ninguna parte. Y tres días, al llegar a casa, «*Eungenio*» Salvador Dalí a todo trapo. Tito está fatal. Ni siquiera mi famosa tortilla de patata le ha levantado el ánimo.

Por lo poco que hemos hablado (y no, no ha sido porque hayamos estado follando como mandriles), se está planteando dejar el trabajo. No obstante, lo he convencido de que aguante un poco más, tarde o temprano su jefa se aburrirá de tocarle la moral y todo volverá a la normalidad.

Y por fin es viernes. ¡Yupi! No tengo ningún plan a la vista y aquí estoy, mirando las sobras del frigorífico, porque hoy cenaré sola y no me apetece cocinar. Tito está arreglándose en su cuarto. No, no tiene una cita. Tiene una de esas cenas de empresa en las que todos deben ir elegantes.

—Uau. ¡Tío bueno! ¡Quiero un hijo tuyo! —exclamo, no, más bien grito, cuando lo veo salir de «la polvera» con su traje negro.

—¿Con o sin corbata? —me pregunta esbozando una sonrisilla pícara ante mis efusivos piropos.

—Uf, deja que me recupere, machote —murmuro abanicándome.

—Tú también estás «arreatadora» —se guasea, porque voy para echarme de casa por cutre.

Me he puesto unos leggins que, aparte de viejos, tienen algún que otro agujerillo en la costura interior. Y para completar el «glamuroso e inimitable conjunto doméstico», llevo una camiseta negra con un montón de salpicaduras de lejía, de cuando limpio los baños. Podría tirarme el rollo y decir que es de un mercadillo hípster, pero ya sabéis que la moda y yo no somos muy amigas.

—Venga, ya sé que no tienes ni puta idea de estilo, pero necesito tu opinión: ¿corbata azul o roja? —me pregunta, mostrándome ambas.

—Mmmm, depende.

—No me jodas, Xim. Elige.

—A ver, estás para comerte enterito —insisto relamiéndome; él se ríe ante mi gesto y posa como un modelo—, así que vas a causar sensación en la cena y, dependiendo de cómo se te dé la noche, puede que el color de la corbata sea lo de menos.

—Déjate de elucubraciones, coño, venga: ¿azul o roja?

No sé para qué pregunta, si sabe que soy una negada para estos menesteres.

—La que sea, llévala en el bolsillo —propongo, y me mira raro. Me acerco hasta él y, aparte de alisarle las solapas de la chaqueta cual madre amantísima y orgullosa, cojo una al azar y se la enrolla en la muñeca—. Para atar o utilizarla de venda para los ojos, ¿qué importa?

—Mierda, te veo muy juguetona, a lo mejor debería quedarme y mandar a paseo esa maldita fiesta a la que no me apetece ir —dice e intenta abrazarme, aunque yo me aparto.

—Por muy tentador que resulte arrancarte a «bocaos» ese traje que llevas, vas a asistir a la fiesta, porque estarán los mandamases y debes congraciarte con ellos, ¿estamos?

—Bueno, vale —murmura, haciendo una mueca de resignación.

—Pásatelo de puta madre y olvídate de tu jefa, Tito.



—Lo intentaré, pero siendo la hija de uno de los jefes...

—Eso explica muchas cosas —comento, y él asiente.

—En fin, me largo. No vendré a dormir, nos han reservado una habitación de hotel. Así que no me esperes levantada, churri.

—Ay, cariñito, ¡qué sola me dejas!

Lo acompaño hasta la puerta. Al final ha aceptado mi sugerencia y lleva la corbata en el bolsillo. Le entrego su bolsa de viaje y, justo antes de que se vaya, le doy un beso de película y un azote en el culo.

—Xim..., que al final me quedo.

—No seas tonto. Anda, vete.

—Ah, por cierto, ha llegado un paquete para ti esta tarde. ¿Algún nuevo vibrador que has comprado por internet y del que no he sido informado?

—Qué tonto eres. ¿Por qué piensas que es un vibrador? —pregunto.

—No pone el remitente y el envoltorio es de lo más enigmático. Porque he andado liado, que si no, lo abro y fisgo un poco.

—Pues sí, es un vibrador, el turbo dos mil con ocho velocidades y doble cabezal —miento, aunque no he pedido nada, pero sólo por ver su cara...

Tito silba y me pone morritos. Yo lo empujo fuera con una sonrisa ante sus payasadas. Incluso saca la corbata que lleva en el bolsillo y la agita delante de mis narices.

—Tú, yo y el turbo dos mil, un planazo.

—¡Largo!

Por fin consigo que se marche. El muy tonto se preocupa por dejarme sola un viernes por la noche. Sí, bueno, lo reconozco, el plan que tengo es «cojonudo»: comer sobras, tirarme en el sofá..., en una palabra: haraganear.

Y lo voy a hacer a conciencia. Pero entonces me acuerdo de lo que me ha dicho Tito y voy a mi habitación. En efecto, sobre el escritorio hay un paquete. Por el tamaño poco puedo averiguar y, como me ha adelantado él, no hay remitente.

Seguro que se trata de una broma de Tito. Anda que no le gusta tocarme las narices. De ahí que me lo tome con filosofía.

Abro el paquete y frunzo el cejo. Dentro hay una carpeta tamaño folio. Esto resulta intrigante, así que la abro y me encuentro con un dibujo de...

—¡Oh, joder, si soy yo! —exclamo al reconocerme, porque ¿a quién conozco que tenga un pijama veraniego de Heidi?

Y ya la prueba definitiva es la nota escrita al pie del dibujo:

Esto es una reproducción fidedigna del original, que me quedo en prenda. Si quieres recuperarlo, tendrás que darme algo a cambio.

*J. M.*

—¡Será cabrón!

Mi primer impulso es arrugar el dibujo y tirarlo; no obstante, pienso que a lo mejor vale algo, al fin y al cabo, es un original y seguro que más de un friki fan pagaría un buen dinero. Pero... admito que la razón por la que lo vuelvo a guardar es otra. No sólo porque me haya acostado con un «famoso» (algo de lo que no he alardeado), sino también porque mandar este detalle ha sido elegante, no me digáis que no.

De acuerdo, ha pasado de mí como de la peste, pero no es menos cierto que yo no me mostré muy entusiasmada que digamos a la mañana siguiente. Apenas lo miré mientras desayunábamos

con Tito y mucho menos dije nada que lo incitara a llamarme.

En fin, pienso, nunca recuperaré a Heidi. Le diré a Tito que se me ha caído lejía o algo así.

Regreso a la cocina e inspecciono el frigorífico. Estoy demasiado vaga como para freírme un huevo, pero he de alimentarme, así que volveré a mi primera idea: comer sobras. Tuerzo el gesto al sacar uno de los táperes; creo que contiene ensaladilla, pero el color es sospechoso.

—Puaj, qué asco —mascullo, y tiro el contenido a la basura. No veo que en la nevera quede mucho más que se pueda comer.

Me voy por el móvil, recurriremos a la tecnología. Abro la aplicación de comida a domicilio y miro los menús, pero cuando estoy a punto de elegir, suena el timbre. Seguro que será Tito, que habrá dado media vuelta. Suspiro y voy a abrir, y me quedo alucinada al ver a quien menos esperaba.

Joel levanta una bolsa de papel que tiene toda la pinta de contener comida y sonrío. Hoy no viene con traje, ha elegido un atuendo más informal. Vaqueros y una camiseta con un estampado enorme de *Niebla*, el perro de Heidi.

—¿Puedo pasar?

—¿Qué haces aquí? —contesto con otra pregunta, y Joel me mira de arriba abajo. Joder, voy hecha un asco. No es que me importe mucho, sin embargo, de haber podido elegir, pues oye, una camiseta un poco más mona sí me hubiese puesto.

El olor de la comida hace que empiece a salivar y, por tanto, a olvidar que se ha presentado sin avisar tras haberme mandado un regalito y que desconozco sus intenciones.

—Eso de ahí... ¿es comida? —digo.

—Por supuesto —responde, moviendo la bolsa delante de mis narices.

Frunzo el cejo. Todo esto es muy sospechoso, ¿no os parece? Sigo sin fiarme, pero el hambre es el hambre, así que me aparto y le hago un gesto para que entre. Joel disimula bastante mal una sonrisa y camina hasta la barra de la cocina. Mmmm, «buen culo», pienso y entonces reparo en que también lleva un maletín.

—¿Y eso? —Señalo el maletín.

—Cosas de trabajo, tengo esperanzas para esta noche.

El hambre está haciendo mella en mi cabeza, pues no he entendido qué ha querido decir.

Me froto las sienes, primero me alimentaré y luego haré las preguntas pertinentes.

—Me muero de hambre, ¿qué has traído?

—Comida casera, de la de toda la vida. Empezando por bocadillo de lomo con pimientos asados.

—¡Ay, madre del amor hermoso! —exclamo derretida cuando veo semejante *delicatessen*.

—De la mejor tasca de la ciudad. Garantizado —añade de forma innecesaria, porque con el olor ya me había convencido.

—Pues muchas gracias por el detalle. Ya puedes irte —le espeto sólo por ver su reacción, y, como suponía, no le ha gustado nada.

No soy tonta, esto no es una casualidad. Mi nevera vacía, Tito fuera de casa y un tipo, vamos a decir «famosete en el mundillo del manga», se presenta con comida. ¿Blanco y en botella?

Exacto, una maquinación del conspirador de mi amante ocasional y compañero de piso.

—Si no te importa... —me arrebató el bocadillo y le da un buen mordisco—, no voy a compartir mi comida con una maleducada.

—Bueno, vale, puedes quedarte a cenar —digo, optando por el mal menor, pero luego lo echaré de casa. Palabra.

—A cenar... —murmura con retintín, y, sin esperar a que le dé permiso, se acomoda en uno de

los taburetes de la cocina.

—¿Una cerveza? —pregunto sarcástica.

—Sí, gracias.

—Bonita camiseta —le suelto, tras acercarle un botellín y abrir otro para mí.

Ni vaso ni nada, bebemos a morro. A Joel no parece molestarle.

—La he comprado pensando en ti.

Aunque estoy mosqueada por la encerrona de Tito, eso no quita para que sea educada y, mientras me pongo las botas con la cena, le doy conversación. Pero no le pregunto cómo ha orquestado esta aparición estelar, sino que opto por temas menos controvertidos, como por ejemplo su trabajo, pues, aunque no lo admitiría jamás en voz alta, he curioseado en su web oficial y me he comprado dos de sus anteriores libros.

—¿Estás intentando sonsacarme? —replica cuando así, de pasada, le pregunto por la continuación de *Odio a mi jefa*. Me he quedado con las ganas de saber cómo acaba esa historia.

—No, sólo era por hablar de algo —miento con descaro.

Joel sonrío, no he debido de ser muy convincente.

—Quien algo quiere, algo le cuesta —me dice con aire guasón.

—¿Quieres decir que aceptas sobornos?

—Sí, aunque, en tu caso, deberá ser muy generoso, porque ya estás en deuda conmigo —me suelta todo chulo.

—¿Perdona?

—¿Te hago una lista? Muy bien, tengo una prenda tuya, te he traído la cena y además pretendes sacarme información, así que...

—Mmmm, no sabía que fueras tan interesado —le espeto, y me pongo a recoger los platos y a buscar una excusa para que se vaya.

—Te propongo un intercambio justo.

Joel se acerca, no sé si para ayudar o intimidar. Me pasa los cacharros y hasta los mete en el lavavajillas después de que yo los enjuague.

Me sorprende, porque este tipo debe de ganar pasta y lo más seguro es que tenga asistenta.

—Me suena a artimaña —mascullo, y le hago un gesto para que continúe. No porque esté interesada, claro que no, pero curiosidad sí tengo.

—Posa para mí —propone, y ahora entiendo el porqué del maletín que ha traído.

Lo miro con recelo.

—A ver, un momento, ¿me tomas el pelo? Se supone que dibujas y punto. ¿Has perdido la inspiración? —me burlo, y aún puedo hacerlo mucho más—: ¿Necesitas una musa?

—No exageres. Sólo quiero hacer unos bocetos, unas posturas que se me resisten y a ti te tengo a mano.

Su tono ha sido un poco de perdonavidas.

—¿Para *Odio a mi jefa 2*?

—No, para otro proyecto —contesta con aire misterioso.

A ver, os digo una cosa, mi ego está empujándome a gritar «¡sí, claro que sí!». Porque, reconozcámoslo, que un dibujante famoso (vale, dentro de su gremio) te pida algo semejante es un honor; sin embargo, no me fío. O, mejor dicho, algo pretende y antes me gustaría saber qué.

Y si encima sé qué tipo de dibujos hace...

—¿Sólo quieres que pose para ti? —pregunto suspicaz.

—Te creía más inteligente —contesta, confirmando mis sospechas—. No hagas preguntas si ya conoces las respuestas.

—No sé posar y menos desnuda —alego, y él sabe que sólo estoy buscando excusas y bastante peregrinas.

—Ya te he visto desnuda, ahora es diferente.

Os estaréis preguntando dónde ha quedado mi propósito más o menos firme de mandarlo a paseo tras la cena, pues bien, se ha evaporado. El muy puñetero es hábil llevándome a su terreno y yo me estoy dejando llevar porque, asumámoslo, me pica la curiosidad (y otras cosas).

—Está bien, pues tú dirás cómo quieres que me ponga. —Me mira divertido, por lo que añado —: Para que te resulte más cómodo y puedas dibujar a tus anchas.

Vuelve a sonreír de forma que roza la arrogancia.

—Eres tú quien ha de estar cómoda —murmura.

¿Me lo ha parecido a mí o me está tirando los tejos de la forma más extraña del mundo? Ah, espera, que es un friki, aunque no vista como tal, pese a la camiseta de *Niebla*, que reconozco que ha tenido su gracia. Reformulo la pregunta: ¿me está tirando los tejos de forma friki? Espera, ¿existe un término friki para esto?

Ostris, estoy desvariando.

—El sofá me parece perfecto. Recuéstate.

Tito y yo tenemos una norma sobre «hacer cosas» en el sofá. Y con eso me refiero a no hacer nada que pueda manchar la tapicería. A él se le antojó comprar este Chéster, porque era lo más de lo más del pijerío decorativo, y a mí me pareció carísimo y algo incómodo, de ahí la norma.

Pero sólo voy a posar, eso no es «hacer cosas».

Entendámonos, cuando Tito dijo eso se refería a guarradas, es decir, cualquier actividad en la que puedan caer fluidos, lo que incluye, mal pensados, comer o beber alimentos pringosos.

Y no, tampoco se puede follar en el Chéster.

Me tumbo de lado y estiro las piernas a lo maja vestida, esperando no acabar desnuda. Joel se sienta en el suelo con su maletín al lado y saca, pásmate, un bloc de lo más corriente y un lápiz como el que yo usaba en el colegio, sí, uno de sos de rayas amarillas y negras.

Y yo que pensaba que los artistas tenían un ritual o algo así...

—Bien, no llevas sujetador, eso está bien —dice en tono prosaico el muy cretino, lo que quiere decir que durante la cena (o soborno, aunque el lomo con pimientos estaba de muerte) se ha fijado —. Deja caer la camiseta y que quede el hombro desnudo, y si ya de paso muestras un poco más de piel, perfecto.

—¿Así? —pregunto, intentando sonar aburrída, aunque no lo estoy.

Como habréis adivinado, no tengo la más remota idea de posar, es la primera vez y me siento un poco cohibida. Mostrar piel ha dicho, pero ¿cuánta exactamente? Podría ser un poco más específico.

He dejado que la camiseta resbale lo suficiente como para casi enseñar una teta, aunque creo que aún no muestro la areola. Sigo sin sentirme del todo a gusto, noto tensión en las piernas y eso que las he estirado. No sé, esto no me parece buena idea.

Y encima él no me presta atención.

—No está mal —murmura sin apenas mirarme—. Ahora, si no te importa, deja que las piernas adquieran una postura natural, cómoda, nada de posar para un calendario.

Estoy por mandarlo a paseo. Admito que me intriga un poco esto, pero no me convence. Le daré una oportunidad. Como vuelva a decirme alguna estupidez, finalizaré mi breve e improductiva carrera de modelo.

—De acuerdo —digo, pues no me parece una mala sugerencia, teniendo en cuenta que a saber cuánto tiempo me va a tener así.

Joel escribe algo o pinta o yo qué sé, porque no alcanzo a verlo. Estoy a punto de preguntarle si quiere un cojín, porque ahí sentado se le va a quedar el culo dolorido, pero a lo mejor son manías de artista, por lo que cierro el pico.

—Y, por último, métete una mano dentro de las bragas.

## Capítulo 8

—¿Perdona?

Suspira como si le aburriera o, peor aún, le molestara mi reacción.

Por lo visto, el orgullo y la indolencia propios del artista han hecho acto de presencia. Debería habérmelo imaginado.

—Si alguna vez se me antoja, puede que hasta me dé por ilustrar un cuento infantil, sin embargo, creo que a estas alturas sabes qué tipo de dibujos hago, por lo tanto, tu perplejidad es del todo absurda —me espeta en plan académico y pedante, aunque después insiste—: Métete una mano dentro de las bragas y, a ser posible, que tu rostro muestre cierto placer al hacerlo.

Tengo que darle una réplica acorde con su pedantería.

—En mi vida he sido testigo de artimañas más o menos surrealistas por parte de los hombres para llevarse a la chica al huerto —digo, y él arquea una ceja—. No lo critico, sólo constato un hecho.

—Pero luego la dama en cuestión elegirá si le apetece o no ir al huerto.

Y, ya de paso, dejo claro que al revés se aplica el mismo rasero. Aun así, esto de que Joel, escudándose en su, vamos a decir «talento», me pida que me masturbe delante de sus narices, es un poco retorcido.

Y precipitado.

—No creo que tengamos la suficiente confianza como para esto —alego, y estoy dispuesta a poner fin a esta sesión de posado a la voz de ya.

—Finge un poco, anda, que seguro que en más de una ocasión te has visto obligada a hacerlo —replica en el mismo tono de sabelotodo—. No hace falta que te masturbes si no quieres, aunque, si me permites una sincera opinión, sería mucho más intenso y, por supuesto, realista.

¿Lo mando ya a paseo o agunto un poco más?

—Fingiré —mascullo, y meto una mano dentro de mis bragas. De paso, hago memoria para saber cuáles llevo hoy y hago una mueca: son unas azul clarito de lo más virginales y horrendas.

Tito tiene razón, debo invertir más en lencería.

—Como quieras —musita y se concentra en su dibujo.

No tengo mucha idea de qué cara pongo cuando estoy metida en faena. No me gusta verme en vídeo. Nos filmamos una vez con Tito y después me daba reparo verlo. A él no, él se lo pasó en grande dándole a la pausa, para adelante, para atrás, rápido, lento... como un niño pequeño, mientras yo me moría de vergüenza.

Así pues, recurriré un poco a los buenos recuerdos, a esas imágenes que evocan sexo, y pienso si el vibrador que está en la mesilla de noche tiene pilas para usarlo después, porque, seamos sinceras, esta aparente tontería me está resultando curiosa.

Nos pasamos un buen rato así, en silencio. Yo aguantando la postura, aunque empieza a dolerme la espalda de mantener cierta tensión. Sigo con una mano dentro de las bragas, pero no me toco. Y lo de fingir... se me da de pena.

Quizá porque estoy ante un público difícil.

—Esto no funciona —se queja Joel, y cierra el cuaderno de malos modos, impidiéndome ver sus garabatos. Luego se acerca de rodillas hasta el sofá y me ordena—: No te muevas.

Sin pedir permiso, me coge la mano. Ni se digna mirarme. Podría apartarlo de un empujón, sin embargo, me pilla desprevenida cuando, sin previo aviso, tira de los leggins, y éstos, que tienen la goma hecha una mierda, se bajan sin oponer resistencia.

De verdad, van a ir a la basura, esto pasa por aprovechar tanto las cosas.

—¡Oye! Las manos quietas —exclamo.

Pero por un oído le entra y por otro le sale, porque, a pesar de mi resistencia, va por las bragas, y nada de quitármelas, me las rompe.

Bueno, eran feas, me lo puedo permitir.

—Ahora, separa las piernas.

—¡Te he dicho que no voy a posar desnuda! —le recuerdo, y él se limita a negar con la cabeza.

—Qué difícil es la vida del artista —se lamenta con aire teatrero y me agarra las rodillas para separármelas.

Yo hace días que no me depilo como debería, y por ahí abajo debo de estar de aquella manera. Tito me recuerda más de una vez que, haga o no haga falta, hay que depilarse. Es la versión moderna de las abuelas de antes, que te decían aquello de «ponte una muda limpia, por si te pasa algo».

Debería exigirle unas bragas nuevas, pero eso sería abusar puesto que las rotas eran viejas.

Y entre que me sonrojo y reacciono, Joel se ha inclinado y...

—¡Oh, joder! —farfullo, cuando empieza a lamerme.

Nada de tanteos, directo al grano, en este caso, directo a mi clítoris, que se alegra, y mucho, de que una lengua, bastante habilidosa, juegue con él.

Y ya no digamos la dueña.

No sé por qué contengo los gemidos, tengo el puño en la boca. Estamos solos en casa, puedo ser todo lo escandalosa que me dé la real gana, y lo cierto es que la boca de Joel y, por descontado, sus manos, están poniendo mucho empeño en que me vuelva loca.

Y a la porra con las normas de lo que se puede hacer o no en el Chéster.

Ejerce la presión justa para mantenerme impaciente. Con la punta de la lengua acaricia, lame y vuelta a empezar, mientras con los dedos no deja de penetrarme. Toda esa combinación descuadra a cualquiera y cuando digo «descuadra» quiero decir que me está llevando a tal estado de excitación que me voy a correr antes de lo que desearía.

Y sí, en el Chéster, me importa un pimiento si quedan manchas en la tapicería roja. Nos lo vendieron como lavable, así que me limitaré a disfrutar.

—Mmmm, joder, sigue —mascullo, porque entre jadeos mi voz suena poco clara.

—Con lo difícil que me lo has puesto y ahora cómo disfrutas —musita él con aire satisfecho por tenerme en este estado.

—Calla y sigue, que lo haces bastante bien —le espeto, porque no quiero que lo estropee ahora.

Joel parece entender demasiado bien cuáles son mis necesidades, al menos las que al sexo se refieren, porque, seré sincera, la de tíos que hay por ahí sueltos que no tienen la menor idea de cómo satisfacer a una mujer y ya ni hablemos del sexo oral. Hay muchos que, cuando se meten en faena, parecen cerdos buscando trufas. Incluso los ruidos son desagradables. Siento la comparación, pero es bien cierto. Pues os aseguro que Joel no busca trufas, los murmullos que emite son de lo más morbosos y me ponen muy cachonda.

—Deja de retorcerte —exige, y estira una mano para llegar al pezón y apretármelo.

—He dicho que no hables —le repito tensa, porque cada vez que se detiene me desespero, pese

a que en cuanto se pone de nuevo, enseguida me tiene frenética y ansiosa por correrme.

Por si acaso, estiro el brazo y enredo las manos en su pelo, lo despeino con ganas, a medida que todo se vuelve más intenso y casi insoportable. Qué boca, qué labios..., ¡qué locura!

—Joder, sí, un poco más, ahí, ahí...

—Sé cómo hacer esto —protesta; no le gusta mucho que le dé instrucciones, aunque digo yo que siempre ayuda.

—Pues no lo parece —le suelto un poco chula, lo admito, pero es que estaba a puntito, maldita sea, de correrme.

Se aparta y alza la cabeza, de ese modo pierdo el contacto de su boca, aunque sigue enredando con los dedos.

—Estás empapada y, ¿sabes qué? me da la sensación de que no te han comido así el coño en la vida.

Parpadeo, porque su arrogancia me deja estupefacta.

—¿De verdad has dicho lo que he oído?

—Sí, y si quieres te lo repito, aunque algo me dice... —hace una pausa y sus dedos alcanzan un punto demasiado sensible como para no gemir— que discutir en este preciso momento no es lo que más deseas.

Vuelve a hacerlo, jadeo y sabe que me tiene a su merced. Bueno, seamos prácticos, no discutiré, que acabe y luego ya veré cómo me lo quito de encima.

Trago saliva, él sigue mirándome a la espera de una respuesta o, mejor dicho, de que admita en voz alta que tiene toda la maldita razón. Con otro tipo no me costaría asumirlo, no obstante, creo que Joel ya va bastante subidito de autoestima como para darle aún más munición.

—Entonces... ¿sigo o no? —pregunta con sarcasmo.

—Sí, joder, sigue —grazno, y su sonrisa es demasiado petulante.

—Di las palabras mágicas.

—Lo haces de puta madre —claudico, aunque añado con impertinencia—: ¿Te vale así?

—Puede.

Resoplo, porque está jugando conmigo.

—Vale, estás muy cerca de entrar en el *top five* de mi lista particular de sexo oral.

—Eso quiere decir que debo conseguir el número uno como sea —replica con unos aires de superioridad que, por supuesto, no dejaré pasar por alto.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer.

—Devorarte el coño —sentencia.

A partir de ese momento, se convierte en el puto amo del sexo oral. Ostris, qué bien me lo está haciendo.

Me cuesta mantener los ojos abiertos, pese a que verlo arrodillado a mis pies y sentir el roce de su pelo en el interior de los muslos sea de lo más erótico. No puedo contener ni un solo gemido y menos aún los movimientos constantes de la pelvis, buscando el mayor contacto posible. Sé que él intenta mantenerme con el trasero pegado al sofá, pero de verdad que no puedo dejar de retorcerme.

—Córrete de una jodida vez —ordena, y, lejos de sentirme ofendida, me encanta la urgencia y la tensión que noto en su voz—. En mi boca, quiero saborearlo todo.

¡Oh, por favor, qué frase tan morbosa!

Lanzo un último gemido lastimero o aullido, yo qué sé, justo cuando alcanzo ese punto en el que todo el cuerpo se electrifica.

Dejo de tirarle del pelo, de moverme y echo los brazos hacia atrás. Seguro que mi sonrisa es de



lo más bobalicona, pero me trae sin cuidado, un buen orgasmo hay que disfrutarlo así, sin cortapisas.

O eso pretendía, porque Joel, en vez de darme unos minutos de sosiego, se me echa encima y comienza a besarme. Sus labios están aún impregnados de la lubricación de mi sexo, lo que me parece supermorboso y por eso juego con su lengua y lo provocho con la mía.

—Desabróchame los putos vaqueros —gruñe, y yo aprovecho para manosearlo un poco por encima y sentir esa aspereza de la tela en contacto con la cara interior de los muslos.

Como no he obedecido, se encarga él mismo de bajárselos, junto con los calzoncillos, por debajo del culo. Y además me entrega un condón que saca del bolsillo trasero.

—Eso es premeditación y alevosía —musito, sin apenas alejarme de su boca, pues me doy el gusto de mordisquearle el labio inferior.

—Y nocturnidad, no te jode —se burla, y maniobra como puede porque necesita más libertad de movimientos.

Yo lo ayudo más bien poco, pues no dejo de tocarlo, besarlo y palparle cuanto me apetece para comprobar lo que ya sé: que está bien duro y que pretende follarme en el Chéster.

Que se esfuerce un poco más, ¿verdad?

Aunque, por lo visto, Joel tiene el máster en polvos difíciles, porque se las ingenia para colocarse el preservativo, situarse bien entre mis piernas y entrar de un solo empujón.

Seamos sinceras, ¿a quién le gusta la postura del misionero? A ninguna, si accedemos es porque nos pilla un poco vagas o, sencillamente, no nos apetece mucho y dejamos que ellos crean lo contrario. Si luego nos animamos, pues perfecto. En este caso, no sabría decir por qué he accedido.

Joel continúa empujando y resoplando debido al esfuerzo. Yo estoy muy sensible, así que cualquier roce es mucho más intenso. El sofá no es muy cómodo ni muy ancho y él tiene una pierna fuera, con la que supongo que debe de hacer palanca al apoyar el pie en el suelo.

Todo está en contra de que yo disfrute con este polvo, en cambio, me estoy animando bastante y, para demostrarlo, bajo las manos hasta su trasero y se lo agarro con saña, clavándole las uñas, e incluso me atrevo a darle un buen azote.

—¿Ésas tenemos? —replica, porque le he dado otro, más fuerte que el anterior.

—¿Te molesta?

—Todo lo contrario, me la pone aún más dura —murmura divertido y vuelve a besarme de una forma un tanto brusca y agresiva.

—¿Más? —pregunto con aire burlón.

En vez de responder, se retira despacio para que sienta toda la maniobra, y en cuanto está a punto de perder el contacto, arremete con verdadero ímpetu. Lo repite, variando ligeramente la posición de sus caderas y eso hace que cada empujón sea mejor.

No pierde el ritmo, es más, creo que lo acelera. Mete las manos debajo de mi culo para así estar más unidos si cabe y, ya de paso, estimularme con mayor precisión el clítoris.

—Ay, joder, qué bueno —exclamo entre jadeo y jadeo.

Inspiro hondo, porque mi respiración es caótica.

—No voy a llevarte la contraria —masculla Joel de manera entrecortada—, aunque podrías hacer algo más que gemir, que te mueves menos que una muñeca hinchable.

—¿Perdona?

—Lo que has oído.

—¿Me has llamado «muñeca hinchable»? —Repito sus palabras perpleja, porque mira que los hay cretinos y gilipollas capaces de soltar la mayor de las estupideces mientras follan, pero esto

ya es surrealista. Hubiera preferido el clásico «nena, eres buena», o el más pedante «nena, no hay otra como tú», que, si bien son para descojonarse, al menos dentro del contexto se pueden tolerar.

—Teniendo en cuenta tu comportamiento...

Vale, éste se va a enterar.

Clavo los talones en el sofá y alzo las caderas de forma que sus envites son más profundos, además, tenso los músculos internos, lo que hace que Joel se vuelva loco. Me mira como si no se creyera el cambio de actitud y esboza una sonrisa un tanto burlona.

He caído en su trampa, qué cabrón. Bueno, lo perdono porque hacía mucho que no tenía un hombre tan competente entre mis piernas y lo que ha hecho con la boca..., eso, eso es insuperable.

Así que dejemos a un lado su arrogancia y disfrutemos.

Y lo hago, vaya que sí. Por segunda vez en esta noche experimento un orgasmo de esos que te sacuden de arriba abajo. Y a Joel debe de ocurrirle algo muy similar, porque emite un gruñido que, ostris, me ha puesto los pelos de punta.

Me gustaría quedarme un ratito así, unidos, notando cómo poco a poco, la respiración de cada uno se va regularizando; no obstante, la seguridad manda y Joel se retira. Se deshace del preservativo, todo con sencillez y eficacia.

Yo sigo desmadejada en el Chéster, me importa un rábano haberme quedado en una postura cercana a lo ridículo, sin rastro de glamur. Con la camiseta por debajo de los sobacos, una pierna doblada de mala manera y la otra colgando.

Cuando abro los ojos, no tengo la menor idea de los minutos que he estado así, abstraída por completo, y lo primero que veo es a Joel, sentado en el suelo, con el bloc de dibujo sobre el regazo y concentrado en él.

—¿Qué haces? —pregunto.

—No te muevas —grazna, cuando hago amago de levantarme—. Ahora sí pareces una mujer que sabe lo que es el deseo, y no duda en asumirlo y disfrutarlo.

—Ostris, qué frase tan profunda...

—Cállate, que me desconcentras —masculla.

Cuando a una la dejan satisfecha, pasa por alto tonos que en otro momento significarían la expulsión inmediata; además, entiendo que no puedo interrumpir su momento de creatividad.

Aunque me queda una duda; la plantearé y cerraré el pico.

—¿Te follas a todas las modelos para que posen como tú quieres?

Joel me mira unos segundos, sospechosamente arrogante.

—No suelo utilizar modelos —musita.

¿Es una respuesta estudiada o el muy puñetero quiere dar por zanjado el tema?

Frunzo el cejo, porque no me convence.

—¿Y eso qué significa?

—Que por regla general dibujo yo solo. Y ahora, por favor, cállate.

Su respuesta hace que me ponga a reflexionar.

Yo no tengo ni pajolera idea del proceso creativo de un dibujante de Soft Hentai. Mira qué bien me he aprendido los términos. Bromas aparte, supongo que habrá de todo. Lo que me desconcierta es que haya dicho que no suele utilizar modelos. Es la contestación perfecta para que me sienta especial, ¿a que sí?

Pero no termino de fiarme, sólo puede ser una estrategia, muy buena, he de reconocerlo, para que las mujeres accedan a cuanto él quiera, y si además sabe dejarte satisfecha... todo le va a ir rodado.

En fin, tampoco merece la pena darle más vueltas. No es una relación seria y, como todo polvo

ocasional que se precie, hay que dejar fuera cualquier implicación emocional, por lo que nos limitaremos al aspecto sexual y como este punto lo ha bordado, no sigo devanándome la sesera.

—No frunzas el cejo —dice en voz baja, sin apenas despegar la vista del cuaderno.

Yo me aburro mucho, pero mucho. El hecho de estar prácticamente desnuda ya es lo de menos. Sería absurdo sonrojarse ahora, después de que esa boca que ahora no dice ni una palabra haya estado ahí, en mi sexo.

Entonces pienso que podría darme conversación, no sé, aunque fuera un tema insustancial, algo para pasar el rato.

—¿Puedo verlo? —pregunto cuando pasa la página.

—No —responde un tanto cortante, y sigue a lo suyo.

Qué aburrido es esto de posar.

Por mucho que el artista lo haga en gayumbos, sentado en el suelo. Con los pelos de cualquier manera y mirándome raro.

## Capítulo 9

El plan original era dejarlo pasar, comer y despedirlo. Luego fue comer, dibujar y despedirlo. Esto se convirtió en comer, dibujar, follar y despedirlo y al final ha sido comer, dibujar, follar, dibujar, follar y, para rematar, dormir juntos y follar otra vez, que no se me olvide.

Hale, el lote completo de lo que no debería haber hecho bajo ningún concepto. Ostris, que hace nada estaba lamentándose por el vendedor de piensos y ya estoy comportándome de forma parecida con un tipo del que apenas sé nada.

Hemos terminado, pues, durmiendo en mi cama. Por suerte (o por desgracia) no hemos acabado haciendo la cucharita, quedaría un poco forzado, aunque en el fondo a todas nos gusta un poquito ese contacto.

Joel duerme como un bendito y estoy tentada de levantarme y curiosear entre sus cosas, pues, por más que insistí, se negó a mostrarme los dibujos y mira que me puse pesada.

En fin, espero que sean tan buenos como el polvo que echamos, porque fue la rehostia. Y cuando digo «polvo» es una forma de simplificar lo ocurrido: una sucesión de sexo.

Respecto a eso no me puedo quejar.

Miro a Joel y ahí sigue, al menos no ronca como un tractor. Su respiración es relajada.

Bueno, no me extraña que esté frito.

Yo también necesito descansar y me acurruco en la cama con esa intención, pero de repente oigo un ruido. Alguien está trasteando en la puerta. A ver, no soy miedosa, pero no me hace ninguna gracia que haya alguien por la casa. Y no es Tito, porque él se quedaba a dormir en el hotel de la fiesta. Estoy tentada de despertar a Joel para que haga de superhéroe, aunque no lo hago, porque quizá se trata de un vecino que se ha confundido de piso.

Pues va a ser que no, porque la puerta se abre y unas pisadas entran en casa. Joder, ¿a que acojona? Relajaos, yo lo hago en cuanto oigo el exabrupto.

—¡Me cago en la puta de oros!

Aunque estoy agotada, me levanto con cuidado, me echo algo encima y cierro la puerta sin hacer ruido. En medio del salón, con un aspecto deplorable y chocando con todos los muebles que tiene a su alcance, está Tito.

—No preguntes —masculla, dando traspies hacia «la polvera».

Me acerco a él antes de que tropiece y se haga daño. Lo ayudo a llegar hasta su cama y, una vez allí, empiezo a desnudarlo. No penséis nada raro, mi comportamiento es de lo más amistoso y asexual. Tito suelta incoherencias. Es evidente que lleva un pedal del quince, de ahí que quitarle la ropa esté siendo un arduo trabajo.

—No te aproveches de mí —dice cuando le desabrocho el pantalón—. Hoy no creo que se me ponga dura.

—Podría pellizcarte un huevo por error si no paras quieto —lo amenazo.

Termino dejándolo sólo con el slip, uno muy mono que tiene, negro con topes rojos, y como puedo lo meto debajo del edredón. Le dejo un vaso de agua y un ibuprofeno, que lo va a necesitar; ya averiguaré más tarde qué le ha pasado.

Antes de abandonar «la polvera», me aseguro de que está en el centro de la cama, bien tapado y vivo. Le paso una mano por la frente y Tito murmura algo parecido a «me la voy a cortar con un cuchillo oxidado», pero tampoco me ha quedado claro, su pronunciación es cuestionable.

Cumplida la misión de buena amiga, regreso a mi dormitorio y procuro meterme en la cama como si nada. Joel debe de tener un radar o algo, porque enseguida se acerca, bastante animado (es imposible pasar por alto su erección) y se pega a mí. No contento con eso, se las ingenia para llegar con una mano a mi teta derecha y estrujarla.

—¿No te apetece? —pregunta zalamero—. ¿Y por qué te has puesto esto?

—Tenía frío.

—Connigo en la cama, eso es imposible.

Me echo a reír ante tal estupidez y me vuelvo para mirarlo a la cara. Sin duda su sonrisa, un tanto adormilada, dice a las claras que me está vacilando.

Yo, en un alarde de chulería, me siento en la cama y me quito con rapidez la camisola vieja que llevo, mostrándole orgullosa la delantera.

—Caliéntame... —sugiero, y Joel, aparte de arquear una ceja, se incorpora despacio hasta quedar a mi altura.

—Joder, por supuesto que te voy a calentar, y bien, además.

Con el dorso de la mano me acaricia el pecho. Mis pezones reaccionan de inmediato y siento un pequeño escalofrío. Que tenga este gesto tan tierno me desconcierta un poquito, pero me gusta, no lo voy a negar.

No parece tener prisa. Poco a poco me voy reclinando hasta acabar tumbada y Joel sustituye las manos por la boca. Sigue siendo delicado al succionar, delicado y jodidamente preciso. Pensaréis que yo me quedo quieta, pues no, mientras él chupa yo le clavo las uñas en los hombros y me retuerzo bajo su peso.

—¿Dónde dejaste anoche los condones? —pregunta impaciente.

—En la mesilla —respondo excitada.

Se aparta lo imprescindible y aprovecho para agarrarle la polla y acariciarlo un poco. Gime encantado, aunque con expresión ceñuda.

—No quedan —dice agitando la caja vacía.

Hago cuentas, y no me salen, así que o bien Tito me los ha vuelto a birlar o puede que anoche follara con Joel más de lo que recuerdo. Eso ahora da igual, lo importante es conseguir condones.

—Ahora vuelvo...

Salgo escopetada del dormitorio, sin nada encima, y atravieso el salón hacia «la polvera», donde entro sin más. Tito sigue dormido como un tronco, sólo ha cambiado de postura, ahora está boca arriba, roncando y con una mano dentro del slip. A saber qué está soñando. Yo me limito a abrir la mesilla y rebuscar entre sus cosas hasta que encuentro un par de preservativos. Por lo visto, en esta casa las reservas de profilácticos están bajo mínimos.

Regreso a mi dormitorio, donde Joel espera sentado en la cama y con los brazos cruzados. Me quedo en la puerta, con los condones en la mano, y se los muestro orgullosa, con una actitud de falsa timidez.

Para provocarlo un poquito, nada más.

—Estamos desperdiciando una erección maravillosa —susurra apartando la sábana, y sí, es cierto, la tiene bien dura.

—¿Maravillosa? —repito conteniendo las ganas de reír—. Eso ha sonado cursi, no lo niegues.

—Para una vez que intento ser delicado... —se burla, se acaricia y añade—: La tengo como una puta piedra, haz el favor de venir aquí.

—Qué exigente —musito, y camino despacio, bamboleando las caderas más de lo necesario, hasta llegar a la cama y quedarme de rodillas delante de él.

—¿Me la vas a chupar?

Niego con la cabeza.

—Otro día —respondo en voz baja.

Un inciso: puede que no volvamos a vernos, bien porque él pase de mí o viceversa, de ahí que, llegado el caso, siempre haya que guardarse un as bajo la manga. Es la versión más moderna de hacerse la estrecha.

Dejo un preservativo en la mesilla y abro el otro, dispuesta a colocárselo. Joel no me quita ojo y respira cada vez más excitado. Alza una mano y la lleva hasta mis labios, acariciándome los.

—Con esa boca tienes que hacer virguerías —susurra.

—Me lo tomaré como un cumplido —replico complacida, y termino de colocarle el condón—. Listo.

—Ahora mismo, no sé si follarte o dibujarte.

—Siempre me dices lo mismo. Por favor, no me hagas elegir —digo en voz baja y me subo a horcajadas sobre él.

Joel me agarra el culo con una mano, mientras con la otra mantiene su polla en posición, para que yo me deje caer y me entre hasta el fondo. Antes de que asimile que ya está dentro, empieza a devorarme la boca y a gemir.

La única opción que me queda es montarlo hasta que reviente el somier de la cama, y no lo dudéis, voy a hacerlo.

Él no se limita a jadear y empujar un poco, ayuda, y mucho, con esas perlas que va soltando. Hacía tiempo que no follaba con alguien tan expresivo. Sus manos están por todas partes, de tal forma que hasta pienso que tiene más de dos; por Dios, cómo me toca y dónde me toca.

Mientras continúo cabalgándolo él, curioso e insaciable, muerde, toca, provoca, susurra y hace todo cuanto una espera de un hombre en la cama para quedarse satisfecha, incluso repetir; sin embargo, no voy a ser yo quien le pida una cita.

—Joder... —gruñe cuando ambos nos miramos fijamente, a cuál más excitado y a punto de caramelo—. Me vas a dejar la polla en carne viva.

Esbozo una sonrisa ante su declaración, tan real como soez, porque llevamos un ritmo endiablado.

—Si quieres paramos —jadeo, contradiciendo mis propias palabras.

—Ni se te ocurra.

No tenía pensado hacerlo y menos cuando estoy tan cerca de correrme. Joel mete un dedo entre mis nalgas y presiona ahí, sí, justo ahí. Y, claro, el morbo que me produce semejante caricia es como la combinación ganadora de la lotería.

Dejo caer la cabeza hacia atrás sin soltarme de sus hombros y tenso cada músculo del cuerpo antes de gemir de manera escandalosa al correrme. Joel se une a mí entre gruñidos y palabrotas.

Por alguna extraña e inexplicable razón, cuando voy a apartarme él me acuna el rostro, sonrío y me acaricia los labios. Estos gestos tiernos no los esperaba y admito que me descuadran un poco, ya que en teoría es y debe ser sólo sexo. También puede que tantos orgasmos me nublen un poco el raciocinio.

\* \* \*

Cuando me despierto, aparte de notar las agujetas, me estiro en la cama y, nada más hacerlo, veo que estoy más sola que la una. No es que me importe, pero esperaba una despedida educada.

Aunque, bueno, Joel tiene derecho a desaparecer, al fin y al cabo, yo hice lo mismo la primera noche que pasamos juntos.

Miro de reajo la mesilla y veo un papel doblado junto al único preservativo que ha quedado intacto. A ver qué me ha escrito.

Dentro de quince días necesitaré tus servicios como modelo.

*J. MIRALLES*

Suspiro, por lo menos tengo un autógrafo auténtico.

Lo guardaré por si acaso se revaloriza, nunca se sabe lo que un fan está dispuesto a pagar por pijadas como ésta.

Pero, seamos prácticos, tras una noche de sexo desenfrenado, toca volver a la realidad, así que empezaremos con una ducha.

Y, tras el remojón, para reponer fuerzas, nada mejor que un ColaCao. Sí, ¿qué pasa? A pesar de mi edad, me sigo tomando mi vaso de leche con ColaCao. Y lo disfruto como una niña pequeña.

—Ostris, si son casi las dos de la tarde —murmuro sorprendida, al comprobar la hora en el microondas.

Mientras me tomo el tardío desayuno, me pregunto cómo estará Tito y saco el bote de Nesquik, porque el señorito no puede tomar ColaCao. Ni os imagináis la de peleas que hemos tenido por este asunto. Ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder y a la hora de hacer la compra, dependiendo de a quién le tocaba, compraba uno u otro cacao. Hasta que al final optamos por una decisión salomónica, es decir, un envase de cada.

Con el Nesquik calentito me acerco a «la polvera» y compruebo que Tito sigue vivo. Le acaricio la frente y él abre sólo un ojo.

—He soñado que te paseabas desnuda por mi cuarto y no sé por qué —dice con voz ronca y se incorpora despacio.

—Qué cosas tan raras sueñas, eres un perverso —lo regaño con cariño—. Anda, tómate esto, a ver si resucitas.

—Joder, Xim, eres la mujer de mi vida —murmura agradecido y se bebe el vaso de leche con cacao.

—Y ahora vas a contarme qué te ocurrió para que volvieras antes de tiempo, borracho como una cuba y con cara de querer estrangular a alguien.

—Déjame que le cambie el agua al canario y te hago un resumen —me pide y se levanta—. Por cierto, ¿me desnudaste tú?

—¿Quién si no?

—Pensaba que estabas... ocupada —me suelta, antes de meterse en su cuarto de baño, lo que viene a confirmar mis sospechas sobre quién orquestó la aparición de Joel.

Tito reaparece y no pasa desapercibida su cara de resaca. Podría hablar de su más que demostrada maniobra, pero prefiero averiguar qué le ocurrió a él. Dejo que vaya al baño y cuando se acuesta de nuevo, me meto en la cama a su lado e incluso me arrimo bien para resultar más intimidante. Tito me mira de reajo y pregunta perplejo:

—¿Quieres follar?

—¡No! —exclamo negando con la cabeza—. Quiero un relato pormenorizado de los hechos.

—Menos mal, porque estoy para el arrastre. En fin, ¿qué quieres que te cuente?

—Se suponía que acudías a una fiesta de empresa y que no volverías hasta esta tarde.

—Te dejé la casa para ti sola casi toda la noche —me recuerda con malicia—. No te quejes tanto.

—No te desvíes del tema. Qué pasó.

Tito resopla, se pasa las manos por la cara y murmura:

—Que la cagué, pero bien —masculla, y le doy un pellizco en el brazo, porque tanto marear la perdiz me pone nerviosa.

—Detalles, si eres tan amable.

Resopla, se peina con los dedos y frunce el cejo.

—Tengo la cabeza como un bombo, joder. Necesito dormir.

—Desembucha, no me puedes dejar con la intriga —insisto—. Y si no, haber cerrado el pico.

—A ver por dónde empiezo...



## Capítulo 10

Me abraza antes de hablar.

Sé que debe de ser algo serio para que le afecte de esta manera, pero no pienso ceder. Y hablaremos, como hacemos siempre.

—La fiesta de la empresa era como siempre, elegante, gente arreglada, los jefazos pululando y los empleados intentando no parecer idiotas en un hotel de lujo —dice y permanezco en silencio, aunque espero que vaya pronto al meollo de la cuestión—. Aburrimento a raudales y previsible. Yo procurando mantenerme alejado de mi jefa y hablar con otros compañeros de chorradas, chorradas por supuesto inocuas, porque uno nunca sabe quién está pegando la oreja. Pues bien, cuando íbamos de camino al comedor, una mujer tropezó conmigo y volcó su copa sobre mi camisa.

—No me lo digas...

—Exacto, mi jefa.

—¿Alguna vez la llamarás por su nombre? —pregunto, porque yo sé que se llama Noelia, pero Tito es incapaz de pronunciar su nombre.

—Espera y verás —dice con aire de intriga, despertando aún más mi curiosidad—. El caso es que fue culpa de ella y empezó a disculparse, lo que me resultó extraño, con lo altiva y pedorra que es siempre conmigo y con todos, en eso no hace excepciones. Yo no dije nada, sin embargo, se empeñó en arreglar el desastre y le pidió a un camarero que nos dejase algún producto quitamanchas.

—¡Ay, joder, y al final te estropeó el traje!

Tito niega con la cabeza.

—Ojalá hubiera sido eso —se lamenta—. Me llevó a los aseos de mujeres y se puso a limpiarme. No tenía por qué sentirme incómodo mientras ella me frotaba la camisa, pero..., joder..., no sé cuál fue el detonante, yo no iba bebido, era consciente de todo. Y ella, bueno, vale, al inclinarse vi más de lo recomendable.

—Esto mejora por momentos —susurro en tono guasón.

Mi amigo inspira hondo antes de proseguir.

—Y como también me había salpicado el pantalón, pues..., total, que se empeñó, me cago en mi puta vida, en frotar esa manchita, y entre que estábamos apretujados, yo viéndole un pezón, porque no llevaba sujetador, y ella con la toallita enredando...

—¿Te liaste con ella?!

—No sé cómo empezó, pero de repente me tenía acorralado contra la pared del fondo. Yo metiéndole la lengua hasta la campanilla, el producto quitamanchas en el suelo y los dos jadeando.

—Ostris. ¡Me caigo muerta! —murmuro.

—Y si nos hubiésemos detenido en ese punto... —gimotea, no sé si producto de la resaca o del remordimiento—. Ella llevó una mano a mi entrepierna y, joder, es una tocapelotas, pero en todas las acepciones del término, y yo, que me había puesto como una moto, le metí una mano por debajo del vestido. ¡Llevaba unas putas medias con ligero!

Yo, que lo conozco, sé la reacción que eso le causa. Es su fetiche, no puede controlarse.

—Ay, pobre...

—Imagina mi estado, metiéndole mano a la jefa y encontrándomela mojada, mucho, y ella desabrochándose el cinturón, dispuesta a todo.

—Acaba ya con el suspense, por lo que más quieras —exijo.

Tito me mira de reojo; seguimos acostados en su cama, yo agarrada a su brazo y él rascándose la barba que empieza a asomar.

—El caso es que ella ya tenía la mano dentro de mis pantalones y yo buscaba un puto condón en la cartera cuando sonó un móvil. No era el mío y ella dijo que lo ignorase, pero volvió a sonar una y otra vez, por lo que tuvo que responder. Al apartarse, fui consciente de en qué lío me estaba metiendo. Si nos llega a pillar alguien..., me cago en la puta, habría sido catastrófico. Cuando acabó la conversación, ella estaba tan perpleja como yo, aunque se acercó de nuevo, dispuesta a retomar la situación. Sin embargo, tuve un momento de lucidez y le dije que era mejor no seguir.

—Y entonces es cuando se cabreó, ¿verdad?

—No, todo lo contrario. Dejándome una vez más confundido, me sonrió. Joder, que nunca lo había hecho antes, a no ser que fuera para burlarse. Y me dijo que yo tenía razón, que era una locura. En silencio, nos arreglamos para volver a la fiesta. Los encontramos a todos sentados y ya comiendo. Mi jefa se sentó junto a su padre a la mesa principal y yo con otros invitados, pero podíamos vernos.

—Me hago una ligera idea...

—Pues no, no te la haces —me contradice—. Loco, toda la maldita cena loco mirándola y ella... igual. A la hora del postre yo no sabía dónde meterme, palote perdido, y cuando nos levantáramos de la mesa no iba a ser capaz de disimular.

—¿Y qué hiciste?

—La estupidez más grande de la galaxia —responde lastimero.

—¿Qué, venga, qué hiciste? —lo apremio—. ¿Llévartela a tu habitación? ¿Ir a la suya? ¿Volver al cuarto de baño?

—Líame con otra —admite, y me deja ojiplática.

—¿Perdona?

—En la mesa en la que me colocaron, había una mujer digamos interesada en mí. No le había hecho mucho caso, pero para relajarme un poco hablé con ella. Al no ser de la empresa, sino una invitada más, no corría peligro, pero perdí la puta cabeza. Bebí más de la cuenta y acabé en los aseos con ella y sí, llegué hasta el final. Me la follé sin preguntarle ni el nombre.

—Ay, Tito, vaya melodrama.

—Y no sabes lo mejor —añade, y a mí me va a dar un pumba con este culebrón erótico-laboral, así que lo insto a que continúe—. Mi jefa apareció en los aseos mientras me la tiraba.

—¡Ostris!

—Y ya, para rematar la jugada, era amiga íntima de la susodicha, de ahí que estuviera invitada sin ser de la empresa.

—¡No me lo puedo creer!

—Como lo oyes —afirma, y se frota la cara, sin duda abatido con la situación—. Así que cuando volví a la fiesta no podía aguantar ni un segundo más. Mi jefa asesinándome con la mirada y cuando intenté hablar con ella, no me soltó un bofetón porque había público, que de lo contrario me hubiera marcado la cara. Bebí ya sin ganas y sin conocimiento, con la idea de volver a la habitación a dormir la mona y olvidar toda la noche. Pero tropecé otra vez con ella, esta vez a solas, en el pasillo del hotel, y como iba tan borracho debí de soltarle alguna estupidez. Lo último

que recuerdo es que me metió en un taxi y que llegué aquí.

—A ver, Tito, esto es serio. Creo que deberías llamarla y hablarlo con tranquilidad.

—Tengo que buscar otro empleo —murmura resignado—. Si ya me la tenía jurada, ahora va a ser implacable.

—No puedes hacer eso. La situación no está como para quedarse en el paro.

—Ya lo sé, joder —protesta—, pero a ver qué cara pongo yo cuando vaya a entregarle un trabajo. Me va a hacer picadillo.

—Llámalas y acláralas con ellas —le recomiendo.

—No sé...

Se pone de costado y me mira. Yo dejo salir mi lado más tierno y lo peino con los dedos. Él cierra los ojos y se acurruca contra mi pecho, por lo que termino abrazándolo.

—Ahora cuéntame qué has hecho tú esta noche —pide en un murmullo—. Y no me digas que nada.

—¿Lo organizaste tú?

—Pues claro. Joel llevaba una semana dándome la paliza —admite sin ambages, y añade burlón—: Por lo visto, lo dejaste impresionado.

—Ya me conoces, siempre dejo huella en los hombres.

—A mí me lo vas a decir. Eres la mujer perfecta.

No os confundáis, Tito me quiere mucho y yo a él, sólo son frases de cariño.

—¿Lo dices por el Nesquik que te he traído?

—Y por meterme en la cama, soportarme, cuidarme y abrazarme cuando lo necesito —apostilla mimoso.

—El sentimiento es mutuo —murmuro.

—¿Vas a volver a quedar con él?

—Lo dudo, ha sido una noche y punto —contesto, pues siempre es mejor así, no hacerse ilusiones.

—Pues yo lo he visto bastante interesado en ti, no sé, a lo mejor va en serio —dice sin despegarse de mí.

La escena es cuando menos pintoresca, los dos abrazados en su cama, casi desnudos, hablando de amantes. Esto es amistad y de la buena, no lo neguéis.

—¿Y no te molesta?

—¿Por qué iba a molestarme?

—Sois amigos —le recuerdo.

—Ya, por eso. Lo conozco y sé que es un tío legal. Vale, sólo habéis pasado una noche juntos...

—Dos —lo interrumpo, y de paso, lo pongo al día sobre lo que ocurrió.

—Ya me barruntaba yo que algo había ocurrido entre vosotros —dice en plan regañina cariñosa—. Y si quieres seguir viéndolo, por mí perfecto.

—¿Y por eso lo has ayudado?

—Bueno, aparte de que me gusta para ti, siendo egoísta, si viene por casa y me animo, siempre podemos hacer un trío, que hay confianza.

Le pellizco el brazo.

—¡Estás tú para tríos!

—Tienes razón, primero resuelvo mi complicada y caótica vida sentimental y luego hago un trío.

Otro pellizco, por tonto.

—Nada de tríos.

—Vale. Pero prométeme una cosa.

—Depende —digo con cautela.

—Si no me echan de la empresa y organizan otra fiestecita pija, me acompañas; de ese modo, si me entran ganas de tirarme a alguna, te llevo al aseo, me lo monto contigo y no hago el gilipollas.

Me echo a reír ante la propuesta de Tito. Descabellada, aunque práctica.

—Prometido.

—Gracias.

—De nada.

—¿Puedes quedarte aquí conmigo hasta que me duerma? Prometo no meterte mano.

—Vale.

Y así nos quedamos todo el día. Tito recuperándose de su resaca y yo de los esfuerzos de la noche anterior. Éstos son los momentos que hacen nuestra relación tan especial y tan perfecta a veces. Podemos dormir juntos porque necesitamos sentirnos bien o podemos echar un polvo para desfogarnos.

\* \* \*

El lunes siguiente es un día anodino en el trabajo. Como comprenderéis, entre facturas, balances y demás papeles, una se puede divertir más bien poco. Y como Ful tampoco es la alegría de la huerta que digamos, apenas hemos hablado. Sin embargo, me he pasado toda la jornada en un sinvivir pensando en Tito o más bien en lo que habrá hecho, pues tenía una reunión con su jefa a primera hora de la mañana y el muy puñetero no responde a los mensajes ni tampoco a las llamadas.

Así que en cuanto llega la hora, salgo escopetada hacia casa. Hoy no hay cervecita con los colegas en la tasca, la actualidad informativa manda.

Al abrir la puerta y no oír nada, ni siquiera la canción de Mecano que Tito pone de fondo en cuanto se enfrenta a una crisis, me preparo para lo peor. Sé que está en casa, porque he visto su coche.

Y sí, ahí está, sentado en el sofá, con una cerveza en la mano, casi a oscuras y con la tele apagada. Mala señal.

No quiero que se deprima o cometa alguna estupidez típicamente masculina, como salir por ahí, beberse hasta el agua de los floreros y acabar peleándose en un bar. Para eso estamos las amigas y hoy voy a ejercer como tal.

Dejo mis cosas en la habitación y me cambio de ropa. No es que vaya muy glamurosa al trabajo, pero prefiero estar en casa con unos leggins (he tirado los rotos y me he comprado unos básicos, nada de volver a usar los desgastados hasta sus últimas consecuencias) y la camisola.

—¿Bebiendo solo? —pregunto en voz baja, mientras me siento junto a él.

Veo que ya va por la tercera birra. Debo ir pensando en preparar algo de comer.

—¿Qué otra cosa puedo hacer para olvidar?

Uy, uy, qué mal empezamos, pienso. Le cojo la mano y le doy un apretón cariñoso, a modo de apoyo. Bajo ningún concepto quiero que se sienta solo en esto.

—Cuéntamelo —pido en voz baja.

Tito apura su cerveza y suspira, aunque no me suelta la mano. Yo aprovecho para birlarle el botellín y dar un buen trago.

—Ha sido todo demasiado... surrealista. Joder, en vez de ponerme de patitas en la calle, va y se comporta con...

—¿Madurez? —sugiero, y él resopla—. ¿Qué pasa? Las mujeres podemos diferenciar

perfectamente el trabajo de la vida personal y tú eres demasiado bueno como para que prescindan de ti.

—¿Soy bueno en el terreno personal o en el profesional? —pregunta con sarcasmo.

—Tito, no seas pedorro, ya sabes a lo que me refiero. Esa mujer, sí, voy a decir su nombre, Noelia, no es tonta y no va a despedirte por follarte a su mejor amiga después de haberla puesto como una moto.

—¿Seguro que no eres un hombre? —refunfuña mirándome de reojo—. Las mujeres sois vengativas, no perdonáis una afrenta como ésta y mi jefa no puede ser la excepción.

—Ya sé que no estás para muchos trotes, pero mira... —me levanto la camiseta y le enseño la delantera—, ¿convencido?

—Estoy tan hecho polvo que ni viéndote las tetas me animo —se lamenta—. ¿Otra birra?

Asiento y Tito se levanta y va a la cocina por dos botellines.

—Trae algo de comer, anda, que me muero de hambre —le pido, y se limita a traer una bolsa de patatas fritas, eso sí, de las buenas, que Tito no suele comprar nada de oferta—. ¿Has hablado con ella del... vamos a llamarlo «recalentón frustrado»?

Se atraganta con las patatas al escuchar mi pregunta, por otro lado, de lo más lógica; ¿a que sí?

—¿Estás loca?! —me gruñe, al tiempo que me fulmina con la mirada. Aunque si pretende intimidarme, va listo—. No, claro que no. He ido a su despacho y me he limitado a escuchar unas cuantas sugerencias sobre los últimos diseños que he presentado. He sido educado y punto.

—Así no vas a arreglar nada.

—Ya lo sé, porque mientras hablaba, y no me llames «cerdo machista», sólo pensaba en arrancarle la blusa.

Me echo a reír ante su confesión.

—Has hecho trampa. No has replicado cuando ha cuestionado tu trabajo, porque pensabas en sus tetas. Muy maduro, sí señor.

—¿Y en qué quieres que piense después de habérselas visto?

—A mí me las ves cada dos por tres y no por ello te despistas tanto —le recuerdo con cierta ironía.

Frunce el cejo porque he debido de dar en el clavo. ¿A ver si tanto tira y afloja no es más que una maniobra de ambos para ocultar una atracción bestial?

Este pensamiento de momento no se lo comentaré a Tito, pues seguro que se pone a la defensiva. Quizá debería conocer a Noelia y ver de qué pie cojea.

—No es lo mismo —masculla molesto, confirmando mis sospechas.

Uy, uy, uy que Tito se me está ablandando con las mujeres y al final ha encontrado una que es la horma de su zapato.

—¿Por qué? —lo interrogo, seguro que no tiene una explicación coherente.

—Joder, ¿y yo qué sé?

Vale, los hombres no suelen ser muy listos ni tampoco muy sinceros en estos temas, no obstante, me haré la tonta a ver si de ese modo termina confesando.

—¿Y si quedas con ella fuera del trabajo? —le sugiero—. De esa forma no os sentiréis presionados por el entorno.

—¿Estás mal de la cabeza?

—Es una idea, incluso puedes invitarla a venir aquí.

La cara de Tito es un poema.

—Definitivamente, estás perdiendo el norte. Ni loco hago semejante barbaridad.

—¿Y si la invito yo?

—Ni se te ocurra —gruñe, y me señala con el botellín, aunque va listo si piensa que eso me intimida.

—A ver si lo he entendido bien: ¿tú puedes organizarme citas sorpresa con tus amigos y yo no puedo hacer lo mismo?

—Esto es diferente. Y no hables en plural, sólo ha sido con uno y no te lo pasaste nada mal, y si lo hice fue porque Joel me dio la paliza hasta que me convenció. Con mi jefa es totalmente diferente; si la cabreo más de lo recomendable, me va a putear y de lo lindo.

—Algo que, según tus propias palabras, ya hace —digo, y veo que se mosquea, porque intenta no admitir la verdad, que Noelia le pone y mucho.

Voy a tener que investigar un poco más a su jefa, porque me pica y mucho la curiosidad. Rara es la mujer que consigue llevar a Tito a un estado como éste.

—Al final te voy a tener que echar un polvo para que te calles —amenaza, aunque no mueve ni un dedo.

—¿Has hecho la compra semanal? Te tocaba a ti —canturreo, y Tito pone cara rara.

—¿Y eso a qué viene ahora? —pregunta confuso.

—Pues que nuestras reservas de condones son inexistentes, así que, o bien te haces una gayola pensando en tu jefa, o nada. Tú eliges.

## Capítulo 11

Por lo visto, no soy una musa de primera división, pues no he recibido ninguna llamada de Joel requiriendo mis servicios. En fin, tampoco me había hecho excesivas ilusiones, porque, seamos francos, esto no iba a ningún lado.

A saber a cuántas les ha soltado el rollito de «posa para mí» antes de tirárselas, porque, reconozcámoslo, funciona. Te hace sentir especial, diferente. Palabras que van directas al ego, pues eso de quedar retratada, digamos a la vieja usanza, tiene morbo. No me lo neguéis, a más de una le encantaría haber posado, desnuda o no, y no sé explicar muy bien por qué. Tiene cierto componente nostálgico y más hoy en día, que cualquiera con el dichoso móvil todo lo fotografía y lo cuelga en las redes sociales.

Pero dejando eso a un lado, lo relevante aquí es la maniobra, rastrera o no, eso prefiero que lo decidáis vosotros, de engatusarme para acabar follando en el Chéster. El cual, por cierto, creo que no sufrió ningún percance. O al menos ninguno visible. Todo sea que después Tito sospeche y haga como los del CSI y se ponga a buscar rastros incriminatorios con una luz especial. Hasta donde yo recuerdo, no se escapó nada del preservativo y después me ocupé de pasar un trapo, por si acaso.

A ver, no soy ninguna mojegata y si me apetece ir a la cama con un tío en la primera o en la décima cita, es una decisión que sólo me atañe a mí. Aunque no por ello deja de jorobar un poco el hecho de sentirme manipulada.

Y ese cuento de que le dio la paliza a Tito para quedar conmigo no es más que otra burda maniobra. Vaya que sí. ¿Desde cuándo un tipo de treinta y tantos recurre a su amigo para quedar con una chica? Por favor, si es que soy una tonta de manual.

Me quedaré con el lado positivo, la estupenda sesión de sexo. Ahora bien, no me olvido de que tiene aún el pijama de Heidi y quiero recuperarlo. Ése es mi objetivo y no me voy a desviar del camino.

Llego a la oficina diez minutos antes de la hora, así que aprovecharé para tomarme un café. Sin agobios, sentada, pensando en mis cosas. Café, que, dicho sea de paso, necesito, pues últimamente me acuesto tardísimo, porque Tito y yo pasamos largas horas en el sofá hablando. Por increíble que parezca y a pesar de que al hacer la compra traje a casa dos paquetes de doce condones variados (explicó que estaban de oferta para camelarme, pues él compra sin mirar el precio la mayoría de las veces, y yo le pregunté si había mirado la fecha de caducidad), no hemos usado ninguno. No hay de qué preocuparse, sólo que cada uno está pasando por un momento extraño y el sexo no nos apetece. Esto es lo bueno de nuestra relación. La definición *sin ataduras* la explica a la perfección.

No veo a Ful por ninguna parte, así que me tomaré el café sola. Con la taza en la mano, me acerco a mi mesa. Soy una chica ordenada (la mayor parte del tiempo) o al menos intento serlo en el trabajo por razones obvias. En casa ya es otro cantar, porque depende de mi estado de ánimo. A mayor cabreo, más limpieza y orden. Frunzo el cejo. Algo no cuadra. En mi mesa hay dos elementos que desentonan y que no deberían estar ahí: un enorme ramo de rosas rojas y en mi silla una mujer embarazada que las mira con una enorme sonrisa.

—Vaya, veo que Fran ha tirado la casa por la ventana —comento señalando el ramo.

Ocupo la silla de enfrente, porque sería desconsiderado hacer levantar a una embarazada.

—¡No son para mí! —exclama Mapi, y hace un puchero, además de frotarse la barriga—. Toma. Cojo el sobrecito que me entrega y, de verdad, me pilló por sorpresa.

—A mí nadie me manda flores —murmuro, y es cierto.

Puede que siempre haya salido con tipos agarrados o que con ninguno haya establecido los suficientes lazos como para que tengan detalles como éste.

Una interesante reflexión que dejaré para otro día.

—Lee de una maldita vez la tarjeta y saldrás de dudas —me apremia la novia del jefe, más emocionada que yo. Se nota que a ella estas cosas no la pillan desprevenida.

—¿Cómo estás tan pronto por aquí? —pregunto, para ver si se olvida y de ese modo puedo leer la tarjeta a solas. Más que nada por si es una broma.

Mapi resopla.

—Fran tenía una reunión y, como no se fía de mí, me ha dejado aquí porque dice que así estoy vigilada —explica, y me señala—. Algo innecesario, por supuesto. ¿Adónde voy a ir con esta barriga? Por favor, si es más fácil saltarme que rodearme.

—¿Y Ful?

—Se ha ido con él y no volverán hasta la tarde. Y ahora lee, que con algo me tengo que entretener.

Por lo visto, soy su niñera. «Gracias jefe.»

—Vale, ya voy. —Saco la tarjetita y tuerzo el gesto.

Mapi me mira impaciente, no tengo escapatoria. No conozco la letra, pero así, a lo tonto, sin esforzarme mucho, sé quién es el remitente. Qué oportuno y qué clásico.

—Dice... «Al final voy a necesitar a mi musa antes de lo que pensaba».

—Uy, qué misterioso —comenta ella con aire burlón—. ¿Y quién firma?

—J.M. —respondo, porque ese dato no me compromete.

—Pues debe de estar muy interesado, porque este ramo cuesta una pasta. Yo que tú, implique lo que implique ser musa, aceptaría —sugiere convencida.

Me guardo la tarjetita en el bolsillo del pantalón, para no dejar pruebas y evitar que si aparecen mis compañeros hagan preguntas, y pienso la cuestión que me ha planteado. Como sólo he hecho una vez de musa, me temo que carezco de referencias.

—Básicamente implica posar desnuda y aguantar un buen rato quieta y en silencio mientras te dibujan —explico, y Mapi arquea una ceja.

—¡Me muero de envidia! —exclama, y de repente se le borra la sonrisa y el entusiasmo.

—¿Mapi?

—Joder... —masculla, y se dobla sobre sí misma—, esta patada ha sido demasiado.

—No me asustes —le pido cuando emite un lamento muy preocupante y continúa doblada sobre sí misma con expresión de dolor.

—Ayúdame a ir al baño, por favor.

Juntas vamos al aseo y, de verdad, eso que dicen que las embarazadas pierden la dignidad es bien cierto. A ver, he ido con más de una amiga al cuarto de baño. Incluso a la propia Mapi le gasté la broma de llevarla al aseo «vintage» de la cantina, sin embargo, me siento incómoda por ella, porque hasta tengo que ayudarla a sentarse. Después me retiro para darle intimidad, que ya bastante tiene con lo suyo.

—¡Mierda! —grita de repente, sobresaltándose.

Me doy la vuelta, porque ni siquiera he podido dar tres pasos.



—¿Qué pasa?

—Que me he puesto de parto —gimotea, y se echa a llorar.

—No has roto aguas —murmuro, porque eso es lo que pasa siempre, ¿no?

Mapi niega con la cabeza.

—Llama a Fran —me pide alarmada, y, como puede, se levanta del váter.

Voy rauda por el móvil y marco el número del jefe. Espero impaciente a que responda, pero me salta el maldito buzón de voz. Insisto hasta tres veces y nada, otra vez el buzón de voz.

—No responde —le digo a Mapi, que intenta serenarse con inspiraciones profundas—. Voy a probar con Ful.

Llamo a mi compañero y obtengo el mismo resultado. Estarán reunidos y no querrán interrupciones. Mierda, qué papeleta, yo no tengo ni pajolera idea de qué se debe hacer en estas situaciones y no la puedo cagar. No quiero tanta responsabilidad, no obstante, me parece que voy a tener que tirarme a lo bravo, sin red ni cursillo previo.

—¿Y qué hacemos? —me pregunta ella, como si yo tuviera la respuesta.

—¿Ir a hospital? —propongo, pues en estas circunstancias estoy perdida—. ¿O prefieres parir en plan casero, como se hacía antes?

Mapi respira hondo, apoya una mano en la pared y la otra la coloca bajo su barriga. Intenta calmarse o soportar el dolor. O las dos cosas.

—Vale, vamos.

Estoy tan nerviosa que no acierto a cerrar la oficina y escribo un mensaje de cualquier manera.

La ayudo a llegar a mi coche y ella intenta de nuevo ponerse en contacto con Fran, pero no hay manera. Procuo conducir con normalidad, sin embargo, cada vez que ella emite un quejido, me pongo más nerviosa.

—¿Adónde narices me has traído? —pregunta cuando estaciono junto a la entrada de urgencias.

—Al hospital —contesto, a pesar de que es evidente.

—¡No! Vamos a la clínica donde me han llevado el embarazo desde el principio.

Me explica que ha contratado los servicios de una comadrona que por lo visto es lo más dentro del mundo pijo, partidaria de los métodos más naturales.

Vuelve a retorcerse, lo que significa que ha tenido otra contracción.

—No hay tiempo, aquí seguro que tienen lo necesario para que des a luz.

—¿En un hospital público?! —exclama, dando a entender que en sitios como éste no disponen ni de quirófano. O peor incluso, que ni siquiera hay médicos.

—Venga, te ayudo.

A regañadientes, Mapi sale del coche. Un enfermero, nada más vernos junto a la puerta, sale corriendo con una silla de ruedas. Nuestras caras de angustia evitan, menos mal, que tengamos que dar explicaciones.

—Por favor, señora —le dice a Mapi, y ésta se sienta porque no le queda más remedio.

—¿Señora? —replica ofendida.

Tardamos muy poco en llegar a la planta de maternidad. Mapi sigue mirando con desconfianza a todo el mundo, incluso a la ginecóloga que nos atiende. Pero a la fuerza ahorcan y, como cada vez siente las contracciones con más intensidad, tiene que aceptar estar aquí.

—Mi hijo va a nacer en un hospital público —se lamenta, mientras la ayudo a ponerse el camión de rigor.

—De momento nos están tratando estupendamente —comento, porque es cierto.

—Sí, ya...

Cuando ya está acomodada, entra la ginecóloga y le realiza la primera exploración. Tuerce el

gesto y eso no es buena señal.

—Primeriza, ¿verdad? —Asentimos las dos—. Pues paciencia, porque apenas has dilatado.

—Pues duele, joder —se queja la parturienta.

—Dile a tu mujer que se tranquilice, que enseguida vendrá el anestesista y que respire, que va para largo.

Mapi y yo nos miramos.

—¡No estamos casadas! —replicamos ambas.

—Mi misión no es cuestionar qué o cómo son las parejas, sino traer niños al mundo, allá, vosotras. Vuelvo en una hora.

—¿Una hora? ¿Y me va a dejar así? —pregunta Mapi angustiada.

—Tengo más pacientes —nos dice ella a modo de despedida.

—¿Ves lo que pasa por venir a un hospital público?

La estrangularía por impertinente, pero aparte de ser la novia de mi jefe, sé que tampoco está en su mejor momento. Con la excusa de llamar por teléfono, me salgo al pasillo e intento localizar a Fran.

Sin suerte. Mierda, voy a tener que estar con ella y yo sin saber nada de partos. Pasa la hora, vuelve la ginecóloga, su asistente, el médico en prácticas, dos celadores y tres enfermeras, porque nos pilla el cambio de turno. Sin embargo, hay una especie de dinámica en estos casos que te absorbe como un tornado y antes de que pueda negarme, me encuentro con ropa de quirófano y sujetando la mano de Mapi mientras ella resopla, gime, maldice, empuja, grita y sufre como nadie puede hacerse una idea.

—Esto te pasa por querer un parto natural —dice la ginecóloga con cierto tonito.

—¡Y yo cómo iba a saber que dolería tanto, jopetas! —se queja la parturienta a mi lado.

—A ver, chica, que esto no es el primer día de rebajas —replica la médica, y yo me río entre dientes porque la contestación ha estado graciosa.

—Yo no voy a las rebajas —le espeta Mapi ofendida.

—Pues nada, ya hemos cantado línea —anuncia la ginecóloga, y me pide que me ponga en primera fila. Me quedo muerta cuando veo «eso» de «esa forma». Está asomando la cabeza. Qué horror—. Y ahora vamos a por el bingo.

Una enfermera me pasa unas tijeras quirúrgicas y las miro igual que si fuera el pelador de patatas, un instrumento que jamás uso. Al ver mi cara, me explica:

—Para cortar el cordón.

—¡¿Cómo?! —exclamo.

—¡Cuidado con las células madre, que las voy a guardar! —nos grita Mapi.

—Vaya pareja que estáis hechas —se queja la ginecóloga, y de nuevo repite el mismo mantra —: Respira, empuja, empuja, respira.

Mapi, la pobre, hace lo que puede y al final lo consigue. Yo trago saliva. Lo que veo, desde el punto de vista físico, es desagradable y, uff, se le quitan a una las ganas de ser madre, pero cuando le ponen encima al recién nacido, pese a estar sucio, la imagen es tan... No tengo palabras, sólo lágrimas de emoción.

—¿Y qué nombre le vais a poner? —pregunta la enfermera, que se lleva al niño para seguir la rutina, supongo.

—Habría que preguntárselo al padre —murmuro, porque seguro que Fran tiene algo que decir.

—¿Al donante? —tercia la ginecóloga, que por lo visto persiste en la idea de que Mapi y yo somos pareja.

No me siento ofendida, claro que no, lo que ocurre es que cuando aparezca «el donante», como

lo ha llamado, se va a quedar de piedra.

—Si Fran se entera de esto... —musito, y salgo del paritorio, porque necesito un poco de aire. Llevo toda la mañana aquí encerrada, ataviada con ropa de quirófano de plástico, parecida a la que usa Ful cuando hace su ronda entre los animales, y para rematar ese olor infame de hospital. ¿Tan difícil es utilizar un desinfectante que huelga bien?

Las cuatro de la tarde. Yo no imaginaba que se tardaba tanto en parir. A ver, una ve los partos en las pelis y son mucho más rápidos, dónde va a parar, y menos gráficos. No sé si voy a poder dormir esta noche, después de lo que he visto. Lo que me lleva a otra importante cuestión: ¿cómo es posible que haya gente que grave eso en vídeo y luego se lo enseñe a la familia?

Eso sí, he aprendido una lección fundamental para el caso de que yo, llevada a saber por qué impulso, me encontrase en una situación como ésta. Ya sé lo que hay que hacer y lo que no.

Me quito la bata, el gorro y los patucos. Camino por el pasillo de la planta de maternidad y me acerco a la primera ventana que veo para abrirla.

Qué momentazo, por favor. Todavía me tiemblan las manos, lo de cortar el cordón umbilical ha sido demasiado intenso.

—¿Dónde está?! —me grita un tipo furioso que me agarra del brazo y hasta me zarandea.

Al volverme veo a Fran histérico, con cara de llevarse por delante a quien haga falta. Ha leído los tropecientos mensajes que le he dejado y, claro, el pobre está al borde del colapso. A su lado, Ful permanece en silencio.

—Ven conmigo.

Lo llevo hasta la puerta del paritorio y le pido que espere, que no se puede pasar sin autorización. No se muestra muy conforme, lo veo en su expresión. Llamo con los nudillos y la suerte me sonrío cuando aparece la ginecóloga que ha atendido a Mapi.

—¿El donante? —pregunta la mujer mirando a Fran.

—¿Perdón? —murmura él.

—Es el padre —aclaro yo, antes de que se mosquee aún más.

—Vamos a llevar a la madre a una habitación enseguida. Pero con la cara que me está poniendo, le permitiré pasar.

—Gracias —masculla Fran, y entra con rapidez, dejándome a solas con Ful.

—Joder —murmura éste frotándose la cara—. Me ha traído conduciendo como un kamikaze. Porque soy un hombre hecho y derecho, que si no hubiera gritado igual que una loca en la montaña rusa.

—¿Qué exagerado eres! —exclamo, torciendo el gesto ante la comparación tan absurda.

—Exagerado ni leches. He visto pasar toda mi vida por delante y en cada curva pensaba que estampaba el Lexus contra el guardarraíl —añade, y por cómo lo dice no parece que mienta.

—Anda, vamos, que te llevo a casa. Yo conduzco despacio, «abuelo».

—Xim, qué puñetera eres —contesta, y me ofrece el brazo para salir juntos del hospital.

Dejo a Ful sano y salvo en su casa. Me sugiere que suba a descansar o echarme un rato, sin embargo, opto por ir a la oficina y ver si hay alguna llamada importante. Por suerte, los proveedores y los clientes han sido pacientes y, aparte de dos correos electrónicos urgentes, que despacho sin mayor problema, no ha habido nada.

Los encargados de cuidar a los animales, de la alimentación y de la limpieza siguen en sus puestos, puedo verlo desde la oficina, así que, salvo que haya una hecatombe inesperada, puedo irme a casa; no creo que a Fran le importe.

Al meter la llave en la cerradura no oigo «Eugenio» Salvador Dalí, así que respiro tranquila. Tito está en casa, he visto su coche, e intuyo que está en su mesa de trabajo, así que para quitarme

el olor a hospital me ducho a conciencia.

Cuando estoy secándome, mi compañero entra en el baño con toda la confianza del mundo y pregunta:

—¿Te han despedido?

—¡No! ¿Por qué dices esa bobada? —replico, y le paso el bote de loción corporal para que me unte bien la espalda, mientras yo lo hago por delante.

Dudo que a estas alturas os sorprenda cómo nos comportamos en casa. Me extiende la crema por la espalda y el culo de forma precisa, como lo haría un masajista.

—A estas horas nunca estás en casa —dice, y tiene toda la razón, pues rara es la vez que entre semana llego antes de las siete.

Me pongo algo de ropa y nos vamos al salón. Una vez bien acomodados en el sofá y con música de fondo, en concreto un recopilatorio de pop español, le cuento lo que he vivido hoy. Él me mira como si le estuviera contando una película de marcianos.

Lo único que he omitido, de forma deliberada, es que he recibido un ramo de flores impresionante, de ese modo evito preguntas y yo tampoco me como la cabeza con la cuestión.

Y lo cierto es que recibir un ramo de flores, por muy espectacular que sea, no se puede comparar de ninguna de las maneras con lo que he sentido al ver nacer a ese niño.

## Capítulo 12

—¿Otro ramo? —pregunta Ful, porque llevo tres días consecutivos recibiendo uno y eso mosquea a cualquiera, incluido mi compañero de trabajo, que, si bien suele ser discreto, en esta ocasión ya no puede mirar hacia otro lado—. Vaya, Xim, por lo visto eres una *femme fatal* y nadie lo sabía.

—No te burles —le digo, y después hago una mueca, porque ese calificativo me viene grande—. Las mujeres fatales no llevan una camisa vaquera, un pantalón negro y unas deportivas que han visto tiempo mejores.

—Hombre, el outfit es cuestionable.

No sé a qué se refiere con eso del *outfit*, ya me enteraré.

—¿Vamos a cotillear toda la mañana?

—Cuando el gato no está, los ratones salen a pasear —añade, y con razón, pues Fran no ha aparecido por aquí desde que es padre.

—Vale, pero finjamos al menos un poco, que no se note, ¿vale?

Ful asiente y me pongo delante del ordenador. Puede que al no estar el dueño pueda despistarme, perder el tiempo y vagar. Incluso realizar alguna que otra búsqueda sobre el remitente de las flores, algo que he estado tentada de hacer más de una vez, pero al final desisto, porque me podría contaminar. Ya sé que es famoso, con eso me vale.

Y así, a lo tonto, llega la hora de irse a casa. Al ser viernes, no he de volver por la tarde, aunque este fin de semana no tengo ningún plan. Cocinar y ver pelis con Tito no es un plan, que conste. Justo ahora me llega un mensaje de él recordándome que tengo que pasar por el súper a hacer la compra, que esta semana me toca a mí. En el whatsapp adjunta la lista de lo que necesita.

También me ha mandado una foto de la carátula de una peli, no una cualquiera, sino una porno que, según él, es lo más. Vaya planazo, ¿eh? ¿A que también os apuntáis?

Que conste que no es la primera vez, ni será la última, que nos sentamos delante de la tele y vemos porno. Nos lo pasamos en grande, es mucho mejor que ver una comedia. Comentamos la jugada, probamos la postura (sin quitarnos la ropa), cronometramos la escena, apostamos a ver quién se corre primero y hasta quién pringa más a la chica...

Cierro con llave la zona de oficinas y me dirijo al aparcamiento. Veo un coche, caro, de gama alta, bastante nuevo, que no conozco. Uno de esos que tanto se ven ahora, un SUV color burdeos que deslumbra. Bueno, algún visitante, el dueño de algún restaurante de lujo a los que suministramos, o yo qué sé, no es asunto mío.

Yo tengo planazo...

Pero sí va a ser asunto mío cuando se abre la puerta y aparece Joel, así, a lo peliculero, con un traje que le sienta como un guante y ocultando la mirada tras unas gafas de sol que deben de costar una pequeña fortuna.

Tarda lo suyo en quitárselas y, cuando lo hace, adopta una postura indolente. Ostris, que le voy a tener que decir cuatro cositas para que se baje un poco del pedestal.

—Como musa eres un puto desastre —me espeta todo chulo; hasta mete las manos en los bolsillos de su más que posiblemente caro pantalón de vestir.

Oh, qué pose tan prepotente.

—Ya, bueno, se supone que somos veleidosas y aparecemos ante los simples mortales cuando nos da la real gana. ¿Algo más? Porque esta musa tiene asuntos que atender.

Joel da un paso más hacia mí. Confío en que no le dé por montarme un numerito de superioridad masculina, porque a lo mejor mi rodilla se pone en acción.

—Ten piedad de un pobre y atormentado artista —me suelta con expresión teatral.

—Lo siento, he hecho planes —replico con aire altanero, sólo por tocar un poco las narices. Ya me comprendéis.

Unos planes cojonudos, hacer la compra y ver porno con Tito, pero eso no tiene por qué saberlo.

—Heidi, no me jodas... —Tuerzo el gesto, no me convence nada el alias que me ha puesto—. Cuando una mujer recibe flores, sólo caben dos escenarios posibles.

—¿Ah, sí? —replico, cruzándome de brazos.

—El primero, no le interesa el mensaje y las devuelve. El segundo, el detalle es apreciado y, por tanto, uno deduce que puede albergar esperanzas.

—Demasiado rebuscado, ¿no crees? —lo interrumpo.

—Pues bien, como no me ha llegado ninguna devolución, he dado por hecho que la idea de volver a verme te resultaba atractiva.

—Muy pretencioso por tu parte —alego, y Joel esboza media sonrisa—. Además, apareces y desapareces cuando te conviene y una chica como yo no va a estar sentada esperando a que el señorito decida venir.

—He estado ocupado —se defiende, y al no dar más detalles siempre puede parecer sospechoso.

—Ya veo... —me burlo.

—De promoción —añade y sí, tiene cierta lógica, pero tampoco vamos a creernos todo lo que nos dice.

Sería una ingenua de manual y ya he hecho el idiota demasiado, ¿no creéis?

—Venga, deja de marear la perdiz. Te propongo un fin de semana juntos, en mi casa. Y, por si te sirve de incentivo, podrás recuperar algo que te pertenecía y que guardo como un tesoro.

—¿Eres un fetichista de los pijamas de mujer? —pregunto con retintín y se me ocurre una idea aún más perversa—. ¿Te lo pones para dormir?

—Eso sólo podrás saberlo si me acompañas.

Uy, me acaba de lanzar un órdago en toda regla y con chulería. A la porra la modestia.

Seamos sinceros, la idea de pasar un fin de semana con él es jodidamente tentadora, sin embargo, no hay que ceder a las primeras de cambio.

Qué disyuntiva: ¿peli porno con amigo o ejercer de musa? ¿Ejercer de musa o peli porno con amigo?

Alguien se preguntará cuál es el título de la peli para decidirse. Da igual, la cuestión importante es que Joel no puede venir aquí, chasquear los dedos y pretender que yo acuda rauda a su llamada.

—Heidi... —murmura, acortando distancias hasta quedar a pocos centímetros—. Piénsalo... Un fin de semana... Sin interrupciones... Mi musa y yo... ¿Te imaginas las posibilidades?

Hay que joderse con las propuestas de última hora. Se merece que lo mande a paseo. ¿A que sí? Porque por lo visto está acostumbrado a salirse con la suya; bueno, en general todos los hombres atractivos tienen ese defecto, qué le vamos a hacer.

¿Qué hago?

Pues qué voy a hacer, irme con él.

Mis principios y reservas al garete.

—Vale, pero como musa tengo mis prerrogativas —exijo, y él asiente sonriendo—. Acompáñame a casa, tengo que coger unas cosillas. —Y decirle a Tito que se las apañe solo, pero por prudencia esto no lo menciono en voz alta.

—No necesitas nada —me contradice.

—Oye, ni loca me voy a pasar todo el fin de semana desnuda —replico.

—Vaya musa de pacotilla que estás hecha —se burla, y me abre la puerta del copiloto.

Niego con la cabeza, que haya accedido a pasar el fin de semana con él no significa que deba plegarme a sus caprichos. Yo le he expuesto mis condiciones y lo mínimo que podría hacer sería respetarlas.

Lo miro altanera y rodeo el megatrasto color burdeos para ir a mi modesto vehículo, un Golf gris que el pobre tiene más años que la orilla del río, pero que aún funciona. A Joel no le queda más remedio que seguirme.

\* \* \*

No he podido decirle en persona a Tito adónde me marchó, ni con quién. No estaba en casa, así que le he enviado un mensaje. Claro y directo:

Voy a pasar el fin de semana con Joel. Tienes el apartamento para ti solo. Haz la compra. Pásalo bien.

No sé si me hará caso, pues lleva unos días alicaído. Demasiado tiempo encerrado en «la polvera», la cual, de seguir así, va a perder ese nombre y será un dormitorio como otro cualquiera. A ver si se anima un poco, sale por ahí y vuelve a ser el mismo de siempre. Ostris, que no esperaba yo que Tito se comportara así por una mujer. Voy a tener que hablar con su jefa, Noelia, para ver cómo es o de qué pie cojea.

Joel ha insistido en que fuéramos en su coche, pero yo me he mantenido en mis trece y lo he seguido en el mío. A ver, no tengo ningún inconveniente en que un hombre me haga de chófer, pero si cuento con mi coche no soy tan dependiente. Y porque ante la perspectiva de viajar con él he preferido tener un ratito para estar a solas, por si aparece el sentido común y decido dar media vuelta.

Como podéis imaginar, él se ha mordido la lengua. Supongo que después se vengará. O eso espero.

Aparco frente a un chalet impresionante, con parcela propia. Mi Golf desentona bastante. Joel me guía hacia el interior y, ostris, se nota dónde hay dinero y gusto bien combinados.

Camino con mi modesta bolsa de viaje (modesta, pero con la mejor ropa interior que tengo, que tampoco es para tirar cohetes) hasta el dormitorio. Bueno, llamarlo «dormitorio» es ser muy cutre. La cama, por ejemplo, dispuesta al fondo, junto a una pared acristalada, debe de medir al menos dos por dos metros.

No lo negaré, me siento un poco intimidada.

—Te invito a comer —dice Joel a mi espalda.

—Vale —murmuro, y reconozco que esperaba no sé... ¿un ataque inmediato? ¿Un poquito más de entusiasmo? Me ha traído al dormitorio en primer lugar ¿sólo para presumir de la decoración?

En fin, sigámoslo a ver qué nos depara el día.

—Ahora vuelvo —dice, dejándome sola en la cocina.

Otro ejemplo de dinero bien gastado. Por favor, si la encimera debe de costar una fortuna. Lo siento, soy contable.

Confieso que esperaba una salida a un restaurante cercano (y caro, que se ve a la legua que maneja pasta y llega a fin de mes sin problemas). Pues no, tras ponerse ropa de andar por casa, Joel se planta un delantal.

—¿Cerveza, agua, zumo, vino...? —pregunta, abriendo el megafrigorífico americano.

Me sirve un refresco y comienza a trastear en los fogones. Seamos sinceras, ¿a qué mujer no le gusta ver a un hombre con delantal? Vale, me habéis pillado, sólo con el delantal.

Fantasía que recrearé en mi cabeza mientras miro ese trasero enfundado en unos pantalones negros de deporte. Menos mal que no se ha puesto una camiseta de tirantes y ha optado por una de estampado militar bastante suelta.

—¿Y qué especialidad culinaria estás preparando para sorprenderme?

Me mira por encima del hombro y esboza una sonrisa traviesa. ¿Será una de esas patentadas que los tíos utilizan para salirse con la suya o ha sido sincera?

—Nada especial; espera y verás.

Y aquí me quedo, sentada en uno de los taburetes, disfrutando del refresco y observándolo mientras cocina.

—No te veo muy suelto —comento, porque es cierto. Miedo me da con ese cuchillo de cocina.

—Pues mueve el culo y ayuda un poco.

Juntos terminamos de preparar la comida; nada del otro mundo, porque unas brochetas y una ensalada no requieren excesiva dedicación. Lo que me tiene un pelín mosca es que así, de buenas a primeras, Joel y yo estamos representando una escena típicamente doméstica como si fuera la enésima vez.

¿No lo consideraréis un poco extraño y por ende preocupante? Porque, seamos francas, cuando un tío al que conoces de dos polvos te invita un fin de semana a su casa (casoplón, porque aquí hay metros cuadrados para dar y tomar) esperas, no sé, algo más sofisticado.

Que conste, no me estoy quejando, sólo hago una observación.

—¿Te apetece vino o sigues con el refresco? —me pregunta, una vez dispuesta la comida en la barra de la cocina.

—Con esto me conformo —contesto.

Vale, soy una chica de gustos sencillos y seguro que en esa vinoteca integrada que tiene junto al frigorífico hay una buena selección de caldos; no obstante, seguiré con mi Coca-Cola.

Para ser un menú tan sencillo está realmente bueno. Y se lo comento, no para darle coba, sino porque es cierto. Joel agradece el cumplido con media sonrisa y de esa forma evitamos comer en silencio y aprovechamos para hablar de nada en especial.

Y yo, lo admito, para observar sus modales en la mesa. Son correctos, pero nada de pedanterías, y se agradece. A ver, si tengo que comer una naranja con cuchillo y tenedor, lo hago, que mi madre siempre ha sido muy insistente con estas cosas; sin embargo, prefiero hacerlo de forma menos petarda.

Cuando acabamos, él se empeña en que no me ocupe de dejarlo todo limpio.

—A las musas no nos importa hacer tareas mundanas —digo, y él se ríe.

Me lleva al lugar de la casa donde trabaja. Y, bueno, podría considerarme privilegiada, pues dudo que mucha gente ponga un pie aquí. Es una zona muy amplia, un tanto fría, llena de libros y con una enorme pizarra digital a un lado. Joel deja que yo lo inspeccione todo, mientras él se queda de pie junto a la puerta. Lo hago, por supuesto, aunque sin meter mucho las narices en sus cosas.

—¿En qué estás trabajando ahora?

—En algo diferente —responde sin entrar en detalles, como viene siendo habitual.



Ya le voy pillando el tranquilo, no le gusta hablar de su trabajo cuando no lo ha acabado, de ahí que tampoco haya podido echarle un vistazo a lo que dibujó mientras yo posaba. A excepción del dibujo que me mandó.

—¿Secretos para mí, tu musa? —pregunto, porque eso no quita que yo siga insistiendo.

Puede, y lo entiendo, que sus reservas se deban a que si se filtrase algo podría perjudicarlo, pero ¿a quién conozco yo en el mundo del manga para cotillear sobre su obra?

Joel va hasta la mesa y coge un cuaderno de dibujo junto con un par de lapiceros. Después acerca una silla a la ventana y me pide que me siente.

—¿No me tengo que desnudar? —inquiero con guasa.

—De momento no, pero siéntete libre de hacerlo cuando quieras.

Me siento de medio lado, mirando hacia la ventana, con las piernas recogidas en una actitud un tanto modosa.

Joel, como la anterior vez que posé, se acomoda en el suelo y, de verdad, da un poco de rabia que se abstraiga de esa forma. Me mira, sí, aunque no de la forma que yo deseo.

De vez en cuando me indica que vaya modificando la postura y así llevo al menos dos horas. Está anocheciendo y Joel sólo ha encendido una luz de fondo que le da al estudio un aspecto íntimo. No sé, no parece muy proclive a seducirme.

Verlo trabajar es un gusto. Su forma de poner morritos cuando dibuja o cómo golpea el cuaderno con el lápiz, o cuando pasa con aire furioso (al menos es la impresión que tengo) una página del bloc.

—¿Cansada? —pregunta tras mi enésimo suspiro; el muy cabroncete podría haberse interesado cuando he soltado el segundo o el tercero.

—Un poco —miento, y me pregunto «¿Soy idiota?»—. Sí, muy cansada. Esto de posar, además de agotador es aburridísimo. ¿No podrías hacerme unas fotos y luego dibujar?

Me mira como si hubiera dicho una herejía.

—A ver cómo te lo explico...

—Ahórrate el tono condescendiente —lo interrumpo.

—La fotografía, en este caso, puede engañar. La luz, el color... El objetivo no ve lo mismo que yo.

—Ah, vale, lo pilló —murmuro, y aunque pensaba que ya iba a dar por finalizada la sesión, vuelve a concentrarse.

No soy una persona a la que le guste parlotear sin sentido para entretenerse, sin embargo, creo que de algo podríamos charlar mientras mi culo se queda con forma de silla, por muy ergonómica que ésta sea.

—¿Cuáles son las etapas para crear un manga?

—Depende de cada autor —responde de forma evasiva.

Yo vuelvo a la carga.

—¿Y cómo trabajas tú?

Me mira un instante, quizá preguntándose si sólo le doy cháchara para no morirme de aburrimiento o si de verdad me importa. Reconozco que mitad y mitad; no obstante, pongo cara de interés.

O puede que todas le pregunten lo mismo y esté hasta la peineta de contarle.

No, mejor no pensar en las que han estado aquí antes, para no crear mal rollo, ¿verdad?

—Suelo hacer un pequeño guion escrito que me sirva de escaleta, aunque por lo general no lo dejo todo cerrado. Me gusta ser flexible con la historia. Luego paso a la *storyboard*, aunque tampoco le dedico mucho tiempo, prefiero ir directamente a los dibujos, adecuándolos según

avance la historia. Cuando llega la fase de entintado, aprovecho para retocar lo que no me convence o sencillamente me apetece.

—¿Y lo haces tú todo? —digo desde mi más absoluta ignorancia—. Perdón por la pregunta, es que yo soy de ciencias. El tema creativo me pilló fuera de juego.

—Sí, por supuesto —responde orgulloso—. No tendría sentido que otro retocara mis dibujos, perderían autenticidad.

—Dicho así tiene toda su lógica —contesto, y lo siento mucho pero tengo que estirarme antes de quedarme agarrotada.

Joel, sin decir nada, se incorpora y deja sus útiles sobre la mesa. Se acerca después hasta mí, ofreciéndome la mano.

—¿Te apetece que nos arreglemos y salgamos a cenar?

Yo esperaba un «¿Te doy un masaje?». En fin, hoy Joel no está muy fino.

—Uy, salir a cenar, ¿y qué me pongo? ¿El vestido verde de cóctel o el traje azul marino?

Arquea una ceja ante mi marcado sarcasmo, pero a poco observador que hubiera sido, sabría que en la bolsa de viaje que he traído no cabe nada de eso. Y otro detalle, uno que él por supuesto no puede conocer: no tengo trajes de cóctel. Ninguno. El único vestido disponible de mi armario es uno negro de gasa, discreto, que sirve para todo. Entierros incluidos. Si hace frío, un abrigo mono encima y listo. Si hace calor lo llevo sin nada. Y si es una boda de tarde, me voy a casa de mi madre y le pido un chal de esos que a ella la apasionan y que yo jamás me compraría.

Soy práctica, ¿qué le voy a hacer?

—Heidi, era coña. ¿Tú crees que después de pasarme toda la tarde sentado en el suelo, conteniéndome mientras me ponías morritos, me apetece salir de casa?

¿Morritos? ¿Yo le he puesto morritos?

—Vaya... —musito, al darme cuenta de que me la ha metido doblada—. Yo pensaba que querías salir otra vez a lucir ese traje que llevabas esta mañana.

—Ya te he dicho que venía de un asunto promocional —me recuerda, y tuerce el gesto—. Una sesión de fotos para la web.

Por lo visto Joel no es un mindundi.

—Entonces, si no vamos a salir, ¿cuál es el plan?

## Capítulo 13

Seguro que os estáis preguntando, no lo neguéis, sé lo cotillas que podéis llegar a ser, qué plan me propuso anoche Joel tras la sesión de posado. Y sigo sin ver qué dibujó, por si también os interesa. Bien, dejad que me despierte del todo antes de contaros qué ocurrió. Ah, por cierto, a pesar del tamaño de la cama, lo tengo pegado a mi espalda, en plan «cucharita».

No me molesta, lo admito, sólo me sorprende un poquito.

Aún no se ha «despertado», ya sabéis a qué me refiero, así que puedo dedicaros unos minutos. O no, a lo mejor paso de contaros nada y doy media vuelta para enredar a mi antojo.

En fin, a pesar de querer manteneros con la duda, hablaré.

La primera propuesta fue... ¡encargar la cena! ¿Cómo os habéis quedado? Seguro que esperabais algo perversillo. Lo admito, yo también, porque ¿quién invita a una chica a su casa todo un fin de semana sin otra intención que posar? No obstante, tuve que decidir si cenábamos comida china o algo más suave. Y elegí la suave, por lo que Joel pidió la cena a un restaurante vegetariano.

Sí, enseguida viene la parte menos fina. ¡Qué impacientes sois!

Sentados en su impresionante cocina (si me permitís, un detalle a tener en cuenta, pues los chicos invierten más en una pantalla plana que en electrodomésticos), compartiendo mesa y mantel, de nuevo tuve la impresión de que todo se desarrollaba de manera demasiado natural. Y, lo confieso, me asusté, pues sólo con Tito me siento así.

Vamos al meollo de la cuestión.

Tras la cena vegetariana (y no hagáis el chiste de que necesita un buen trozo de «carne»), Joel propuso que nos relajásemos en agua. Yo pensé que, debido a su alto poder adquisitivo, nos meteríamos en una bañera de hidromasaje. Pues bien, a remojo sí nos pusimos, pero en una piscina cubierta climatizada.

¿Cómo se os ha quedado el cuerpo?

Igual que a mí.

Imaginad mi cara de alucinada, aún más alucinada si cabe cuando él comenzó a desnudarse delante de mis narices como si tal cosa.

Ya sé que no era la primera vez que veía a un hombre desnudo, ostras, que ya tengo una edad, y tampoco que lo veía a él; sin embargo, me pareció todo muy erótico, muy especial. No sé, a lo mejor no son las palabras exactas, ya sabéis que soy de ciencias. Resumiendo, que fue algo diferente a lo que yo esperaba.

—¿No te animas? —me preguntó para incitarme, quedándose en pelotas mientras yo continuaba vestida, mirándolo un tanto embobada.

—Ehmmm... —titubeé.

Agradecí, por supuesto, haberme cambiado de bragas y de sujetador durante la breve parada en casa.

Joel ya estaba acomodándose en la zona de la piscina donde menos cubría y yo sin decidirme.

—Llámame «tiquismiquis» si quieres, pero me gusta usar bañador cuando entro en una piscina.

—Heidi, tiene mucha más gracia bañarse en pelotas.

—No lo dudo, pero por ¿higiene?

Joel se echó a reír.

—Si quieres ponte el gorro para cubrirte el cabello —sugirió con guasa—. Anda, deja de decir bobadas y ven aquí. Pasemos un rato relajados. Olvídate de la ropa.

—Y del gorro —añadí, porque los gorros de baño seguro que fueron creados por gente ultraconservadora, dispuesta a todo para reducir el erotismo a cero.

—En pelotas siempre es mejor —susurró, y sentí un escalofrío.

—Puede que tengas razón —murmuré, porque ya sabía lo que era disfrutar de un baño sin nada de ropa encima; un verano, Tito me llevó (medio engañada) a una playa nudista. Fue toda una experiencia ver tantas cosas «colgando» (ya me entendéis) y si bien al principio me sentí expuesta y rara, al cabo de un rato dejé de preocuparme y pasé un buen día. No obstante, anoche, con Joel, la situación era bien distinta, porque entre él y yo no existe el mismo grado de confianza.

Al final me desnudé (no sé si logré que la maniobra pareciera natural) y terminé sentada a su lado. Ambos sin mirarnos. Yo cerré los ojos, y, sí, en efecto, fue relajante.

—¿Cuándo empezaste a dibujar? —le pregunté, a sabiendas de que le habrían planteado la misma cuestión cientos de veces, pero me parecía aburrido escuchar sólo el ruido de la depuradora, y el olor a cloro tampoco me emocionaba.

—Pues... —empezó, y yo abrí un ojo para observarlo, aunque lo cerré para no acabar bizca—. Si te soy sincero, ni me acuerdo...

No quería hablar. Lo entendí, pero era un buen momento para las confidencias. Además, tampoco le estaba preguntando nada que lo comprometiera.

—Mi madre dice que, en vez de estudiar, garabateaba los libros —prosiguió sin que se lo pidiese—. Y tiene razón, aunque después aprendí a esconder los tebeos entre los libros de texto y así fingía estudiar.

—¿De niño ya leías tebeos picantes? —pregunté medio en broma.

—Joder, claro que no, porque no los pillaba, pero...

—Cuenta, cuenta —lo animé.

—Mientras hablamos puedes tocarme, excitarme, ya sabes, Heidi...

—Los hombres no podéis hacer dos cosas al mismo tiempo, así que si te toco no me contarás la historia.

—Tú haz la prueba...

Suspiré exagerando un poco. No me sorprendió la sugerencia. así que estiré el brazo y le rocé el muslo por debajo del agua. Ya sé que él se refería a un toque más específico, no obstante, era mejor crear expectación. Ya vendrían luego los tocamientos de verdad, los de ponerse como una moto, que prisa no teníamos. Estábamos disfrutando de un día juntos, no pasaba nada por posponer un ratito lo inevitable.

—Te estoy tocando... Ahora cuéntame cómo acabaste dibujando cómics picantes —musité, aunque, por cómo resoplaba, era evidente que le hubiera gustado que mi mano fuera más atrevida. Y lo iba a ser.

—Imagínate a un chaval de dieciséis años al que castigan durante el verano a trabajar con su tío, porque ha suspendido seis asignaturas.

—¿Y eso qué tiene de malo? Yo buscaba trabajos de verano para conseguir un dinerillo y comprarme algún capricho. Eso lo hemos hecho todos.

—Ya, pero en mi caso fue por imposición. Tuve que ir a limpiar un trastero.

Me dolía la mano, así que cambié de postura y me senté a horcajadas sobre él, sin duda

sorprendiéndolo. Me aseguré de que su polla quedara bien encajada y presionada entre mis muslos. No me lo encontré empalmado, lo cual era un punto a su favor. Hablaba conmigo, no como muchos, aguantando la chapa porque no queda otra, sino porque a lo mejor le interesaba lo que decía.

Y yo, agradecida, me sujeté a sus hombros y froté un poco, lo justo, los pezones contra su torso.

—El trastero estaba, como supondrás, hasta los topes —continuó en un tono diferente, debido a la proximidad—. Mierda por doquier. Cajas, suciedad, basura, muebles viejos...

—¿Como en esos programas de la tele?

—Exacto. A mí no me entusiasmaba cargar con a saber cuántas cajas de trastos, sin embargo, al subirlo todo al camión vi algo que me llamó la atención.

Se detuvo en ese punto, porque yo, de manera poco disimulada, empecé a darle pequeños mordisquitos en el cuello.

—Sigue —musité un tanto mimosa.

Sus manos ya estaban en mi culo, acariciándomelo de manera suave.

—Abrí la caja, al fin y al cabo, todo aquello acabaría en el vertedero, así que si encontraba algo que me gustara, sabía que podía quedármelo.

—¿Qué había en esa caja? —pregunté, susurrándoselo al oído, al tiempo que le chupaba el lóbulo.

—Tebeos —respondió, y me agarró el culo con fuerza, apretujándomelo.

Continuábamos en el agua, a la temperatura ideal, o puede que no, pues yo estaba caliente.

—¿Tebeos? —repetí, esperaba algo más interesante.

—Tebeos, sí, pero vaya tebeos... —dijo—. Viejos ejemplares de una revista cómica y erótica de los setenta.

—¿Ah, sí?

—Joder, ni te imaginas qué dibujos. Ahora creo que no dejarían publicar revistas como *El Ligón*. Machismo a raudales, tetas enormes, caricaturas de deportistas y chistes malísimos —explicó, y añadió con sorna—: Lo ideal para un chaval de dieciséis años.

—Vaya... qué pillín —dije, perdiendo interés en sus orígenes como dibujante en beneficio de su estado actual—. ¿Te picó la curiosidad?

—Podría decirse que sí —respondió e inspiró hondo, porque yo continuaba provocándolo—. Me los leí todos en una semana.

—Qué chico tan aplicado...

—Y, por supuesto, seguí buscando publicaciones de ese tipo, pero con mejor gusto, que se alejaran de la caricatura y se acercaran al erotismo —añadió con las pulsaciones cada vez más aceleradas.

—¿Como cuáles? —indagué, consciente de que cada vez le costaba más articular palabra.

Yo seguía besándolo en el cuello, sin olvidar algún que otro ronroneo, porque él no dejaba de tocarme el culo.

—Heidi... —jadeó, justo antes de que lo besara.

—Deja de llamarme así —exigí, sin dejar de comerle la boca.

—A mi musa la llamo como me apetece —replicó entre beso y beso.

Como ya habréis imaginado, lo que empezó siendo un tonto se convirtió en algo más serio. Y ambos perdimos el interés en todo lo que no fuera gemir y tocarnos.

—Al dormitorio. Ya. Que allí tengo los putos condones —exclamó y me hizo salir del agua de forma brusca, sin ofrecerme una toalla ni nada y sin acabar de contarme sus inicios en el mundo del cómic.

Me llevó a remolque por la casa hasta su habitación; no parecía importarle que, además de estar desnudos, fuéramos dejando un rastro de agua por el parquet. Claro que hicimos varios altos en el camino para volver a besarnos, aumentando sin duda la excitación.

Por fin llegamos, más cachondos que nunca, hasta la enorme cama. Me empujó y caí de espaldas y Joel se tumbó encima para retomar el magreo. Si nos habíamos besado con fuerza durante el breve trayecto de la piscina al dormitorio, una vez allí nos volvimos codiciosos y primitivos. Algo que por supuesto me encantó.

Él no paraba de besarme, de chuparme los pezones y de meterme la mano entre las piernas hasta hacerme gemir cada vez que uno de sus dedos recorría mi sexo o directamente me penetraba con ellos.

Pensaréis que me limité a gemir y a permanecer tumbada, pues no. La duda ofende. Joel, desde luego, sabe cómo mantener la excitación y por eso quise comportarme con igual entusiasmo, por lo que metí una mano entre nuestros cuerpos hasta alcanzar su polla y comencé a masturbarlo, aunque no con la habilidad que a buen seguro él esperaba.

—Vas a tener que chupármela —ronroneó, y se apartó para incorporarse hasta llegar a la mesilla de noche, de donde sacó una tira de seis preservativos.

—¿Ahora? —repliqué, y él se colocó a horcajadas sobre mí y se agarró el pene, ofreciéndomelo.

—Sí.

Yo me relamí un par de veces, indicando sin palabras que la idea me resultaba muy atractiva; sin embargo, pensé que lo mejor era dejarlo con las ganas, no hay nada mejor para que un hombre se obsesione, así que dije:

—Mejor lo dejamos para mañana, ¿no te parece?

Y acto seguido estiré el brazo, agarré la tira de condones y me las ingeníé para abrir uno.

—Joder, Heidi... —masculló. Se mostró dócil y colaborador para que se lo colocara.

Después, en vista de que aquello iba a desmadrarse, me di la vuelta y me coloqué a cuatro patas. Joel entendió a la primera qué deseaba: si nos habíamos comportado de manera tan brusca y desesperada, qué mejor manera de echar el polvo que en una postura animal.

—Venga —lo animé moviendo el trasero.

Y Joel, antes de penetrarme, me acarició la espalda, primero de manera ascendente hasta llegar a la nuca y, una vez allí, presionó hasta obligarme a posar la mejilla contra el colchón. Después fue descendiendo por la columna y, en cuanto llegó al final, es decir, a mi trasero, pasó un dedo por la separación de mis nalgas y presionó.

¿Era para preocuparme?

Di un respingo. Por supuesto, no porque me molestara, sino por la sorpresa. Por norma general, llegar a ese punto implica unos cuantos encuentros. Desde luego, Joel va muy deprisa.

—Un día de éstos tengo que follarme este culo.

Sus palabras confirmaron mi teoría.

Sin embargo, aquél no era el mejor momento para teorías, sino para la acción.

Y Joel adoptó un ritmo endiablado. Enérgico. Con las manos sujetándome de la cintura y con los pies bien afianzados en el suelo, se mostró implacable. ¡Ostris, qué manera de embestir!

Yo me agarraba como podía al cobertor, manteniendo la mejilla pegada a la cama y gimiendo como una loca mientras él lo hacía todo, pues yo bastante tenía con mantener el culo en pompa.

Como es lógico, el orgasmo no se demoró, fue rápido, satisfactorio y, paradójicamente, me quedé con ganas de más. No sabría explicarlo, pero así fue.

De ahí que, tras un periodo de recuperación, no tan largo como yo imaginaba, volvimos a la

carga.

Claro que en la segunda ronda nos lo tomamos con un poco más de sosiego, casi podría decirse que fue un polvo tonto. Me arrimé un poco, lo toqué, Joel gimió y se vino arriba... Que si mira cómo se me ha puesto, que si quedan condones sin usar, que si estoy inspirado..., que si te voy a afilar el lapicero... El caso es que acabamos follando de nuevo. Él se colocó a mi espalda y sin mucho esfuerzo me penetró. Llegué a pensar que, siendo tan lento, acabaría perdiendo el interés, pero no, porque Joel, que sólo empujaba de forma podríamos decir desganada, terminó por coger el ritmo, aderezándolo con unas cuantas vulgaridades que elevaron la temperatura y sí, también aceleraron las embestidas.

Al final caímos rendidos y creo que saciados.

Y ahora, con la tontería de revivir la noche anterior, me he excitado. Joel sigue dormido a mi espalda. Podría despertarlo y, sin mucho esfuerzo, convencerlo para echar un polvete mañanero, pero se me ocurre una forma mejor.

Antes de dormirnos me recordó, no sé si para convencerme o sencillamente para tocarme un poco la moral, que aún no se la había chupado.

Así que puedo llevar a cabo la fantasía de todo hombre y es que lo despierten acariciando su sexo. No falla. Haced una encuesta y veréis qué responden. Aparte de que cualquier momento es bueno para una mamada (ésa sería la primera respuesta), añadirían: «Joder, por supuesto, a primera hora de la mañana, mejor todavía». Criaturillas, qué fáciles son de contentar a veces.

Sólo tengo que volverme y, sin hacer movimientos bruscos, arrodillarme delante de él. Me pongo a ello despacio, sin ocultar una sonrisilla, porque a buen seguro después me dará las gracias.

Me humedezco los labios.

Allá voy.

—¡Joel, cariño, ya estoy en casa!

Una voz chillona, desagradable, seguida del típico sonido de tacones acercándose, me deja clavada en el sitio. Incapaz de mover un músculo.

¿He oído bien?

A ver, no saquemos conclusiones precipitadas. No sería la primera vez que aparece un familiar, la asistente o a saber quién, y la chica de turno, en este caso yo, monta un show para nada.

—¡Cielito, he vuelto! —añade la voz.

Esto debe de tener una explicación, me digo, y zarandeo sin mucha consideración a Joel para que se despierte.

—Joder, qué agresiva eres por la mañana —se queja, y me mira con cara de pocos amigos mientras se frota la cara.

Y pensar que hace unos segundos pensaba chupársela...

No tenemos tiempo para explicaciones.

—Hay alguien en tu casa —susurro, y él frunce el cejo.

—¿Qué?

—¡Amore, ¿me has echado de menos?! —grita de nuevo la visitante y Joel salta de la cama.

—¡Me cago en mi puta vida! —exclama, mientras se pone un pantalón de deporte y una camiseta—. No salgas de aquí, ¿entendido?

Su orden me la paso por el forro. Aunque también puedo aprovechar la ocasión, obedecer y poner la oreja. Así que, envuelta en la sábana, porque mi ropa se quedó en la piscina, me acerco a la puerta, dispuesta a enterarme de todo.

No sé si cruzar los dedos para que se trate de la típica hermanita cotilla que toca los huevos a

la familia y luego va de guay y esas cosas, o la vecina lesbiana que gasta la misma broma.

¿Y si es una ex celosa y vengativa?

O peor aún... está casado y lo han pillado in fraganti.

—¿Qué cojones haces aquí? —pregunta Joel de muy malas pulgas.

Está claro que la conoce; no obstante, todavía no puedo sacar conclusiones.

—Venir a verte, te he echado de menos.

—¿Y cómo has entrado?

—Aún conservo un juego de llaves —responde ella, ahora con un tono menos estridente.

—Joder, debería haber cambiado la puta cerradura cuando te eché de mi casa.

Uy, uy, uy, que esto se pone mal.

Respiro, a ver cómo acaba todo.

—Joel, por favor, sólo quiero hablar contigo. ¿No merezco al menos eso después de dos años juntos?

Tachamos «hermana cotilla» y «vecina lesbiana».

Nos queda ex vengativa y mujer legal.

No hagáis apuestas de momento, por favor.

—Los dos peores años de mi vida —masculla él—. Así que lárgate antes de que te eche a patadas, Soraya. No te soporto. Algo que te dejé muy claro la última vez que apareciste por aquí.

—Aún me quedan cosas que recoger, que son mías.

—Dime cuáles y haré que te las envíen —dice Joel tenso—. Y deja de aparecer cuando te conviene para tocarme la moral, ¿estamos?

—Aún pienso en ti...

Ay, que ahora vienen los lamentos.

—¿En mí o en mi dinero?

Joder, qué culebrón.

—Todavía estamos legalmente casados. Sólo hace dos meses que me echaste.

Plof. Chof. Zas. Bang. Boom. Crac. Ouch.

Todas las onomatopeyas de golpes, roturas y tortazos que os podéis imaginar pasan por mi cabeza como si fuera la protagonista de una viñeta de cómic.

—Algo que resolveré en breve —añade él—. Así que, si eres tan amable, fuera de mi casa.

Oigo los tacones alejarse, eso quiere decir que Joel se ha librado de ella, sin embargo, me siento de puta pena. A ver, no me sorprende que a su edad tenga detrás un historial de amantes, ex y demás, pero me joroba, y bastante, que ella aún aparezca por aquí como Pedro por su casa, sin olvidar que, por lo que he entendido, hace bien poco aún estaban juntos.

Y, ya puestos, podría haber mencionado, así de pasada, que había una Soraya tocapelotas por ahí, dispuesta a jorobarnos el día, y así no me sentiría como una estúpida de manual.

—Lo has oído todo, ¿verdad? —me pregunta Joel cuando regresa al dormitorio, no tan cabizbajo como debería.

—Sí —admito—. Y ahora, preferiría marcharme.

—Puedes hacerlo, por supuesto —contesta cabreado.

Adopta esa pose que ya empiezo a conocer y que joroba un poco, de tipo seguro de sí mismo.

—Y comportarte como una inmadura de cojones, que ante el primer revés huye sin escuchar una explicación, que, ya puestos, no tendría por qué darte, pero que estoy dispuesto a ofrecerte —añade sin levantar la voz.

—¿De verdad me acabas de llamar «inmadura»?

—Sí, inmadura de cojones —puntualiza sin necesidad—. Porque, si no lo fueras, ahora mismo



me concederías al menos el beneficio de la duda.

—¿Estás jugando conmigo? —pregunto, y él me mira sin comprender, por lo que continúo—: Si me largo, soy una «inmadura de cojones» y tú te quedas tan pancho; por el contrario, si me quedo sentada escuchando esa explicación que no merezco, pero que el señorito se digna darme, soy una mujer adulta.

—En efecto.

—¡Vete a la mierda, Joel! —exclamo, porque tiene bemoles la cosa—. Pero, antes, trae mi ropa, por favor.

Él abandona el dormitorio y yo debería aprovechar para rebuscar en su armario y recuperar mi pijama de Heidi, sin embargo, estoy tan cabreada que sólo pienso en largarme de aquí.

¿Qué se ha creído, que me chupo el dedo?

Anda que no es listo. Deja la pelota en mi tejado con cualquiera de las dos versiones. ¿Inmadura? ¡Y una mierda! Tengo derecho a largarme y, en cuanto a su explicación, que se la meta por donde le quepa. Que si me esfuerzo un poco, hasta la adivino yo sola: «Mi ex es una arpía, llevábamos mal mucho tiempo, nos estamos separando...».

—Aquí tienes —dice, dejando mi ropa sobre la cama y, acto seguido, da media vuelta y se larga.

Muy bien, prefiero ser inmadura y un poco precavida que idiota y confiada. Que no es el primer tío del mundo que se está «separando» y se folla a otras. La diferencia es que Joel, todo hay que decirlo, se lo ha currado un poco más con el asunto del posado.

El resto, igual que los demás.

Voy a enviarle un mensaje a Tito para que me consuele y vaya enfriando unas cervecitas.

## Capítulo 14

—Si llegas a venir hace veinte minutos, me pillas cascándomela.

Dejo la bolsa de viaje de cualquier manera junto a la puerta y me acerco hasta el sofá, donde está Tito viendo un reportaje de la 2 sobre el Museo del Prado.

—Pues háztelo mirar, porque excitarte con los cuadros es raro de narices —digo, y me siento a su lado.

—En realidad estaba viendo porno alemán, que ya sabes lo mucho que me pone, pero al oír la puerta lo he quitado —explica con sorna y le miro la bragueta, donde no parece haber signos de actividad reciente—. En fin, ¿y qué haces tú por aquí? Tenía planes, ¿sabes? Y has llegado antes de tiempo.

—¿Planes? —repito, y sé que miente por su tono burlón.

—Por supuesto, deprimirme hasta el domingo por la noche, mientras tú follabas por ahí sin contención alguna. Aunque me da que algo ha fallado.

—No, si follar he follado... —admito con un suspiro—, pero la cosa se ha ido al garete.

—Vale, entonces descartamos el polvo medicinal porque ya vienes servida. ¿Vas a contármelo?

—¿Tú sabías que Joel está casado?

—Sí, pero...

—¿Cómo que «pero»?! —lo interrumpo indignada—. Ya sabes lo muy por el saco que me da liarme con hombres casados. Son unos cabrones que juegan a dos barajas.

—No estoy al tanto de los pormenores de su matrimonio, sólo sé que se va a divorciar porque Soraya se la lio bien gorda.

—Hasta ahí vale, perfecto —farfullo, aún con la mosca tras la oreja—. No obstante, creo que podrías habérmelo contado.

Tito apaga la tele y me mira serio. A los hombres, salvo contadas excepciones, esto de hablar de intimidades les cuesta horrores. Y por *intimidades* me refiero a sentimientos o hechos que en teoría afectan a su vida y que prefieren esconder por si son tachados de débiles.

—A ver, Xim, relájate. Es cierto, sigue casado, pero con unas ganas enormes de librarse de Soraya.

—Ella le fue infiel —apunto yo, y Tito niega con la cabeza.

—Lo engañó, sí, pero con el del banco —explica, y pongo cara de que no sé por dónde me da el aire.

—Espera, espera, ¿eso qué quiere decir?

—A ver, no te voy a aburrir con los detalles. Básicamente, ella lo medio engañó para que le avalara un préstamo para un negocio que quería montar. Y, en vez de utilizar el dinero para esa supuesta empresa, reformó su piso de soltera a todo trapo, sin pagar un céntimo del crédito. Escondió los avisos de impago, por lo que la deuda se fue acumulando, hasta que un día le llegó a Joel una citación avisándolo de que iban a embargarle la cuenta bancaria. Imagínate el resto...

—¿Lo medio engañó?

Tito pone los ojos en blanco para que yo misma deduzca la respuesta. Y tardo diez segundos en

hacerlo: le comió la cabeza (o, mejor dicho, las cabezas) para convencerlo.

No me sorprende, todos conocemos casos similares.

—Así que, como comprenderás, mucho cariño no le tiene —remata.

Resoplo. Dos veces.

—A lo mejor he sido un poco gilipollas —reflexiono, y él se encoge de hombros.

Entenderéis que tenía derecho a mosquearme y a pensar mal.

—No exageres. Ni te martirices. Te conozco y sé cómo piensas, así que te comprendo. No le des más vueltas.

—¿Y qué propones para hacerme olvidar?

—Puesto que vienes servida, descartamos la idea de follar —se guasea, y lo pellizco por tonto, aunque me hace reír.

—Tampoco se te ve muy animado —le indico con retintín—. Lo has dicho como si fuera un sacrificio.

Tito sonrío y asiente. Eso me da a entender que lo está pasando mal; todo lo mal que un tío lo puede pasar cuando una tía se le resiste, porque estoy segura de que Noelia ahora no le hace ni puto caso.

Y aunque os pique la curiosidad, tampoco me apetece ver ahora una porno, así que me quedaré en casa, leeré algo o echaré una partida de cartas con Tito. Una en la que nos juguemos las tareas domésticas, porque, como habéis comprobado, ninguno de los dos está para chirigotas.

—Por lo tanto, no nos queda otro remedio que ir a casa de tus padres —anuncia él, satisfecho y sonriente.

—¿Perdón? —pregunto sorprendida.

No es que me moleste pasar el día con ellos, pero yo prefería relajarme en casa y, a ser posible, no martirizarme demasiado con lo ocurrido con Joel. Cierto que él tenía su parte de razón y que yo me he precipitado por no darle el beneficio de la duda, pero ya estoy hasta la peineta de caraduras y, no me lo negaréis, la situación no pintaba nada bien.

Y una tiene derecho a equivocarse. Y si tengo que pedirle perdón, lo haré, aunque mucho me temo que he perdido mi estatus. Qué efímera es la vida de las musas.

Tito chasquea los dedos delante de mis narices para que le preste atención.

—¿Con mis padres?

—Llamaron ayer. Por lo visto tu padre ha organizado hoy una paella familiar. Le dije que estabas de viaje, pero seguro que si aparecemos nos hace hueco.

—Mmmm... no sé. Ya conoces a mis padres, nos darán la tabarra con nuestra relación y no me apetece explicarles por enésima vez que sólo somos buenos amigos. Mi madre se pondrá plasta, me llevará aparte e intentará convencerme de que vuelva a vivir en el pueblo, que deje de dar bandazos, como mi hermana Nuria, que va de aquí para allá. Ahora no sabemos en qué parte del planeta se encuentra.

En resumen, mi madre quiere que lleve una vida más tradicional, más aburrida y no, ni hablar. Yo no quiero visitar todos los países del mundo antes de cumplir los cincuenta, como mi hermana, pero tampoco morirme de asco.

—A lo mejor ya saben que follamos de vez en cuando y por eso se hacen ilusiones —apunta Tito con guasa.

—No te pases, que si encima se enteran de eso, me organizan una boda en tiempo récord —contesto, porque mi madre quiere verme a toda costa ante el altar, de blanco y con todo el boato.

No la culpo, ella se casó, como se decía antes por aquí, por el sindicato de las prisas. Sí, ya sé, parecen mentalidades de hace mil años, pero entended que en los pueblos pequeños todavía hay

cosas que suscitan rumores y como no hay muchas noticias interesantes, pues lo de señalar a la gente es un deporte irresistible.

Yo no tengo clara la maternidad, sólo puedo decir que, en caso de decidirme, no voy a seguir el guion habitual. Incluso si, llegado el momento, no encuentro un tipo adecuado, siempre puedo recurrir a Tito, seguro que me hace una «donación» de semen.

Ostris, no, borra eso. Sería complicado y difícil de explicar. Incluso acarrearía consecuencias. No, nada de pedirle semen a un amigo, mejor me lo busco (si lo necesito) en otra parte.

Y voy a dejar de hablar de semen, que al final acabaré con el estómago revuelto.

—Mira, las paellas de Rufino son legendarias, así que estoy dispuesto a sufrir el acoso de tu madre. Seré el chico ideal y, con un poco de suerte, nos traeremos un par de táperes para repetir en casa.

Tito y su visión única de encontrarle el lado positivo a todo, menos a sus propios problemas, claro.

—¡Nunca pensé que fueras tan interesado! —exclamo riéndome.

\* \* \*

Y aquí estamos, rodeados de la familia. Tito metiéndose entre pecho y espalda un generoso plato de paella y yo aguantando las preguntas (*tercer grado* sería más acertado) de mi madre, a la que tengo más o menos controlada, pero que hoy cuenta con dos aliadas: mi tía Sagrario (hermana de mi padre, aunque todos pensamos que uno de los dos es adoptado, pues no se parecen en nada), que ya por sí sola es lo bastante agotadora, y su hija, mi querida (nótese la ironía) prima Azahara.

Nunca un nombre tan bonito se utilizó tan mal, porque mi prima es una amargada de cuidado. Tiene apenas un año más que yo y por eso nos criamos juntas. Nos llevábamos genial. Amigas y confidentes. Podría decirse que fue mi única amistad femenina. Ya os conté lo mucho que me aburría con las chicas.

Azahara y yo durante mucho tiempo hablábamos de todo, nos divertíamos y nos usábamos como coartada; sin embargo, todo cambió cuando ella se casó con un tipo que tenía bastante dinero y que ahora tiene más. Uno de esos pelotazos económicos que no se entienden muy bien, y, claro, pasó de ser una tía normal a una repelente de cuidado. A fecha de hoy todavía nos mira a todos por encima del hombro, porque su marido gana millones; claro que los demás nos reímos a sus espaldas, porque el susodicho le pone los cuernos todo lo que puede y algo más. Aunque Azahara prefiere (por Dios que no la entiendo) mirar hacia otro lado y seguir fingiendo que su matrimonio va genial.

—¿Quieres un poco más, Tito? —le pregunta mi madre, sin duda encantada de servirle.

A veces me repatea lo bien que se lleva él con mis padres y lo mucho que le gusta dejarse querer, que no es tonto.

—No, gracias, Esperanza, que voy a reventar —dice Tito, dándose unos golpecitos en el estómago y mirándome de reajo, porque el muy puñetero se está librando del acoso de mi madre y de sus aliadas.

—Tú bien puedes, con ese tipito que tienes —lo piropea mi prima.

Y Tito, complacido, le guiña un ojo y pregunta con retintín:

—Azahara, ¿me estás tirando los tejos?

Luego me mira de reajo, está al tanto de las circunstancias de la vida matrimonial de mi prima. Por otra parte, entiendo que ella necesite olvidar un poco a su marido, que en comparación con mi compañero de piso es un poco difícil de mirar y, claro, no siempre consigue quitarse la depresión marchándose de compras.

—¡No! Soy una mujer casada —alega, como si eso la exculpara de todo.

Yo, que no aguanto tanta tontería, murmuro:

—Eso nunca ha sido un impedimento.

—Ximena, por Dios, ¿cómo puedes decir esas cosas? —me riñe mi tía.

Tito se ríe. Qué cabroncete.

—Hija, por favor —tercia mi madre—, que si alguna mujer se dirigiese así a mi hombre, me pondría hecha una fiera.

Su hombre, es decir, mi padre, pasa de todo olímpicamente, mientras se sirve otra copa de su Ribera del Duero favorito.

Y, por si no lo habéis pillado, en teoría mi hombre es Tito.

—Es que Ximena siempre ha sido muy moderna —añade mi prima en plan chinche.

—No tan moderna como tú —replico, y reconozco que estoy comportándome como una cría, pero ya lo habéis visto, ha empezado ella—. Y no lo digo por tu corte de pelo.

Azahara sabe, lo mismo que el resto de los presentes, a qué me refiero.

—Siempre me has tenido envidia —me acusa.

¿Qué hago? ¿Pongo los ojos en blanco? ¿Digo en voz alta lo que es un secreto a voces, montando un show familiar?

—No os metáis con mi chica, que va de moderna, pero en el fondo es muy posesiva —dice Tito, acercándose a mí para rodearme los hombros con un brazo y darme un sonoro beso en la mejilla.

Después, a solas, lo regañaré por continuar con esta farsa.

—¿Y aún vivís en pecado? —se guasea Azahara, sin darse cuenta (o sí, nunca se sabe con ella) de que al final se va a liar.

—No, querida «prima» —contesta Tito con su tono más seductor—, seguimos durmiendo en habitaciones separadas.

Mira por dónde, la verdad es la mejor excusa.

—Hija, que sois novios, no pasa nada si dormís juntos —dice mi madre, aunque se sonroja un poco.

Mi padre se aclara la garganta.

Tito se ríe entre dientes.

Mi tía Sagrario pone cara de desdén.

—¿Y qué vais a dejar para después de la boda, tortolinos? —salta la tocapelotas de mi prima.

—Los tríos, los intercambios de pareja, el sado, el voyerismo —enumero, y Tito se ríe a carcajadas.

La cara de mi tía es un poema, la de mi madre otro y la de Azahara ni os lo cuento.

—Ximena, no digas esas cosas —me reprende mi madre, tras beber agua para pasar el mal trago.

—Y todo consentido, nada de que Tito se vaya con otra sin decírmelo —añado, y mi prima ya no puede ponerse más roja de rabia y vergüenza.

«Eso te pasa por chinche, bonita.»

Tito se levanta y, para evitar un drama familiar de consecuencias impredecibles, se acerca a mi padre, que en estos casos siempre permanece callado.

—Rufino, hoy te has superado a ti mismo —lo alaba.

Mi padre, complacido con el piropo y consciente de que o bien hace algo o terminaremos como el rosario de la aurora, dice:

—¿Os pongo en unos táperes lo que ha sobrado?

\* \* \*

Al final la sangre no llegó al río, a pesar de que a mi tía, lo mismo que a Azahara, le divierte crear polémica y ponernos en un aprieto. Por suerte, el ambiente se relajó lo suficiente como para que no acabásemos tirándonos de los pelos, aunque ganas no me faltan cada vez que mi «querida prima» y su madre empiezan a tocarme la moral.

—¿Por qué les resulta tan complicado entender nuestra relación? —pienso en voz alta, ahora que Tito y yo por fin estamos en casa, sentados delante de la tele y con un par de cervezas frías en la mano.

Ah, y tres táperes variados de comida casera en el frigorífico, que mi padre nos ha dado antes de marcharnos.

—Quizá porque no es muy habitual... —contesta él en el mismo tono.

Tito echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. Se lo ve reflexivo y agotado. No está pasando por su mejor momento.

—Y eso me lleva a pensar —prosigue en voz baja— en si no nos estaremos equivocando.

—¿A qué te refieres? —pregunto con cautela.

—A ti y a mí. —Suspira y abre un ojo para mirarme un segundo—. ¿Has pensado alguna vez en nosotros?

Resoplo. Esto se está poniendo muy trascendente. Enciendo la tele, aunque no vamos a hacerle caso, sólo por tener ruido de fondo.

Están volviendo a dar *Cachitos de hierro y cromo*, así que al menos tendremos música variada. A Tito lo entusiasman estos programas, a mí no tanto.

—En nosotros...

—Sí, en el tiempo que llevamos juntos. Lo compartimos todo, confidencias, alegrías, penas, cama... Joder, ¿y si todos ven lo que nosotros nos negamos a ver?

—Espera, espera, ¿qué me estás queriendo decir?

Si formulo la pregunta es por asegurarme, pues mucho me temo que sé muy bien a qué se refiere, y no lo negaré, me acojona un poco.

—A ver, no me quiero poner en plan moñas ni nada de eso, sin embargo... —Hace una pausa para dar un buen trago de cerveza y prosigue—: Haz balance. Desde que nos conocemos, ¿con cuántas tías he estado?

—Uff, ¿matemáticas ahora?

—Eres contable.

—No estoy de humor.

—Xim, por favor, era una pregunta retórica. Tampoco vamos a hacer recuento de tus amantes.

—No, porque seguro que me ganas por goleada —digo, y él esboza una sonrisa un tanto petulante.

—Lo que pretendo decir es que, si teniendo la oportunidad de estar con tanta gente, ambos volvemos siempre a casa, a estar «juntos», a lo mejor significa algo.

Tela con la reflexión de Tito.

¿Qué le digo yo a este hombre?

Me ha dejado patidifusa, porque esta conversación ya la hemos tenido antes, aunque no de una forma tan profunda. Y, para qué ocultarlo, me da miedo de hasta dónde podemos llegar si nos ponemos tan serios.

—Creo que hablas así porque Noelia te ha vuelto a dar calabazas —digo, y por su expresión deduzco que no voy muy descaminada.

—Lleva unos días más hija de puta que de costumbre y eso...

—Y eso te vuelve loco, te desespera y hace que estés pensando todo el día en follártela — remato yo por él.

—Bueno, sí, eso también, pero lo que quería decir es que tú y yo, quizá... Joder, no sé, ¿deberíamos plantearnos ir en serio?

—Ostris, Tito, no digas eso —contesto, y suspiro empezando a preocuparme, porque si con la tontería nos da por hablar más de la cuenta, luego no podremos desdecirnos y hasta quizá se vea perjudicada nuestra amistad—. Hoy no tengo la cabeza para pensar en una relación seria contigo. ¿Te la imaginas?

Se encoge de hombros.

Ay, ostris, que nos vamos a meter en un berenjenal emocional de tres pares.

—Sólo tienes que ser sincera —añade en voz baja—. No te estoy pidiendo un compromiso ni nada parecido, maldita sea, tan sólo que seamos sinceros.

—Siempre soy sincera —me justifico.

—¿Siempre? —Arquea una ceja porque sabe que, si bien no suelo mentirle, hay veces que, por necesidad, no le digo toda la verdad.

—Vale —musito, e inspiro hondo para que no me entre el pánico.

—Por ejemplo, ¿has pensado en tener hijos?

Uy, donación de semen ahora no, por favor.

—Sí, pero se me han quitado las ganas —respondo, y siento un escalofrío al recordar qué le ocurre al cuerpo durante el parto.

Y, qué casualidad, como si Tito me hubiera leído la mente sobre la idea (ya descartada, por supuesto) de pedirle semen.

—Xim, no te lo estás tomando en serio —dice paciente.

—A ver, sí, una tiene momentos tontos en los que se plantea muchas cosas, pero al tener empleos de mierda y seguir viviendo en casa de mis padres, lo de los hijos lo he ido dejando. Ahora ya tengo un buen empleo...

—Y te falta el donante.

—Ostris, Tito, ¿ni se te ocurra decirme que quieres tener hijos conmigo! —exclamo preocupada, porque ya he abandonado esa absurda idea, lo juro.

—Lo dices como si fuera un crimen.

—¿Cuánto has bebido? —pregunto ojiplática.

—Dos copas de vino. Tranquila, no estoy desvariando —dice, y no tengo muy claro si le molesta que yo intente no seguir con el tema, aunque me temo que voy a tener que enfrentarme a ello.

—A ver, Tito, escúchame. Estás pasando por una etapa jodida. No me lo niegues. Tu jefa sigue cabreada contigo por lo que pasó o, mejor dicho, por lo que no pasó entre ambos, y tú no piensas con claridad. Somos amigos, mucho, tenemos una confianza increíble; no obstante, el problema se llama Noelia. Cuanto antes lo admitas, mejor.

Tito resopla y se acaba la cerveza.

—Sí, mi jefa es un problema y gordo. Lleva una semana tocándome los cojones. Después del periodo de indiferencia, ha vuelto al de «voy a ser una cabrona de tomo y lomo contigo porque puedo y porque yo lo valgo».

Esto último lo ha dicho en tono de falsete.

—¿Con los demás también se comporta así?

—También, aunque conmigo se ceba, va a machete. Y yo, en vez de mandarla a paseo, me pongo

cachondo y, claro, ella lo debe de notar, por lo que estoy seguro de que disfruta como una perra con la situación —confiesa alicaído.

—¿Lo ves? Sólo estás confuso. Y a ella le pasa igual. No sabe cómo lidiar con vuestra situación.

—Sí, será eso... —masculla, y oculto una sonrisa, pues parece un crío enfurruñado cuando no puede salirse con la suya.

Me acerco a él, sugerente, le pongo una mano en el muslo y la voy subiendo. Tito mira atento el lento ascenso. Cuando llego a la altura de su entrepierna, inspira hondo. Yo aprovecho para acercarme a su cuello y rozárselo con los labios.

—Tito... —ronroneo.

—¿Sí? —replica de nuevo con voz de falsete, haciéndome reír.

—No te veo muy por la labor —digo, porque al acariciarlo por encima del pantalón no reacciona con la rapidez de siempre.

—Tú sigue, ya verás cómo se me pone dura.

—Lo dudo —digo, y me aparto.

Tito me mira frunciendo el cejo.

—¿Por qué paras?

—Porque estás pensando en otra y por eso mi mano no te excita.

—Vale, me has pillado —admite, y me pone cara de perrito abandonado.

Nos quedamos un rato en silencio, cogidos de la mano. Éstos son los mejores momentos entre ambos. Después de ser sinceros, no tenemos por qué enfadarnos. Sólo se oye a Tino Casal de fondo cantando *Eloise*. Que, quieras o no, te anima un poco.

La tele sigue encendida. No le hemos hecho mucho caso

—¿Y tú? ¿Vas a volver a ver a Joel?

—Lo dudo mucho. Seguro que pasa de mí. Me ha llamado «inmadura».

Tito saca su móvil, busca algo y me muestra la pantalla.

Leo el mensaje y me quedo alucinada.

Dime si Heidi ha llegado bien a casa.

Parpadeo. Y creo que estáis igual que yo. Lo ha enviado al poco de largarme de su casa, lo que significa que Tito lo ha recibido hace bastantes horas. ¿Por qué no me lo ha dicho antes? ¿Qué trama mi compañero de piso?

—¿Estás celoso? —pregunto con cautela.

—¿Por qué piensas eso?

—En primer lugar, por la charla que me has soltado, y en segundo porque te has callado como una puta lo del mensaje y, por último, porque aún no le has respondido.

Tito sonrío de medio lado, con su actitud de pillo.

—Hombre, hay que hacerle sufrir, ¿no crees?

—No te entiendo, de verdad que no —digo, perdida ante la repentina bipolaridad de Tito, porque otra explicación no le encuentro.

—Joel es un buen tío, pero a ti te quiero más y si te ha dejado escapar, que se joda.

Me froto las sienes, voy a acabar con dolor de cabeza.

—Qué vena tan sádica tienes —me guaseo.

—Mira, estoy hecho un putito lío. Tú siempre estás a mi lado. Sales con tíos, pero nada termina de cuajar. Y mira que con Joel tenía esperanzas de que funcionara, pues había insistido mucho en volver a verte, sin embargo, no ha sido así. Y yo estoy hasta los cojones de aguantar a mi jefa, de sus chulerías y estupideces. —Me agarra la mano y entrelaza los dedos con los míos—. Eres una



tía cojonuda y no me avergüenza decir que te quiero.

—¡Ay, que nos estamos poniendo tiernos! —exclamo en broma.

Me da un beso en la mejilla.

—Mira lo que te digo, si dentro de un año ninguno de los dos ha encontrado a su media naranja...

—Porque en mi caso algún cabrón se ha hecho zumo —lo interrumpo.

—Da igual el motivo, si dentro de un año seguimos libres, te pido que te cases conmigo — repite convencido.

No sé yo si semejante promesa es una buena idea. A mí me parece un riesgo más bien. Y, no sé, a lo mejor me tengo que poner las pilas y buscarme novio, aunque sólo sea para no caer en la tentación de decir que sí.

De momento añadiré una alarma en el móvil para que me avise al menos con un mes de antelación, por si se cumple el plazo y ambos seguimos sin compromiso.

—¿Lo dices en serio?

—Ajá. Y ahora voy a responderle a Joel para que se quede tranquilo.

Ostris, vaya vena tan maquiavélica le ha salido así de repente.

## Capítulo 15

Es extraño, porque, no me preguntéis por qué, esperaba algún tipo de gesto por parte de Joel. Aunque sólo fuera un recado diciéndome que no quiere volver a saber nada de mí. Puede parecer cruel, pero igual que cuando te quitas el esparadrapo, sólo me dolería un segundo y medio. En el caso del dibujante, un adiós significaría poder olvidar, pues, si lo pienso detenidamente, sólo ha sido una aventura. Qué digo aventura, una aventurilla. Divertida, intensa, satisfactoria..., lo admito, pero corta y sin perspectiva.

Por otra parte, sigo dándole vueltas, y no debería porque estoy en el trabajo, a la conversación que tuve con Tito. Y han pasado ya tres semanas en las cuales no hemos vuelto a tocar el tema ni tampoco, por si os lo estáis preguntando, hemos follado. Sí nos hemos acostado juntos, pero para dormir la mona, porque llevamos dos fines de semana consecutivos encerrándonos en casa sin otro plan que pasar tiempo juntos, ver pelis y, cuando ya vamos muy pedos, poner una porno y descojonarnos.

Y sí, me habéis pillado, he curioseado en la web de autor de Joel, y, francamente, esperaba otra cosa. También he entrado en otras webs de dibujantes y no son como la de él. Por ejemplo, la foto que aparece en su biografía es sin duda un posado en toda regla. Mientras la miraba, he tenido una especie de bajón, porque lleva el mismo traje con el que vino a buscarme al trabajo.

Y también he hecho algo impensable, me he colado en «la polvera» y mirado entre los libros de Tito hasta que he encontrado los de Joel. Me los he llevado a mi cuarto y allí, antes de dormir, les he echado un buen vistazo. Desde luego, no le tiembla el pulso a la hora de dibujar escenas que me han sonrojado. Lo cual es extraño, pues he leído novelas muy subidas de tono. Quizá la explicación sea que, uno, no tienes que imaginar nada, es muy gráfico. Y dos, conozco al autor y eso siempre da morbo.

—Mira quién acaba de llegar —dice Fulgencio señalándome la puerta, lo que hace que me olvide por un momento de dibujantes de cómics.

Fran, nuestro jefe, parece otro. Unas ojeras alucinantes y una cara de cansancio delatan la falta de sueño. Tras él, empujando un carrito de bebé sin duda carísimo y exclusivo, entra Mapi, que gracias al maquillaje parece mucho más fresca que Fran.

—Hola, jefe —lo saluda Ful con un apretón de manos.

Lo cierto es que últimamente no lo vemos mucho por aquí; la razón está en el carrito.

—Te veo estupenda —le digo a Mapi, y nos damos dos besos.

Y no miento; aparte del maquillaje, va vestida de forma perfecta, con unos pantalones vaqueros y una camisa blanca. Sencilla y elegante. La diferencia conmigo es que yo no compro vaqueros de marca y por lo tanto la confección y el diseño son muy diferentes.

De la camisa blanca mejor ni hablamos.

—Gracias —me responde ella.

Ful y yo nos acercamos a ver a Fran Júnior.

Sí, estaréis pensando que el nombre del chiquillo es poco original y más siendo la madre como es, que a buen seguro tiene una lista de nombres pijos y originales; sin embargo, le dejaron elegir

a la abuela y he aquí el resultado.

—Míralo, ahí, dormido, como un bendito —dice Ful, y pone cara tontorrón.

¿Se estará animando también a ser padre o son imaginaciones mías?

—Por eso berrea cada noche —se lamenta Fran.

Yo miro al crío y sigo sin creerme que pudiera verlo nacer, en primera fila.

Nos entretenemos charlando un rato sobre las aventuras de los padres primerizos. Es evidente que se les cae la baba, a pesar de la falta de sueño. Mi jefe se queja de que le resulta más duro cuidar del bebé que conducir doce horas seguidas. Y sabe de lo que habla, pues antes de meterse en el negocio de la granja de bueyes Kobe, tenía una empresa de transportes que levantó de la nada.

Luego pasamos a asuntos mercantiles; a pesar de que Fran ha aparecido pocas veces por la oficina, ha ido llamando para estar al tanto de todo. Por suerte, los pequeños contratamos se han ido resolviendo y los envíos salen todos puntualmente en los camiones frigoríficos. Cumplir plazos de entrega es fundamental para que nuestro principal cliente, Caprice Food International, siga confiando en nosotros.

—Aún no te he dado las gracias como es debido —me dice Fran muy serio—. Por todo lo que hiciste.

—De nada —respondo cohibida.

A ver, que no fue para tanto, cualquiera hubiera hecho lo mismo en mi lugar. Y, bien pensado, creo que, de haber tenido alguna idea, lo habría hecho mejor. Todo lo improvisé y hasta pude haber metido la pata.

—Estoy en deuda contigo —insiste, y me siento un poco abrumada por tanto agradecimiento.

—Si no llega a ser por ti... —Mapi se une a la conversación—, no sé qué habría pasado. Por ese motivo, cuando necesites algo, lo que sea, sólo tienes que pedírmelo.

Fran asiente.

—Creo que sois unos exagerados.

A pesar de los intentos por dejar de ser la «empleada del mes», siguen dándome las gracias hasta que Fran Júnior se despierta y pasa a ser el centro de atención. Y a todos, sin excepción, se nos termina cayendo la baba. Ful hace comentarios sobre el parecido, pero yo, sinceramente, no le veo ninguno.

Acuno al bebé en mis brazos y me pregunto si alguna vez me veré en una situación como ésta. Es inevitable hacer esta reflexión.

Después, para no perder las buenas costumbres, nos vamos a la tasca del pueblo y allí pasamos un buen rato junto con Eleuterio, el marido de Ful, tomando unas cañas y riéndonos del último chiste malo del dueño, que se las trae. Incluso cuando Fran Júnior decide que tiene hambre, continuamos divirtiéndonos.

—¿Qué haces? —pregunta Ful cuando Mapi comienza a desabrocharse la camisa.

—Pues sacarme la teta y darle la merienda —responde tan pancha—. Y no mires si no quieres.

—No, claro que no —murmura el veterinario, girando la cabeza.

—Porque llevo un sujetador horrible —replica la madre de la criatura, con su aire más pijo, mientras acomoda al bebé en el regazo.

Fran pone los ojos en blanco. Ful se aclara la garganta. Eleuterio se ríe y yo me uno a él.

—¿Os he contado ya el de las llaves? —nos interrumpe el dueño de la tasca, al servirnos la penúltima ronda.

—No, por favor —protesta Eleuterio, y en un gesto infantil se tapa los oídos.

Que conste, todos haríamos lo mismo si no sirviera tan bien las cañas y a un precio tan popular.

—Yo quiero oírlo —tercia Mapi.

—Pues allá va... Va un niño de ocho años y le pregunta a su padre: «Papi, ¿qué tiene mamá entre las piernas?». A lo que el padre responde: «El paraíso». Y el niño vuelve a preguntar: «¿Y qué tienes tú entre las piernas?». Y el padre responde: «Las llaves del paraíso». Entonces, el niño, tras pensarlo unos segundos, dice: «Papá, pues vas a tener que cambiarlas, porque el vecino ha hecho copias».

El coro de risas es general. Hasta Ful, que es bastante reservado, sucumbe al horrible humor del hombre. Aunque intuyo que la cerveza tiene algo que ver.

A pesar de estar pasándolo de miedo, debemos levantar la sesión y regresar a casa. Como no puedo conducir, Fran se ofrece a pagarme un taxi. Intento negarme, sin éxito, pues insiste hasta que acepto.

Y, que conste, el único «taxi», por llamarlo de alguna manera, del pueblo, es el de un vecino que así, de extranjería, se saca unos eurillos. Todos lo sabemos, y también conocemos su situación económica, así que no decimos nada y contamos con él.

Al llegar a casa, antes de abrir la puerta ya empiezo a preocuparme. Suena a todo volumen «*Eunigenio*» *Salvador Dalí*. Así pues, Tito está aquí, lo que no sé es si de buen o mal humor. Me inclino por la segunda opción. Dejo mi bolso tirado en el sofá y me acerco a «la polvera»; la puerta está entornada y me asomo con precaución.

Si lo pillo en pleno proceso creativo, doy media vuelta; no obstante, lo que veo me deja confusa. Tito está delante de su armario, mirando la ropa. No parece enfadado, sólo pensativo.

—Ya era hora, ¿dónde andabas? —pregunta al darse cuenta de mi presencia.

—Oye, no te me pongas en plan controlador, queriendo saber qué hago cada minuto del día y dándome la brasa con mensajes al móvil —lo regaño medio en broma—. Y ahora dime qué haces mirando tu guardarropa.

Tito saca una percha de la que cuelga un traje negro y después otra con uno azul e, indeciso, se los pone delante y me dice:

—¿Cuál me queda mejor?

Me froto las sienes.

—Tito, que los dos te sientan de puta madre, no hagas preguntas chorras.

—¿Azul o negro? —insiste ante mi descarado intento de escaqueo.

—Sabes que no tengo ni pajolera idea de moda. A mí déjame tranquila. Me voy a mi cuarto.

—Eh, eh, eh, que esto te incumbe —dice Tito deteniéndome—. Este fin de semana tengo un evento, la presentación de una nueva campaña en la que he trabajado. No puedo escaparme y, como me prometiste, vas a acompañarme.

—¿¿Qué?! —chillo.

—Así que, venga, ¿el traje negro o el azul Oxford?

—Mmmm, los dos son chulos y caros —respondo sin comprometerme y sin mentir; le sientan de vicio y él lo sabe—. ¿Para qué preguntas?

—Vale, el azul —elige, y guarda el otro—. Ahora vamos a tu armario, a ver qué tienes.

Una vez en mi habitación, Tito se pasa una mano por el pelo, desesperado, al ver mi único vestido «elegante», por llamarlo de alguna manera.

—¿Me puedes explicar esto? —pregunta, mientras sujeta la percha con el vestido negro multiusos.

—A ver, es que no necesito más —me excuso, y él sigue mirándome como si tuviera antenas.

—¿Perdón?

—Es negro, que va con todo. Me vale tanto para un entierro como para una boda. Si hace frío,

lo combino con un abrigo. En primavera y otoño con un chal y en verano sin nada —le recito tan pancha.

Tito frunce el cejo y me fulmina con la mirada.

—No me lo puedo creer —masculla, y se sienta en el borde de la cama—. Y encima esta semana ando muy pillado para ir de compras.

—El vestido negro es perfecto —afirmo, y él lo agarra de malos modos para después tirarlo al suelo como si fuera un trapo de cocina—. Eh, cuidado.

—Como se te ocurra volver a guardarlo... —me amenaza—. Habrá que buscar una solución...

—El vestido negro —lo señalo—, o vas solo.

\* \* \*

No sé para qué lo amenacé, pues al muy cabroncete no se le ocurrió otra cosa que llamar a la novia de mi jefe para pedirle ayuda y Mapi, entusiasmada ante la posibilidad de experimentar conmigo, dijo que sí.

Y aquí estoy, sentada delante del espejo, con el pelo recogido, mirando de reojo y con desconfianza una maleta. Sí, una maleta he dicho.

—¿Me vas a maquillar o a cambiar el sifón del baño? —le pregunto a Mapi.

—¡Cómo se nota que no tienes ni idea de maquillaje!

Me conoce demasiado bien, pues lo único que ha visto en mi cuarto de baño, además de los rollos de papel higiénico, es un tarro de Nivea. La lata azul de toda la vida.

A los chicos los hemos dejado en el salón, al cuidado de Fran Júnior, con algo de picar para que no se aburran y, según Mapi, nos dejen tranquilas un buen rato, porque lo vamos a necesitar.

Miedo me da ese «lo vamos a necesitar».

Me preparo para lo peor, porque Mapi abre su caja de «herramientas» y se entretiene un buen rato sacando frascos con diversos potingues. Si ya tardamos tanto en elegir los productos... lo de maquillarme se me va a hacer eterno.

—Lo estás disfrutando, ¿verdad? —murmuro.

—No te imaginas cuánto —responde—. Desde que he sido madre no tengo un respiro. Todo el día con la teta fuera, y durmiendo poco y mal. Nunca pensé que diría esto, pero ¡echo de menos mi trabajo!

Mapi es asesora de imagen. Da consejos de estilismo, moda y tendencias a personas con mucho dinero y poco gusto. Y se mueve como pez en el agua en los ambientes más glamurosos, algo que a mí, sinceramente, me resbala. Y tampoco hago ningún esfuerzo por interesarme.

Véase como ejemplo el vestido negro multiusos y la lata de Nivea.

Sin embargo, Tito ha insistido en que esta noche he de estar espectacular. Bueno, sus palabras exactas han sido: «Pretendo que, al verte, todos y todas te quieran echar un polvo, y a mí me envidien por estar contigo, porque saben que yo voy a ser el afortunado».

Sí, ya lo sé, suena raro y, si me apuráis, hasta machista. Yo le he respondido:

—Traducido, que quieres llevar una mujer florero colgada del brazo.

Y Tito, con cierta guasa y guiñándome un ojo, ha replicado:

—Exacto, *darling*.

¿Es o no es el mejor amigo que una chica soltera puede tener?

—Vamos a hidratar esa piel, Xim, que con el cutis tan suave que tienes...

—Quizá lo tengo suave porque no utilizo maquillaje —replico—. Mi abuela siempre decía que agua, jabón y estropajo.

—¡Cosas de viejas! La cosmética actual ha avanzado muchísimo y ahora hay productos para

mantener la piel en perfecto estado. ¿Empezamos?

—Qué remedio...

Mapi empieza a trabajar. Me va describiendo los pasos. Tras limpiarme la piel, la hidrata. Yo, que me voy viendo en el espejo, me muerdo la lengua para no preguntar, porque ya llevamos más de cinco minutos y aún no me ha maquillado.

Seguimos con más etapas. No sé qué me cuenta de la base, el sérum, las imperfecciones, y sigo con la cara sin pintar.

Tengo que armarme de paciencia, pero se me escapa un comentario:

—Esto de ser florero es un poco pesado.

Mapi se ríe entre dientes.

—Nadie dijo que fuera fácil.

—¿Y esto hay que hacerlo todos los días? —pregunto con horror.

—Si quieres ir perfecta, sí.

No soy católica ni practicante, pero me santiguo ante la sola idea de perder tanto tiempo cada día.

Mapi sigue a lo suyo. Prueba ungüentos variados de diferentes texturas en su mano y después, tras desechar algunos (desconozco qué criterio sigue), aplica el producto en mi cara y hace un comentario sobre lo que es mejor. Es alucinante la cantidad de brochas, pinceles y pijadas que tiene.

Yo la escucho a medias, pues me he perdido en el primer paso.

—Si se supone que tengo una piel en buen estado, ¿para qué necesito correctores?

—Deja de poner pegas y cierra los ojos —me exige y yo obedezco.

Cuando acabamos, ha pasado una hora. Sí, como lo oís, ¡una hora!

—Espectacular —dice, orgullosa de su trabajo.

Y sí, parezco otra. Incluso diría que más joven, si eso es posible en una chica de treinta y dos años. Ahora entiendo cómo muchas famosas (y famosos) consiguen ocultar su edad. Una hora en el departamento de chapa y pintura y *voilà!*

—Y ahora vamos a alisar ese pelo —añade, y saca unas planchas.

—Chicas ¿todo bien? —pregunta Tito asomándose. Me mira raro. Mala señal.

—No seas impaciente —lo regaña Mapi, echándolo.

—Es que tu hijo tiene hambre —tercia Fran, que se ha acercado también.

Genial, encima tengo público.

—Tendría que haberlo acostumbrado al biberón —se lamenta mi asesora de imagen—. ¡Enseguida acabo!

—¿Y si me lo recojo en una coleta? —sugiero, y me gano una mirada de advertencia.

—Tienes un pelo bonito, aunque este tono castaño es un poco apagado. Yo te haría unas mechas, para iluminar. Algo suave...

Mejor no digo nada y dejo que acabe, porque a este paso llegaremos tarde. Seguro que Tito se impacienta, ya que por lo general soy yo quien lo espera arreglada cuando vamos a algún sitio.

Por suerte, alisar el pelo es una tarea más rápida que maquillarme. Así que por fin abandonamos el cuarto de baño. Ahora sólo me queda vestirme y listo. O eso pensaba, pues sobre mi cama hay tres vestidos de noche. Ni rastro del mío.

¡Y yo que me las prometía tan felices!

—El primero es azul intenso, llamativo y creo que te favorece —explica Mapi.

—No lo veo claro —murmuro, porque es ajustado y quiero respirar con normalidad.

—Pasemos al siguiente. Negro, clásico, pero con un toque moderno —dice, señalando la parte

transparente, y cuando digo «transparente» me refiero a que se me va a ver hasta el ombligo.

—No me convence.

—Pues sólo me queda éste. Es el más sencillo, color vino tinto.

—¿Vino tinto? Es rojo —digo, y me gano una mirada reprobatoria por mi comentario.

Me lo muestra y realmente es el más discreto. Por debajo de las rodillas, no muy ajustado y de escote modesto.

—¿De dónde has sacado estos modelitos? Deben de costar una fortuna —pregunto, mientras me quito las mallas y la camiseta de andar por casa, con cuidado de no estropear el peinado y el maquillaje.

—Las marcas con las que colaboro y a las que llevo muchos clientes me prestan cosillas —explica como si tal cosa—. También me he encargado de la ropa interior.

—¿Perdona?

—Tito ha insistido en ello —se justifica Mapi—. Por cierto, ¿qué relación tenéis?

—Somos amigos.

No sé si se queda convencida con la explicación, pero por suerte no insiste. Creo que la apasiona mucho más mostrarme la lencería que me ha traído. A ver, yo uso bragas normales, de calidad y a ser posible sin costuras, no obstante, lo que tengo ante mis ojos es, por decirlo de una manera sencilla, alucinante.

—Voy a sacarme una teta mientras te vistes y ahora vuelvo para darte el toque final.

Me quedo sola en el dormitorio y empiezo a vestirme. El tanga negro es eso, un tanga. Y yo no soy muy aficionada a esta prenda. El sujetador va a juego y es de encaje, es decir, se ve todo. Con las medias de blonda vamos a tener un problema, pues soy más de pantis y sólo cuando no me queda más remedio.

Me observo en el espejo y sí, parezco otra. No me reconozco. Pero me gusta, me siento sexy, seductora. Quizá Tito tenga razón. Voy a tener que salir un día de compras con Mapi y cambiar un poco el estilo de mis bragas.

Y por fin me pongo el vestido. Vaya ojo tiene Mapi, la talla es la adecuada. Lo único que me deja pasmada es que he elegido el que deja la espalda al descubierto. Entonces ¿para qué me he puesto sujetador?

—¿Lista para la inspección final?

—Sólo hay un problema...

—Tus tetas son de tamaño normal, no como las mías, que son ubres; puedes permitirte el lujo de ir sin sujetador. El vestido es así y vas a estar radiante.

—Si tú lo dices... —murmuro no muy convencida; sin embargo, ella sonríe satisfecha con su obra y, tal como ha dicho, da los últimos toques a mi estilismo antes de marcharse al salón.

—Joder... —dice mi jefe, que acuna a su hijo en brazos.

—Joder —lo secunda Tito, que ya está listo para salir, con su traje azul Oxford.

—¿A que soy la mejor? —pregunta Mapi orgullosa.

## Capítulo 16

—¿Quieres dejar de mirarme como si tuviera monos en la cara? —le pregunto a Tito, mientras nos dirigimos en taxi al hotel donde se celebra el evento—. Me incomoda bastante.

Suelta un suspiro, ¿o ha sido un gruñido?

—No te miro de esa forma, créeme —masculla.

No hemos querido llevar el coche por comodidad, ya que la fiesta se puede alargar y luego no apetece conducir. Además, tenemos una habitación reservada por si bebemos más de la cuenta.

Lleva mirándome desde que hemos salido de casa. Me está poniendo de los nervios. Ya verás como al final tenemos bronca. Tito está muy raro. Muy guapo también, por si os lo estáis preguntando.

Ah, y yo voy divina de la muerte.

—Lo que ocurre es que... —añade en voz baja, para que no nos oiga la taxista—, es que, joder... —Me agarra de la muñeca y me obliga a que le ponga la mano sobre la entrepierna.

—¡Ostris! —exclamo al notar su erección—. ¿Llevas así mucho rato?

Ay, pobre, con dolor de huevos y en una reunión de empresa.

—Desde que hemos salido de casa —responde gruñón.

—No pienso hacer cochinas en el taxi —susurro, aunque no aparto la mano.

—Pues deberías, porque, no quiero ser agorero, pero en este estado soy impredecible —alega en voz baja.

La conductora debe de flipar con nosotros y nuestros cuchicheos.

—Es por ella, ¿verdad?

—¡No! Joder, es por ti. Maldita sea, siempre vas, y no te enfades, hecha un adefesio, y hoy de repente te conviertes en una top model. Maldita sea, me desconciertas.

—¿Me estás llamando «fea»? —pregunto, aguantándome la risa al oír su tono de perrito abandonado.

Tito tuerce el gesto ante lo que es una pregunta trampa en toda regla.

—Mira, si me pones más o menos cachondo con las bragas de abuela que usas y que cuando cuelgo en el tendedero siempre pienso en tirar a la basura, imagínate cómo estoy sabiendo que debajo de ese vestido, que por cierto te queda de vicio, llevas ropa interior sexy.

Ahora ya sé quién ha elegido lo que llevo puesto. Qué cretino, se ha confabulado con Mapi a mis espaldas.

—Oye, cuando me toca a mí la colada, no me excito viendo tus slips de superhéroes apretaditos —replico, y esto sí lo ha oído la taxista, porque esboza una sonrisilla.

—Ya verás cómo al final te pido que nos casemos...

—Tito, no te pases, que eso lo dices porque estás pensando en ella —lo corrijo.

Hace una mueca y eso confirma mi teoría.

—Créeme, hasta que tú la has mencionado, sólo pensaba en arrancarte ese puto vestido.

—Ya hemos llegado —anuncia la taxista, que, por la cara que pone, ha debido de flipar en colores con nuestra conversación.



Tito agarra de malos modos la bolsa de viaje y yo me encargo de pagar la carrera.

Antes de ir al salón de actos, nos registramos y nos acercamos a la habitación a dejar nuestras cosas. Tiene dos camas, perfecto, porque hoy Tito está muy brutote y a saber cómo acabará la noche.

—Espera un jodido segundo —me pide, deteniéndome con brusquedad junto a la puerta.

Y debido al factor sorpresa, no puedo evitar que me levante el vestido y me manosee el trasero.

—¿Qué haces? ¡Que se me arruga! —protesto.

—Xim, lo siento..., bueno, no, no lo siento, tenía que verlo.

—Estate quieto y contrólate. Por favor.

Me sonrío con su carita de pillo, sin dejar de sobarme, y dice:

—¿Pasamos de la fiesta y nos lo montamos aquí? Puedo pedir cava bien frío y derramarlo por tu escote —propone y mueve las cejas todo sugerente—. Y según vaya bajando hacia tu coño, lo voy lamiendo.

—No puedo hacer eso. Se estropearía el vestido —alego y sé que, de querer llevarlo a cabo, el vestido se podría ir a paseo. O no, porque a saber cuánto cuesta, que Mapi es de morro fino.

—Han inventado la limpieza en seco, yo lo pago —replica él, y procuro no reírme para que no se venga arriba, que bastante animadito está ya el chaval.

Le doy un manotazo para que se aparte y, antes de que vuelva a intentarlo, abro la puerta. Lo oigo resoplar, pero me sigue por el vestíbulo hasta los ascensores.

No puedo evitar pensar que este modelazo (y lo que va debajo) me va a dar buena suerte. Me siento, como dice Mapi al más puro estilo pija, divinamente.

Decidido, hay que invertir más en lencería.

\* \* \*

El salón donde se celebra el evento está engalanado y se nota que el cliente es importante. La calculadora que llevo dentro de mí (qué mal ha sonado eso) está echando humo y haciendo cuentas. Es toda una paradoja que a los empleados les regateen hasta la última paga extra y después tiren la casa por la ventana.

En fin, olvidémonos del debe y el haber y disfrutemos de la fiesta.

Camino al lado de Tito, que me va presentando a algunos de sus compañeros y compañeras. A unos ya los conozco. Procuro ser cordial, aunque me muero de ganas de ver a la famosa Noelia; sí, a esa mujer capaz de sacar lo peor y lo mejor (eso espero) de mi amigo.

—Ten cuidado, que puedes resbalar —me susurra Tito y lo miro sin comprender, porque el suelo en efecto está brillante y pulido, pero hasta el momento no he tenido ningún percance—. Aquí hay más babas que en un saco de caracoles.

Me río entre dientes ante su comentario tan mordaz, aunque imagino que no sólo es por mi aspecto, también el suyo produce deseo. Que más de una ya me ha mirado mal por ir de su brazo.

—¡Qué difícil es esto de ser mujer florero! —me quejo, y él me da un beso en la mejilla. No tengo muy claro si el gesto obedece a que de verdad le importo o tiene intención de que llegue a oídos de su jefa que está acompañado. Mmm...

Tito me trae una copa de verdejo y me hago la firme promesa de moderar el consumo de alcohol, pues quiero tener los cinco sentidos alerta. Aún ni rastro de la jefa, o eso creo, porque o bien mi amigo disimula bien o realmente todas las mujeres presentes le resbalan.

¿Estáis tan impacientes como yo por conocerla?

Pues creo que ha llegado el momento.

De repente, Tito se tensa, y no sé muy bien por qué, ya que sólo veo entrar a un señor mayor,

con un traje que disimula bastante mal la barriga y que debe de ser el mandamás, pues todos los presentes lo miran con respeto.

Falsa alarma.

Ay, no, espera...

Detrás de él aparece una mujer..., joder..., impresionante. Alta, y no sólo por los taconazos que lleva. Rubia. Medidas perfectas, que su sofisticado y en apariencia recatado vestido verde botella ajustado ensalzan. Miro de reojo a Tito, su respiración ha variado sensiblemente.

—Preséntamela —le pido, tirando de él para que se mueva, que parece un poste de la luz anclado al suelo.

No muy convencido, camina conmigo hasta la mujer, que, al vernos, mira a Tito de arriba abajo. Yo observo cada expresión de su cara y cuando repara en mí, tras haberse comido a mi acompañante con los ojos hasta empacharse, adopta una expresión seria y distante.

Tito hace las presentaciones. Nadie puede acusar a Noelia de ser maleducada. Nos damos los dos besos de rigor y hasta sonreímos como buenas chicas. Ella me pregunta qué tal lo estamos pasando y yo le miento y respondo que la fiesta es estupenda.

Modales exquisitos. Fría cortesía. Como debe ser.

Después se excusa para ir a saludar a un conocido y sin más se larga.

Y es evidente que no camina, desfila por la sala.

—Creo que las tetas son operadas —comento cuando sé que ella no puede oírme.

—Te aseguro que no lo son —masculla Tito, y sonrío ante su defensa a ultranza de Noelia.

—Ah, vale, había olvidado tu magreo intensivo —digo y él tuerce el gesto, porque sé que mencionárselo son buenos y a la vez malos recuerdos.

Vale, ahora ya conozco a Noelia y sé que bajo su fachada de jefa distante e inaccesible tiene que haber una mujer pasional. O al menos confío en que así sea, porque puedo equivocarme y que sólo sea una mujer fría. Aunque, por lo que me contó Tito, durante su aproximación en el aseo, se dejó llevar. Mmmm, ahí está clave...

La cuestión es cómo organizar el asunto para que estos dos puedan estar a solas y ver si ella se desata y Tito puede por fin poner en práctica esa desbordante imaginación sexual que tiene y de la que he sido testigo.

Habrà quien diga que soy una Celestina. Lo admito, pero cuando se trata de Tito, soy como mamá gallina, hago lo que sea (sin exagerar, claro) por echarle un cable. Vale, ya sé que él solito se las ingenia muy bien para ligar, pero este caso es más complicado, hace falta ayuda extra. Además, no hay nada de malo en ello y si lo consigo, luego podré pedirle mil favores, je, je.

—Aun a riesgo de que te enfades, te diré que, si me traes otra copa de vino, a lo mejor me planteo hacer un trío contigo y con tu jefa.

Se atraganta, no sé si de la impresión o de la emoción, y yo, como buena acompañante, le doy unas palmaditas en la espalda para que se le pase el susto.

Tito despacha de manera cortante a un par de compañeros que se nos han acercado con la evidente intención de conocerme y meter ficha. No le conocía yo este lado tan posesivo, pues uno de ellos me ha parecido majo e incluso follable. Sin embargo, me voy a tener que quedar con las ganas, porque Tito no me suelta.

Cuando por fin podemos hablar sin oídos indiscretos, me susurra:

—Está casado y es malo en la cama.

—Gracias —respondo en voz baja, agradecida.

No le pregunto cómo lo sabe, seguro que en la oficina hay bastante puterío y todo se termina sabiendo. Me fío sin dudarle de Tito.

Nos indican que pasemos a la zona de proyección y tomamos asiento. Me encargo de hacerlo en primera fila, así podré observar a placer cómo se desenvuelve Noelia y ella, al tenernos enfrente, veremos cómo reacciona.

—Odio las proyecciones corporativas, son un tostón —susurra Tito a mi lado, cuando bajan la intensidad de la luz.

Noelia, desde el estrado, nos está mirando. No tengo nada que decir, pero hay que jugar al juego más infantil del mundo: provocar celos.

—Relájate y disfruta —murmuro, bien pegada a su oreja.

Y ella lo ha visto. Que se imagine lo que quiera, incluso lo peor.

Como Tito me ha advertido, la proyección es soporífera. Pero no queda más remedio que tragarse lo buenos que son, los éxitos que cosechan, la visión de futuro que tienen y el gran potencial humano del que disponen. Traducido, una retahíla de tópicos que cualquiera podría utilizar. Todo para dar coba al cliente y a sí mismos. Quizá el lunes, cuando vuelva al trabajo, hable con Fran para que lo use en su publicidad, total, nos va a salir gratis...

Cuando acaba el vídeo, se pone delante del atril el mandamás y llama a su lado a Noelia. Está claro el parecido físico. Primero habla él, otra vez colgándose medallas. Acaba el discurso y aplaudimos. Incluida yo. Qué panda de pelotas.

Ahora es el turno de ella. Otra vez nos mira antes de dirigir la vista al frente. Me inclino hacia Tito y pregunto en voz baja:

—¿Seguro que no son operadas?

—Que no, joder —responde.

Ella sigue hablando sobre la empresa y demás. Halaga a su progenitor. Los pelotas no se cansan de aplaudir. Yo no presto atención a sus palabras (no debo de ser la única), sólo a sus gestos. No puede evitar dirigir la mirada hacia donde estamos Tito y yo. Como me siento un poco perraca, me agarro al brazo de mi acompañante y sonrío embobada.

Él me mira de reojo sin entender nada. Con estas maniobras tan sutiles los hombres andan muy perdidos, porque van a lo evidente, y seguro que Tito sólo está pensando en el cuerpo desnudo de ella, a ser posible con él al lado restregándose. Los hombres (en su gran mayoría) no son capaces de captar estos mensajes subliminales, pero yo sé que Noelia sí. De ahí la gracia.

Por fin se acaba la charla y de nuevo podemos deambular por la sala. Han preparado un bufet libre, porque así se socializa mejor que todos sentados. Yo me disculpo un segundo para ir al aseo. Cosas de la naturaleza que entenderéis.

Los aseos están fuera de la sala de eventos, y se agradece, porque ha disminuido el ruido.

Por suerte, no son cubículos de dimensiones reducidas ni separados por una endeble pared de contrachapado. Lo que permite hacer pis sin ver los pies de la ocupante de al lado ni oírlo «todo».

No soy mucho de retoques, sin embargo, hoy, que voy tan divina, haré un esfuerzo. Salgo del cubículo y me encuentro, pintándose los labios a Noelia. La saludo con un gesto y abro el bolso, pero me doy cuenta de que, entre la falta de costumbre y las prisas sólo llevo las llaves de casa, pañuelos de papel y dos caramelos.

Ni siquiera tengo condones. Ostris, qué despiste.

—Un discurso estupendo —le digo para entablar una conversación amistosa.

—Gracias.

Ella se retoca con habilidad y yo me atuso el pelo de aquella manera. Una hace lo que puede.

—Se os ve muy unidos —comenta con indiferencia, cuando guarda la barra de labios en su minibolso. Sé que tienen un nombre pijo, se lo he oído a Mapi, pero no me acuerdo.

No sé si estamos solas, aunque algo me dice que antes de hablar se ha asegurado de ello.

Noelia no tiene pinta de ser una persona a la que dejen fuera de juego por casualidad.

¿Os habéis fijado en lo celosa que está y que intenta controlarse? De no ser así, ¿para qué iba a mencionarlo?

Utilicemos la artillería poco a poco.

—Sí, lo cierto es que hemos tenido nuestros más y nuestros menos —digo como si nada. Nuestras miradas se encuentran en el espejo. Yo me ahueco el pelo otra vez para no parecer idiota—. La convivencia no siempre es sencilla.

—Pensaba que Fernando vivía solo.

Ojo al dato, no lo ha llamado Tito, sino por su nombre completo. Aquí hay tema del bueno; vamos a darle caña.

—No, vivimos juntos hace ya tiempo.

Si os habéis fijado, no he dicho ni una sola mentira. Que lo interprete como quiera.

Su mirada es intensa, se muere de ganas de preguntar más cosas.

—¿Mucho tiempo?

—Algo más de dos años —respondo orgullosa.

—Me alegro, de verdad —miente como una bellaca—. Me gusta saber que mis empleados llevan una vida sensata, eso aumenta la productividad.

Qué petarda es. No sé cómo es posible que Tito esté tan loco por ella. Misterios de la vida, sin duda. ¿O sólo finge ser petarda por alguna razón que se me escapa? No sería la primera ni la última que recurre a ese truco.

—Tito es un profesional increíble. De los mejores —piropeo a mi amigo—. Lo veo trabajar a menudo, sé que se lo toma muy en serio.

Todavía no he dicho nada que no sea cierto. Pero Noelia no quiere que le cuente lo que ya sabe, desea enterarse de algún detallito privado.

—Conozco su trabajo —murmura sin dejar de ser altiva—. Mejoraría si aceptara de una vez realizarlo en una de las oficinas que la empresa ha puesto a su disposición, con los medios técnicos a su alcance.

Sonrí con cierto disimulo. Anda que no me ha contado veces Tito la historia. Quieren que deje de trabajar en casa para controlarlo y él siempre se niega.

—Tito prefiere la libertad y la privacidad —contesto, y que lo interprete como quiera.

—Supongo que ya es hora de volver a la fiesta —dice, y me mira, invitándome a acompañarla.

Regresamos al salón y Tito arquea una ceja al vernos aparecer juntas, aunque Noelia enseguida se va a charlar con otros invitados y a desfilar, por supuesto. Qué ego tiene la chiquilla.

—¿Qué has estado haciendo con ella? —pregunta suspicaz.

No lo culpo, es lógico que recele.

—Tanteándola en el aseo, por si le van las mujeres —respondo, y él resopla—. ¿Crees que me lo iba a montar con ella sin decírtelo?

A ver, como todas (o casi todas), he tenido mis experiencias lésbicas. Bueno, sólo han sido dos. La primera, como es lógico por curiosidad. Una de esas etapas en las que los hombres parecen no funcionar y te planteas muy seriamente si no debes renunciar a ellos de una maldita vez. No cuajó. Aquello fue extraño.

La segunda, a pesar de que no me apetecía, fue ante la insistencia de Tito. Ya llevábamos un tiempo acostándonos y, como nos dio por probar cosas nuevas, él propuso un trío de dos más uno. Y oye, sólo tenía dos opciones, quedarme a mirar y aplaudir al final de la sesión o participar. Y si bien el rollo voyer es estupendo para vagos, yo prefiero no calentar banquillo y salir a jugar.

—Xim..., hoy estás muy rara —se queja.

—No seas bobo, no he hecho nada de lo que debas preocuparte.

«Eso espero», pienso y para distraerlo un poco, le pido que me traiga algo de comer. Yo mientras me pongo a idear un plan para que esta noche estos dos acaben juntos y revueltos.

Noelia sigue pavoneándose por la sala. Es perfecta. Sonríe, da besos, palmaditas en el brazo, charla con todos... Menos con Tito, que ahora está junto a la mesa del bufet, frunciendo el cejo mientras elige qué traerme de comer.

Yo sigo a lo mío, a buscar la forma de encerrarlos en una habitación; descartamos aseos por razones obvias, ya que les pueden despertar malos recuerdos o, lo que sería peor, que alguien los interrumpa.

Así que sólo nos queda la habitación del hotel. Primer obstáculo, saber cuál ocupa Noelia. Segundo, engañarla para que vaya y, por último, llevar a Tito.

Un plan difícil, en especial por el primer paso. Así pues, eliminamos la habitación de ella ¿y qué nos queda? La que compartimos Tito y yo. Ya sólo me falta organizar las etapas dos y tres. A Tito es relativamente sencillo convencerlo, sin embargo, a Noelia...

No me critiquéis, estoy apañándomelas sobre la marcha.

Habría quien se pregunte por qué me preocupo de la vida sexual y sentimental de Tito, cuando lo más fácil sería ocuparme en persona; no obstante, sé muy bien que él y yo no estamos hechos el uno para el otro. No insistáis.

—Toma, come —me dice un tanto brusco, al entregarme un plato con demasiada comida. Miro con cierta desconfianza lo que me ha traído. Comida pija. En fin, la probaré, no creo que esté mala.

—¿Y la bebida? —pregunto, para que se largue otro rato, que hay cola en el bar para pedir y así termino de organizarme.

Tito me fulmina con la mirada, pero va a cumplir con su papel de caballero.

Entonces una invitada me da la idea mágica. Intenta bajarse el vestido porque se le ha hecho una carrera en la media. ¡Bingo! Seguro que doña Perfecta tiene un par de repuesto. Yo sólo tengo que joderme unas medias.

—¿Puedes hacerme un favor? —le pregunto a Tito cuando regresa con la copa de verdejo.

—¿Qué tripa se te ha roto ahora?

—No puedo más. —Finjo un tono morbosito y a él se le suaviza la expresión—. Ven a la habitación dentro de diez minutos. Echamos uno rapidito y volvemos.

Arquea una ceja.

No le doy opción a que replique y lo dejo con la comida y la bebida.

Me voy directa a por Noelia.

La localizo junto a su padre y me armo de valor para acercarme. Echo un vistazo a Tito, que, por suerte, me da la espalda y habla con un compañero.

—¿Puedo pedirte un favor? —le pregunto a Noelia y ella me mira unos segundos, sin duda extrañada—. Verás, no conozco nadie aquí y...

—Sí, claro, por supuesto.

Le explico que se me ha roto una media y que no tengo repuesto. De nuevo la verdad sale en mi ayuda. Noelia se muestra colaboradora, aunque frunce el cejo cuando le pido que vayamos a mi habitación, porque así de paso me retocaré el maquillaje.

Bueno, pensaba que iba a ser más complicado, pero intuía que entrar en la habitación que compartimos Tito y yo le da algo de morbo.

Y el premio a la mejor actuación femenina es para... ¡Ximena Querol Fidalgo!

Aplausos, por favor.

Bueno, esperad un poco, mejor aguardamos al final de la función.

Salimos juntas del salón y vamos primero a su habitación. Ya habréis adivinado que es más grande que la nuestra. Bah, detalles sin importancia.

Cuando por fin estamos en el lugar donde tienen que saltar chispas como para prender una hoguera (llamadme «curisi», pero leer tanta novela romántica es lo que tiene), me excuso para encerrarme en el baño.

Miro el reloj, cruzo los dedos. Tres minutos y Tito hará su entrada triunfal.

¿Cuánto se tarda en cambiarse unas medias?

Lo pregunto para que todo quede creíble y el plan no se vaya a paseo.

## Capítulo 17

—¡Joder, Xim, que no tengo edad para estos sobresaltos! Entre tu calentón y las tetas de mi jefa, vengo que no te puedes hacer una idea.

Tuerzo el gesto; joder..., vaya forma de entrar.

Cruzo, otra vez, los dedos.

—¿Qué les pasa a mis tetas?

Ay, que se va a liar, y yo con las medias a medio subir.

—¡Hostias!

«Tito, esa boca», pienso, mientras ideo cómo salir de aquí de una forma honorable, algo que debo hacer cuanto antes.

No se oye nada. ¿Es buena señal?

Supongo que sí, pues no se ha oído un portazo, o sea que Noelia no se ha largado.

Ahora o nunca.

Acabo de ponerme las medias de mala manera. Ni me retoco el maquillaje ni gaitas.

—¡Hasta luego, chicos! —exclamo sin detenerme y salgo escopetada antes de que mi presencia pueda suponer un obstáculo.

Cierro la puerta y, pese a que pegar la oreja sea tentador para ver si esos dos lechuguinos se arrancan la ropa de una vez, camino hacia los ascensores, convencida de que he hecho una buena acción. Ahora todo dependerá de la habilidad de Tito para que no se le escape su jefa.

Pulso el botón del ascensor y entonces me doy cuenta de que mi plan, pese a ser cojonudo, no me lo neguéis, tiene una laguna enorme. ¿Sabéis cuál? ¿No? Pues por si acaso alguien no se ha percatado, entre una cosa y otra, la emoción y demás, ahora no tengo dónde pasar la noche.

Las puertas del ascensor se abren, pero no entro. He de ingeniármelas para encontrar una habitación.

—Mierda —murmuro—. ¡Y encima llevo las medias mal puestas!

No puedo bajar a recepción y fingir que soy Noelia Figueroa para que me hagan una copia de la tarjeta, porque nos parecemos como un huevo a una castaña, así que no me queda otra que volver a la habitación y confiar en que aún estén vestidos.

Introduzco la tarjeta en el lector con cuidado para no asustarlos y abro la puerta de igual modo.

Oigo un gemido y enseguida los localizo. Tito la tiene arrinconada contra la pared del fondo, la está besando y metiéndole mano. Noelia lo agarra con fuerza y le tira del pelo.

—Fernando... —gime ella.

Yo nunca uso su nombre completo. Ni cuando estoy cabreada.

—Joder —gruñe él excitado. Conozco bien ese tono.

Ostris, ya es mala suerte haberlos pillado en plenos preliminares. Inspiro hondo. Vamos allá...

—Chicos, siento interrumpir, pero...

—¡Me cago en mi puta vida, Xim! ¿Qué coño haces aquí? —exclama él, separándose.

Noelia se arregla la ropa; desde luego, Tito ha sido rápido: ya la tenía desnuda de cintura para arriba.

¡Ése es mi chico!

—Es que... —titubeo—, con las prisas pues... —la miro a ella y añado—: no tengo dónde pasar la noche, necesito la tarjeta de tu habitación.

—¿Qué clase de broma es ésta? —pregunta Noelia altiva.

—Joder, Xim —gruñe Tito.

—De verdad, chicos, no quiero molestar. Me voy ahora mismo —digo, esperando que ella entienda la situación—. Prometo dejaros solos.

—Lo habéis preparado, ¿no es cierto? Para burlaros de mi —afirma Noelia enfadada.

—¿Qué? —exclama Tito.

—¡No! —me apresuro a intervenir, antes de que se cabree de verdad—. No he planeado nada, por eso estoy aquí.

—Joder —se queja él y me fulmina con la mirada.

Le he estropeado el plan, es lógico que me mire así.

Noelia coge su bolso y camina furiosa hacia la puerta.

—Esto ha sido una canallada. Nunca pensé que caerías tan bajo, Fernando. —Sus palabras llevan implícita la venganza—. Os habéis reído a mi costa.

—Noelia, por favor, nadie se ríe de ti. Sólo ha sido un malentendido —explico, en un intento de calmarla.

—Esto tendrá consecuencias —sentencia con soberbia, antes de marcharse.

Ni siquiera cierra la puerta.

Tito y yo nos miramos, mientras el sonido de sus tacones se va alejando.

Cierro la puerta y vuelvo junto a mi amigo. Se ha sentado en el borde de la cama. Su expresión alicaída ahorra muchas explicaciones sobre su estado de ánimo. Me siento a su lado y le cojo la mano. Él se deja caer hacia atrás, resopla y se tapa la cara con el brazo.

—Lo siento tanto... —susurro y también me tumbo, acurrucándome junto a él, con la cabeza apoyada en su hombro.

—No te martirices —dice en voz baja, con aire resignado.

—Maldita sea, Tito...

—Ella es así. Ha de ser siempre el centro de atención. No soporta que nadie le robe el protagonismo y se esfuerza en dejar a los demás a la altura del betún para resaltar aún más —afirma en voz baja.

—Parece que la estés piropeando en vez de criticarla —indico, porque su tono me ha dado esa impresión.

—Por desgracia, no soy nada objetivo con sus defectos —admite.

—Pues vaya papeleta...

—¿Sabes?, creo que si ha dejado que la tocara no es porque lo deseara, sino por joderte a ti —reflexiona Tito.

—No te sigo.

—Además de todo lo anterior, es competitiva de cojones, no admite perder ni al parchís; por eso me da la sensación de que enrollarse conmigo, ahora que te ha conocido, es una forma de ganar.

—Ah, vale. Piensa que me va a robar el novio —digo tras entenderlo.

—Exacto.

Le pongo la mano sobre el pecho, un gesto de cariño, sin embargo, él me agarra de la muñeca, empujándomela hacia abajo, hasta detenerse sobre su bragueta. Y sí, está duro. Mucho.

—Tito... —protesto.



—Algo tendremos que hacer con esto.

No imaginaba yo que, tras este sainete protagonizado por una jefa engreída, un diseñador gráfico encoñado y una amiga entrometida, el protagonista tuviera ganas de mambo. Lo más lógico tras el rechazo sería un bajón, pero no, aquí el amigo, o mejor dicho, la amiga (su polla, por si no lo pilláis), sigue en pie de guerra y yo, la verdad, no estoy por la labor.

Sin embargo, Tito se mueve y, con rapidez, se coloca encima de mí, de modo que puede dirigir la situación. Intento apartarme, aunque no lo consigo y, antes de que pueda replicar, me está besando.

Nada de un beso suave en los labios, sino que lo hace con contundencia, mordiéndome incluso el labio para provocarme. No obstante, creo que no es el momento.

—Oye —lo increpo mosqueada—, yo no soy el segundo plato de nadie.

Tito me mira, sonríe lentamente y dice:

—Xim, tú siempre serás una *delicatessen*.

Frunzo el cejo.

—¿Eso ha sido un piropo?

No responde y vuelve a besarme, primero en la boca, dejando que poco a poco mi cuerpo responda. Me conoce muy bien, sabe cómo despertar mi deseo sexual, por muy dormido que esté. Y lo logra. Por eso va moviendo los labios, dejando un sendero de mordisquitos y besos combinados por mi discreto escote.

—Tito... —suspiro cuando mete una mano por debajo del vestido, con la evidente intención de llegar a mi sexo.

—Xim... —replica, imitando mi tono jadeante—. No me mientas, te has puesto cachonda viendo cómo le metía mano a otra.

—Mmmm, bueno, sí, un poco —admito, y enredo las manos en su pelo para darle un leve tirón cuando aparta el tanga y me mete un dedo.

—¿Un poco? —se burla, pues me encuentra empapada.

—Mmm... —¿Qué otra cosa puedo decir?

Tito prosigue ocupándose de todo y yo me limito a levantar el trasero cuando él quiere deshacerse del tanga, y abro las piernas. Me sube la falda del vestido despacio, aprovechando para besarme la cara interna de los muslos.

Es un maestro, chicas, y también va para vosotros: aprended de Tito, porque ellas os lo agradecerán.

—Espera un segundo —le pido e intento apartarme.

—Joder, Xim, te lo voy a comer todo, no interrumpas —protesta, y pasa la mano por mi pubis.

—Ya lo sé, pero ostris, el vestido tengo que devolvérselo a Mapi y no quiero que se manche.

—Han inventado las tintorerías —aduce con sorna.

—Deja que me lo quite, tardo medio minuto.

Niega con la cabeza.

—Ni hablar, tiene mucho más morbo así —sentencia, y no me queda más remedio que ceder—. Yo de rodillas, comiéndote ese coño, que por cierto esta vez te has podado, con el vestido remangado.

—Eh..., vale, como tú quieras.

Tito se emplea a fondo, sabe usar la lengua para provocar, llegar a cada terminación nerviosa antes de rozarme el clítoris. Cuando lo hace, doy un respingo. No es la primera vez que practicamos sexo oral, sin embargo, es tan bueno que me da la sensación de no haberlo hecho antes.

Y si su boca sabe excitarme, ya ni os cuento lo que hacen sus dedos. No es de esos tíos que los meten y los sacan a lo bruto. No, lo hace con conocimiento de causa. Los mueve, los gira, presiona con ellos, los retira cuando nota que me acelero demasiado y vuelta a empezar.

Imaginad mis gemidos y cómo me tenso de arriba abajo mientras enreda entre mis muslos.

—Tito... Oh, joder, me voy a correr...

—Lo sé —musita sin apenas despegarse de mi piel—. Quiero que te corras en mi boca.

Oh, qué frase, es como si te enchufaran a la corriente. Calambrazo y orgasmo.

No falla.

Mientras disfruto del clímax, él se sitúa otra vez encima, me besa y le respondo encantada.

—Dime que has traído condones —susurra, y maniobra para desabrocharse los pantalones. Niego con la cabeza—. Joder, yo tampoco...

Arqueo una ceja.

—¿Desde cuándo sales de casa sin condones? —pregunto sorprendida.

—Da igual, no vamos a discutir ahora por eso —contesta, y se coloca en posición—. Xim, estoy limpio, ya sabes que últimamente he follado más bien poco por ahí.

Es cierto, en «la polvera» el ritmo de actividad ha disminuido.

—No sé...

—Y tú sigues llevando el DIU —añade.

¿Veis cómo entre nosotros no hay secretos?

Inspiro y adelanto las caderas. Tito sonríe y entra hasta el fondo. De una sola arremetida, dejándome clavada en el sitio. Estoy tan sensible que me produce un cosquilleo y un gustirrinín increíble.

Sé que él está al límite, por eso empuja como un loco. Yo levanto las piernas y de esa forma puede penetrarme mejor. Jadea y resopla. La hebilla del cinturón me golpea en la parte de atrás de la pierna y ese puntito de molestia me encanta.

—Hacia siglos que no follaba a pelo —murmura sin perder ritmo.

Lo beso con fuerza, robándole el aliento. Joder, cuánto lo quiero.

Como imaginaréis, no aguanta mucho y se corre. No me importa. Lo abrazo y nos quedamos así, unidos. Ventajas de no usar preservativo.

Poco a poco nos vamos enfriando, pero cuando pienso que va a apartarse, empieza a moverse de nuevo, eso sí, más despacio, de forma casi desganada, aunque noto que aún está empalmado.

—Oye, ¿no irás a echarme tres sin sacarla? —me guaseo.

Tito me da un beso rápido y sonríe.

—De momento vamos a por el segundo y después hablamos.

\* \* \*

—¿Qué quieres para desayunar? —me pregunta Tito de pie, esperando a que me decida para traérmelo del bufet.

Hoy está de lo más atento y me dejo mimar.

Hemos bajado tarde a desayunar, aunque no somos los únicos, por lo visto la mayoría han trasnochado. Yo también bostezo, la diferencia es que en mi caso no bebí ni estuve haciendo el gilipollas bailando la última canción machacona del momento, sino follando mucho y bien. Al final no fueron tres sin sacarla, sino dos. El tercer polvo, Tito siempre cumple sus promesas, ha sido esta mañana, a primera hora, en la ducha.

—Venga, que no tengo todo el día —me apremia, y entonces veo entrar a Noelia en el comedor. Lleva un pantalón ajustado de esos que parecen de cuero y una blusa blanca. Y no faltan los

taconazos ni el maquillaje perfecto. Y yo aquí, sin pintar, con vaqueros sencillos y sudadera. Eso sí, mi cara de satisfacción sexual supera a la suya con creces.

«Lo que te has perdido, bonita», pienso.

Tito chasquea los dedos.

—Lo que quieras —digo un tanto sugerente, porque Noelia se ha sentado a la mesa de enfrente, eso sí, dándonos la espalda, pero seguro que lo oye todo.

—Vale, luego no me protestes.

Me quedo sola y observo a esa mujer. No se relaja nunca. Saluda a algunos, pero nadie se sienta con ella ni hace amago de intentarlo. Debe de ser un poco estresante.

Un pitido en el móvil de Tito hace que deje de mirar su espalda. Le acaba de llegar un whatsapp. Y, pese a tener la pantalla bloqueada, aparece el remitente: JM.

¿JM?

¿De qué me suenan a mí esas iniciales?

Conozco el código de desbloqueo, así que entro en la aplicación de mensajería y leo el mensaje:

**JM:** Siento haber estado desaparecido tantos días. Andaba pillado con las fechas. Por fin he entregado el primer borrador. Esta semana dispongo de tiempo. ¿Cómo está Heidi?

«¿Cómo está Heidi?»

¿Este cabrón pregunta por mí?

No tiene mucho sentido. Miro a ver dónde está Tito y lo descubro con un plato en la mano, eligiendo entre la fruta cortada mientras habla con un compañero. Vale, vamos a ver qué ocurre aquí.

Reviso los mensajes anteriores. Os vais a quedar de piedra, como yo.

**Tito:** Joder tío, ya te vale. Podrías haber sido más comprensivo con Xim.

**JM:** Lo sé, mierda, pero no me gusta que me juzguen.

**Tito:** No da la sensación de que te guste mucho. Y es una tía cojonuda. Si lo llego a saber no os presento.

**JM:** En cuanto tenga un hueco, la llamaré. Y sí, me gusta, pero tú eres un cabrón y no la sueltas.

**Tito:** Porque es la mejor tía que conozco. Así que espabila.

**JM:** Tú juegas con ventaja. Vives con ella.

**Tito:** Chorradas.

**JM:** Reconozco que Heidi me confunde.

**Tito:** Joder, tío, que tienes una edad.

**JM:** Oye, ahora no presumas de entender a las mujeres. Nadie lo hace.

¿Me mosqueo ya por cómo hablan de mí o sigo leyendo?

Por desgracia, veo a Tito acercándose, así que dejó su móvil como si nada y sonrió cuando me

pone delante un plato bien surtido de fruta y un vaso de leche.

Se me borra la sonrisa cuando me da un sobre de Nesquik.

—Lo siento —miente—, no había ColaCao.

Noelia sigue dándonos la espalda, por eso tiene que oír esto:

—Con las calorías que hemos gastado esta noche, cualquier cosa es buena para reponer energías.

«Chúpate ésa, jefa engreída.»

Tito arquea una ceja.

Y sí, traiciono uno de mis principios.

Le soy infiel al ColaCao.

## Capítulo 18

Llevo unos días rumiando lo del asunto de los mensajes entre Tito y cierto mangaka con el que tuve ¿la mala fortuna? de coincidir. Bueno, nada de paños calientes, con el que follé hasta quedarme a gusto.

Como habréis supuesto, en cuanto tuve la oportunidad, volví a curiosear en el móvil de mi amigo/amante/celestino/compañero de piso/aspirante a marido, porque en estos casos siempre es mejor informarse bien y no sacar conclusiones precipitadas. Que ya sabemos qué pasa cuando nos hacemos una paja mental.

No admito críticas, ahora no vamos a andarnos con remilgos. Husmear en el móvil está feo, ya lo sé, no obstante, me voy a saltar todas las normas de confianza entre amigos. Es una situación especial y por lo tanto requiere medidas especiales.

No me regañéis, seguro que más de uno haría lo mismo si pudiera. Es más, me apuesto lo que queráis a que lo hacéis en cuanto tenéis la oportunidad. A quienes respetáis al cien por cien la privacidad, enhorabuena por vuestra integridad moral.

Y, además, no tengo por qué daros explicaciones de mi comportamiento. Si no os interesa qué han estado chateando esos dos, tenéis vía libre para no leer lo que viene a continuación. Y al resto os pido que si vais a decir algo, por favor, que sea sincero.

A ver qué opináis...

**JM:** Le he mandado flores.

Doy fe, el espectacular ramo que recibí anteayer. No me puse a contarlas, pero al menos había dos docenas de rosas.

**Tito:** ¿Otra vez? ¿Eso no está muy visto?

**JM:** Seguramente; sin embargo, algo tengo que hacer para llamar su atención.

**Tito:** Xim no es una de esas tías que se conforman con eso. Estírate un poco, anda.

**JM:** Quiero llamarla, pero no sé cómo responderá.

**Tito:** Desde luego, cuanto más tardes, peor.

**JM:** Joder, es que lo de Soraya fue una cabronada. La hija de puta me las lía en cuanto puede. Ahora quiere sacarme una pensión y si no acepto me tocará los cojones todo lo posible.

**Tito:** Estás bien jodido, chaval.

**JM:** Por eso he preferido concentrarme en terminar el libro y me he largado fuera. Pero quiero quedar de nuevo con Heidi.

**Tito:** No la llares así, no le gusta.

Hagamos un alto. Lo de Heidi me molestaba al principio, sí, sin embargo, ahora tiene su morbillo, ¿a que sí? En especial si el nombre «artístico» se utiliza en determinados momentos. Y, de acuerdo, es un apelativo poco o nada original, pero yo fui la responsable. No me estoy ablandando, sólo tenía que decirlo.

**JM:** ¿Musa te parece mejor?

**Tito:** ja,ja,ja ¿Musa?

**JM:** No soy poeta!!!

**Tito:** Esfuérzate un poco más.

**JM:** No sé qué hacer.

**Tito:** No te me pongas cursi.

**JM:** Es que me gusta de verdad.

**Tito:** ¿Sólo te gusta?

**JM:** Mucho, demasiado. Es la hostia.

**Tito:** Es la mejor tía que conozco.

Sonríó. Tito intenta «venderme» lo mejor que puede. Es un cielo. Lástima que el «comprador» elegido no sea el más idóneo. ¿O sí? Ostris, qué lío.

**JM:** ¿No estarás enamorado de ella?

Ay, ay, ay, que nos metemos en terreno peligroso. Tito y yo hemos dejado más o menos claros nuestros sentimientos, o al menos eso creo, porque cuando le da por pensar, desvaría un poco y yo me confundo; no obstante, a ver qué le dice a Joel. Podría mentirle sólo para ver su reacción o porque con él es sincero y conmigo no.

¡Mierda, qué lío!

**Tito:** ¿Y si fuera así?

**JM:** No me jodas, Tito.

**Tito:** El que la ha jodido eres tú, por desconfiado. Te dije que se lo contaras.  
Xim suele ser razonable.

**JM:** Vale, la cagué. Pero no has respondido a la pregunta.

**Tito:** No, no estoy enamorado de ella, sabes que es otra la que me quita el sueño.

No sé si respirar tranquila.

**JM:** La llamaré, esta semana.

**Tito:** Vale. Pero esta vez no pienso ayudarte. Te las apañas solito.

¿Y qué hago yo ahora?

Tengo información de primera mano. Sé lo que pretende Joel, sé que le gusto y sé que su ex va a tocarle los cojones. Ahora bien, ¿espero a que llame o lo hago yo?

Siempre se ha dicho que quien da primero da dos veces.

¿Para qué perder el tiempo?

Cojo el móvil y escribo:

**Yo:** Tienes algo que me pertenece  
y quiero recuperarlo.

No espero que responda rápido, sin embargo, veo los dos palitos azules de verificación de que lo ha leído. Eso quiere decir...

**Joel:** No recuerdo nada de eso.

Era de suponer.

**Yo:** No te hagas el tonto.

**Joel:** Muy bien. Negociemos.

**Yo:** ¿Negociar?

**Joel:** Sí. Como se ha hecho toda la vida.

Bueno, bueno, bueno, todavía se las da de capullo. En fin, tendremos que afilar el ingenio. Soy de ciencias, pero puedo hacerlo.

**Yo:** Envíamelo, yo pago  
los gastos de envío.

**Joel:** No me jodas. ¿No tienes  
nada mejor que ofrecer?

¡Y encima se pone exigente!  
Mejor no le respondo y así no me complico la vida.

**Joel:** ¿Sigues ahí? ¿Te mando  
flores o bombones?

Decir que tengo mucho en que pensar es quedarme corta. Casi ya lo había olvidado, o al menos descartado la posibilidad de verlo. Nuestro último encuentro empezó genial y acabó de mala manera.

Y ahora viene la pregunta del millón: ¿merece Joel la pena? Pues no lo sé, la verdad. Lo nuestro ha sido un visto y no visto. Intenso, rápido, divertido, morboso y hasta original. Habéis sido testigos, de ahí que tenga dudas.

Joel es un tipo experimentado y no me refiero sólo al ámbito sexual. Supongo que a su edad (sé que tiene treinta y seis, porque he curioseado en su web), uno ya tiene más o menos definidos los gustos, así como los hábitos.

Y eso significa que no va a cambiarlos sólo porque una aspirante a «musa», sí he dicho «aspirante» porque se me da de pena, venga ahora a tocar la moral. Y, ya puestos, tampoco quiero que cambie, sólo que no me tomen por el pito del sereno. ¿A que no es mucho pedir?

\* \* \*

—¿Hoy no hay flores? —me pregunta Ful con guasa.

Le hago una pedorreta.

Me levanto para archivar las últimas facturas contabilizadas (sí, ya lo sé, todavía hay proveedores que se resisten a mandármelas por correo electrónico y siguen con el papel) y opto por no responder a su pregunta, pues ha habido cierto cachondeo con el asunto. Ante mi mutismo, Ful opta por salir del despacho. A través de la ventana, lo veo acercarse a los establos. Mejor, así

me deja un rato tranquila para seguir pensando.

—¡Hola! ¿Cómo te va? —me saluda la madre de Fran, que entra cargada con dos bolsas de rafia.

—Hola, Mariana. ¿Cómo tú por aquí?

—He venido a traerte esto. —Señala las bolsas—. Es lo menos que puedo hacer por ti.

Mariana empieza a sacar envases y a explicarme orgullosa qué contiene cada uno.

—¡Cielo santo! ¿Y por qué te has molestado?

—A ver, Ximena, es que, si no llega a ser por ti, mi nieto... —Se le escapa una lagrimilla de orgullo.

Me acerco a darle un abrazo, porque esta mujer es un amor. Yo no sé si alguna vez tendré suegra, pero si me dan a elegir, por favor, que sea como Mariana. Nos cuida a todos como si fuéramos sus polluelos y tiene una mano en la cocina que ya quisieran muchos que presumen de no sé cuántas estrellas Michelin.

Fran, llevando a su hijo en la mochila, nos sorprende así y sin duda se muerde la lengua para no preguntar. Mariana, en cuanto se separa de mí, va rápida a por su nieto y, nada más tenerlo en brazos, lo mira embelesada.

—Es igualito que tú, Paquito.

A ver, mucho cuidado con esto, sólo ella puede llamar así a Fran. Nadie se atreve a hacerlo. Jamás. Hay una larga historia detrás que no os voy a contar.

—Mamá... —se queja él ante el diminutivo, y yo sonrío.

Me uno a la feliz abuela y nos ponemos a hacerle carantoñas al bebé, mientras el jefe se marcha a su despacho.

—No me digas que no te apetece tener un muñeco como éste —comenta ella y yo pongo carita de circunstancias.

—No sé si tengo yo la cabeza ahora para niños —respondo en un tono distendido.

—Ya sé que no siempre es fácil —añade comprensiva, pues la madre de Fran ha pasado por el trance de ser madre soltera y eso, en un pueblo, se traduce en muchos cuchicheos y comentarios despectivos, amén de tener que trabajar mucho más para salir adelante—. Por eso voy a malcriar a mi nieto como es debido, no vaya a ser que a estos dos —señala la puerta del despacho de Fran— les dé por no tener más.

—Cómo eres, Mariana —canturreo.

De repente, frunce el cejo y mira al niño. A los tres segundos me doy cuenta de que no hace falta preguntar, sé muy bien cuál es el motivo, así que a la abuela no le queda más remedio que ir al aseo. Me pregunta si quiero acompañarla, pero rechazo la invitación, ya aprenderé a cambiar pañales en otro momento.

Antes de volver al escritorio, me acerco a la oficina de Fran para recoger los albaranes pendientes de las últimas entregas y, tras llamar a la puerta dos veces sin obtener respuesta, entro despacio, no vaya a interrumpirlo. Me lo encuentro dormido como un bendito. Existe cierta confianza, sin embargo, me parece un poco extraño despertar al jefe, así que le dejo una nota rápida y salgo con cuidado. Voy en busca de Mariana y se lo cuento. Ella se echa a reír y dice:

—¡Menos mal que estoy yo!

Nos reímos en voz baja y ella después se marcha a dar una vuelta por el pueblo y a presumir de nieto. Así que me pongo a lo mío, es decir, a cuadrar cuentas, realizar previsiones y contabilizar datos, hasta que Fran, ya más espabilado, aunque con cara de sueño, me pregunta por su madre y el niño. Resopla, no sé si algo avergonzado, por haberse quedado roque en el trabajo.

—Tranquilo, no se lo diré a nadie —contesto, y él se pasa una mano por el pelo.



—Ya ni me acuerdo de la última vez que dormí seis horas seguidas —se lamenta; después mira el reloj y dice—: Si quieres, puedes marcharte ya.

—Tenía intención de ir al súper, pero con lo que me ha traído tu madre, me parece que no voy a pisarlo en quince días —comento, mientras recojo la mesa y apago el ordenador.

—Ya la conoces —añade—. A mí me hace lo mismo, cada semana me llena la nevera, y mira que le tengo dicho que no trabaje, pero no hay manera.

Me despido del jefe y, cargada con las dos bolsas llenas de comida casera, me voy a casa. Al entrar y no oír la canción de Mecano me quedo más tranquila, eso significa que todo va bien, o al menos regular, pues Tito sigue en un estado entre el cabreo y la excitación.

Sé que sólo ha ido un día a la oficina y porque no le quedaba más remedio. Al regresar me contó que la muy cabrona de su jefa se había marchado de viaje. Incertidumbre a tutiplén. De verdad, estoy empezando a cogerle manía, no se puede jugar así con un tío como Tito.

Según él, que a veces es un poco tonto y la disculpa, es mejor así, poner tierra de por medio, no obstante, yo creo que lo que Noelia pretende es hacerse aún más la interesante y la inalcanzable y, claro, Tito es hombre y se obceca.

No sé, al final esto no va a acabar bien.

Vale, ya sé que yo tampoco hago las cosas siempre como se debe, pero procuro ir de frente. Si tengo que mandar a paseo a un tío o rechazar sus flores, lo hago. Véase por ejemplo la cara del repartidor al tener que volverse con el ramo y sin propinilla.

A Tito lo encuentro tras la barra de la cocina, desnudo de cintura para arriba y con el pelo mojado. Por si acaso, pregunto, no vaya a ser que de repente aparezca una churri y se quede a cuadros cuando me vea en plan doméstico con los táperes.

—¿«La polvera» vuelve a funcionar?

Niega con la cabeza y se vuelve hacia mí.

—Qué más quisiera —se lamenta—. Acabo de ducharme tras venir del gimnasio e iba a preparar la cena.

—Pues te libras de cocinar —anuncio, y le muestro los táperes, confiando en levantarle el ánimo, porque todo el que prueba la cocina de Mariana queda encantado. Si esta señora va a *Masterchef*, lo peta fijo.

—Joder, qué bien. Porque encima tenemos invitado —contesta Tito, abriendo los recipientes.

—¿Perdón?

—Qué buena pinta tiene todo... —murmura, haciéndose el despistado.

—¿Invitado? —insisto.

—Hola, Heidi —dice alguien a mi espalda.

## Capítulo 19

—¿Podemos hablar un momento en privado?

—Por supuesto —responde Joel.

Niego con la cabeza.

—Contigo no. —Señalo a Tito y lo pincho con el dedo.

Los dos se miran, aunque mantienen el pico cerrado.

Aquí hay gato encerrado y estoy dispuesta a averiguar qué se traen entre manos, porque no me digáis que no es sospechosa la aparición de Joel.

Tito me sigue con una sonrisa burlona y mira una vez más a su amigo, que se cruza de brazos. Una actitud un tanto pasota. Dejamos al invitado a solas, algo de mala educación, aunque me da igual, y espero a que se cierre la puerta de «la polvera» para hablar.

—¿Qué te traes entre manos? —quiero saber, y procuro no alzar la voz para que Joel no se entere de nuestra conversación.

—Una cena entre amigos, nada más —se justifica Tito.

No le creo, por supuesto, porque dispongo de «información privilegiada».

A no ser que hoy hayan vuelto a chatear y hayan organizado algo a mis espaldas. Mmmm, qué dos liantes tengo a mi alrededor.

—Ya, claro...

—¿Por qué eres tan desconfiada? —me pregunta con aire de inocencia.

—Que nos conocemos —le recuerdo, porque no puedo admitir que he leído sus mensajes. En teoría no iba a ayudarlo más. ¿A qué se debe este cambio?

Tito sigue desnudo de cintura para arriba, no sé si con intención de distraerme.

—Vale, está bien, lo confesaré...

Se acerca y me pilla desprevenida, por lo que acaba arrinconándome contra la pared. Frunzo el cejo, porque no entiendo la razón de semejante maniobra.

—... tengo unas ganas locas de hacer un trío —remata, y ya sí que me deja perpleja del todo.

—¿Un trío? —repito con un hilo de voz.

—Ajá, que llevamos tiempo sin hacerlo; hay que animar nuestra vida sexual —afirma, y se pega más a mí, permitiéndome oler su piel desnuda. Posa una mano en mi cadera, en plan dominante, y con la otra me acaricia los labios.

A ver si la vamos a liar...

Seamos sinceros. Tito sabe excitarme, con palabras y con hechos, es algo indiscutible, y ahora además juega con el morbo añadido de haber invitado a Joel. No sé lo que estaréis pensando, pero yo soy incapaz de gritar alto y claro: «¡Vete a paseo!».

Aunque tampoco he dicho que sí.

—¿Te decides? —me apremia, y, para ayudarme a tomar una decisión, me da un mordisquito en el lóbulo de la oreja.

Entonces me viene a la mente el chat de ambos, donde no se mencionaba nada de un trío. Y si encima Tito, o, mejor dicho, su polla, no se emociona como debería, llego a la conclusión de que

me está vacilando de mala manera.

—¡Vale! ¡Genial! —exclamo, y él se aparta frunciendo el cejo, pues mi entusiasmo lo ha descolocado.

—¿Te apetece?

—Déjame que vaya a mi cuarto un momento y nos ponemos a ello —afirmo seria—. Que llevo unas bragas horribles. Antimorbo total.

Tito se echa a reír a carcajadas.

—¡Me has pillado! —admite.

—Yo no bromeo —contesto, aunque me está costando no echarme a reír—. Y, ya puestos, me gustaría que fuerais empezando vosotros, para calentar y eso...

—Xim...

—Me he comprado unas cositas en la sección de lencería..., mmmm, espectaculares. No te digo más.

Me aparto de él y voy al armario para sacar una camiseta, que le lanzo hecha una bola. Después salgo de «la polvera» y me encuentro a Joel sentado tranquilamente a la barra de la cocina. No sé cuánto ha podido escuchar de nuestra conversación, porque Tito y yo no hemos sido muy discretos. Aprovecharé la ley de la ventaja, así que, recurriendo a mi vena más morbosa y, por qué no decirlo, malvada, le espeto con chulería:

—Tito te espera en «la polvera».

Mi tono ha sido sugerente y sexual.

—¿Cómo dices?

—¿Puedo mirar?

—No le hagas ni puto caso —tercia Tito acercándose, ahora ya con el torso cubierto—. Hoy está más cachonda de lo habitual.

—Es bueno saberlo —dice Joel con sorna.

—¿Cenamos? —propongo, y ellos asienten.

Mientras Tito y yo nos encargamos de prepararlo todo, pienso que a lo mejor este «trío» es muy mala idea. Joel no deja de observarme. Disimula, ojeando una revista de cine de las que compra mi compañero de piso, aunque en realidad está pendiente de mí. No me molesta lo suficiente como para hacérselo saber. Además, en caso de decirle algo, seguro que lo aprovecharía para replicarme.

Y juro por Dios que no hago nada para llamar su atención. Si ni siquiera llevo ropa que me favorezca, porque los pantalones negros rectos y el blusón azul no son lo que se dice prendas glamurosas. Mi maquillaje es nulo y llevo el pelo recogido en una coleta descuidada de las de verdad, no de las que se hacen las famosas para parecer sencillas, cuando en realidad el peluquero ha tardado dos horas (o más) en peinarlas.

Me sigue carcomiendo la duda de si esto ha sido idea de él o de Tito. En fin, ya le preguntaré más tarde al traidor que vive conmigo, cuando estemos a solas, porque, palabra, Joel no se queda a dormir. Bueno, y si lo hace, que sea en el sofá.

Ah, espera, que en el Chéster no se puede.

\* \* \*

A pesar de mis temores iniciales, la cena está siendo agradable.

Tito no se ha puesto en modo Celestina, Joel hace comentarios inocuos y yo los miro a los dos más callada de lo habitual, intentando saber por qué me gusta Joel, que hoy ha venido en plan «paso de la moda, aunque me pueda permitir trajes de lujo», si bien esos vaqueros grises que

lleva tienen desgastadas de forma estudiada determinadas zonas y la camiseta de Niebla ya la tenía controlada.

Intento también saber si llegará un momento en que sea capaz de romper con Tito, desde el punto de vista doméstico, claro. Nuestra relación es cómoda y satisfactoria, sin embargo, llegará el día en que uno de los dos decidirá marcharse. Y, lo confieso, no sé si estoy preparada para ser la primera o, peor aún, para asumir que él no estará en casa.

Ostris, qué dilema.

¿Y si éste fuera el motivo por el que mis relaciones con los hombres, excluyendo a los mentirosos, casados e ineptos, fracasan?

—¿De qué restaurante es esto? Joder, estas perdices escabechadas están de puta madre — comenta Joel, sacándome de mis disquisiciones.

—Cuando viene un Vip a casa, siempre traemos de lo mejor —respondo con cierta chulería.

Joel arquea una ceja. Lo de *Vip* ha sido recochineo total.

—No le hagas caso. La madre de su jefe es la puta ama de la cocina; cada vez que nos trae algo, alucinamos con esa mujer —aclara Tito—. Aunque Xim tiene parte de razón, eres un Vip, tienes que estar acostumbrado a estos manjares.

«Gracias, Tito.»

—Si yo te contara... —murmura Joel—. Fliparías de la mierda que dan en muchos sitios de renombre, y donde esté la comida casera, que se quite el resto.

—Pues contrata un cocinero —propongo, siguiendo con el tonito de recochineo.

—¿Más vino? —pregunta Tito.

—¿Necesitas trabajo? —replica Joel guasón, dirigiéndose a mí.

—Xim prepara las mejores tortillas de patata —indica Tito, pero no le hacemos mucho caso, porque Joel y yo nos miramos fijamente.

—Tengo trabajo, gracias —replico cortante—. Soy pluriempleada.

Tito me mira sin comprender.

—Contable y musa.

—Qué lástima, porque cuando estoy solo, en medio del proceso creativo, me alimento fatal — dice sin pestañear—. Demasiada comida basura y luego me veo en la obligación de quemar grasas.

Uy cómo ha sonado eso...

Provocación en toda regla.

—Deberías ir al mismo gimnasio que Tito, mira qué bien se conserva —digo, y no sólo eso: me acerco a mi amigo, le levanto la camiseta y paso una mano por los abdominales.

Dos veces.

Qué carajo, tres, antes de que él me fulmine con la mirada y me aparte la mano.

—Gracias por la sugerencia —dice Joel sin apartar la vista de mí.

—¿Postre? —pregunta mi compañero de piso.

—Por supuesto —respondo.

Para tener algo que hacer y no seguir mirando a Joel embobada o, lo que es peor, soltando perlas y entrando en su juego de clara provocación, opto por ocuparme yo de recoger los platos de la cena, ya fregará luego Tito, y sirvo el postre.

—Naranjas caramelizadas con chocolate negro —canto el plato, y soy la primera en coger una y darle un buen mordisco.

Podría reprimir la emoción al probar semejante delicia, sin embargo, nada de disimulos, gimo encantada al dar el segundo mordisco.

Joel sonríe de medio lado.

Y Tito, siempre al quite, dice:

—Pura *delicatessen*, como Xim.

Casi me atraganto, aunque logro no hacer el ridículo.

Nuestro invitado, por supuesto, no pilla la indirecta, en cambio quienes estáis leyendo esto y yo, s . De ahí mi apuro.

Y mi orgullo, claro, es un piropazo.

— Tomamos café o algo más fuerte? —pregunta Tito en su papel de anfitrión.

—No, he de marcharme ya —contesta Joel, dejándome perpleja, porque digo yo que su visita no habrá sido sólo para cenar,  verdad?

S , ya lo s , me contradigo sola, pero lo quer is o no, mi ego esperaba un poquito más de entusiasmo.

— Tan pronto? —quiere saber Tito, ahorr ndome la vergüenza de ser yo quien haga la pregunta.

—S , mañana salgo de viaje. Tengo una comida de trabajo y dos presentaciones.

— Qu  trasiego! —murmuro, con evidente sorna.

—Así que quiero llegar pronto a casa y descansar —añade, pasando por alto mi comentario—. Y t  deberás hacer lo mismo.

— Perdona?

—Vas a acompañarme —dice, y se queda tan pancho.

Abro los ojos como platos. Miro a Tito en busca de ayuda, pero él se encoge de hombros, porque supongo que anda tan perdido como yo.

— C mo dices?

—Una semana. Conmigo. Unas pequeñas vacaciones. Sólo estar  ocupado dos días, el resto quedar  a tu entera disposición.

—Espera, espera, no te enjabones, que te corto el agua.  Ad nde se supone que voy a ir y por qué das por hecho que te voy a acompañar?

—Yo también quiero saberlo —interrumpe Tito todo serio, adoptando sin duda el papel de amigo sobreprotector.

—T  y yo tenemos cuentas pendientes y esta vez las vamos a saldar. Sin interrupciones.

Vaya por Dios, que se me ha puesto dominante.

—Negociemos —propongo.

Joel, en vez de escucharme, sonríe como un cretino y me suelta:

—Mañana te recojo a mediodía.

— Ma ana trabajo! —exclamo—. No me puedo marchar sin dar una explicación.

—Soluc nalo a primera hora —me espeta.

No contento con dejarme sin réplica, pasando olímpicamente de la presencia de Tito, viene hasta mí y me besa. Quizá pensaréis que de una forma amistosa, en la mejilla, o atrevida, con un piquito en los labios, pues nada de eso.

Me aprisiona entre su cuerpo y la barra de la cocina, me agarra de la cintura y comienza a devorarme la boca. Un beso de los de «ag rrate y no te menees». De los de «vamos a la cama a la voz de ya». De los de «hazme tuya aquí mismo».

Sí, esto último es cursi, no obstante, tal como me est  besando, vamos a acabar arranc ndonos la ropa o follando a medio desvestir. No lo tengo muy claro.

—Hasta mañana —dice al apartarse.

Me acaricia los labios, húmedos y con ansias de más, antes de dar media vuelta y dejarme

confundida.

Y cachonda.

—Joderrrrr —silba Tito, una vez a solas.

—Friega los platos —le ordeno tensa.

—Como mande la señora. —Acata la orden y se pone los guantes de fregar.

Lo más lógico sería marcharme a mi dormitorio a intentar explicarme todo esto, porque ando perdida por completo. En cambio, termino ayudando a Tito a recoger la cocina. Él friega y yo voy colocando los cacharros en el escurrerplatos.

—Venga, suéltalo —mascullo, tras un rato en silencio.

Él se ríe entre dientes y después hace el gesto universal de cerrar el pico, lo que me ayuda más bien poco, porque necesito a alguien que me diga la mala idea que es pasar una semana con Joel fuera de casa. Es una miniconvivencia, por decirlo de alguna manera. Sin olvidar el hecho de que ha venido tras unos cuantos días sin dar señales de vida, ha chasqueado los dedos, ¿y se supone que yo he de bailar al son que toca?

—Te mueres de ganas por comentar la jugada, admítelo —insisto y él termina de fregar, se quita los guantes y adopta una postura de chulo que no puede con ella.

—¿De verdad quieres mi opinión?

—Sí, por favor. Y sin paños calientes. ¿Lo mando a paseo por whatsapp o mañana le doy plantón?

—Joder, ¿por qué eliges la forma difícil? —replica y niega con la cabeza—. A ver, si no te apetece ir, no pasa nada, pero a mí no me mientas. Cuando Joel te ha comido la boca, le has respondido y no sólo eso, has gemido.

—¿Yo?

—Y me atrevería a decir más... —añade burlón—, te has puesto caliente como una perra.

—¡Oye, no te pases! —protesto, pero Tito se echa a reír.

—Y, de paso, a mí se me ha puesto dura.

—Salidorro...

—Vas a hacer lo que te venga en gana, eso ya lo sé, sin embargo, creo que deberías darle una oportunidad —dice ahora más serio.

—No sé yo...

—Ven aquí —me pide, y terminamos abrazados—. No tienes nada que perder, Xim. Diviértete, pasa unos días con él y si al final decides que no merece la pena, vuelves aquí, me lo cuentas y lo ponemos a parir los dos.

—¿Y si sale bien?

—Bueno, pues entonces vienes aquí y lo celebramos por todo lo alto. Incluso podemos hacer ese trío que tenemos pendiente.

Nos echamos a reír y termino dándole un pellizco en el brazo.

—Ay, joder, que eso duele.

—Pues deja de decir sandeces y pórtate como un buen amigo. ¿No parezco una de esas gilipollas que en cuanto aparece un tío lo dejan todo por él?

—Un poco, pero digo yo que en algún momento tendrás que lanzarte.

—Me da la sensación de que quieres quedarte solo en casa durante una semana porque tienes planes —bromeo.

—Puede ser —murmura.

Desde luego, mira que es gamberro.

—¿«La polvera» vuelve a sus orígenes?

## Capítulo 20

En el pueblo, cuando las abuelas hablan de relaciones entre chicos y chicas, suelen recurrir al dicho: «Los hombres están para pedir y las mujeres para negar».

En fin, mentalidades de otro tiempo. Yo nunca he sido de las que han «negado» por capricho o por hacerme la interesante. Pero esta mañana, al levantarme, he actuado como lo haría mi abuela.

Antes de salir hacia el trabajo, sí, he venido como cada día, y he dejado la maleta hecha y escondida en el maletero del Golf, por si acaso. No he recibido ningún mensaje de Joel, algo que me resulta desconcertante y es un motivo más que suficiente para mandarlo a paseo.

Y tampoco he tenido la oportunidad de curiosear en el teléfono de mi Celestino particular, para averiguar qué traman ambos, porque sé que lo hacen.

En fin, veremos qué nos depara la mañana; de momento, yo voy a cumplir con mis obligaciones y la primera es pasar por el despacho de Fran para entregarle unas autorizaciones que me tiene que firmar.

—Buenos días —me saluda y frunce el cejo—. ¿No te ibas de vacaciones?

—¿Cómo dices?

—Ha llamado esta mañana Tito diciéndome que no vendrías porque te había surgido un viaje inesperado.

Lo mato, a collejas, pero lo mato. Lenta y dolorosamente.

Y sí, gracias por recordármelo, también le echaré lejía en sus vaqueros preferidos.

—Ah, sí, el viaje...

—Ximena, joder, que te puedes tomar esos días libres sin problema —me dice en tono de regañina—. Aparte de que la empresa te los debe, porque el año pasado se te puso en las narices volver antes de vacaciones...

—Me aburría sin trabajar —lo interrumpo, y es cierto. Regresé a mi puesto una semana antes, porque no tenía nada mejor que hacer que vegetar en casa.

—Sin olvidar que, y te lo he dicho ya unas cuantas veces, estoy en deuda contigo. Así que tranquila, Ful y yo procuraremos no desordenar demasiado los papeles y cuando vuelvas podrás echarnos un buen rapapolvo si no es así.

—Mmmm... Eres el jefe, aunque lo más lógico es que estuvieras refunfuñando porque me voy unos días.

Fran sonríe de medio lado, abandona su asiento tras el escritorio y se acerca.

—Lárgate de vacaciones —ordena, y me señala la puerta.

—Vale, vale, ya me voy —murmuro.

Abandono el despacho y Ful me dice:

—Ahí fuera hay alguien preguntando por ti. —Se contiene para no hacer preguntas, como por ejemplo si es quien envía carísimos ramos de flores.

—Gracias —contesto.

¿Debería mirar por la ventana?

Pues no, no es necesario, porque sé quién me espera. Ahí, apoyado en su cochazo, con gafas de

sol y ropa de marca. Puede que en apariencia esos vaqueros sean corrientes, pero algo me dice que cuestan un buen pico.

El muy cretino sonrío mientras abre la puerta del copiloto y me hace un gesto burlón para que suba.

Camino hacia él, lamentando no llevar tacones para que mis pasos sean más contundentes.

—¿Cómo tú por aquí? —me guaseo.

—Teníamos una cita, si mal no recuerdo —me suelta, y después me hace el numerito de quitarse con parsimonia las gafas de sol y guardárselas.

Numerito, por otro lado, de seductor manido, pero que lamentablemente funciona, pues me revoluciona. A ver, no se me desintegran las bragas ni nada por el estilo, aunque sí me recorre cierto hormigueo.

—Qué despistada soy —añado con aire frívolo.

—Anda, sube, tenemos que llegar al aeropuerto. Y tranquila, ya me he encargado de coger tu maleta.

—¿Me has abierto el coche sin permiso?

—Esa mierda se abre con una cuerda.

—No sabía yo que tenías una faceta de quinquí abrecoches.

—Lo miré anoche en internet por si intentabas buscar una excusa para no venir conmigo. Y porque soy un caballero.

—Qué atento —me burlo, aunque sigo sin subir al coche.

—Heidi, no te hagas de rogar.

\* \* \*

Los hoteles de lujo son mi perdición. Hago hasta el ridículo, pero me da igual. Cuando nos instalamos, Joel se comporta como si tal cosa, estará acostumbrado, yo qué sé, en cambio yo lo curioso todo.

—¿Algún problema, señorita? —quiere saber el botones.

—Todo perfecto, gracias —respondo.

Una vez a solas, me entra cierta inquietud. Durante el viaje apenas hemos hablado.

—Hoy cenamos con los de la productora que están interesados en los derechos de *Odio a mi jefa* —me informa Joel con naturalidad.

—Todavía no sé qué pinto aquí —pienso en voz alta—. Y menos aún en esa reunión.

Él suspira, porque lo más probable es que no esté acostumbrado a que nadie le rompa el orden del día.

—¿Qué parte de «vamos a pasar juntos la semana» no has entendido? —pregunta de forma retórica y se acerca.

No estoy yo ahora para que se me ponga tierno o, algo peor, juguetón. No termino de verme cómoda en esta tesitura.

—Creo que en las reuniones se van a tratar asuntos privados y mejor que quedo aquí, tranquilita, viendo la tele.

La tele o lo que me apetezca, por favor qué suite. Seguro que hay spa y puedo meditar mientras me embadurnan de algo, da igual si chocolate o algas.

—Cámbiate y vamos —dice Joel, recurriendo a un tono casi seductor, porque sabe que si se pone mandón lo mando a paseo y se le joroba el plan para la semana. No contento con ello, me rodea la cintura con un brazo para atraerme hacia él—. Ya sé que estas reuniones son aburridas, sin embargo, he de pasar por el aro. Después nos divertiremos, palabra.



Nada, que se me ha puesto tontorrón.

Sin estar convencida del todo, acepto acompañarlo. Joel comienza a desvestirse y entonces caigo en la cuenta de que no tengo ni la más remota idea de cómo he de arreglarme para una reunión que se presupone elegante. A ver, disculpadme, en mi trabajo nos reunimos a menudo, pero sin preocuparnos de nada.

Sonríó disimulando y me voy al baño con el móvil en la mano, dispuesta a buscar información. Pensaréis que la buscaré en internet, pero no, llamo a Mapi, que ella de estos asuntos sabe más que nadie.

Cuando responde y le cuento la situación, lo primero que hacemos es un inventario de las prendas que he metido en la maleta.

—¿Cuál es el *dress code*?

—¿Eh? —titubeo, porque yo no tengo de eso y, lo peor, no sé dónde puedo comprar uno. Aunque no sé si a estas horas encontraré algo abierto.

Cuando Mapi me explica qué es el *dress code* no sé si reír aliviada o llorar de vergüenza.

Me regaña por no haber sido previsora, aunque al final logramos un outfit adecuado; no sé muy bien qué es eso, pero me limito a repetir lo que me ha dicho ella.

Con el asunto del maquillaje me llevo otro rapapolvo, porque, según ella, no debería salir de casa sin al menos diez productos que considera básicos y yo, contando la pasta de dientes, llevo tres.

—Apostaremos por un look natural, sencillo. Para eso, debes recogerte el pelo en un moño bajo, no muy tenso —me indica—. Como vas a llevar zapato plano, conseguirás un efecto profesional.

—Gracias, gracias, gracias —digo, y me despido de ella.

Salgo del baño y me encuentro a Joel abrochándose una camisa negra. No voy a babear, me digo al verlo con ese pantalón gris oscuro de vestir.

Mierda, debería haber cogido el vestido negro multiusos y pedirle un chal a mi madre.

—¿Todavía así? —me pregunta, mirándome con una ceja arqueada.

—Tardo quince minutos —le prometo, y me vuelvo a esconder en el aseo con la maleta.

Mientras me cambio, me hago la firme promesa de prestar más atención a mi armario y al neceser. Y buscar en internet palabrejas como *dress code* y *outfit* para enterarme bien y no quedar fuera de juego.

Con los consejos de Mapi, consigo un outfit, según ella, decente. El pantalón es uno recto azul marino, clásico y aburrido, pero tendrá que servir.

Respecto al maquillaje, una pasada de crema hidratante con color tendrá que servir, es lo único que llevo a mano. Me pellizco las mejillas, como hacían las abuelas para darles color, y hale, a triunfar.

—Joder —masculla Joel al verme—. ¿Quince minutos? ¡Te han sobrado cinco!

—Yo esperaba un: «estás perfecta» —replico mordaz.

—Compréndelo, me ha sorprendido tu rapidez —dice, y después de mirarme de arriba abajo, sonrío lentamente y añade—: Y sí, perfecta.

Yo no estoy tan segura y menos a su lado. Con ese aire de ejecutivo, tan alejado del de autor atormentado, un poco pasotilla y un poco hípster. O la mezcla de todo.

Salimos de la suite y nos dirigimos al comedor. Yo camino a su lado y Joel se limita a ponerme una mano en la parte baja de la espalda cuando me cede el paso al entrar. Un toque muy ligero, insuficiente.

En fin, veremos qué nos depara la noche.

—Por fin estás aquí, Joel —nos aborda una mujer que definiría como impresionante. Alta, embutida en un traje rojo de chaqueta y falda. Morena. Maquillada y con gafas de diseño. Sujeta un iPad con funda a juego.

Le da dos besos y le alisa la solapa de la americana. Uy, qué confianzas.

No soy celosa, pero constato el hecho, nada más.

—Ella es mi representante...

—Angélica —se adelanta la susodicha, tendiéndome la mano.

—Encantada, Angélica —murmuro, estrechándole la mano.

—No, se pronuncia Angélica, al modo anglosajón.

Joel pone cara de circunstancias. El muy cabroncete podría haberme avisado de que su representante además de perfecta tiene un nombre tan pijo.

Y hagamos un inciso. ¿Presentarme a su representante significa que va más en serio que echar unos cuantos polvos o sólo lo hace por obligación? O, puestos en lo peor, ¿su representante, Angélica la anglosajona, me va a hacer firmar un acuerdo de confidencialidad para que no pregone a los cuatro vientos aspectos privados de Joel?

No me da tiempo, ni a mí ni a nadie, a reflexionar, pues la locomotora Angélica nos arrolla.

—No perdamos tiempo, los de la productora han llegado ya. Esta reunión es vital para que salga adelante el proyecto. Nos jugamos mucho, Joel.

¿Por qué lo soba otra vez?

—Lo sé, tranquila.

Angélica, la pija anglosajona, me ignora y acapara a Joel. Aguanto el tirón por él, no le voy a montar una escena justo ahora.

Nos detenemos junto a una mesa donde dos tipos trajeados, y creo que cuarentones, se ponen en pie. Angélica, centro de atención, es la primera en hablar, y, como habréis adivinado, a mí me presenta la última. Y no sólo eso, además intenta que no me sienta junto a Joel, sin embargo, él, con una mirada de advertencia, desbarata su plan.

Voy a relajarme por mi paz mental.

Y por el bien de Joel.

A diferencia de Angélica, los dos tipos de la productora se muestran mucho más cordiales conmigo. Quizá yo no pinte nada, y así es, pero intuyo que a lo mejor creen que tengo cierta influencia sobre el artista y que, si me disgusto, el trato se va a pique.

Estoy un poco aburrída de escuchar las alabanzas que le dedican a Joel sobre su novela gráfica. Cierto, es muy buena, sin embargo, me da la sensación de que le están haciendo la pelota con un descaro que sólo yo percibo, pues su representante les sigue la corriente a los dos tipos con traje. Ni siquiera me he quedado con sus nombres. En teoría, Angélica debería inflar menos el ego de Joel, pues no, le da más jabón si cabe. Y, me he dado cuenta, lo mira con unos ojillos poco o nada acordes con el papel de una representante.

Ésta quiere algo más que llevar sus asuntos editoriales.

Como necesito alejarme un poco, me disculpo. Seguro que en el baño me despejo.

—¿Todo bien? —me susurra Joel, justo cuando me incorporo.

—Perfecto. Ahora vuelvo. Voy al tocador.

—Te acompaño —dice toda vivaracha Angélica, en un tono servicial tan falso que hasta Joel se percata, y eso que los tíos rara vez pillan estas cosas.

Joder, justo la compañía que menos me apetece.

Toca sonreír y poner cara de tonta.

Juntas nos dirigimos a los aseos. Sin decir nada, que no hace falta, me meto en uno de los

cubículos. Angélica se queda fuera, frente al espejo, retocándose el maquillaje, algo innecesario, pues va perfecta.

Hacer pis así, con tanta presión, me cuesta un poco. Y cuando acabo, me quedo un rato más a ver si con un poco de suerte me deshago de la representante. Pero no, aquí sigue cuando salgo del cubículo.

—No hacía falta que me esperases —comento, y ella me dedica una sonrisa falsa a más no poder.

—No es molestia. Así podemos hablar un rato a solas.

Ya estaba tardando, pienso.

—Será mejor regresar —propongo con diplomacia.

Angélica niega con la cabeza y se las ingenia para cortarme el paso. Uy, uy, uy, sabe muy bien lo que se hace. Intuyo que tiene una especie de decálogo a la hora de abordar a las mujeres que se acercan a su representado.

—Dejemos hablar tranquilos a los hombres —indica.

Eso ha sonado trasnochado, no digáis que no. Y me jode aún más porque lo ha dicho ella, que se supone que, como mujer, debería evitar estos comentarios.

—¿Y qué hacemos mientras? —pregunto con sorna.

—Charlar un rato —me espeta y se queda tan pancha.

—¿Cómo dices?

—No tenemos por qué llevarnos mal.

Siempre y cuando no me acerque a Joel, claro. Es lo que piensa, aunque es muy astuta y no lo dice abiertamente.

—Hasta donde yo sé, tú y yo no somos amiguitas chupiguáis.

Sí, lo sé, *chupiguáis* es estúpido e infantil. Sin embargo, teniendo a Angélica delante, no se me ha ocurrido nada peor.

—Podemos serlo, siempre y cuando no interfieras en mis intereses.

—¿Perdona?

—Vamos, no te hagas la tonta. Estás con Joel porque te conviene.

—Eh... ¿Porque me conviene? ¿Para qué?

—No te salgas por la tangente. Todas os acercáis a él por el interés.

—Depende de a qué interés te refieras.

—Deja de marear la perdiz. Con una Soraya en la vida de Joel ya es suficiente —dice y su sonrisa se vuelve aún más desquiciante.

Acabáramos... Esta bruja cree que pretendo desplumarlo.

—Te estás confundiendo, Angélica. —Pronuncio mal su nombre porque me sale justo de «ahí» y por desquiciarla—. Y mucho.

Ya me está tocando las narices. Primero, ignorándome como si fuera un mueble y ahora elucubrando sobre mis motivos para estar con Joel. No sé qué relación tienen estos dos, al margen de los negocios; no obstante, algo me dice que ha ocurrido entre ellos alguna que otra cosilla de índole personal.

—Estoy cansada de ver a chicas como tú pululando a su alrededor, y él, que no siempre se da cuenta, se fía de la lagarta de turno y luego pasa lo que pasa.

—¿Me estás llamando «lagarta»? —pregunto controlando el tono, porque al final vamos a dar la nota.

—Sólo te estoy advirtiendo, guapa —me suelta con chulería.

Ya está bien, ya me ha tocado la moral. Voy a tener que sacar mi lado más peleón para dejar

claras unas cuantas cosas.

—Mira, Angélica —otra vez pronuncio mal su nombre para joderla; minar al adversario siempre ayuda a reafirmar la postura—, te estás confundiendo de cabo a rabo, bonita. Claro que me interesa Joel, pero te aseguro que para asuntos más carnales y menos monetarios.

Ella pone cara de sorpresa, aunque enseguida adopta una pose de lo más petulante.

—Qué buena actriz eres. No obstante, eres como el resto. Y me parece bien que Joel se divierta.

Pedazo de eufemismo que ha utilizado la señoritinga.

—Pues si me dejas en paz, pienso divertirme esta noche. ¿Algo más?

—Deja que te dé un consejo. Joel está a punto de firmar un acuerdo muy importante, de mucho dinero. Le recomendé que viniera solo, sin embargo, ha desoído mis consejos, por lo que no me queda más remedio que minimizar el riesgo.

Me froto las sienes, porque todo esto, aparte de cabrearme, empieza a darme dolor de cabeza. ¿He metido aspirinas en la bolsa de aseo?

—Pero ¿tú qué te piensas que voy a hacer? ¿Estropearle el acuerdo?

—No, mucho peor, sacar tajada de él.

—¡No me jodas! —exclamo, ya sin bajar la voz, porque esta tiparraca se ha extralimitado. Me pongo en plan combativo y añado—: No sé si tanta laca en el pelo te ha afectado a la neurona esa que tienes, pero te lo advierto, déjame tranquila. La relación que mantenga con Joel no es de tu incumbencia, a no ser, claro, que me dé por..., no sé..., ¿recomendarle una auditoría de sus ingresos?

El respingo que da es antológico.

—¿Qué insinúas? —replica ofendida.

—¿Yo? Nada, Angélica. La que ha empezado a tocar las narices eres tú.

Agarro la manija de la puerta, dispuesta a salir del lavabo de señoras y volver a la mesa. Ya veremos cómo me las ingenio para soportar lo que queda de reunión, con ella enfrente.

—Eres como todas —dice, destilando veneno.

—Vete a paseo. Y aparta, que quiero salir.

No espero a que se quite y la aparto yo de malas maneras. Puede que sea más alta, sin embargo, no me achico ante su actitud. Se tambalea un poco, no me extraña con esos taconazos que lleva, pero no me quedo a ver qué le pasa.

Está celosa como una perra, la muy imbécil.

Sé que no me incumbe, el pasado de Joel es suyo; no obstante, salta a la vista que esta tiparraca va a por él. O, peor aún, que ya le ha hincado el diente y por alguna razón él no ha querido seguir.

Cuando salgo del aseo, me topo de frente con uno de los tipos trajeados y, por su expresión, deduzco que ha oído, si bien no toda la conversación, al menos lo más interesante. Dos mujeres peleándose por un hombre. Qué asco, de verdad.

Yo sólo me he peleado una vez con otra chica por un motivo tan absurdo; en el instituto, cuando una compañera se hizo pasar por mi amiga para acercarse al que entonces era mi medio novio. Nada serio, por favor, un rollete adolescente, pero la muy bruja se enrolló con él.

Fui a cantarle las cuarenta sólo por orgullo, pues luego me di cuenta de que no merece la pena tanto esfuerzo por ningún hombre. Hay quién dirá lo de «así te va». Lo cual me trae sin cuidado.

—¿Todo bien? —pregunta el tipo trajeado número uno.

Inventar una excusa a estas alturas es ridículo, así que sonrío, asiento y vuelvo a la mesa con toda la dignidad del mundo. Podría inventarme algo e irme a la habitación, pero no lo hago, daré la cara.

Joel me mira. Sospecha algo. Lógico, por muy coqueta que sea una, no puede tardar tanto en el aseo. Sé que quiere preguntar, no obstante, se muerde la lengua. Mejor, no estoy para fingimientos.

Angélica reaparece también, acompañada por el tipo trajeado uno, sonriente, charlando con él como si la vida fuera maravillosa y no acabase de soltar veneno.

El tipo trajeado dos propone, tras la cena, ir a tomar unas copas. Imaginaréis lo mucho que me entusiasma la idea, aunque, por suerte, Joel me libra de semejante plan al alegar que está cansado del viaje y mañana tiene una presentación.

Nos despedimos de los ejecutivos y, cuando creo que por fin me voy a librar de Angélica, ésta se acerca y le pide a Joel, con su tono más profesional, que la acompañe unos minutos para tratar un asunto privado.

A ver, si no hubiese ocurrido lo del aseo, entendería perfectamente que quisiera comentarle lo que fuera, pero como aquí todos sabemos lo que se cuece, intuyo que va a contarle nuestra charla de chicas.

En efecto, Joel frunce el cejo y me mira. Angélica sigue despotricando sobre mí, no sé leer los labios ni falta que me hace. Hasta que él levanta la mano impidiéndole continuar.

Por desgracia, no soy la única testigo de la charla, los representantes de la productora también se percatan de la tensión.

Mierda, esto no favorece nada los intereses de Joel.

## Capítulo 21

Como imaginaréis, hemos regresado a la suite en silencio.

Un silencio puede que incómodo o, mejor dicho, desagradable.

El ambiente no propicia ningún contacto.

Sin tocarnos. Sin gestos galantes. Sin una sola mirada. Como dos extraños.

Lo peor ha sido en el ascensor. Un espacio tan reducido y cada uno mirando hacia un lado. Joel rumiando las perlas que a buen seguro habrá escuchado de boca de Angélica sobre mí y yo con ganas de hacer la maleta y regresar a casa, porque no me voy a poner a la altura de esa petarda y defenderme de acusaciones infundadas. Que debe de ser lo que busca para jorobarnos el plan.

Decir que desde el principio sabía que esto de acompañarlo a una cita de negocios era una pésima idea ya carece de sentido.

Mis peores temores se han hecho realidad.

Lo que sigo sin entender es por qué me ha invitado. Vale, quiere tener a alguien para echar un polvo tras un día de trabajo, no lo culpo por eso, pero con la representante que tiene, debería haber previsto que pudieran surgir desavenencias. Además, todo habría sido más fácil si me hubiese dejado a mí en la suite.

Vale, entonces parecería que sólo soy el «chochete» de turno; sin embargo, en vista del encontronazo con Angélica, no sé qué es peor, si que te acusen de mujer interesada o de cabeza hueca follable. Qué disyuntiva tan tonta, ¿verdad?

Entro yo primero y ya sé que me voy a comportar como una cría.

—¿Qué haces? —pregunta Joel cansado cuando, en vez de sacar el pijama para dormir, me ve guardar las cosas de mala manera en la maleta.

Y mira que el pijama era mono, negro, dos piezas. De mercadillo, resultón y económico. ¿Se puede pedir más?

—Me largo de aquí.

—¿Perdón?

—Ahórrate lo de «inmadura», me trae sin cuidado —le espeto sin mirarlo a la cara, porque me estoy peleando con la maldita cremallera de la maleta.

—¿Qué ha pasado? —pregunta con infinita paciencia, y me joroba un poco que se muestre comprensivo.

—Desde el principio, este viaje ha sido una mala idea. Tú tienes tus compromisos y oye, perfecto, pero no me pidas que aguante carros y carretas, ¿entendido?

—Explícate mejor —dice, y se acerca para apartarme de mis cosas.

No me gusta que ahora se me ponga controlador.

—Sé quién soy y cómo soy y no aguanto chorradas de nadie. Si tenías dudas sobre mí o mis intenciones, haberle echado un par de huevos y preguntado, en vez de enviarme a tu rottweiler a que me muerda.

—¡Joder! —exclama, y en vez de dejarme a mi aire, me agarra y me mira.

—Odio esta situación, discutir y acabar tan mal —digo.

—Me has leído el pensamiento —masculla.

—Así que, puesto que hasta mañana no tengo medio de transporte, deja que duerma en el sofá y, tranquilo, cuando llegue la hora me largo sin hacer ruido.

He procurado no sonar patética.

—¿Qué cojones dices?! —me grita, y ante mi forcejeo termina soltándose—. No te vas a ninguna parte.

—Porque tú lo digas —le espeto con chulería.

—Dime qué cojones ha pasado entre Angélica y tú.

Vale, eso confirma mis sospechas. Sabe de dónde proviene el cabreo. No es tan obtuso como pensaba.

—Que nos hemos enrollado en el baño —respondo, y Joel arquea una ceja ante la broma.

No tengo claro si de mal gusto.

—Ximena, no te andes por las ramas... —me advierte, y debe de ser serio, porque me ha llamado por mi nombre.

—Seamos francos, yo aquí no pinto nada, es más, hasta puedo joderte el negocio. No pasa nada, nos hemos confundido, lo admito. Yo me largo y me vuelvo a mi casita, tú sigues adelante con tus planes y todos tan amigos.

—¿Eso es lo que siempre haces, volver con él cuando las cosas se tuercen?

Primer ataque; no se lo pienso consentir.

Cuando ha dicho «volver con él» ¿ha destilado envidia? ¿Rencor? ¿Celos?

Esto merece una reflexión, aunque más tarde, cuando me serene, que ahora estoy a punto de ebullición.

—Eh, eh, eh, cuidadito, chaval. —Me sale la vena más combativa—. No intentes desviar la conversación hacia donde te conviene.

—Pues entonces explícame qué carajo ha pasado con Angélica para que ella me ponga la cabeza como un bombo y tú estés tan peleona, ¡joder ya con la tontería!

—Ya te lo he dicho, no te conviene tenerme a tu lado.

—Esa decisión es mía, no digas sandeces.

—¡Y, ya puestos, a mí no me apetece aguantar estupideces de nadie, joder! —exclamo, hastiada de esta discusión.

—¿«Joder»? Vaya, sí que estás cabreada. Yo esperaba un «¡ostris!».

Inspiro hondo. Mucho. Qué cabrón.

—¡Ostris, me largo! ¿Te vale así?

—Pensaba que eras un poco más lista —me suelta, mientras se frota las sienes.

—Y tú menos manipulable —replico sin complejos.

—¿Cómo dices?

—Yo no sé qué relación tienes con tu representante ni me importa, ahora bien, se puede meter sus advertencias por donde le quepan.

—¡Me cago en mi puta vida!

Joel va a al mueble bar, coge una cerveza y la abre de malas maneras, antes de darle un buen trago. Creo que ninguno de los dos estaba preparado para discutir tan pronto.

—Escucha, no pasa nada. Mañana me marchó —repito, y él niega con la cabeza.

—Hablaré con ella, no volverá a molestarte.

Arqueo una ceja, eso quiere decir que...

—Deduzco que no soy la única con el cuestionable honor de soportar a tu representante —digo, e inspiro para calmarme, pero no puedo, así que añado con sorna—: Te cuida y se preocupa por ti,

vale, es su tarea.

Joel me mira reflexivo y masculla algo parecido a «joder, se veía venir», pero como no estoy por la labor de prolongar esta agonía, retomo la idea inicial de hacer la maleta. Y sí, tendré que llamar a Tito y, además de contárselo, darle dos collejas por meterse en mi vida.

—Cometí un error, ¿de acuerdo? —reconoce casi avergonzado cuando ya no esperaba que me hablase.

—Un error... —repito en voz baja, y él asiente.

—Hace poco más de un año, yo acababa de descubrir la putada que me había hecho Soraya y..., joder, maldita la hora en que me dio por follármela.

No doy un respingo porque me lo barruntaba. Y vosotros también, no lo neguéis.

—¡Ostris! —murmuro, y no sé si fingir que me ha dejado anonadada.

—No estuve con ella ni un mes, pero... —Joel juega con la etiqueta del botellín y no me mira, yo permanezco junto a la maleta— lo malinterpretó todo.

—Traducido, que tú querías echar un polvo sin compromiso para desquitarte y ella buscaba ser la nueva señora de Miralles.

Esboza una sonrisa burlona y asiente.

—Yo estaba bastante jodido...

—Cuidado, el cuento del hombre abandonado me lo sé de memoria —lo interrumpo y esboza media sonrisa.

—Y ella estaba a mano —prosigue, sin tener en cuenta mi comentario burlón—. Como suele decirse, donde hay confianza da asco. Pues bien, me la tiré, sí, joder, y bien que me arrepiento, porque como agente es cojonuda. Ni te imaginas lo que ha hecho por mi carrera.

Mejor no entro en detalles sobre eso, ¿verdad? Porque si bien lo de la auditoría ha sido un farol en toda regla, empiezo a pensar que a lo mejor no es tan mala idea, pues a Angélica se la ve demasiado sobreprotectora con Joel.

—Vale. Y ahora se dedica a atosigar a todas las que se acercan a ti.

—A todas no. Sólo a las que... —Se detiene en ese punto.

Mal asunto.

—¿Sí? —lo apremio, porque no me va a dejar con las ganas.

Joel deja la cerveza sobre la mesilla y se acerca a mí. Uy, uy, uy, esa mirada es extraña y peligrosa. No quiero momentos tontorrones ni cursis. Suelen ser el prelude de un mal rato o de un disgusto.

—Sólo a las que me importan —dice finalmente.

Joder, joder, joder... Ay, perdón, ¡ostris!, que nos estamos poniendo trascendentes.

Si ya decía yo que era muy mala idea venir con él. Se supone que le gusto, vale, eso lo puedo asumir, pero esto último ya son palabras mayores.

—¿No vas a decir nada? —pregunta ante mi mutismo y la más que probable expresión de mi cara, que no manifiesta demasiada alegría—. Muy bien, coge la maleta y haz como siempre, vuelve con él.

Inspiro hondo. Dos veces el mismo dardo.

—No hables de lo que no sabes —musito, y me froto la cara antes de sentarme, porque esto se me hace muy cuesta arriba.

Joel se queda de pie frente a mí. Alzo la mirada un instante. Es guapo el condenado y lo sabe.

—Me da la sensación de que estás enamorada de Tito.

Resoplo. ¿Por qué todo el mundo piensa semejante tontería?

—¿Estás celoso?



—Depende. Puede que te lo hayas montado conmigo, y muy bien, por cierto; no obstante, me da la sensación de que prefieres la comodidad que te supone vivir con él y que pasas por alto sus escauceos a la espera de que por fin se dé cuenta de que al final eres tú la que siempre está a su lado.

—Te estás metiendo en un terreno pantanoso —le advierto en voz baja—. Y no tienes derecho a opinar sobre mi vida.

—Cierto, sólo digo lo que veo. He admitido que me gustas no sólo para echar un polvo, ¿y tú qué has hecho? Poner cara de horror. Ya me dirás qué debo suponer.

Tiene razón en parte, pero odio estas conversaciones en las que se habla más de la cuenta. Hace tiempo que aprendí a no mencionar mis sentimientos, porque me los han pisoteado varias veces. Ya no soy tan ingenua ni tan cría como para emocionarme ante unas palabras bonitas. Sólo hay una persona con la que me sincero al noventa y nueve por ciento.

Me pongo en pie y quedamos frente a frente. Vamos a dejar las cosas claras, aunque todo se vaya a la mierda y aunque me jorobe.

—No creo que tú y yo tengamos una relación lo bastante..., vamos a decir ¿sería? —él arquea una ceja y se cruza de brazos— como para hacernos confesiones. Echar tres o cuatro polvos no tiene por qué significar nada.

—En eso estoy contigo; sin embargo, cuando uno «echa tres o cuatro polvos» y no desea salir escopetado e incluso piensa en repetir, digo yo que algo significará. De ahí que te haya pedido que me acompañes.

—No estoy acostumbrada a estos momentos de confesiones —farfullo confundida.

—Crees que no debes fiarte de mí. —No lo pregunta, directamente lo afirma.

—Mierda, no es eso. Estamos aquí los dos, en una suite de lujo —hago un gesto con la mano abarcando la estancia—, como dos panolis. ¿No te parece ridículo?

—Mucho. —Da un paso al frente y otro y otro hasta que puede tocarme—. Te aseguro que mi idea para esta noche no era acabar discutiendo contigo.

—Entonces ¿por qué te has puesto moñas?

Resopla y responde:

—Porque me gustas. —Me besa el cuello—. Mucho. —Otro beso, esta vez con mordisquito de propina—. No quiero que te marches.

Recorre mi garganta con los labios, al tiempo que con una mano me agarra el culo con firmeza, pegándose a su cuerpo.

Las discusiones no se acaban con mimos, ¿verdad que no?

—Porque te gusto —susurro.

—Y porque me apetece echar tres o cuatro polvos —se guasea.

Bueno, no lo ha dicho de broma. Va en serio.

Y sus manos también cuando me empiezan a desabrochar la camisa, al principio despacio, aunque se le nota la impaciencia y casi me arranca los botones. No llevo el mejor sujetador del mundo; no obstante, Joel mira mi delantera fijamente y eso me calienta por dentro y por fuera.

Salgo del letargo y comienzo a tocarlo. Quiero piel, nada de ropa, por muy cara y elegante que sea, y por muy bien que le siente, así que me las ingenio para mandar a paseo la chaqueta y la camisa en tiempo récord.

Bajo la mano hasta su entrepierna, presiono y observo cómo inspira hondo.

Vuelve a besarme, esta vez devorándose la boca, tomando el mando, al tiempo que me empuja hacia la cama. Me quita el sujetador y se agacha para quitarme también los pantalones junto con las bragas.

Arrodillado ante mí y sujetándome de las caderas, comienza a besarme desde la rodilla hasta llegar al pubis, donde se vuelve más ambicioso y no se limita a besos superficiales.

Enredo una mano en su pelo a medida que va jugando con la lengua en cada pliegue.

—No sabía que discutir te pusiera tan cachonda, Heidi —comenta en un tono tan morboso que me derrito o me caigo de culo. Así que le clavo las uñas en el hombro para sujetarme.

¿Os habéis fijado? Vuelve a llamarme Heidi. Eso es buena señal. Tengo que encontrar un alias a su altura. Yo no estoy muy puesta en esto del manga, pero mañana, si me acuerdo, haré una búsqueda rápida por internet.

Por mucho que me sujete a sus hombros, es tal la intensidad con la que enreda entre mis muslos que acabo cayéndome hacia atrás. Sentada en el borde de la cama, le doy total acceso y Joel no pierde el tiempo.

Sigue con los pantalones puestos, arrodillado y lamiéndome con maestría. Jadeo cada vez más, porque ya no sólo utiliza la lengua, sino también los dedos. Intento mantener los ojos abiertos, sin embargo, la excitación que recorre mi cuerpo lo hace cada vez más difícil.

Joel continúa jugando, no se detiene, presiona, rodea mi clítoris con la punta de la lengua, logrando que empiece a decir incoherencias. Murmullos de auténtico placer.

—En cuanto te corras en mi boca, voy a follarte a base de bien —dice y suena a promesa.

—Lo estoy deseando —acierto a decir entre gemidos y movimientos descoordinados.

—Mmmm, comerte el coño es toda una delicia.

—Sigue...

—¿Diciéndote guarradas o comiéndotelo?

—Las dos cosas —farfullo, mientras estiro los brazos para retorcer el cobertor con las manos, debido al placer que experimento.

—¿Alguna vez te lo han comido así de bien...? —pregunta con un tono ronco y morboso que va directo a mi sexo.

—Puede —jadeo, porque no voy a entrar en detalles.

—Oye, se supone que debes decir «no» —me espeta serio y no sólo eso, se aparta y se incorpora para mirarme—. Para elevar mi ego, ya me entiendes.

Me echo a reír y él hace lo mismo.

—Mira que eres idiota —lo regaño, y le acaricio los labios, esos con los que me ha estado... Uff, me entran sudores al pensarlo.

—Es que me lo has puesto en bandeja, Heidi. Ya sé que no eres virgen, tranquila. Y me alegro de que te hayas acostado con tíos competentes.

—No tantos —confieso—. Si yo te contara...

—¿Crees que ahora quiero escuchar tus aventuras amorosas?

—Podrían servirte de inspiración para un libro.

—¿Cómo lo titularías? —contesta con guasa, y la pregunta me extraña, porque estoy desnuda, abierta de piernas y él empalmado.

—Yo soy de ciencias, a mí dame una calculadora —le espetó riéndome.

—Pues entonces haz el favor de no interrumpir ni decir más chorradas.

—¿Estamos discutiendo? ¿Otra vez? —pregunto, incorporándome sobre los codos.

—Te pone cachonda —afirma encogiéndose de hombros.

—No me lo puedo creer... —suspiro, dejándome caer hacia atrás.

Continúo con las piernas abiertas, él arrodillado, y hemos empezado a discutir.

Pero Joel, tras vacilarme, vuelve a ocuparse de satisfacerme. Puede que tenga razón, que discutir me excite, o que, sencillamente, tiene ganas de tocarme un poco la moral. No importa, esa

boca, que además de soltar perlas sabe lamer, de nuevo se ocupa de dejarme jadeante y a punto de caramelo.

Aunque yo también puedo ser mala...

—Oh, sí, oh, sí, eres el mejor. Nadie me lo hace igual que tú. Nunca he estado con un hombre así. Oh, Dios, Oh, Dios, me vas a matar de placer...

—Tampoco te pases —bromea ante mi despliegue verbal, y me da un mordisquito en el muslo.

Por cómo se comporta, está claro que se han acabado las tonterías. Arqueo el cuerpo, jadeo, arrugo el cobertor, me retuerzo, le suplico con la garganta seca que no pare, que estoy a punto, que después puede follarme como se le antoje... No digo cosas coherentes, lo admito, pero ¿quién es la valiente que sabe lo que dice cuando un tipo experimentado hace semejantes virguerías entre sus piernas?

—Y ahora te la voy a meter hasta el fondo, de golpe, para que vuelvas a gritar —me advierte, y antes de que pueda replicar, lo tengo encima, besándome y maniobrando para deshacerse de los pantalones.

Antes de mandarlos de una patada al suelo, saca un condón que yo le arrebató, impaciente, excitada y con ganas de sentirlo bien hondo. A lo primitivo.

Debido a las prisas, tardo más de la cuenta en ponérselo, pero a Joel no parece importarle, porque se entretiene con mis pezones, murmurando algo como «pobrecitos, qué poco caso os he hecho hoy, con lo inspiradores que sois para hacerse una paja».

—¿Te masturbas pensando en mis pechos? —pregunto.

—Ajá. ¿Te molesta?

—No, aunque ¿no deberías pedirme..., no sé, permiso?

Se echa a reír.

—Me la menea como y cuando quiero y si lo hago pensando en tus tetas o en otra parte de tu cuerpo... —hace una pausa para meterme un dedo y hacerme gemir—, no voy a pedirte autorización.

Mantengo las piernas abiertas y las rodillas dobladas. Expuesta al cien por cien. Lo beso y le susurro:

—Métemela, ya. Ahora.

—Heidi... —gruñe tras penetrarme y quedarse quieto—. Qué marimandona...

Vuelvo a besarlo, a morderle el labio, a pedirle sin palabras que me folle, que no se contenga, que haga lo que quiera con mi cuerpo, porque con mi mente ya es otro cantar. Esa parte la dejaremos para más adelante.

Joel reacciona y atiende mis demandas. Sus movimientos comienzan a coger velocidad, a ser bruscos, a volverme loca y a dejarme sin aliento. No me canso de gemir, de tocarlo, de susurrarle ordinariieces y de salir al encuentro de sus embestidas.

Y él resopla sin parar, sin darme tregua, hasta que se queda clavado y emite un último gemido, mitad lastimero, mitad placentero.

—Eres la rehostia, Heidi —musita, antes de rodar hacia un lado.

## Capítulo 22

Joel duerme como un bendito a mi lado. No lo culpo. Tres asaltos y los tres excelentes. Y me quedo corta. Primero la versión que ya conocéis, y después otra más salvaje, más primitiva e igual de satisfactoria. Me puso a cuatro patas, me agarró del pelo (el moño bajo que me había hecho para la cena le vino de perlas) y sin contemplaciones, mientras repetía una y otra vez lo mucho que le gustaría follarse mi trasero, me la metió desde atrás. Así, tal cual. Y, por último, la versión tontorróna, adormilados, casi sin ganas. Él a mi espalda, rodeándome con los brazos y penetrándome lentamente.

Yo debería estar igual de agotada, en cambio, he visto amanecer desde la cama, intentando digerir las palabras que me dijo: le gusto.

Así de simples y así de complicadas. Le gusto para algo más que follar y eso, lo admito, me asusta. Seamos francos, ¿y a quién no?

Y no sólo por el hecho de haberlas oído en más de una ocasión y después llevarme un fiasco monumental.

Me levanto con cuidado de la cama, con intención de ir al aseo. Por el camino cojo el móvil. Es muy pronto, sin embargo, aprovecharé para enviarle un mensaje a Tito; no critiquéis, ir al baño con el móvil es algo que todos hacemos, así que no soy ninguna excepción.

**Yo:** ¿Estás despierto?

Pulso Enviar y como dudo que lo esté, aprovecho para lavarme los dientes y de paso pensar un poco.

Me queda una semana por delante con Joel. Hoy tiene una presentación y una vez que finalice, se acabaron los compromisos, estaremos solos. Eso no quita para que hoy pueda surgir un nuevo enfrentamiento con Angélica. Ya veremos cómo me las ingenio, porque esa petarda va a por mí. Lo que debo tener claro es que su objetivo es separarnos y anoche casi lo consigue. Si tengo que mandar a paseo a Joel, lo haré, pero por mis propias razones, no porque una pedorra me caliente la cabeza.

**Tito:** ¿Qué ha pasado para que estés levantada a estas horas?

Leo el mensaje de Tito, sonrío y respondo:

**Yo:** La llamada de la naturaleza. ¿Y tú?

**Tito:** Preparando el desayuno a la tía que tengo en la polvera. Soy un caballero, ya me conoces.

**Yo:** ¡UAU, has vuelto a las andadas!

**Tito:** ¿Y tú? ¿Has follado bien?

**Yo:** La duda ofende, ja, ja, ja.

**Tito:** Me alegro.

Podría aprovechar e indagar un poco, seguro que Tito sabe algo más de la representante tocapelotas.

**Yo:** ¿Conoces a Angélica?

**Tito:** De pasada. ¿Por qué?

**Yo:** Anoche tuve un encontronazo con ella.

**Tito:** ¿Pelea de gatas?

**Yo:** Sí. Menuda tiparraca. Piensa que estoy con Joel por su dinero.

**Tito:** Mándala a paseo y listo.  
O mejor, saca las garras y el bikini.

**Yo:** ¿El bikini?

**Tito:** Sí, para la pelea en el barro.  
Ja, ja, ja.

**Yo:** Buen consejo. Lo haré.

**Tito:** Y no vuelvas pronto,  
quiero la casa para mí solo.

**Yo:** No prometo nada. Por si acaso,  
deja alguna señal.

**Tito:** Pásalo bien. A la vuelta  
quiero un informe detallado.

**Yo:** Ídem.

Vale, a Tito le van bien las cosas; una preocupación menos. Sólo espero que no se haya llevado a su jefa a casa, porque esa mujer necesita primero una cura de humildad. Mi compañero de piso es una buena persona, no se merece aguantar estupideces de ninguna mujer.

Y, repito, por si lo dudáis, no son celos. Es sincera preocupación por un amigo.

No me cansaré de decirlo.

Ahora vamos a ver si soy capaz de afrontar la situación que tengo por delante.

Vuelvo a la cama despacio, Joel apenas se ha movido, así que me meto bajo las sábanas con cuidado. Pero debe de tener un radar o algo similar, porque enseguida se me pega a la espalda y de paso se frota un poco contra mi culo.

Lo miro por encima del hombro, sigue con los ojos cerrados, aunque no tengo muy claro si aún duerme. Cuela una mano un poco a traición hasta agarrarme una teta, suelta un pequeño suspiro y deja de moverse.

Falsa alarma.

Cierro los ojos, dispuesta a echar un sueñecito.

No voy a darle más vueltas al asunto. Le gusto. Perfecto. Veremos a ver qué nos deparan los próximos días.

\* \* \*

El inconfundible y desagradable tono de llamada de un móvil que no es el mío nos despierta. Joel

se despega despacio y responde.

—Dime, Angélica...

La que faltaba.

Ni me molesto es darme la vuelta, que hable con su representante cuanto quiera.

—No, tengo otros planes. Comeré en el hotel. Que un coche pase a recogernos a las cuatro.

Uy, ¿recogernos? Cuidado, ha hablado en plural y eso me incluye. A ver qué ha previsto este hombre.

—He dicho que no, joder —masculla—. Haz lo que te he pedido. Adiós.

Un nuevo motivo para que esa mujer me odie. ¡Genial!

Joel deja el móvil de malas maneras sobre la mesilla de noche y vuelve a abrazarme. Se pone juguetón. Qué facilidad tiene para pasar del mosqueo a las zalamerías.

—¿No desayunamos? —lo interrumpo con tono alegre.

La mano que intentaba colocarse entre mis piernas se detiene en seco y él se ríe.

—Joder, qué manera tan poco sutil de rechazarme.

Me doy la vuelta despacio y lo miro. Vaya carita que me ha puesto. Perrito abandonado en invierno, a la intemperie. No es listo ni nada.

Ahora es cuando debería decir algo frívolo, no sé, alguna tontería para no seguir mirándonos de esta manera, que a mi parecer resulta difícil de explicar. Podría decirse *intensa* o también *peligrosa*.

Y ya, por si no fuera lo bastante complicado para mí digerir lo que nos está pasando, le acaricio la mejilla, notando la aspereza de su piel, y él cierra los ojos. Intuyo que no esperaba un gesto tierno por mi parte.

Yo, sinceramente, tampoco.

No se acaban aquí los gestos moñas, Joel me sujeta la mano, no para apartarme, sino para besarme los dedos. Abre los ojos despacio y me mira de esa manera que cualquier chica desea de su amante a la mañana siguiente.

¿Y ahora qué digo yo?

No soy muy partidaria de estas manifestaciones de afecto con hombres de los que sólo esperas, en principio, un buen revolcón (dos, siendo optimistas, o tres, como ha sido el caso). Hace ya tiempo que aprendí a separar muy bien (gracias a la experiencia) los sentimientos de las reacciones físicas y hasta ahora me ha ido bastante bien; por la cuenta que me trae.

Él no aparta la mirada, yo tampoco.

Creo que me va a besar.

Quiero que lo haga.

Se inclina hacia mí despacio y, para mi absoluta perplejidad, me da sólo un beso suave en los labios.

Esto se está poniendo muy intenso.

¿Debería ya entrar en pánico?

Pues no, en vez de eso, separo los labios lentamente, para que, poco a poco, el beso se haga más profundo.

—Vaya, Heidi, no sabía que tuvieses un lado moñas —murmura apartándose.

—Soy una chica todoterreno, guapo —replico, agradecida por el comentario jocoso.

—Entonces, es mi turno de demostrarte mis virtudes...

—¿Me vas a conseguir un ColaCao para desayunar?

Joel estalla en carcajadas ante mi salida de tono. Pero funciona, me da otro beso rápido y se levanta. Camina por la habitación desnudo hasta el cuarto de baño, de donde sale con el albornoz

de cortesía. Encarga el desayuno, con mi ColaCao incluido, así como otras cosillas. Por el tono, creo que le ha dado vergüenza pedir mi desayuno favorito al servicio de habitaciones.

Me deja sola y cuando oigo el agua de la ducha, estiro el brazo para coger mi móvil y ver si hay algún mensaje.

**Tito:** Te echo de menos.

—Ya le vale... —susurro.

**Yo:** No te me pongas cursi, por favor.

Su respuesta llega en cinco segundos.

**Tito:** Me aburro sin ti.

**Yo:** ¿No estabas con alguien?

**Tito:** Ya la he despachado.

**Yo:** Pues trabaja un poco, anda, y así tu jefa se pondrá contenta.

**Tito:** Te odio.

**Yo:** Ja, ja, ja.

**Tito:** Te odio mucho.

**Yo:** No lo dices en serio.

**Tito:** Claro que no. Ya sabes que te quiero. Y deja de chatear conmigo, que estás con otro, petarda, a ver si se va a enfadar.

**Yo:** Pues no me envíes mensajes cursis.

**Tito:** I love you. Kisses.

Me echo a reír ante sus bobadas. Mira que es ganso.

Tumbada en la cama, boca arriba, aún desnuda y sin ganas de vestirme es como me encuentra Joel cuando sale del baño, con la toalla enrollada provocativamente alrededor de las caderas. Tentada estoy de silbarle por el paseíllo.

—¿Por qué no abres la puerta? —pregunta, y lo hace él mismo al ver que no muevo ni un músculo.

Fijaos cómo estoy que ni he oído que han llamado.

Joel reaparece empujando un carrito. Está para comérselo, ni ColaCao ni leches. Con la toallita de marras y tanta piel húmeda a la vista, una empieza a establecer prioridades.

—¿No tenías tanta hambre? —dice, sentándose en el borde de la cama.

Sonríó y me acerco al carrito. Me cubro con la sábana, no por pudor, sino para no mancharme. Él sigue tentándome al lucir pectoral.

Todo servicial, me prepara el ColaCao y me lo entrega. Él se sirve un café y me mira mientras lo remueve con la cucharilla. Otro momento «miraditas». No me digáis que esta situación no empieza a ser extrañamente..., no sé ni cómo definirlo..., *cotidiana* y *cómoda* podría servir.

—¿Tostada? —me pregunta, y asiento.

Tengo hambre. Siempre se ha dicho que hay que comer con moderación delante de los hombres, sin embargo, yo soy de las que se pasan esa regla por el arco de triunfo.

Suspiro encantada al tomarme mi ColaCao y él arquea una ceja.

—¿De verdad desayunas eso todos los días o sólo lo has pedido para ponerme a prueba?

—¿Qué tiene de malo?

—¿Cuántos años tienes? —replica, sirviéndose otro café.

—¿Y eso qué importa?

Ojo, no estamos discutiendo, sólo intercambiando preguntas pues el tono es desenfadado. Como si quisiéramos pincharnos un poco.

—Heidi, puedes tomar todo el puto ColaCao que quieras, siempre y cuando... —mueve las cejas— pasemos otra noche como la de ayer.

No debería haber dicho algo semejante. ¿A que no? ¿No os parece demasiado pronto? O peor aún, ¿una frase típica para hacer sonreír a la chica y así asegurarse otro polvo (polvos) de los buenos?

No merece la pena ser discreta.

—El ColaCao da mucha energía —contesto, siendo un poco frívola, para no caer en la tentación de magnificar el momento, que luego vienen las lamentaciones.

No sé, no sé, esto se me puede ir de las manos. Todo parece tan perfecto que quizá sea irreal. ¿Me estoy pasando de precavida?

Ya ha pasado el momento «desayuno», algo que agradezco, porque han sido demasiadas miraditas por minuto y frases que me pueden nublar el raciocinio. Algo que siempre me cuesta asumir, pues si por un casual Joel decide ponerse «más profundo» a lo mejor meto la pata.

Y cuando digo «meter la pata» me refiero a caer rendida a sus pies.

Que me conozco.

Que soy humana.

Y sí, de acuerdo, que me gusta más de lo prudente.

\* \* \*

Su representante ha llegado media hora antes de lo acordado, amén de haber molestado tres veces llamando a saber para qué. Joel la ha mandado a paseo (más o menos) y se ha disculpado conmigo.

Termino de vestirme a contrarreloj para acompañarlo a la presentación, pese a que no me hace especial gracia; no obstante, sé que para él es importante, así que haré un esfuerzo.

Toda una novedad, ya que rara vez, por no decir ninguna, me implico tanto por un hombre, algo que ya hace tiempo aprendí lo estúpido que era. Supongo que con Joel me estoy saltando varias reglas de esas que me han ayudado a no darme de cabezazos cada vez que un tío me decepcionaba.

En fin, veremos cómo acaba la tarde.

Una última comprobación ante el espejo y me doy un aprobado raspado. Repito peinado y en vez del outfit (qué palabreja, no se me va de la cabeza) de anoche, he optado por un vestido de punto azul, que si bien está pasado de moda (seguro, ya tiene al menos cinco años), me queda genial. Botas de media caña con cuña (nada de matarme con los tacones) y, hale, a triunfar. O al menos todo lo que una chica puede hacerlo en la presentación de un mangaka (otro término que se me ha quedado grabado y que sí, me pone un poco cachonda).

Seguro que Angélica va impecable, con taconazos y dispuesta a tocarme la moral. En fin, se hará lo que se pueda para salir indemne.

—¿Lista? —pregunta Joel cuando me ve.

—¡Por supuesto! —miento, y esbozo una sonrisa.

Él va hecho un pincel. Con otro de esos trajes que le sientan tan bien. En esta ocasión lleva uno gris claro, con camisa blanca y sin corbata. Me sigue chocando ese aspecto. Que no se me olvide,



cuando regresemos al hotel, recorrer bien su cuerpo desnudo, porque seguro que esconde algún tatuaje de chico malo.

Para dejarme aún más confusa, al salir del ascensor en la planta baja, me coge de la mano. Uy, uy, uy, que nos ponemos romanticones. Cuando Angélica nos ve aparecer, así, cogiditos de la mano, inspira y disimula, muy mal, por cierto, la rabia que siente. Mejor, que se jorobe, porque Joel no me ha soltado ni le ha permitido que le dé dos besos.

La parte negativa es que compartimos coche hasta la librería donde se celebra la presentación. Un desplazamiento tenso. Joel responde con monosílabos, yo miro por la ventanilla y Angélica da por el culo todo lo que puede.

Me quedo a cuadros cuando veo la gente que está esperando en la calle. Creo que aún no soy consciente del éxito de Joel. Comprendedlo, me cuesta, y más aún cuando él se empeña en llevarme de la mano.

Nos tratan como a celebridades y antes de acceder a donde se celebra el acto, nos pasan a una sala donde encontramos dispuestas bebidas y algo de picar. Qué despliegue.

Angélica revolotea sin parar como una mosca cojonera alrededor de Joel y a mí me tolera porque no le queda más remedio. Me dirige la palabra por compromiso, no por gusto; a los organizadores del encuentro les sonrío como una modelo entrenada, al tiempo que los atosiga con exigencias que, sinceramente, son chorradas. Aunque Joel parece ajeno a sus estupideces.

Me agoto sólo con verla y observo a Joel, que charla animado con uno de los responsables de la librería. No me ha soltado la mano en todo el tiempo que llevamos aquí. ¿Qué queréis que os diga? Pues que, si bien es un detalle, empiezo a sentirme fuera de lugar, como la típica tía que está de adorno y se pega como una lapa a su chico por si alguna intenta meterle ficha.

Desde luego, no haría carrera como acompañante, pues enseguida buscaría algún sitio donde pasar desapercibida, tal como estoy haciendo con disimulo.

—Voy a tomar algo —le murmuro a Joel, y me suelto la mano, cansada ya de estar a su lado cual pasmarote.

Me acerco hasta la mesa de las bebidas y, aunque no me apetece tomar nada, abro un botellín de agua. Angélica, que lo está controlando todo, se acerca. No va a perder la oportunidad, ahora que Joel no puede oírla, de tocarme las narices.

—¿Todo bien? ¿Te falta algo? —pregunta solícita y sonriendo.

Qué bien entrenada está, como una víbora; primero se acerca y observa dónde hincar el diente.

—Perfecto, gracias —contesto con educación y le doy la espalda, porque de repente siento una irrefrenable necesidad de contar cuántos botellines de agua hay en la mesa.

—Cualquier cosa que precises, por favor, házmelo saber —insiste.

¿Le habrá leído Joel la cartilla?

Pues no sé qué es peor..., si la Angélica protectora ahuyentamujeres o la Angélica pelota servicial.

—Tranquila, me las apañaré.

—Espero que lo de anoche te lo tomaras con deportividad, no pretendía herir tus sentimientos —dice en voz baja, sin perder su sonrisa.

Uy, ahora recula, qué peligro.

—Mira, seamos francas, no me soportas y yo a ti tampoco —digo, y ella mantiene su expresión profesional, como si nada la afectara—. Así que procura dejarme tranquila. Haz tu trabajo y punto.

—Eso pretendo, querida. Pero no soy estúpida y no se me escapa que tú puedes poner a Joel en mi contra.

—¿Tienes algo que ocultar? —pregunto, porque sus palabras indican preocupación.

—No —responde, y no veo la contundencia que esperaba—. Por eso espero que seas sensata.

—Y no le recomiende una auditoría, ¿es eso? —añado yo al ver por dónde van los tiros.

Su cara es un poema. ¡Ostris!, a ver si con la tontería he dado en el centro de la diana.

—¿Todo bien? —dice el protagonista involuntario de nuestra conversación, acercándose a nosotras, intuyendo sin duda que podemos montar un show.

Algo que lo perjudicaría y, la verdad, no voy a ser tan tonta de caer en la trampa de Angélica, porque al final terminaré cargando con la culpa.

—Por supuesto, Joel —dice, ¿o ronronea?, ella.

—Sí, claro que sí —contesto como si nada, aunque él no se lo traga; al menos es la impresión que tengo por su cara.

Angélica se disculpa para ir a comprobar no sé qué del sistema de audio del salón de actos. Como las ratas, que siempre abandonan el barco las primeras. Anda que no es lista ni nada.

—Luego hablamos —murmura Joel, y me da un beso en la comisura de los labios.

Uff, que no estamos solos. Uff, que ese gesto es toda una declaración de intenciones. Uff, ahora sí que necesito tomar algo. Agarro lo primero que tengo a mano y me lo meto en el bolso, porque nos dicen que vayamos pasando a la sala.

Me han guardado asiento en primera fila, junto a los organizadores, sin embargo, prefiero pasar desapercibida y me siento al fondo, con los fans. Aunque muy desapercibida no voy a pasar, aquí hay mucho fanático. Si hasta llevan camisetas con la portada de *Odio a mi jefa*.

¿Tendrá Joel alguna que pueda ponerme luego en privado?

Comienza el acto, él sonrío de forma discreta mientras lo presentan. Mira a la sala, no sé si intenta localizarme, pero debe disimular. Creo que le están haciendo la pelota o que, sencillamente, aún no soy consciente de lo importante que es.

Por fin es su turno, saluda a los congregados y miro las caritas de emoción. Ostris, algunos creo que hasta lo veneran. ¿Será consciente Joel de todo esto?

Y por fin, tras unos minutos ganándose a la audiencia, comienza a hablar de su libro. Lo hace con aplomo, sin aburrir, utiliza palabras sencillas, alterna alguna que otra gracia; conecta con el público. Se le notan las tablas.

¿Habrá ensayado para esto?

Mmm, a lo mejor hace lo mismo conmigo, sabe qué decir y cuándo. Mmmm. Interesante reflexión.

Miro a mi alrededor y veo a sus lectores entusiasmados con lo que dice. Y Angélica, a su lado, no deja de sonreír. Joel por fin me ha localizado. Disimula su sorpresa por que esté en la última fila. Hay un momento en que me mira sólo a mí. Quizá no se esperaba que yo eligiera estar en segundo plano. Sinceramente, me resbala.

Espero que no se enfade con su representante por esto. Para una vez que Angélica es inocente, no le vamos a cargar el mochuelo.

Comienza el turno de preguntas. Los lectores están impacientes y una gran cantidad de ellos levantan la mano. Alucino en colores con las cosas que plantean. Traducido, se han leído cada libro al menos diez veces, porque me dejan ojiplática con los detalles.

Y Joel responde sin titubear.

Saco del bolso lo que me he traído para beber, porque presumo que esto va para largo, y tuerzo el gesto, porque el Aquarius no es mi bebida preferida. Sin embargo, a los cinco segundos me entra la risa floja con la botella en la mano, cuando empiezo a recordar...

Y una mala idea, de chica muy mala, me cruza por la cabeza.

Puede que pasen de mí, sin embargo, le hago un gesto al chico que va de un lado a otro con el micrófono. Me indica que enseguida se acerca.

Me pongo en pie y miro a Joel.

Él arquea una ceja.

A Angélica se le borra la sonrisa.

Me entregan el micrófono...

—Sí, la señorita del fondo —dice el que dirige el debate, señalándome.

Allá vamos...

## Capítulo 23

—Buenas tardes —empiezo sin dejar de mirar a Joel, que reprime como puede la sonrisa—. ¿Conoce usted a la escritora Noelia Amarillo?

—No, no tengo el placer —responde manteniendo el tipo, como si no me conociera de nada y sonrío.

¿A que es de lo más morboso?

«No te despistes», me digo.

—Escribió un artículo, muy recomendable, sobre el tamaño de los miembros viriles que aparecen en muchas novelas... —Se oyen varias risitas y el presentador arquea una ceja. De momento el protagonista del acto mantiene el tipo. Angélica está afilando los cuchillos—. Porque a veces la imaginación se dispara y el sistema métrico decimal juega malas pasadas. —Más risitas en la sala. A Joel se le ha borrado la sonrisa, aunque mantiene una expresión amable. Ya veremos cuando acabe, entonces añado—: Hizo una interesante comparación. —Levanto la botella de Aquarius y todos dirigen la mirada hacia mí, sin duda intrigados—. Ésta no es la de litro, que parece la referencia que utiliza la autora en su interesante artículo, pero aun así me preocupa. Ésta mide, digamos..., poco más de veinte centímetros de largo por unos... cinco o seis de diámetro. —Ya no oigo risitas, sólo algún cuchicheo que me pone nerviosa—. Ya sé que el tamaño no importa, o eso dicen, pero esto tiene que doler. En su caso, ¿qué referencia utiliza a la hora de dibujar..., ya me entiende?

Se hace un silencio en la sala que me acojona un poco.

Angélica está a punto de echar humo por las orejas.

El presentador del acto no sabe dónde meterse.

Joel me va a matar.

Así que no me queda más remedio que apostillar:

—Penes y demás.

Me acabo de cargar una relación, bueno, una posible relación, pues después de esto me manda a casa de una patada en el culo.

¿Y...?

No he podido resistirme, lo juro.

El presentador se aclara la garganta.

—A la hora de dibujar no suelo ponerme límites de ningún tipo —responde Joel con calma—. Respecto al tamaño de mi... —una pausa y esboza una sonrisa de lo más pícaro—, trabajo, hasta ahora nadie se ha quejado. Así que doy por hecho que voy por buen camino.

Vaya pedazo de indirecta me ha lanzado. Sólo él, puede que su representante, y yo captamos el doble sentido. El muy cabroncete no ha respondido a la pregunta y encima se ha colgado una medalla.

La sala enseguida se pone de parte de Joel, aplaudiéndolo. De forma implícita me quedo con el papel de bruja mala.

Miremos el lado positivo, no se ha cabreado.

¿O sí?

El resto del acto me quedo calladita en la última fila, ahora soy la fan apesada del mangaka, porque lo he puesto en un aprieto y no le he hecho la pelota alabando primero su trabajo y preguntando cosas fáciles después.

Termina la charla y los asistentes se acercan a la mesa para la firma de libros. Como hay bastante gente, me temo que esto va para largo, así que saco el móvil y reviso los mensajes. Tito no me ha enviado ninguno, pero aprovechando que está en línea, tecleo:

**Yo:** Me aburroooooo.

**Tito:** Y yo. ¿Le damos al sexting o ya estás enamorada hasta las trancas?

**Yo:** Me estás haciendo dudar... ja, ja, ja.

**Tito:** ¿Dónde estás ahora?

**Yo:** Rodeada de fans adorando a su líder.

No sé si habrá notado la ironía.

**Tito:** Vaya, ahora que te tiras a un famoso, a lo mejor te vuelves insoportable.

**Yo:** Ja, ja, ja Pues prepárate cuando vuelva, vas a tener que rendirme pleitesía.

**Tito:** ¿Vas a volver con este humilde diseñador gráfico, pudiendo estar con un mangaka famoso?

**Yo:** Claro que voy a volver!!! No te vas a librar tan fácilmente de mí.

**Tito:** ¿Segura?

**Yo:** Muy segura.

**Tito:** Dame alguna primicia.  
¿Cómo te va? ¿Ya le has tirado de los pelos a Angélica?

**Yo:** Ganas no me han faltado.  
Pero soy una señorita.

**Tito:** Ja, ja, ja.

**Yo:** He puesto en un aprieto a Joel.

**Tito:** ¿?

**Yo:** A ver cómo te lo cuento...

**Tito:** Por tu padre, no me dejes en ascuas.

Recuerdo que a Tito le mostré el artículo. Además, sé cuánto le mide, por lo que sólo he de hacer una mención.

**Yo:** ¡Botella de Aquarius!

**Tito:** ¡No me jodas!

**Yo:** ¿He metido la pata?

**Tito:** Hasta el corvejón.

**Yo:** Ostris!!!

**Tito:** ¿Y cómo le ha sentado?

**Yo:** En público bien,  
ya veremos después.

**Tito:** Pues esmérate con él...

—Te veo muy entretenida...

Mierda, del susto se me ha caído el móvil al suelo. Angélica está sentada a mi lado, aunque no sé cuánto lleva aquí y si ha podido husmear, porque está claro que no ha venido para preocuparse por mí.

—Pues sí —admito, recogiendo el teléfono y guardándomelo, pese a que emite un pitido, señal de que Tito me ha respondido.

Ella cruza esas piernas kilométricas que tiene y que luce sin reparo con esa falda tubo con abertura, no sé si para llamar la atención o para tocarme la moral, pues yo carezco de semejantes piernas y, por supuesto, de ese estilo.

Lo de la falda tubo, llegado el caso, se podría arreglar.

—¿Algo más? —pregunto, porque no quiero que siga pegada a mí.

—Puede que Joel esté ahora ciego contigo, no obstante, confío en que abra los ojos cuanto antes, pues lo de hoy ha sido bochornoso.

—Ya estabas tardando en echármelo en cara.

—¿Ves a esos dos tipos? —Me señala a dos hombres que observan, atentos, todo el revuelo en torno a Joel—. No son dos lectores corrientes que compran el libro y punto. Trabajan para una productora y son especialistas en analizar fenómenos como éste.

—Al grano —la apremio, porque me he dado cuenta de cómo disfruta pavoneándose de lo mucho que se esfuerza por su representado.

—Tu preguntita lo ha dejado en evidencia; deberías controlarte un poco y limitar tus opiniones al ámbito privado.

Inspiro, qué tiparraca. Parece un perro de presa, una vez que ha mordido, no suelta. Ganas de levantarme y mandarla a tomar por el culo no me faltan. Sin embargo, me controlo y, haciendo gala de mi buena educación, replico:

—Vamos a ver si te queda clara una cosita, Angélica —de nuevo pronuncio mal su nombre, para jorobarla, lo admito—: métete en tus asuntos y no me provoques. Puede que yo no entienda un pimiento de relaciones públicas, pero haciendo auditorías soy la mejor.

—Así es imposible razonar —se queja en voz baja.

Por suerte, se larga. La observo caminar contoneándose hacia los dos tipos que me ha señalado, supongo que con intención de darles coba. En efecto, allí se detiene. Sonrisas, toques en el brazo, asentimiento cuando el otro habla... Lo que viene siendo el catálogo básico de representante pelotillera. Y no la culpo, su buena tajada se llevará.

La cola de personas a la espera de que Joel les firme un ejemplar va disminuyendo.

No puedo interrumpir a Angélica. ¿O sí?

Con dos ovarios.

Me pongo en pie y camino hasta ella. Al quedar a su altura, me ignora, a pesar de que su radar le ha indicado mi presencia; sin embargo, llamo su atención. Se disculpa con los dos tipos y murmura:

—¿Qué ocurre?

Es evidente que pretende, alejarme de esos hombres.

Me trae sin cuidado, yo a lo mío, por lo que le pregunto:

—¿Dónde puedo conseguir un ejemplar de *Odio a mi jefa*?

—En la librería —me espeta impertinente, señalando el lugar donde están los libros.

—Hasta ahí ya había llegado yo sola, gracias —respondo con el mismo tono—. Me refiero a los de promoción. Aunque, si no queda más remedio..., pasaré por caja.

A ver, me puedo permitir el lujo de comprar un ejemplar, pero por el simple hecho de tocarle la moral a Angélica, haría cualquier cosa. Ya sé lo que me vais a decir, que, así de repente, soy una arpía. No lo niego; no obstante, con esta pectorra no cedo ni un milímetro. Además, ha sido ella la que, antes del acto, en un alarde de vete tú a saber qué, se ha ofrecido a facilitarme cualquier cosa.

Me trae con rapidez un ejemplar. Sabe que negármelo significa una posible reprimenda del autor.

—Gracias —digo con sarcasmo, y si bien la idea de ponerme a la cola para llevármelo firmado hace un momento me parecía genial, cambio de parecer y me guardo el libro.

Así, después, si la cosa se pone tensa, puedo jugar a la fan que se cuelga en la habitación del famoso en plan histérico y dispuesta a todo. Sonrío, seguro que funciona.

Joel se hace fotos con algunos lectores como final del acto. Da gusto verlo, en su salsa, no se agobia ni pone mala cara, a pesar de que algunos son un poco pesaditos. Al menos es la sensación que me da desde mi puesto de observación.

Angélica se acerca, le dice algo al oído y él niega con la cabeza. La tiparraca al ataque. Es que no se rinde. En ese instante, Joel me mira y me hace un gesto para que me acerque. Por su expresión, poco se deduce de su estado de ánimo.

Angélica le dice, toda atenta, que ha reservado mesa para la cena. Por sus palabras queda implícito que ella viene; sin embargo, Joel, tras cogermelo de la mano, le espeta:

—Gracias, pero tenemos planes.

Qué carita ha puesto la representante.

Veremos qué nos depara la noche.

\* \* \*

Descubro pronto los planes.

Por lo visto, los de Joel no incluyen ninguna salida, pues el coche de la organización nos lleva directamente al hotel, sin ninguna parada intermedia.

No hemos hablado, eso sí, todo el tiempo me ha cogido la mano, incluso cuando nos despedíamos de los tipos de traje y de Angélica.

¿Lo habría hecho de estar cabreado por la preguntita o sólo ha querido guardar las apariencias y cuando estemos a solas me exigirá explicaciones?

Enseguida lo averiguaré.

Entramos en la suite y él se quita la americana. Este silencio es como poco inquietante. ¿Hago ya el numerito de fan alocada?

—¿No tienes nada que decirme? —pregunta, y se queda de pie, con las manos en los bolsillos, a la espera de mi respuesta.

Ostris, ese tono no presagia nada bueno.

Está resentido.

Inspiro hondo, dejo caer el bolso y me acerco hasta quedar frente a frente.

Juego con el último botón de su camisa, lo miro a los ojos y me lanzo a la piscina, de cabeza.

Traducido, por si no lo habéis pillado: lo beso.

Joel no se muestra muy colaborador, sin embargo, yo insisto. Le recorro el labio inferior con la punta de la lengua, despacio, tentándolo hasta que emite un pequeño jadeo y abre la boca, y así puedo besarle a placer.

Es mi turno de gemir y lo hago sin apenas despegarme de su boca, encantada de que al menos vayamos por buen camino y una mano empieza a sobarme el culo. No me conformo con eso y, como me siento ambiciosa y también excitada, voy directa al cinturón y se lo desabrocho.

—Heidi..., ¿te estás disculpando?

—Mmmm... No.

—¿Entonces?

—Espera y verás.

Con rapidez, habilidad y cierta brusquedad, termino de abrirle el pantalón y me dejo caer de rodillas. Apenas tiene tiempo de reaccionar, lo que juega a mi favor.

Aparto la ropa y voy directa a su polla. Aún no se ha empalmado. Mejor, eso me permite jugar a mis anchas y notar cómo se endurece en mi boca.

Lo oigo inspirar hondo, dos veces, al tiempo que posa las manos sobre mi cabeza. Me da la sensación de que no se esperaba algo así.

Cierro los ojos y me concentro. Con los labios, voy humedeciendo cada centímetro y disfrutando de cómo aumenta de tamaño.

—Lahostiaputajoderquépasadacómolachupas —dice de corrido cuando aumento la presión de los labios.

Y esto es sólo el principio. Incremento la velocidad y también la agresividad. Con la mano no dejo de acariciarle los testículos. De apretárselos sin perder el ritmo. Noto cómo se contiene para no embestir con más fuerza, aunque poco a poco va perdiendo la contención y empieza a mover las caderas, adelantándolas para metérmela lo máximo posible.

—Mmmm... —gimo bien fuerte, y estoy tentada de masturbarme mientras se la chupo.

No lo hago a saber por qué, pues mi sexo arde, vaya que sí. Sin embargo, aquí sigo, arrodillada y chupándosela con auténtico frenesí, logrando que sus gruñidos y gemidos se entremezclen de forma escandalosa.

Sé que está a punto, lo noto por cómo mueve las caderas, ya sin control alguno. Por la manera de enredar las manos en mi pelo y hasta darme algún que otro tirón. Yo sigo a lo mío, alternando una succión fuerte sólo en la punta, arañándolo levemente o recorriendo con la lengua cada recoveco. Eso lo pone frenético, así que lo repito hasta que lo llevo al límite y después, cuando percibo que no puede más, que va a eyacular, que su respiración se vuelve errática, separo los labios y voy abarcando cada centímetro hasta el fondo y sin dejar de apretarle los testículos.

—Joder... Joder... Joder —masculla.

Le doy un sonoro azote en el culo con la mano libre y Joel vuelve a gruñir.

De un momento a otro se va a correr y yo lo animo a que lo haga con murmullos y alguna que otra ordinariez de esas que tanto les gustan a los hombres y que a nosotras nos dan risa, del tipo «Oh, sí, qué placer tenerte en mi boca. Oh, sí, dámelo todo».

Pero funciona.

Yo estoy muy excitada, tanto que aprieto los muslos. Ya debería saber que cuando se pone empeño en el arte de la felación, además de satisfacer al amante, terminas con las bragas empapadas. Sólo espero que después no me deje con las ganas.

—Heidi... hostia... Heidi...

No puede más, tiembla incluso. Yo me preparo, es inminente.



Se tensa, emite un último gemido y explota.

Dejo que acabe, no dudo en tragármelo e incluso utilizo la lengua para darle un último toque antes de apartarme y, como si tal cosa, arreglarle la ropa.

Me sujeto a su cintura y me pongo en pie, procurando hacerlo con gracia.

—No sé qué coño ha pasado...

—¿Te lo explico con un dibujo? —me guaseo, y sonrío.

Joel me acaricia los labios con el pulgar.

Nuevo momentazo miraditas intensas de esas que ni parpadeas. Cómo se está poniendo la cosa.

—No necesito dibujos... —musita—. Sólo quería asegurarme de que esto no ha sido un sueño.

«Haz algo, bésame, mándame a paseo, regáñame, lo que quieras, pero deja de mirarme así»,  
ruego en silencio.

Sigue tocándome los labios... Ay, que nos vamos a poner tontorrones.

—Y que conste, no me estoy disculpando —le recuerdo, por si ha interpretado mal mis actos.

—¿No? —pregunta esbozando media sonrisa.

Peligro.

—Claro que no, tenía que aclarar mis dudas. Era eso o buscar un metro.

Joel se echa a reír.

—Joder..., eres una cabrona de cuidado. Pero la chupas de puta madre.

—No te emociones, sólo pretendía hacer las comprobaciones oportunas —le suelto, en un intento de frivolar un poco, para no acabar derretida.

Joel acuna mi rostro y, sin mediar palabra, va a por mis labios. Me besa con una fuerza y una devoción que además de robarme el aliento por razones obvias, hace que, ahora sí, me derrita en sus brazos.

Me da igual que me llaméis «cursi», «moñas» o lo que os dé la gana, no recuerdo haberme sentido así jamás, ni tampoco que un hombre me besara con semejante vehemencia. Y menos aún después de haberse corrido, pues, por regla general, suelen dar un besito de buenas noches o de agradecimiento, no uno como éste, que suena igual que si me hubiera dicho: «Te voy a follar una y otra vez hasta que reventemos los dos».

Lo que no me ha quedado claro es si vamos a cenar antes o después.

## Capítulo 24

### *Cuatro días después...*

No lo neguéis, os estáis mordiendo las uñas de curiosidad por saber qué ha ocurrido entre Joel y yo estos últimos días en los que él no tenía ningún compromiso y yo tampoco.

Su único compromiso ha sido conmigo.

¿Habremos discutido de nuevo? ¿Me habré peleado con Angélica? ¿Nos hemos puesto más cursis? ¿Voy imprimiendo las invitaciones de boda? No, tachad esto último, ahí se me ha ido la pinza.

—Quédate quieta —me repite una vez más, con aire de profesor hastiado de decir una y otra vez lo mismo y que no se tengan en cuenta sus instrucciones.

Y aquí estamos, nuestro último día juntos ¿y qué hacemos?

Él se ha servido un whisky con hielo, se ha sentado a los pies de la cama con un bloc de dibujo y pocas ganas de hablar, mientras yo, desnuda y envuelta en una sábana, poso para él.

—Y no abras los ojos —añade un tanto displicente.

Acostada sobre el lado derecho, con una pierna doblada y la otra estirada. Pose angelical, con una mano bajo la mejilla. Despeinada, según el artista que tengo enfrente, ataviado sólo con unos bóxeres azul marino y cara de concentración: *Mujer dormida y satisfecha*.

Esto de posar es aburrido y cansado, así que voy a recordar lo que ha ocurrido entre nosotros estos días. Para empezar, no he salido pitando ni me ha entrado pánico ante la cantidad de momentos alucinantes e intensos que hemos vivido. Y eso es todo un logro. Creedme.

Y sé bien de lo que hablo, ya que desde hace tiempo huyo de la parte más tópica que implica mantener una relación, es decir, hacer cosas de parejitas. Pues, flipad, Joel y yo hemos salido por ahí cogidos de la mano y hasta nos hemos montado en un bus turístico. Hale, sin medias tintas y sin miedo, porque, seamos francos, estas actividades quedan restringidas al ámbito parejil, no a dos compañeros de cama.

O al menos eso he pensado yo toda mi vida.

¿Qué glamur puede haber en comerse unos bocadillos y beber cerveza de lata en un parque? A priori, ninguno; sin embargo, lo hemos hecho.

Con un par.

Y me he sentido a gusto, que es lo importante. Como si estuviera con un colega en vez de con un amante.

—Heidi... —me advierte una vez más.

—Es que se me estaba durmiendo la pierna —me excuso.

Mentira, no se me duerme nada, es que me canso, pero eso no se le puede decir al artista, que si no su ego entra en acción y luego me tiene aquí dos horas más.

Sigamos recordando estos días...

Por supuesto, también hemos tenido nuestros revolcones. Uff, qué revolcones. Arriba, abajo, aquí, allá. Ahí, ahí también. Morder, chupar, gemir, empujar, sudar, sentir, gritar, volver a morder,

lamer (de esto mucho), reír (hasta acabar con dolor de tripa), jadear hasta quedarme con la garganta seca... Creo que el autor o la autora (ahora no me acuerdo quién es) debería ir escribiendo la segunda parte del Kamasutra.

No os hacéis una idea, hasta yo misma estoy sorprendida de la versatilidad de mi cuerpo. Un no parar.

Pensaréis que todo esto se ha desarrollado dentro de las cuatro paredes de la suite. Pues estáis en un error. Hace dos días, terminamos enrollándonos al más puro estilo adolescente en los aseos de un restaurante de comida rápida. Como diría Tito: el Burriking. Sí, allí mismo, y mira que es difícil, pero lo logramos. Y si bien fue un polvo digamos mediocre desde el punto de vista técnico, al menos me sirvió para recordar mis tiempos jóvenes.

—Un día de estos, me tienes que llevar a un descampado y follarme en el asiento trasero de tu coche —le propuse entre jadeos, llevada por mi yo más adolescente e inconsciente.

—Vale —se limitó a decir él, porque el pobre estaba empujando como un campeón.

Y vamos con el premio al momento tontorrón, que también los ha habido.

Ayer, después de patearnos media ciudad y de comer algo rápido (tapeamos como dos turistas hambrientos), me propuso echar una siesta. Accedí, naturalmente, pues hacía una eternidad que no me dormía una siestecita en día laborable. Así que nos metimos en la cama sólo con la ropa interior y nos quedamos dormidos como dos benditos.

Al despertarnos, bien avanzada la tarde, comenzaron los arrumacos, los susurros, el tonto y una propuesta que me dejó un tanto perpleja y, por qué no decirlo, intrigada.

Joel me dijo de ir a tomar una copa (hasta ahí nada preocupante), pero no a un pub cualquiera, sino a un club privado. Ya habréis adivinado lo que significa *privado*.

Ahora es cuando toca decir: mira que os gusta pensar mal.

Pero como reza el refrán: piensa mal y acertarás.

Exacto.

A ver, no soy una neófita en estos asuntos. He ido a clubes que se definen como «liberales», acompañada de Tito, y más por curiosidad que por otra cosa. Bueno, y también porque me apetecía ver lo que allí se cocía. No todo va a ser teórico.

Pues bien, nada que ver con lo que yo conocía. Joel me llevó a un club, el Exit, que, según me contó, es exclusivo; no sólo por el hecho de que allí no entras ni pagando diez veces el valor de una consumición, sino porque además tiene un número limitado de socios y, por mucho dinero que presumas tener en la cuenta corriente, si no te avala primero un socio consolidado y uno de los dueños da el visto bueno después, poco o nada tienes que rascar.

Por supuesto, os preguntaréis cómo es que Joel puede acceder; vale, gana bastante y supongo que tiene contactos importantes, sin embargo, eso no es suficiente. No me quedé con las ganas y le transmití mi duda, a lo que me respondió que conoce al dueño porque vivían en el mismo barrio y eran de la misma pandilla (de sinvergüenzas, palabras textuales) y, aunque luego siguieron caminos diferentes, nunca perdieron el contacto.

Ya sé que me estoy enrollando mucho y que estáis impacientes por saber lo que vi y, sobre todo, qué hice en ese club. Pues ahora os lo cuento, pero entendedme, posar se me hace eterno y así parece más llevadero.

—No sé qué estás pensando, pero te has sonrojado —murmura el artista.

—Nada que te interese —replico, y lo veo reírse entre dientes.

Bien, yo a lo mío.

Como habréis adivinado, tuve mis dudas, no por poner un pie en ese tipo de local, sino por el asunto estético. Que mi maleta no es nada surtida. Pero tuve suerte. Ahora os explico cómo lo

solucioné.

Lo primero que vi al entrar en el Exit fue una zona exactamente igual a la de cualquier pub de pijos. Decoración exclusiva, gente bien vestida y luz adecuada para no tropezar con nada, aunque tampoco suficiente como para deslumbrarte. Es decir, privacidad.

¿Y cómo iba yo vestida?

¿De verdad es relevante?

Vale, os lo cuento.

Como habíamos estado de paseo, en uno de esos momentos tontos que me dio, aproveché para hacer una prueba. A ver, yo odio ir de tiendas, pero sé que a los hombres les irrita profundamente, aunque lo disimulan. Cierto que hay excepciones, aunque ahora mismo pensad: ¿cuántos tíos conocéis que disfruten en las rebajas?

En fin, que entramos en una galería comercial y me puse a mirar tiendas. Joel no dijo ni pío. Hasta ahí todo normal. Yo, que no tengo mucha paciencia y siempre me compro lo mismo, fingí interesarme por lo que veía. Joel, a mi lado, callado. Cuando ya llevábamos casi una hora, vi un vestido azul, la vendedora dijo que era azul noche, porque yo reconozco que no entiendo, y me gustó. Joel se limitó a esperar a que me lo probara y, aunque pidió que se lo enseñara, me negué. Por eso de jugar a ser misteriosa.

Estuve tentada de mandarle una foto a Tito y pedirle su opinión. No obstante, me controlé y no lo hice, habría quedado feo.

Lo compré en un acto impulsivo, sin saber cuándo iba a estrenarlo y, mira por dónde, la oportunidad surgió enseguida. O puede que Joel lo organizara todo para verme con él puesto.

Volvamos al Exit...

Tuve que dejar el móvil en el guardarropa y, por si a alguien se le ocurre entrar con uno escondido vaya usted a saber dónde, te advierten muy clarito lo que te puede pasar.

Por supuesto, existe una zona exclusiva a la que no se puede acceder, ni siquiera Joel tiene permiso, y es que ahí se ocultan los ricos; pero no famosos de medio pelo como los que salen en la tele en los programas de cotilleo, nada de eso; gente importante, de dinero y con mucho poder económico y de otra índole.

Dejando aparte cuestiones circunstanciales, Joel me sugirió, y yo acepté (ya que él parecía más suelto en esos ambientes) tomar una copa y si después nos apetecía algo diferente (aquí que cada cual defina *diferente*), pues ya se vería.

Hasta ahí todo perfecto. Yo con mi cerveza, sí, ya lo sé, desentonando como la que más, y eso que por una vez mi atuendo era el apropiado, y Joel con un whisky con hielo. Llevaba uno de sus trajes, junto con una expresión serena, como si pasara por allí todos los días.

No me pasó desapercibido que, si bien se guardaban las formas, muchas de las personas presentes se insinuaban y jugaban a la provocación y otras a tirar la caña a ver si pescaban algo. Por eso, cuando se me acercó un tipo me puse nerviosa, no porque no me pareciera atractivo, sino porque era lo último que esperaba. Media hora allí, con una cerveza, y ya tenía plan alternativo por si Joel pasaba de mí y se enrollaba con una de las que se lo comían con los ojos. Que me daba cuenta de todo, no sólo de la decoración.

El tipo, trajeado y oliendo bien, a colonia cara, me sonrió y, sin muchos preámbulos, me sugirió que lo acompañase a una zona menos pública. Miré a Joel, que parecía divertido, y él se encogió de hombros.

A ver, no soy una mojigata ni tampoco alguien que se escandalice, no obstante, me quedé un poco a cuadros cuando Joel me susurró:

—Hemos venido para hacer lo que tú quieras.

Ahí es nada.

—¿De verdad?

Asintió y, claro, salió mi vena diabólica, por lo que, adoptando un tono sugerente, repliqué:

—Ahora vuelvo.

Me bajé del taburete y le sonreí al desconocido.

—¿Él no viene? —preguntó el tipo, dando a entender que pretendía hacer un trío; yo negué con la cabeza.

Caminé por la sala acompañada de ese hombre, con la enorme tentación de mirar por encima del hombro y ver si Joel echaba humo por la orejas o ya se estaba enrollando con otra.

—Pensé que estabais juntos —comentó el tipo al cederme el paso, cuando entrábamos en una sala en la que sólo había una pareja montándose en un columpio y otra pareja toqueteándose mientras los miraban.

—Sí, lo estamos —contesté como si tal cosa.

No hacía falta dar más explicaciones, así que, si bien el voyerismo no es lo mío, presté atención a los del columpio. El desconocido se situó a mi espalda y me puso una mano en la cadera. Con gesto sutil, todo hay que decirlo. Noté su erección, aunque no hizo amago de restregarse ni de meterme mano. Sólo notaba su respiración, que, a medida que la parejita del columpio se acercaba al clímax, iba aumentando de ritmo, lo mismo que la mía.

En ese instante pensé en Joel, en qué estaría haciendo. No sentí celos, no, por Dios, no soy tan absurda, pero sí me di cuenta de que quizá dejarlo ahí plantado había sido injusto.

Ahora bien, como jueguecito había tenido su gracia. Un morbo alucinante.

Aguanté unos minutos en la sala del columpio, mirando a la pareja montárselo, notando cómo la mano del desconocido se movía por mi costado, hasta que me sentí verdaderamente excitada.

Y me encontré ante esa disyuntiva entre el morbo y hacer las cosas bien, que tanto joroba, porque es más fácil estropearlo todo. Respiré hondo, vale, tocaba ser coherente.

Me disculpé con el tipo, que no se mostró ni sorprendido ni enfadado, y volví a la sala principal, donde localicé a Joel enseguida, pues no se había movido del sitio. Estaba charlando animado con una mujer, aunque nada más verme le debió de decir que se largase, pues ella sonrió y dio media vuelta.

Bueno, supongo que no tardaría mucho en encontrar a otro tipo para entretenerse. Y, por supuesto, no me enfadé; que se acercaran a Joel era de prever.

—¿Qué tal? —me preguntó y no supe interpretar su tono, que me pareció molesto, aunque pretendía sonar indiferente.

—Para Reyes voy a pedir un columpio —le solté y, nada más decirlo, se echó a reír, disipando un poco el posible mal rollo.

Y no sólo eso, me susurró un «Ven aquí, Heidi», que me dejó flipada, porque además de situarme entre sus piernas, rodeó mi cintura con un brazo y me besó. Pedazo de gesto cariñoso y sensual, al que añadió:

—Te follaba aquí mismo, delante de todos. Con o sin columpio, como más te guste.

¿Y qué pensáis que hice?

Se admiten apuestas.

¿Ruborizarme?

¿Escandalizarme?

¿Enfadarme?

Ninguna de las tres cosas. Me las ingenié y rodeé a Joel para colocarme tras él, dejándolo un poco confundido, aunque terminé de desconcertarlo cuando maniobré con más o menos disimulo,

utilizándolo como tapadera, para quitarme las bragas y ponérselas sobre el regazo.

Perplejo, las cogió, las miró y se las guardó en el bolsillo de la americana. Y eso que no eran de lencería muy fina. Estoy empezando a creer que no hace falta gastarse un pastón en bragas, porque ellos ven unas y, sin importarles el color, el diseño o la textura, se ponen como motos.

—¿Sabes si para el columpio hay que pedir turno o hay más disponibles? —musité junto a su oreja.

Joel parpadeó como si saliese de un trance y dijo, o más bien ordenó:

—Espera aquí un jodido minuto. No te muevas.

No me hizo mucha gracia quedarme sola, sin embargo, cumplió su promesa y regresó con rapidez. Como si hubiese sonado la alarma de incendios del local, me cogió de la mano y se dirigió fuera de la sala. Me llevó por un pasillo en el que unas luces led de color azul daban que pensar y entramos en una habitación.

Más luces led. Una cama enorme. Dos sillones justo enfrente.

—¿Y el columpio? —pregunté.

Llegados a este punto, tengo que hacer una pausa, porque se me está durmiendo una pierna, ahora no me lo estoy inventando, y aunque se enfade el artista, voy a moverme un poco.

—Heidi..., que te despistas. Ya falta poco —me recuerda, y abro los ojos.

Lo miro, ahí sigue. Da un sorbo a su whisky y se concentra de nuevo en su cuaderno.

—A este paso vas a acabar la novela —comento con ironía, y, sí, me gusta tocarle un poco la moral—. Por cierto, lo que no entiendo es por qué debo cubrirme con una sábana. Se supone que tus historias son explícitas. ¿No debería enseñar toda la merienda?

Resopla y niega con la cabeza.

—La merienda —repite, disimulando la sonrisa ante mi elección de términos.

—Eso he dicho —admito muy digna, pese a que mis expresiones pueden ser algo pueriles.

—¿Sabes por qué *La maja vestida* tiene tanto morbo? —me pregunta, y, bueno, aunque sé a qué cuadro se refiere, me pilla fuera de juego—. Porque hay una desnuda. Traducido, que el morbo no siempre está en lo evidente y la imaginación se dispara.

—Vale, lo que tú digas —murmuro, porque no voy a entrar en un debate sobre interpretación de obras artísticas.

—Por cierto, no se te marcan los pezones —me suelta—. Piensa en algo excitante, hazme ese favor.

—A ver, si estaba en ello, pero es que se me dormía la pierna... —replico, callándome lo de: «Si tú supieras».

Da un trago a su bebida y me mira raro. Entonces mete dos dedos dentro del vaso y agarra un cubito de hielo. Se estira hasta llegar a mí y, sin muchos preámbulos, aparta la sábana y me pasa el cubito por los pezones.

Reaccionan en el acto, no sólo por el frío, sino también por cómo me mira él.

Sin embargo, cuando la cosa se pone interesante, Joel se aparta, vuelve a cubrirme con la sábana, echa el cubito en el whisky, bebe un sorbo y se pone a pintar.

Inspiro y cierro los ojos, dispuesta a seguir ejerciendo de musa, aunque no le pillo el tranquilo.

—¿Vas a enseñarme lo que has dibujado? —pregunto sin apenas moverme, pues si bien podría figonear a gusto, he respetado su decisión; no obstante, creo que ya me he ganado el derecho de ver cómo me ha retratado.

—Ya sabes que no —dice.

—Quizá, si echara un vistazo, posaría mejor.

—Anda, calla y concéntrate —dice con aire condescendiente.

—O me enseñas algo o se acabó —lo amenazo—. Esta musa se va con su cuerpo a otra parte.

Joel se echa a reír y, con parsimonia, se rasca la barbilla, porque lleva tres días sin afeitarse. Me observa en silencio. Vuelve a dibujar, no se le borra esa media sonrisilla de canalla. Me está desafiando.

Cambio de postura, yo también sé jugar a esto de tocar las narices.

—Está bien, te lo mostraré cuando acabe —accede, y lo miro con desconfianza—. Prometido.

—Vale —acepto, y recupero la pose para que continúe trabajando.

Supongo que aún queréis saber más detalles de mi noche en el Exit.

Bien, ahora que de nuevo circula la sangre por mi pierna, he logrado que prometa que me mostrará su trabajo y tengo los pezones como el mangaka quiere, retomemos la historia.

¿Por dónde iba?

Ah, sí, el columpio.

Joel, más ducho que yo en esas lides de clubes selectos con artefactos disponibles, se acercó a mí, que permanecía de pie observando cada detalle, incluida la gran pecera a rebosar de condones multicolor, y me hizo dar media vuelta para que viese el otro lado de la estancia, donde colgaban unos arneses. Fruncí el cejo, porque no era lo que esperaba.

—Tendremos que conformarnos con eso —dijo, y parecía divertido con la situación.

Curiosa y sin ningún pudor, me acerqué y comprobé que los arneses estaban preparados para que una persona metiera las piernas en ellos y quedase suspendida, aunque sin la comodidad de una tabla donde posar el culo.

Como si fuera a hacer escalada o algún deporte similar.

Miré al techo. Me salió la vena desconfiada y hasta tiré del arnés para ver si estaba bien sujeto.

Joel se puso a mi lado, riéndose ante mis comprobaciones, y dijo:

—¿No te fías?

—El movimiento se demuestra andando —contesté, y me acerqué a la cama para desnudarme y dejar allí la ropa.

Joel enseguida me ayudó en la tarea, aprovechando para calentar el ambiente con sus manos y besos, a medida que desaparecían las prendas. Yo hice lo mismo con él y, tras meter la mano en la pecera de condones y coger un puñado, a los arneses que nos fuimos.

Niños, no hagáis esto sin supervisión de un adulto. Lo que me llegué a reír, porque, a ver, meter la primera pierna es fácil, pero ¿la segunda? ¡Una odisea! Y encima estando desnuda, que queda peor. Joel me cogió en brazos y, como pudimos, terminamos de sujetarme.

Me entró una especie de pánico, porque, si a él le ocurría algo o le daba por dibujar, yo me quedaría allí colgada (en todas las acepciones del término), porque no me veía capaz de bajar del arnés sin comprometer mi integridad física.

—Creo que deberían poner una banqueta y un manual para gente como nosotros —comenté, y Joel, que, aparte de excitarse, se estaba descojonando a mi costa, asintió.

—¿Lista? —preguntó tras agarrarme por debajo de los muslos.

Confieso que, pese a los temores, me encantó sentir sus manos apretándome y marcándome.

—No lo sé —respondí con sinceridad, y me besó con fuerza, situándose entre mis piernas separadas y logrando que su polla quedara justo en posición.

Aunque no me penetró, se limitó a frotarse y a excitarme todavía más, consiguiendo que poco a poco fuera sintiéndome menos insegura. Tanto que solté una de las manos con las que me aferraba al arnés para enredarla en su pelo y notarlo aún más cerca.

Para él tampoco debía de resultar sencillo, pues estaba de pie, con las manos ocupadas y consciente de que iba a tener que hacer todo el trabajo.

—Joder... —gruñó, mientras se peleaba con el condón—, porque me muero por follarte así, que si no iba a mandar a paseo todo esto y te tumbaba en la cama.

Lo ayudé como pude, mirando de vez en cuando al techo por si aparecía una grieta y me iba para abajo. Cuando por fin logramos estar listos para la acción, sonó su móvil. Nos miramos como si acabásemos de descubrir que todo aquello era una broma de cámara oculta.

—¿No irás a responder?

—A quienquiera que llame, lo voy a borrar de mi lista de contactos —afirmó muy serio.

Fui mala y pensé «ojalá sea Angélica», sin embargo, Joel me penetró de golpe, hasta quedarse bien clavado. Me miró a los ojos fijamente. Y no me corrí de milagro, ya que hay miradas que te dejan sin capacidad de raciocinio.

Gemí fuerte cuando se retiró para volver a empujar. Nunca antes algo tan básico como meter y sacar, dentro y fuera, me había proporcionado tanto placer.

Y poco a poco fui olvidándome de los miedos para dar paso al morbo en estado puro, en especial al vernos reflejados en un espejo situado a mi izquierda.

Fue mi turno de besarlo de manera alocada, intensa, atolondrada incluso y de jadear junto a su boca. No imagináis todo lo que sentía, cada vez que su cuerpo chocaba con el mío. Con cada uno de sus gemidos, a veces gruñidos debido al esfuerzo. Al acariciarlo y humedecerme la yema de los dedos con el sudor que le empapaba la espalda.

—Heidi... —jadeaba una y otra vez, al ritmo de cada arremetida.

Y yo allí, suspendida en un arnés, abierta de piernas, con todas mis terminaciones nerviosas sensibilizadas al máximo, besando a un hombre que, aunque intentara aplazar lo obvio, iba a tener que asumir que me estaba llegando más adentro que cualquier otro.

En todos los sentidos.

Y no sé muy bien por qué, en vez de salir huyendo o de recurrir a una de mis habituales bromitas para no implicarme más de la cuenta, terminé rodeándolo con brazos y piernas, poniendo en peligro la estabilidad de ambos.

Y de ahí al orgasmo apenas hubo un paso.

Me dio la sensación de que se corría al mismo tiempo que yo. Sus gemidos, gruñidos y hasta temblores así lo indicaban. No recuerdo haber experimentado antes algo semejante...

—¿Por qué suspiras? —me pregunta ahora, y abro los ojos.

Tan ensimismada estaba recordando que no me he dado cuenta de que Joel ya no está dibujando, sino recostado a mi lado, con una expresión curiosa.

—Es nuestra última noche juntos —murmuro, y juro por lo que más queráis que no pretendía que sonara tan trascendente ni tan cursi.

Joel deja sus cosas a un lado y se estira hasta acariciarme el labio inferior. Me mira fijamente. Siento cierta inquietud, quizá he sido demasiado sincera o, lo que es peor, puede que crea que pretendo echarle el lazo.

Entonces dice lo que menos me esperaba:

—No tiene por qué ser la última... si tú no quieres, Heidi.

Cierro los ojos y enseguida noto sus brazos rodeándome, así que me limito a acurrucarme junto a él.

Ya no quiero ver sus dibujos.



## Capítulo 25

El viaje hasta mi apartamento está siendo silencioso. Podría resultar incómodo, sin embargo, no me siento fuera de lugar o con ganas de tirarme en marcha. Tampoco miro el reloj cada cinco minutos, para ver cuánto queda para llegar.

Tanto él como yo tenemos asuntos en los que pensar, después de haber pasado estos días sin despegarnos el uno del otro. Salvo por esos momentos en los que una debe estar sola, momentos que no voy a mencionar, hemos hecho todo lo demás juntos.

Un detalle a tener en cuenta, ya que, si bien no se puede denominar «convivencia» propiamente dicha, sí que me ha servido para conocerlo en las distancias cortas. Y él a mí, por supuesto. Vale, hay dos factores a tener en cuenta a la hora de analizar los resultados de este experimento. El primero: no es lo mismo compartir una suite de hotel, donde, para empezar, no tienes que coger una bayeta y limpiar el polvo o recoger el baño después de una de esas duchas en las que la mampara queda hecha un asco. Y el segundo: por norma general, al principio solemos ser educados y tolerantes con los defectos ajenos, pero aun así he podido ver algunos rasgos.

Joel es un tío de morro fino, y no lo oculta. Yo no soy de marcas, pero al tener a Tito al lado, que es un gurú de la moda masculina, sé reconocer la ropa buena. Sus productos de aseo personal también son de marca. No controlo mucho de relojería, pero su reloj así, a ojo, no es barato. Es evidente que gana bastante más que yo, no me hace falta ver su declaración de la renta para saberlo. No obstante, cuando hemos salido por ahí, me he empeñado en pagar alguna que otra cosa.

No sé..., hemos establecido una relación extraña. Sin promesas (no al menos en voz alta, pese a que algunas miradas son muy importantes como para pasar por alto el significado) y satisfactoria, aunque no tengo claro si puede haber un futuro a largo plazo.

Estamos a menos de cinco minutos de mi apartamento y miro a Joel de reojo, he sido consciente de que él ha hecho lo mismo. Su manera de conducir digamos que ha sido correcta. Bueno, es difícil sentirse en peligro viajando en este mastodonte de cuatro ruedas. La consola central tiene una pantalla más grande que mi tableta.

Yo tampoco me he mostrado muy habladora, quizá porque esta semana que hemos pasado juntos ha resultado complicada de entender para mí. En ningún momento me he sentido fuera de lugar o agobiada, aunque sí ha habido algún que otro momento en el que deseaba volver a casa. Pensamiento que, por supuesto, no le he comunicado.

No obstante, la última noche fue... demasiado reveladora. Tras ejercer de musa, nos quedamos en la cama, acostados y abrazados, acariciándonos de una forma que podría parecer superficial, incluso asexual, pero que sin embargo resultó relajante y muy emotiva.

Junto con las caricias, hubo también palabras susurradas y alguna que otra carcajada mientras confesábamos algún momento «tierra, trágame». Me contó que, en su primera presentación, estaba tan nervioso que era incapaz de decir dos frases seguidas. También hablamos de aficiones, gustos y manías.

Y él volvió a criticarme por tomar ColaCao a mi edad.

Sólo faltó una cosa: hablar de sentimientos y emociones. Ninguno de los dos se atrevió. Puede que cada caricia transmitiese mensajes especiales, aun así, no pronunciamos en voz alta ninguna palabra que nos delatase.

Y, por si os entra la curiosidad, sí, hubo sexo. Del bueno, del que te confunde, del que te hace dormir como una bendita y, aunque me jorobe aceptarlo, del que te empuja irremediamente a querer dormir abrazada a él y, además, darte cuenta de que el último pensamiento antes de abandonarte al sueño es para él.

No me he dado un golpe en la cabeza, como estaréis pensando ante estas revelaciones. Constató un hecho que me inquieta; no puedo evitarlo y, por supuesto, admito que ha sido una de las mejores semanas de mi vida.

También pensaréis que soy una paradoja con patas. Sí, en efecto, lo soy. Quizá la explicación sea que me gusta mi rutina y la eche de menos o también que soy una miedica de tomo y lomo.

Sea como sea, ya estoy de vuelta. No hemos quedado en nada fijo, aunque creo que ha quedado implícito que vamos a seguir en contacto, cuando, al detener el coche junto al portal, me ha preguntado:

—¿Puedo llamarte?

Yo le he respondido:

—Claro, pero mañana no, que estaré muy liada con la vuelta al curro y todo eso.

Después me he dado cuenta de que ha sonado feo, desapasionado.

Nos hemos despedido con un beso y una sonrisa y, a pesar de su ofrecimiento de acompañarme hasta la puerta, he rechazado la propuesta y yo sola me las he ingeniado.

¿Una despedida un tanto fría después de la semana que hemos vivido?

No lo niego, pero no es menos cierto que si llego a seguir con él cuatro días más, acabo haciendo alguna estupidez, como enamorarme hasta las trancas y pedirle que se case conmigo. Ah, no, espera, esto es imposible, pues aún no se ha divorciado de Soraya, lo que me sumiría en un estado de cabreo y acabaría cogiéndole tirria.

¿Veis como es necesario poner distancia para ver la situación con algo más de objetividad?

Entro en casa e imagino que Tito estará, porque he visto su coche. Tengo mucho de lo que hablar con él, pero me da que no va a ser ahora, porque en la cocina me encuentro a una chica en bragas, con el pelo rosa (a juego con las bragas), bebiendo un vaso de agua.

—¿Y tú quién eres? —me pregunta con descaro, mirándome con cierta chulería.

—La pariente pobre —replico con sorna, pero o bien el tinte le ha afectado a las neuronas o directamente venía sin ellas de fábrica, porque añade un tanto repelente:

—Pues Tito está ocupado, no va a poder atenderte.

Oigo las risas del interfecto, provenientes de «la polvera», junto con los gemidos de «¿otra chica?».

—Uy, creo que la fiesta ha empezado de nuevo —canturrea la de las bragas conjuntadas con el pelo, y sale corriendo hacia la habitación.

Resoplo, porque no han cerrado la puerta y no me apetece oír gemidos, risitas tontas y demás sonidos propios del desenfreno sexual, cuando lo que de verdad quiero es dormir ocho horas seguidas, porque llevo una semana que, entre pitos y flautas (ésa es la versión fina, debería decir entre follar y demás), no he pegado ojo.

Me acerco sin importarme si me oyen o no, para cerrar la puerta, algo que debería haber hecho la chica, y justo en ese instante me suena el móvil.

Opción A, cerrar y dar media vuelta, ya responderé a quienquiera que sea el que llama.

Opción B, responder y escudarme en la curiosidad para echar un vistazo. Antes de cerrar la

puerta, faltaría más.

¿Qué habéis elegido?

—¿Diga? —respondo sin mirar la pantalla.

También habéis elegido la B, no lo neguéis.

—¿Es muy pronto para llamarte?

Ostris, es Joel. Si no hace ni un cuarto de hora que me ha dejado en casa. Puede que me haya olvidado algo en su coche, sin embargo, me da que no.

—Si me ofreces ir a tu casa a dormir —recalco bien lo de «dormir»—, acepto, porque no tengo yo el cuerpo para orgías —le espeto, y sonrío de medio lado.

—¿Cómo dices?

—Que una llega a casa con la idea de descansar y su compañero de piso está como en *La verbena de la Paloma*.

—No te sigo...

—Con una morena y una rubia. Bueno, rubia con mechas rosa y bragas a juego.

Joel se echa a reír al entender mis palabras.

Y algo me dice que se alegra, y mucho, de que Tito esté follando con otras, y no sólo por la calidad de la vida sexual de mi compañero de piso.

—¿Podrías darme más detalles? —pregunta destilando morbo.

Creo que Tito ya se ha dado cuenta de que lo estoy espiando. Me guiña un ojo. Sí, lo sabe y le da igual, porque sigue a lo suyo.

—La morena le pone las tetas en la cara y la otra...

—¡No me dejes con la intriga! —exclama Joel riéndose.

—He tenido que cerrar la puerta —miento—, estaban a punto de pillarme.

—Qué lástima —se lamenta burlón—. Entonces ¿doy media vuelta o no?

—Anda, ve a descansar —le contesto, y cojo la maleta para ir a mi dormitorio—. Algo que yo voy a hacer ahora mismo. Tengo agujetas ni te imaginas dónde.

—De acuerdo.

—Por cierto, ¿para qué me has llamado?

—Para comprobar que respondes al teléfono —dice, lo que me deja en muy mal lugar—. Y de paso invitarte este fin de semana a venir a casa. Aunque, a tenor de lo que me has contado, prefiero ir yo a la tuya.

—Muy gracioso —me mofo, mientras empiezo a desnudarme para meterme en la cama; creo ni un ColaCao me voy a tomar.

—¿Entonces...?

—Ya vamos hablando.

—Te mandaré flores —se guasea.

—No hay huevos —lo reto, y de nuevo se echa a reír.

—Pues unas bragas rosa entonces —añade, y cuelga.

\* \* \*

A pesar de que a menos de diez metros se ha desarrollado una orgía, yo he logrado dormir de un tirón. Y, por la mañana, tras ducharme y vestirme para ir a trabajar, me preparo mi ColaCao con dos magdalenas y me siento tras la barra de la cocina a desayunar tranquila.

Estoy quitándole el papel a la primera magdalena cuando se abre la puerta de «la polvera» y salen dos chicas ya vestidas, muy sonrientes y, por increíble que parezca, maquilladas y peinadas.

—Por aquí, señoritas —indica Tito tras ellas, caminando hacia la puerta.

Sólo lleva sus slips (desconozco el significado de ese gesto) y va descalzo.

Cuando por fin nos quedamos solos, se acerca a mí y me da un beso en la mejilla.

—Te habrás lavado antes los dientes, ¿verdad? —Tito estalla en carcajadas y niega con la cabeza—. Puaaj, qué asco. Anda, quita, quita.

Lo empujo para que corra el aire y él, sin perder la sonrisa, se prepara su Nesquik y, tras hacerlo, se sienta a mi lado, me birla una magdalena y dice:

—Venga, cuenta, ¿qué tal lo has pasado?

—Bien —contesto indiferente.

—Ya. Bien —repite escéptico—. Que nos conocemos. Tú has estado dale que te pego todos los días. ¿Tienes agujetas ahí?

Me atraganto con la magdalena y él, solícito, me da unas palmaditas en la espalda.

—No, no tengo agujetas —acierto a decir.

—Pues yo sí, joder. Hacía una eternidad que no follaba tanto, por Dios. Mira. —Se aparta el elástico del slip.

—Aparta, por favor, que estoy desayunando —me quejo.

—Se me va a caer el rabo a trozos —añade, y hago una mueca.

—Estas conversaciones a primera hora de la mañana no son nada recomendables.

—Qué finolis te has vuelto de repente —se guasea—. Claro, como ahora te codeas con gente famosa...

—No digas bobadas. Ah, y ponte un poco de crema hidratante. —Le señalo la entrepierna.

—No, mejor me pondré hielo.

—Ni se te ocurra coger el paquete de guisantes congelados —le advierto, aunque sé que, si lo hace, no me enteraré.

Va por su móvil y regresa para mostrarme una foto. Alucino en colores cuando me veo junto a Joel, que me sujeta de la mano, justo antes de entrar en la presentación. La imagen sale en la web de un periódico local; es mi primera aparición en prensa.

—Y agarraditos de la mano, como dos tortolitos —canturrea Tito en falsete.

No sabía que entre el público que asistió a la presentación hubiera prensa. Ostris sólo falta que algún friki grabara con el móvil mi intervención y la haya colgado en YouTube.

Mejor no darle explicaciones a Tito sobre lo de ir cogidos de la mano, que si no me aburrirá. Respecto a la preguntita, ya está al tanto, así que nada de lo que preocuparme.

—Tú tampoco has perdido el tiempo. Ahora ya de dos en dos, como los Donuts —replico, y hace una mueca.

—Pse, me daba pena dejar a una sin diversión —alega como si hacérselo con dos a la vez fuera una especie de obra de caridad.

—Qué generoso por tu parte —digo con ironía—. Entonces ¿damos por fallida la operación seducir a la jefa?

—Ni me hables de ésa... —masculla, y frunce el cejo—. Lleva unos cuantos días desaparecida. Seguro que está en un resort de lujo, untándose el cuerpo con barro y algas.

—Imagino que te encantaría ser barro o algas —indico, y me fulmina con la mirada.

—Te estás escaqueando, cuéntame qué has hecho. No escatimes en detalles —me pide, y apura su Nesquik.

Por norma general, con Tito suelo hablar de todo. Si hasta me ha comprado tampones cuando los he necesitado, así que le hago un resumen más o menos detallado. Por supuesto, no menciono esos momentos en los que la parte emocional ha tomado el control. No quiero, por ahora, hablarle de mis sentimientos, aún confusos. Primero he de aclararme yo.

—¡Me alegro, joder! —exclama cuando termino de contarle mis andanzas—. Por fin un tío que te hace tilín, mejorando lo presente.

—No adelantemos acontecimientos —murmuro, y me acerco al fregadero para enjuagar la taza.

—Como jodas esta oportunidad, dejo de hablarte —me amenaza, y no da la impresión de que sea broma.

Tuerzo el gesto. Me he propuesto no pensar en Joel o, mejor dicho, en lo que ocurre entre nosotros, hasta el fin de semana. Pese a que la parte menos racional me impulse a hacer una estupidez, como llamarlo y comportarme como una tontaina enamorada.

—Oye, que ya soy mayorcita —replico mosqueada—. Y no sé por qué, así de repente, tienes tanto interés en que me busque pareja.

—Porque te quiero, Xim.

Parpadeo. Mierda, tanta sinceridad me descoloca. No es la primera vez que me lo dice y espero que no sea la última, aunque no sé, me ha sonado diferente.

Me acerco a él por detrás y lo rodeo con los brazos. Pone sus manos sobre las mías y le doy un beso en el hombro.

—Ya lo sé, tonto —murmuro—. Aunque también hay que ocuparse de ti. Esas dos que me has traído a casa... En especial la de las bragas rosa. Un poco corta de entendederas, ¿no?

—¿Llevaba bragas? —pregunta con ironía, haciéndome reír.

—¡Eres de lo que no hay! —exclamo—. Y te dejo, que me voy a currar. No todos podemos vivir haciendo cuatro dibujitos.

—Eres mala...

—Y aún puedo ser peor.

Al estar tras él, se me ocurre una de esas maldades de críos. Agarro el elástico de su slip y tiro de él hacia arriba de tal forma que la tela se tensa y se le mete entre las nalgas.

—¡Xim! —grita, y yo me aparto rápidamente para que no pueda vengarse. Él se pone en pie para recolocarse el slip—. ¡Me has hecho un rompeculos!

—¡Me voy!

Salgo escopetada por la puerta, riéndome como una niña traviesa, y dejo a mi compañero de piso rumiando una venganza, porque lo conozco y sé que esto tendrá consecuencias.

## Capítulo 26

—¿Qué haces aquí, Xim?

Miro a mi jefe y a Ful. Ambos estaban enfrascados en unos documentos y, al oír la puerta, se han dado la vuelta. Su cara no expresa una calurosa bienvenida. A saber qué les pasa. Da igual, yo a lo mío.

—Trabajo aquí —replico y, como cada jornada, antes de empezar me dirijo a la cafetera. Ya sé que es un topicazo, pero mientras se enciende el ordenador me gusta disfrutar de un cafetito. Porque se niegan a ponerme ColaCao. Sin embargo, hoy parece que no me va a ser posible seguir mi rutina, pues, no sé por qué Fran y Ful me cortan el paso.

—Ya lo sé, pero ¿no se supone que regresabas mañana? —continúa indagando Fran.

—A ver... —Me frote la cara—. ¿Desde cuándo un jefe se queja porque un empleado vuelve al trabajo antes de tiempo?

—Ya te traigo yo el café —propone Ful con cara de culpabilidad.

—Deja, ya me lo preparo yo —lo corto.

Ful me mira y después al jefe en busca de apoyo.

Conozco esas miraditas. Inspiro y pongo los ojos en blanco. Vaya dos.

Me dirijo a mi mesa y entonces entiendo su comportamiento. Un maldito caos. Como siempre que falto unos días. No aprenden. Ful es el mejor veterinario que puede haber, paciente, competente y sobre todo amable. Un compañero de trabajo estupendo, pero un desastre con los papeles.

Y luego está Fran, el jefe, que se supone que es quien pone orden y predica con el ejemplo. Trabaja como el que más, tiene don de gentes, sabe negociar, ha conseguido que demos el salto internacional..., un éxito alucinante, pero es otro desastre con patas en lo que a la administración se refiere. Y eso que ahora más de la mitad de las facturas llegan por correo electrónico. No me quiero ni imaginar qué hubieran hecho estos dos antes, cuando el cien por cien se gestionaba en papel. Seguro que habrían clavado cada albarán o factura con una chincheta en la pared. A la vieja usanza.

Cuelgo el bolso y la chaqueta y me pongo a ordenar semejante desbarajuste. Como Ful y el jefe saben lo maniática que soy para esto, cierran el pico y cada uno se va a lo suyo. Fran se encierra en su despacho y el veterinario va a hacer su ronda.

Mejor. No quiero interrupciones.

Y cuando digo que no quiero ninguna es ninguna. Incluidos posibles mensajes de amantes o peticiones de compañeros de piso para que, de camino a casa, compre cualquier cosa.

Abro el programa de contabilidad, me pongo cómoda y al lío..., que tengo papeles para rato.

Puedo parecer rara, pero no me importa, disfruto con los números. Dos más dos son cuatro. Punto. No hay factores que varíen la fórmula, no hay interpretaciones, por eso elegí contabilidad. Conseguir que el debe y el haber cuadren me produce satisfacción y en estos menesteres me sumerjo toda la mañana.

A la hora de comer, sin que lo haya pedido, Fran me trae la comida con una sonrisa de disculpa

por el desorden. Juega sucio, pues ha cocinado su madre y sabe que no puedo resistirme a los canelones de Kobe con boletus. Por favor, son de orgasmo gastronómico. Para que os hagáis una idea, hasta la masa la hace ella, nada de comprarla precocinada. Así que imaginaos el placer en mi paladar. Pero todo lo bueno es breve y, tras ponerme como el quico, regreso a mi trabajo, no sin antes mandarle un whatsapp a Mariana para agradecerle el detalle.

A Fran le perdonaré cuando acabe de organizar el desbarajuste.

A eso de las seis de la tarde lo tengo todo al día. Las hojas de envío listas, los proveedores controlados y mi mesa despejada.

Me estiro para aliviar un poco la tensión y cojo el móvil para enviarle un mensaje a Tito.

**Yo:** Hoy te toca hacer la cena.

**Tito:** Vale. ¿Alguna petición?

**Yo:** Lo que tú quieras, chato.

**Tito:** I love you, baby.

Sonríó con la respuesta de mi compañero de piso. Hoy por lo menos está de buen humor. Perfecto, cena y un poco de charleta en el sofá. El plan perfecto después de un día de trabajo.

Os preguntaréis si Joel me ha enviado algún mensaje. Pues no, ninguno. Y no estoy decepcionada. Si le pedí que no lo hiciera, ahora sería una hipócrita de cuidado si me enfadase por ello.

Ah, tampoco ha habido flores ni bragas rosa.

A punto estoy de salir cuando me percató de un detalle.

—¿Qué haces todavía aquí? —le pregunto a Ful, que sigue tras su mesa con cara mustia—. ¿Otra vez problemas con Eleuterio?

Niega con la cabeza.

—No, con mi marido todo va a las mil maravillas, bueno, al menos hasta hace dos días.

—Ostris, ¿y qué ha pasado?

—Mi cuñada, eso es lo que ha pasado.

Pongo cara de atasco intestinal, porque cuando se menciona a Reme, es lo mismo. Pobre Ful.

—¿Y por qué está en vuestra casa?

—Están reformando su piso y como no quiere ir a casa de sus padres...

—Ha decidido dar por el culo a su hermano —remato yo por él.

El veterinario asiente.

No os hacéis una idea de cómo es la cuñada de Ful. La persona más amargada, rencorosa y víbora del planeta. Rivaliza con mi prima Azahara. Si dar por el culo fuera deporte olímpico, con estas dos nos llevábamos todas las medallas.

—Exacto. Y ya sabes cómo es... No deja de atosigarme a preguntas sobre Fran.

Reme fue la primera novia oficial de mi jefe. Apenas tenían veinte años. Ella era la hija del boticario, es decir, una familia de posibles, y él hijo de madre soltera, con lo justo para vivir. Reme lo dejó porque no tenía un duro y se fue con otro. Al cabo de los años Fran ha amasado una considerable fortuna y ella no para de atosigarlo, pues quiere volver con él. Ni que decir tiene que mi jefe la ha mandado a paseo desde el primer minuto, pues aquel plante fue un desengaño que no se olvida.

Y ahora, la cuñada de Ful se dedica a amargar la vida a propios y extraños. Mapi tuvo un encontronazo con ella y no me extraña, porque Reme no desperdicia una oportunidad de soltar veneno.

—Y no quiero discutir con Eleuterio. Joder, es su hermana.

—¿Quieres venirte conmigo a casa? —sugiero, y niega con la cabeza.

—¿Qué excusa pongo?

—Vale, algo se nos ocurrirá... —murmuro no muy convencida, pues encerrar en un psiquiátrico a la susodicha queda descartado, porque ser mala persona no está tipificado como enfermedad mental.

—Da igual, me emborracharé antes de llegar a casa y así podré soportarla. ¿Me acompañas por los mundos étlicos?

—No sé yo si es buena idea. Mañana estaremos hechos una mierda —digo con intención de desanimarlo.

—Pues sólo queda una opción... Y, de verdad, que las feministas del mundo me perdonen, pero mi cuñada necesita un buen pollazo, a ver si así se le quita la tontería.

Me echo a reír ante el dramatismo que ha empleado.

—Tranquilo, en un caso como éste, las feministas te perdonamos —digo, para que no se sienta todavía peor, y de repente se me ocurre una posible solución—: ¿Por qué no le buscas un gigoló que le dé lo suyo y lo de su prima?

—No creas que no lo he pensado... —reflexiona, y tuerce el gesto—. Pero Eleuterio se cabrearía de lo lindo si le hago algo así a su hermana. No, descartamos gigoló como solución.

—Pues entonces que te sea leve —le deseo de todo corazón—. Eso, o llama a algún amigo.

—Entre mis amistades no hay heteros dispuestos a semejante sacrificio —se queja, y después me mira fijamente—. Oye, ¿y por qué no se lo dices a Tito? Él seguro que nos hace un apaño.

—¿Estás loco? ¡Ni se me ocurriría! Creo que sólo ha coincidido con ella dos veces y, por lo que sé, no la tocaría ni con un palo. Sin olvidar que lo quiero demasiado como para hacerle semejante barrabasada.

—Pues entonces llama a ese novio tuyo. A lo mejor conoce a alguien que...

—A ver, Ful, no es mi novio, eso para empezar, y segundo, no tengo tanta confianza como para pedirle que me busque a un hombre dispuesto a todo.

—¿Y para qué necesitas tú un hombre dispuesto a todo? —nos interrumpe una voz que ambos conocemos. Mapi, la novia del jefe, nos ha pillado en plena conversación.

—¡Yo no necesito un hombre! —exclamo muy digna.

—Nadie lo diría —murmura Mapi con sarcasmo.

—No es para ella —tercia Ful, echándome un cable.

—Es para su cuñada.

La reacción de Mapi es previsible. Pone cara de asco, aunque luego nos mira a los dos a la espera de que le demos más detalles.

—Sé que suena horrible —se disculpa Ful—, pero la tengo en casa y no puedo más.

Mientras él le cuenta sus penas domésticas a Mapi y ésta, muy educada, lo escucha, yo me pongo a maquinar. ¿Y sí...? Espera, que me precipito. ¿De verdad...? Otra vez, que no me sale. ¿Sería una excusa perfecta para ponerme en contacto con Joel sin parecer la típica pesada que dice «No me llames» y luego está pendiente del móvil como una imbécil?

—Desde luego, qué mala suerte tienes, Fulgencio —lo consuela Mapi—. Te ha tocado la cuñada más rancia del pueblo.

—Lo sé...

—Pero tienes razón, algo debes hacer para quitarte de encima a esa mujer.

Fran sale de su oficina y nos encuentra allí a los tres, con cara de estar tramando algo.

Nos mira sin decir nada. Como no podemos mencionar a Reme porque se cabrearía, y Mapi lo



sabe, le hace un par de carantoñas y se lo lleva de la oficina, dejándonos otra vez a Ful y a mí solos ante el peligro.

—Deja que pruebe una cosa...

**Yo:** Necesito un hombre.

No sé si a estas horas lo pillaré conectado, pero no me lo neguéis, el mensaje es perfecto para despertar su interés. Pues sí, aparece ese «escribiendo» en verde que me hace dar un brinco. No sé si de emoción o de miedo.

**Joel:** ¿Ahora mismo?

Vaya, qué poco ha tardado en contestar.

**Yo:** Sí, es urgente. ¿Conoces a alguno disponible?

Continúo jugando a ser ambigua.

—¿Puedo mirar? —me pregunta Ful y niego con la cabeza.

**Joel:** ¿Y con qué intenciones?

**Yo:** Alegrar la vida de una divorciada.

**Joel:** ¿Solterona?

**Yo:** Sí. Solterona y amargada.

**Joel:** Dame más datos,  
a lo mejor me interesa.

Ni muerta le presento a Reme.

¿Eso ha sido un ataque de celos?

No, ¿verdad? Sólo sincera preocupación por su integridad y bienestar.

**Yo:** ¿Tienes algún amigo curtido en mil batallas amorosas, capaz de todo?

**Joel:** Me estás empezando a preocupar.

—¿Qué dice? Joder, me tienes en ascuas —se queja Ful ante tanto pitidito del whatsapp.

**Yo:** Mejor te llamo y te cuento.

**Joel:** Ok.

—Explícame los detalles, porque me tienes confundido —me dice nada más descolgar.

Bueno, hasta yo estoy confusa, porque la situación tiene miga. A ver cómo me lo monto para convencerlo.

—Verás... Ful, mi compañero de trabajo, tiene una cuñada que...

Intentando presentar la situación como si fuera la típica amiga solidaria, que busca una cita a ciegas para esa chica poco agradecida y desdichada en las lides amatorias, le hago un resumen un tanto edulcorado de la realidad, porque lo que me pide el cuerpo es decirle que Reme es la versión rural de Angélica.

Vaya, ya tenemos trío para acaparar todas las medallas en la especialidad de arpía venenosa: Azahara, Angélica y Reme. ¡Podio completo!

—Además de contable y musa, también casamentera —comenta Joel con cierto retintín.

A lo mejor me he pasado de cursi a la hora de plantear la situación.

—Dime de una maldita vez qué dice —interrumpe Ful impaciente.

—Espera, coño, que tu cuñada no es un angelito —le replico, tapando el auricular—. No es fácil conseguirle una cita.

—En eso tienes razón, perdona —se disculpa él en voz baja.

—Resumiendo, si tienes algún amigo soltero, agradable, educado...

No le digo, por razones obvias, paciente y que, si la cosa sale mal, no le importe perderlo como amistad.

—Si puede ser, también guapo, o al menos agradable a la vista —apunta mi compañero con sarcasmo y Joel se ríe, por tanto, lo ha oído, ya que no me ha dado tiempo a tapar el auricular.

—Esa condición no es imprescindible. No nos vamos a poner quisquillosos ahora —le espeto a Ful.

—Vale..., déjame que piense... —me pide Joel.

—Y que sea limpio, mi cuñada es muy tiquismiquis.

—No se me ocurre nadie de los que conozco... ¿No te sirvo yo?

—Cabrón —susurro, y Ful arquea una ceja. Me aseguro de que Joel no puede oírme antes de continuar—: ¡Pues no va y me dice que él está disponible!

—¿Seguro que te ha dicho eso? —pregunta el veterinario frunciendo el cejo—. Tranquila, en cuanto conozca a mi cuñada, se le pasan las ganas de dejarte.

—¿Sigues ahí? —tercia Joel en tono jocosos.

—No, tú no sirves, no eres guapo y no estás soltero —le espeto con mala leche.

Uy, otro ramalazo de pseudonovias posesivas y celosonas. Me lo voy a tener que hacer mirar.

—*Touché*.

—Deja de tocarle las narices, que es nuestra última oportunidad —me ruega Ful nervioso.

—Entonces ¿tienes o no tienes un amigo al que estimes lo justo como para mandarlo a una cita a ciegas? —lo apremio, y de nuevo se ríe.

—Dile que, en vez de una cita a ciegas, mejor una cena de parejas, en mi casa —propone Ful.

Frunzo el cejo y niego con la cabeza.

—Así conocemos a tu novio —apostilla malicioso.

—No es mi novio —protesto.

—Entonces ¿qué soy? —pregunta Joel con retintín.

—Un atormentado mortal que idolatra a su musa —le espeto con chulería, y él se ríe de nuevo.

Mejor, no tengo ganas de entrar ahora en detalles.

—La idea de tu amigo me parece bien —dice Joel.

Mierda, al final se complica todo.

—Veo más lógico una cena íntima entre su cuñada y tu amigo —respondo un poco a la desesperada; aún creo que es demasiado pronto para presentaciones y/o actos entre amigos.

—Mi cuñada no saldrá de casa si sospecha.

Ostris, es bien cierto. Reme desconfía hasta de su sombra. Si la invitamos a salir por ahí, seguro que, o bien nos la monta en el restaurante o, peor aún, nos da plantón. Que es la *number one* de las amargadas.

—A mí me viene bien cualquier día de esta semana —apunta Joel.

—Pon el puñetero altavoz a ver qué dice, que no me entero de nada —se queja mi compañero.

No sé si es buena idea que estos dos se hagan amiguitos, pero estoy hasta la peineta de tener a Ful pegado para enterarse de lo que dice mi amante; sí, de momento esa definición me vale.

Informo a Joel de que voy a conectar el altavoz, así que confío en que no suelte ninguna intimidad y me deje con el culo al aire.

Para mi sorpresa, en vez de decir alguna palabra comprometida, ambos se dedican a organizar

la velada. Sin contar conmigo, claro.

Fijan la cena para pasado mañana y Joel, además de llevar a un amigo, también se ofrece a llevar el vino.

Ver para creer.

¡Hombres!

## Capítulo 27

### *Dos días después...*

Os estaréis preguntando a quién trajo Joel a la cena, cómo se desarrolló el asunto, si Reme montó un show y, sobre todo, si nuestra primera cena de amigos en común nos dejó con ganas de repetir.

Bien, para empezar, ahora mismo Joel duerme a pierna suelta a mi lado. En mi dormitorio, ya que cuando dimos por finalizada la velada, lo invité a venir conmigo a casa. ¿El motivo? Pues no lo sé muy bien, fue algo que surgió, porque él podría haber regresado a su casa con Álvaro.

Luego os cuento más sobre lo que ha ocurrido entre Joel y yo, aunque seguro que os imagináis una parte.

¿Y quién es Álvaro?

Cuando Joel vino a buscarme a casa me lo presentó. Es un tipo algo mayor que él, rondará los cuarenta y cinco. Se conserva bien y, lo más relevante, lo que me dejó patidifusa, ¡es su editor! Sí, habéis oído bien, invitó a su editor. Como comprenderéis, quise hacerle mil preguntas, pues, en teoría, tienen una relación profesional supongo que basada en el entendimiento, así que o bien quiere quitárselo de encima endilgándole una desconocida o de verdad soy una actriz estupenda y se tragó mi historia.

El caso es que fuimos a casa de Eleuterio y Ful, y reconozco que estaba nerviosa y también excitada, pues Joel se presentó con unos vaqueros apretaditos y una camisa blanca. Zapatillas Converse negras. El conjunto perfecto para dejar KO a cualquier chica y chico, porque los anfitriones se deshicieron en halagos hacia él.

Reme, al verme entrar me miró como si quisiera desintegrarme, pero al detectar la presencia de Joel y de Álvaro se esforzó por fingir que era mi amiguita. ¡Si hasta me dio dos besos! Tentada estuve de ir al aseo a lavarme con lejía, por si acaso. Luego llegaron las presentaciones y aquí hubo un momento «complicado», pues no sabía cómo referirme a Joel. «Novio» era mucho y «amante», inapropiado. Menos mal que Ful estaba al quite y salió diciendo que era un mangaka famoso, desviando así la atención.

¿Y qué hizo Reme al ver a Álvaro?

Confieso que me santigué y crucé los dedos, bueno, todos lo hicimos, pero mira por dónde, la cuñada amargada de Ful se mostró amable. Imaginad la perplejidad general, incluyendo a Eleuterio, que sabe cómo es su hermana y sabe cómo se las gasta.

Si no la conociera, pensaría que ha empezado a medicarse.

Álvaro, que se olía la tostada, se presentó con naturalidad y entabló conversación con ella y sí, a la hora de sentarnos a cenar fue evidente la encerrona, pero por suerte la sangre no llegó al río, porque, mira por dónde, a la solterona le gustó que hubiéramos invitado a un tipo a cenar.

Dudo que pueda cuajar una relación entre Álvaro y ella, porque el editor tiene clase, se lo ve un hombre sensato, y Reme, a pesar de comportarse, en el fondo se moría por meterse con alguien y montar un show. Si es que lo de meter cizaña puede con ella.

Y ahora viene lo más alucinante. Joel, además de estar sentado a mi lado y de vez en cuando

susurrarme alguna cosilla y tocarme (eso explicaría por qué después lo invité a venir a casa), se hizo amiguísimo de Eleuterio y de Ful. Tras la cena, los tres se pusieron en plan coleguitas y, chupito va, chupito viene, empezaron a reírse y a charlar de cosas sin importancia. Y encima Eleuterio resultó ser un fan de Joel, ¡para qué os voy a contar!

Nos costó levantar la sesión, pero al ser un día laborable, no nos quedaba más remedio. Los «niños», incluido Álvaro, quedaron para salir una noche «por ahí» estilo cuchipandi. Me hizo mucha gracia cuando Eleuterio, mirándome de reojo, dijo con tono de machote:

—Nada de chicas.

Los otros tres le rieron la gracia.

Reme puso cara de solterona resignada y yo cerré el pico para no estropearles la diversión. Ver para creer.

Todavía os preguntaréis cómo ha acabado Joel en mi cama. Bien, ahora voy con eso.

Una vez en la calle, Álvaro, que era quien había traído el coche, se despidió de mí y nos dejó unos momentos a solas. Me dio por pensar que lo tenían hablado los dos.

Durante la cena, yo no tenía intención de que pasáramos juntos la noche, sin embargo, luego se inclinó para darme un beso de despedida y dijo con voz ronca:

—Heidi, cómo me pones...

Resumiendo, que me excité, me volví loca y acabé susurrándole:

—Esto no tiene por qué acabar aquí.

Y Joel es de los que entienden a la primera. Así que se despidió de Álvaro y se vino conmigo a casa. Al llegar a mi apartamento, preguntó, no sé si en broma:

—¿Hoy es día de orgía? Es que no se oye nada.

Tuve que esforzarme para no reírme, pues el muy puñetero estuvo ocurrente. Nos quedamos mirando la puerta de «la polvera», y, en efecto, nada de nada.

—No, qué lástima —dijo fingiendo interés—. Tendré que apañarme contigo, Heidi.

—Voy a buscarte un cepillo de dientes...

Y antes de llegar al cuarto de baño lo tenía pegado a mi espalda, con las manos intentando colarse por debajo de mi jersey, y baste decir que, entre una cosa y otra, ni nos dio tiempo a cerrar la puerta del dormitorio.

—Dame la merienda —musitó medio en broma.

No os hacéis una idea del ansia, de la impaciencia con la que nos desnudamos. Le quité los vaqueros apretaditos en un santiamén; no veía el momento de meterle mano dentro de los bóxeres y comprobar si todo lo que se adivinaba bajo la tela era para mí. Y él fue muy expeditivo a la hora de ir a por mis bragas; lástima que no llevara unas de esas finas, sino las de algodón de toda la vida, que no se rompen así por las buenas. Que un día por otro se me olvida lo de comprar bragas finas y siempre me pilla fuera de juego. Este incidente no nos detuvo, más bien hizo que Joel se comprometiera a regalarme una remesa de bragas «fáciles de romper», palabras textuales.

Le dije que no había huevos para regalarme eso.

—Kilo y medio de bragas surtidas te voy a comprar, Heidi.

Debido al ímpetu con el que nos estábamos comportando y la humedad entre mis muslos, no quise analizar sus palabras.

Sí, follamos. Fue un polvo rápido. Pim, pam, pum. Dentro fuera y hale, a correrse. Bueno, yo no tanto. Fue más bien un pim, pam, pum de fogueo, aunque no me importa. Lo disfruté, porque fue intenso, precipitado y la parte técnica muy buena; sin embargo, yo debía de tener la cabeza en otro lado y ya se sabe, si el cerebro no da la señal, el resto del cuerpo sólo funciona en modo básico.

Por eso, ahora que ya queda lejos el calentón, estoy acostada en la cama, boca arriba, con los

brazos cruzados sobre el pecho cual momia, intentando analizar todo lo ocurrido esta noche.

Para empezar, ¿qué significa que un hombre te prometa bragas? ¿Os ha pasado a alguna? Confieso que es la primera vez que me ocurre algo semejante. Los hombres prometen flores (lo cual es muy fácil, porque sólo hay que llamar a la floristería), cenas (idem, pero al restaurante para hacer la reserva) y escapadas románticas (aunque la mayoría no tengan ni puta idea de lo que eso significa y lo confundan con ir a un hotel rural a follar).

¿Y si la promesa implica algo más, como por ejemplo una relación... sería? Uff, lo he dicho. Afrontémoslo, en cuanto le pedí que viniera, no sólo lo hizo, sino que además se mostró encantado de conocer a mis amigos.

Y no olvidemos que me invitó a pasar una semana con él y me presentó a mucha gente de su entorno, incluida Angélica, la representante amarga-relaciones.

Vale, parece que no sólo le gusto por mi cuerpo. Vayamos a por el segundo punto que me impide dormir. ¿Yo qué siento por él?

También me gusta, mucho. Me pone, me excita. ¡Si hasta he tenido amagos de celos! ¡Yo, que nunca he sentido algo similar! Uff, ¿y si merece la pena arriesgarse con Joel? Todos los indicios están a favor, pero no sería la primera vez que me ilusiono antes de tiempo. A veces resulta más sencillo cuando el tío es un gilipollas, o al menos lo deja entrever en la tercera o cuarta cita. Te limitas a echar algún que otro polvo hasta que te aburres y lo mandas a paseo. O, mejor aún, esperas a que él te deje, sabiendo que no vas a sufrir ni medio minuto.

Pero ¿qué pasa si se va al garete con el tío que sí te gusta? Y cuando digo «gustar» me refiero a algo más, aunque de momento no emplearé otro término por precaución. En mi caso, tengo el cursillo hecho, sé afrontar la desilusión; aun así jode, pese a tener al mejor amigo del mundo para superarlo.

Y no quisiera llevarme un chasco con Joel.

Miro al susodicho de reajo. Ahí sigue, dormido como un bendito.

Envidia a los hombres, mucho. Ellos no se comen la cabeza y, si lo hacen, desde luego no pierden horas de sueño. Suspiro y me muevo ligeramente. No niego que, de estar sola, me hubiera levantado y marchado a «la polvera» para contarle mis cuitas a Tito.

—¿Qué te ocurre? —me pregunta Joel somnoliento, sorprendiéndome.

Y no sólo eso, también se acerca y coloca una mano encima de mi estómago. No sé yo si estoy ahora para gestos cariñosos.

—Nada —murmuro, y me pongo de costado, dándole la espalda.

Sí, ya lo sé, la típica postura evasiva que dice a las claras: «No quiero hablar». Otra cosa es que él pille la indirecta.

—Pues algo te pasa cuando resulta que te oigo pensar —susurra arrimándose todavía más. Uy, que se me pone comprensivo.

—Oye, que esa frase está muy vista —protesto, aunque me ha hecho gracia.

Me abraza con fuerza. A este hombre nada lo desanima, ni siquiera mi apatía.

—Heidi, que no soy tonto —dice en voz baja—. Anoche estabas rara y reconozco que cuando me invitaste a venir a tu casa me dejaste perplejo, porque pensaba que me darías un besito de buenas noches y punto.

¿Ha sonado a reproche? Mmmm... no me ha quedado claro.

—Mañana tengo que madrugar —alego como excusa; sin embargo, no me sirve de nada.

—Ya lo sé y, si quieres, me levanto contigo, te preparo el ColaCao y hasta te llevo al curro, pero no me tomes por imbécil —dice ahora más serio.

Inspiro hondo. No son horas de conversaciones trascendentales, pero lo que acaba de decir

tiene mucha importancia. Aunque no sé cómo se lo va a montar, porque no ha traído el coche.

—Te tomo la palabra —musito, y me abraza bien fuerte.

Ya solucionaremos los problemas logísticos por la mañana, mientras tomamos el ColaCao.

Y así, de nuevo, en plan cucharita, consigo conciliar el sueño.

\* \* \*

Al sonar la alarma del móvil gruño, porque lo que me pide el cuerpo es haraganear en la cama un buen rato más. Bueno, miento, toda la mañana; en cambio, me despego del abrazo de oso de Joel y a duras penas me pongo en pie.

Los hombres hacen promesas que no pueden cumplir, he aquí la prueba. El ColaCao me lo voy a tener que preparar yo.

Con una camisola y las zapatillas, voy primero al aseo y después le echo otra miradita antes de ir a la cocina. He de reconocerlo, ahí, dormidito boca abajo, dan ganas de darle un buen azote en el culo, despertarlo y, ¡venga!, polvazo mañanero. En cambio, me limitaré a regodearme en el de anoche, no el primero que os conté, sino el que echamos después.

Sí, me abrazó y sí, nos quedamos dormidos, pero no sé si cuando había pasado una hora o tres, me desperté y me di la vuelta. Podía haberme limitado a mirarlo, pues no, comencé a acariciarle la cara, el pecho y él se despertó.

—Heidi... —susurró antes de besarme.

Y empezamos uno de esos momentos tontorrones. Besos lánguidos, manos curiosas rozando aquí y allá. Yo tumbándome boca arriba, murmurándole lo mucho que lo deseaba, separando las piernas mientras él se colocaba encima. Más besos, más caricias... Una pausa para que Joel se pusiera un condón y vuelta a empezar.

O, mejor dicho, nos pusimos a ello. Ninguno de los dos supo muy bien por qué lo que había comenzado de manera suave terminó convirtiéndose en un auténtico desmadre. Las sábanas acabaron en el suelo, ambos nos arañamos, jadeamos y montamos un buen escándalo. Cambiamos de postura, yo me coloqué encima. Joel me espoleó, animándome con un sinfín de ordinarieces, unas cuantas palmadas en el culo y multitud de caricias, algunas maliciosas, como cuando me pellizcaba los pezones con cierta saña, y otras de lo más amorosas.

—Vaya carita tienes —se burla Tito, acercándose para darme un beso de buenos días en la mejilla—. Después del trajín de anoche, no esperaba verte tan temprano levantada.

—Dame la leche —le pido, y paso por alto su tonito.

—Toma. ¿Quieres también vitaminas? —responde burlón, alcanzándome el brik de leche.

—Gracias.

—Joder, Xim, cuéntamelo. No he pegado ojo con vuestros gemidos. He estado a punto de unirme a vosotros.

—Como si tú fueras muy silencioso —replico cortante.

Nos miramos fijamente y, tras medio minuto retándonos con la mirada, terminamos riéndonos como niños pequeños.

Es imposible enfadarme con Tito.

Justo cuando me acabo el ColaCao, se abre la puerta de mi dormitorio y aparece Joel, sólo con los pantalones, a pecho descubierto, despeinado, y nos ve a Tito y a mí tras la barra de la cocina, en buena sintonía.

Camina despacio, con cierta cautela. Es comprensible, al fin y al cabo, está fuera de su elemento.

—Ya sé que es mucho pedir, pero ¿podría tomarme un café decente?

Tito y yo nos miramos y después negamos con la cabeza.

—Qué amantes tan raritos te traes a casa, Xim —se queja Tito.

—Lo siento, aquí no desayunamos café —explico yo sonriendo—. Así que... confórmate con esto.

Le señalo el bote de ColaCao y me bajo del taburete, pues tengo que vestirme para ir a trabajar.

—Anda, pasa de esa mierda —interviene Tito, y le muestra comprensivo su bote de Nesquik.

Joel pone la misma cara de perplejidad. Así que tengo que dejarle las cosas claras y, al pasar por su lado, me detengo y lo agarro de la muñeca. Él me mira, sin duda esperando algún mimo, pero no, lo hago para poder inclinarme y susurrarle al oído:

—Tú verás lo que te conviene...

Camino hasta mi dormitorio sin mirar atrás. Nada de mover el culo más de la cuenta. Tampoco surtiría efecto, con la ropa que llevo. Podría cerrar la puerta y vestirme, sin embargo, la dejo entornada, porque a lo mejor esos dos dicen algo relevante y ya se sabe que la información es poder. Y porque así me ahorro curiosear en el móvil de Tito.

Abro el armario, no hay mucho donde elegir ni tampoco estoy muy inspirada, así que con unos vaqueros rectos y una camisa negra, voy apañada.

—Me ha sorprendido verte aquí entre semana —dice Tito.

—¿Por qué?

A ver qué dice mi compañero de piso...

—Xim es bastante estricta con su rutina —añade.

No es ninguna mentira, aunque tampoco me deja en buen lugar.

—Eso parece —murmura Joel, y no sé cómo interpretar su tono—. ¿De verdad tengo que desayunar esta mier...?

—Cuidado con lo que vas a decir. Te podría estar oyendo —lo interrumpe Tito con aire burlón.

—Joder. ¿Tanto os cuesta comprar un mísero tarro de café, aunque sea soluble, para las visitas? —se lamenta Joel.

Bueno, él no es una visita cualquiera.

—Creo que en esta casa te consideramos algo más que una simple visita —apunta mi compañero de piso.

—Gracias.

Sí, gracias, Tito.

—Es lo que hay y, por lo que oí anoche... más te vale reponer fuerzas —se guasea Tito sin piedad.

Vale, las típicas bromitas de chicos. Nada comprometedor. Una pena.

¿Saben que los estoy escuchando?

Lo bueno de arreglarse en cinco minutos es que puedo espiar a gusto.

—¿No te molesta? —pregunta Joel.

Allá vamos...

—¿Que pases la noche con Xim? ¡No digas bobadas! Me parece de puta madre. Ya es hora de que tenga suerte con los tíos.

Ostris, espero que Tito no le haga un resumen de mis desdichas amorosas.

—¿Y no te parece mal que, por un puto tecnicismo, siga casado con Soraya?

—Joder, pues sí —replica Tito—. Confío en que lo soluciones cuanto antes. Sobre todo si vas en serio con Xim.

Uy, eso ha sonado a advertencia.

—No tengo claro si voy en serio, me tiene desconcertado. Cuando parece que avanzamos, de



repente retrocedemos.

—Xim es precavida, no puedes culparla por ello.

—Ya lo sé, maldita sea. Pero ni te imaginas las pretensiones de Soraya para aceptar el divorcio. La muy cabrona... Pretende dejarme en gayumbos. Palabras textuales.

—Lo tienes jodido entonces...

Vaya, por lo visto quiere hacer las cosas bien.

—Y, por si fuera poco, tengo a Angélica dándome la turra todos los días —añade Joel con aire quejumbroso.

—¿No puedes cambiar de representante?

—Podría, sin embargo, ha hecho tanto por mi carrera que...

Ya se lleva su jugosa comisión, pienso.

—Desde luego, estamos jodidos —contesta Tito.

Y a continuación le relata sus cuitas amorosas o, mejor dicho, la falta de ellas, pues desde que se ha encaprichado de su jefa no se complica la vida y va a tiro hecho, mujeres a las que olvidar antes del desayuno.

Y sí, le cuenta algo sobre «bragas/pelo rosa». Con bastantes detalles.

Hasta que Joel pregunta:

—Joder, ¿de verdad te la tiraste?

—Me pilló en horas bajas.

Creo que ya es hora de vestirse.

## Capítulo 28

Y así, con idas y venidas, llevamos tres meses.

¿Os parece mucho? ¿Poco? ¿Insuficiente? ¿Os sorprende? ¿Alguna pregunta?

Para conocernos, para hablar, para saber si hay futuro en esta relación...

Tres meses en los que he perdido la cuenta de las veces que he disfrutado como una loca y hasta he estado a punto de volverme una tontaina enamorada. Ains, sí, creo que me he colgado más de lo recomendable.

Y eso que Angélica no ha parado de dar por el saco siempre que ha podido. Eso sí, se ha vuelto más sutil, sibilina. Como lo de aparecer cuando no está invitada no funciona, porque Joel ya se ha dado cuenta de que la mayor parte de las veces sólo pretendía interrumpir, busca otras excusas y le organiza más eventos o entrevistas en medios de comunicación.

A ver, la promoción siempre es genial y supongo que para su trabajo es fundamental, no soy tan necia como para oponerme a eso y exigirle, en plan novia absorbente, que me haga más caso, sin embargo, creo que su representante lo está jorobando, pues cuando Joel tiene que viajar por motivos promocionales, aunque sólo sea para un día, pierde otros dos de trabajo y, teniendo en cuenta que *Odio a mi jefa* ya no es una novedad, me parece a mí que ya no tiene necesidad de ir tanto por ahí.

Y además sé que Álvaro le está pidiendo material nuevo. Y sí, yo he posado muchas veces, pero no sé cómo avanza el nuevo libro.

Yo no conozco mucho el mundillo editorial, sólo sé lo que Joel me cuenta, y él es el primero que se queja, porque cuando está sumergido en una historia, le jode mucho parar y ponerse a hablar de un libro que escribió hace tiempo. Lo desconcentra, pero no puede negarse a acudir a esos actos, porque Álvaro, su editor, también quiere publicidad.

Y al pobre no lo dejan en paz.

Sin olvidar todo lo que conlleva la adaptación del uno al otro, que ahí también hay mucha tela que cortar y muchas horas que dedicar.

A pesar de las maniobras de Angélica, hemos seguido viéndonos. Por pura cabezonería, pese a que ha habido momentos en los que he dicho que no y me he quedado en casa. Otras veces he ido corriendo a ejercer de musa (voy mejorando con cada sesión) y Joel me ha mostrado algunos dibujos, aunque me da que esconde los que de verdad va a utilizar. No sé, es una impresión mía.

Para contentarme, me dice que seré la primera en ver el libro cuando esté terminado.

No sé, sigo sin fiarme. No por el hecho de que utilice mi imagen, sino porque a ver cómo la utiliza. Vale, ya sé que no va a ser un cuento para niños; sin embargo, confío en que, por ejemplo, esto no llegue a oídos de mi madre y, si lo hace, no me vea obligada a emigrar a otro país. No sé, por un lado me parece una idea fantástica y hasta me siento halagada, pero mi entorno (y por *entorno* se entiende la gente del pueblo que me ha visto desde cría) puede ser muy cruel, dependiendo de cómo se interprete mi posado, y en un pueblo siempre se escoge el lado más escandaloso.

Por eso de tener algo de lo que hablar.

No creo que el secretismo de Joel sea desconfianza, pero siempre se muestra muy reacio a enseñarme los dibujos y sólo cuando lo chantajeo accede. Y por *chantaje* se entiende dejar de posar, pues ningún truco o favor sexual lo convence. El muy puñetero sabe que me gusta el sexo y le da la vuelta a la tortilla.

De todo esto me doy cuenta cuando bajo de la nube y vuelvo a casa, junto a Tito, y entro en lo que se podrían denominar «breves periodos de lucidez», en los que me apeo de tiovivo y obtengo un mínimo de perspectiva.

Sí, lo sé, me estoy poniendo filosófica y aburro a cualquiera, en especial a quienes pensáis que debería cerrar los ojos, subirme al tiovivo y dar vueltas y vueltas. Disfrutar.

El problema es que igual acabo mareada.

Creo que esta analogía del tiovivo es una patata, pero yo ya me entiendo. Y seguro que alguien más ha pillado la idea.

Resumiendo, que a veces, si parece demasiado bueno no es real. Puede que sea como esos anuncios que prometen dinero fácil sin apenas trabajar. ¿A que suena a timo de la estampita? Pues eso, que en mi relación con Joel, dejando a un lado los sentimientos, que siempre lo enturbian todo, algo malo tiene que haber. No me acuséis de pesimista, tengo derecho a ser precavida. De ahí que procure involucrarme lo menos posible con los hombres a nivel emocional.

Aunque también mantengo, más o menos, los pies en la tierra y reconozco que incluso he llegado a ser cortante y le he mentado diciéndole que estaba ocupada para no quedar con él.

¿Es de gilipollas o de sensata?

No os he pedido vuestra opinión, sólo estoy divagando.

Fines de semana o días sueltos, en cualquier caso, siempre programados. Joel está muy atareado. Además de su trabajo y de los actos que sin parar le organiza Angélica, está preparando la adaptación de *Odio a mi jefa*. Se va a convertir en una serie de televisión y, como es lógico, quiere controlar cada detalle. No os imagináis el trabajo que lleva y no sólo por el hecho de que, como autor, quiera estar al tanto de todo el proceso, sino también porque, bajo mi punto de vista (desde la más absoluta ignorancia), hay demasiada gente opinando y queriendo meter la cuchara en el succulento pastel, ya que mueve unas cifras de escándalo. A pesar a todo, no le transmito ninguna de mis opiniones. No quiero ser la... ¿Cómo me defino? ¿Pareja? ¿Amante? Bueno, lo que sea, no quiero ser la típica metomentodo que joroba con sus opiniones, es decir, no quiero ser la Yoko Ono de mundo del Soft Hentai.

Por eso programamos, aunque suene feo, mis estancias en su casa, pese a que, si de él dependiera, estaríamos viviendo juntos.

O casi.

Cada vez que lo pienso, llego a la misma conclusión: tal vez no estoy hecha para vivir en pareja o, con los años, he perdido la ingenuidad. Aun así, me parece muy precipitado y, en teoría, Joel debería ser más cauto que yo.

No sé..., hay gente que lo tiene claro desde el primer segundo. ¡Chas! Se les activa una glándula o alguna conexión neuronal, y de esa forma saben que lo suyo va a funcionar. El problema es que yo no tengo nada de eso o, peor aún, lo tengo escacharrado. Porque mi radar tan sólo me dice «Peligro. Ese hombre te gusta demasiado y a lo mejor deberías ir con cuidado, para no darte la hostia padre si sale mal».

Lo dejo aquí, que me estoy poniendo petarda otra vez.

Hoy no tengo ningún plan especial. No veré a Joel hasta el viernes. Iré a pasar el fin de semana a su casa, pues dice que, aunque no le importa venir a la mía, prefiere que estemos solos. Es cierto, si nos quedamos en mi apartamento, siempre tenemos que estar pendientes de Tito. Aunque

éste ya nos ha pillado más de dos y de tres veces dale que te pego, y no me refiero a que nos oiga gemir. No, el último día nos sorprendió follando en la encimera de la cocina. Y el muy puñetero, en vez de irse a «la polvera» y dejarnos intimidad, se mantuvo en silencio para que no nos diéramos cuenta de su presencia y al final aplaudió y nos vitoreó.

Imaginad el bochorno, al menos por mi parte, porque Joel, en vez de cabrearse, se subió los pantalones y, como un actor de teatro al acabar la función, saludó con énfasis a su «público». Por supuesto, después evité regañar a Tito, pues hacerlo sólo habría servido para espolearlo y que me chinchara más.

\* \* \*

Llego a casa un poco más tarde de lo habitual, porque me ha tocado hacer la compra. Llevo como puedo las bolsas y entonces me doy cuenta de que no tengo las llaves, así que me toca llamar al telefonillo, confiando en que Tito no esté encerrado en su habitación trabajando. Me sonrío la suerte y hasta consigo que baje a ayudarme con las bolsas.

—Por tu cumpleaños te voy a regalar un carrito de la compra —me suelta el muy idiota, y se ríe.

Es toda una novedad, porque lleva una semana con cara larga. No he tenido tiempo de hablar con él. De esta noche no pasa.

—Ese comentario es demasiado machista como para replicar. Ahora bien, si tienes huevos y me lo compras, te haré ir con él al súper.

—Acepto el reto —se guasea.

Juntos guardamos la compra y, mientras me cambio de ropa, Tito prepara la cena. No estamos para platos gourmet, así que nos conformamos con una pizza precocinada, eso sí, bien tuneada.

—Odio la comida basura —se queja él cuando nos repartimos la última porción.

Sonrío de medio lado y contesto:

—Pues haberte currado la cena, que llevas todo el día encerrado en casa. —Se lo he dicho con retintín, aunque sé muy bien que ha estado trabajando, porque su último proyecto, el que pensaba que ya estaba terminado, resulta que se lo han echado para atrás.

¿Os digo cómo se llama la responsable o ya lo habéis imaginado?

Para pasar el mal trago, sacamos una botella de licor de hierbas que lleva en el armario desde tiempos inmemoriales (vale, me habéis pillado, llevará dos años como mucho, pero queda chulo utilizar términos rimbombantes, es especial una chica de ciencias como yo).

—Bien, ¿por qué brindamos? —pregunta Tito sarcástico, tras servir la primera ronda.

—Calla y bebe.

Obedece y nos metemos otros dos chupitos entre pecho y espalda. El primero sabe a rayos, pero los siguientes ya no me parecen tan asquerosos.

Cuando el alcohol va surtiendo efecto y nos sentimos desinhibidos, me atrevo a plantear la cuestión. Estamos los dos en el sofá, Tito con la cabeza apoyada en mi regazo y yo peinándolo con los dedos.

—Habla ahora o calla para siempre —exijo, y él esboza una sonrisa canalla.

—Hablando no se arregla nada —masculla, pero va listo si piensa que lo voy a dejar en paz.

—Llevas una semanita...

—Xim..., no me jodas.

—Pues desembucha y no te hagas de rogar.

—Está con otro —me suelta, y cierra los ojos.

Me incorporo de repente, jorobándole su postura, porque semejante revelación me ha impactado. Aunque si lo pienso detenidamente, no sé de qué me extraño, Noelia es capaz de eso y

de mucho más con tal de joder al personal. Nada parece detenerla con tal de salirse con la suya y de quedar por encima del resto.

—¿Has dicho con otro? —repito, por si no lo he entendido bien.

—Con un imbécil, para ser exactos.

—Vale. Ahora explícamelo con detalle —le pido, aún estupefacta.

Tito pone mala cara y se mueve un poco, lo que evidencia su malestar. Sigo peinándolo con los dedos y espero a que se decida a hablar.

—Es una hija de la gran puta —dice a modo de introducción, y resopla—. Después de largarse y dejar la oficina en manos de su ayudante, que por cierto es mucho menos cabrona que ella...

—Pero no te gusta, por eso no la criticas —lo interrumpo.

—Es maja —murmura—. Y cuando algo no la convence, en vez de montar un show, razona e intenta no parecer autoritaria. Otras en su lugar hubieran aprovechado para mangonear.

—Al grano, que no es momento de procrastinar —le recuerdo.

—Vaya palabreja, ¿no te la habrás inventado?

Niego con la cabeza, aunque él no me ve, porque sigue con los ojos cerrados.

—Tito...

—De acuerdo. ¿Por dónde iba? Ah, sí, la hija de la gran puta de mi jefa reaparece toda digna y, claro, tiene que hacerse notar —explica, y parece anestesiado ante semejante actitud—. Yo voy lo justo a la oficina, sólo cuando no me queda más remedio, pero me da la sensación de que la muy asquerosa sabía que yo iba a estar ese día, porque se las arregló para coincidir conmigo.

—Deja de dedicarle cumplidos, que le van a pitar los oídos —le recomiendo.

—Bah, creo que está acostumbrada. El caso es que tuvimos la reunión y, en vez de darle el visto bueno a mi proyecto, tal como estaba previsto, la muy prepotente lo rechaza para, acto seguido, convocarnos a todos. Te imaginarás el mosqueo general.

—Me hago cargo.

—Pensábamos que iba a anunciarnos algún cambio en la estructura de la empresa, despidos o incorporaciones. Y sí, así fue, había una nueva incorporación: su novio —dice con desprecio.

—¡Ostris!

—Sí, ostris —repito con ironía—. Lo mismo pensé yo.

—¿Y cómo es?

—Un relamido de cuidado —responde sin dudar—. Seguro que es hijo o primo de alguien que pertenece a su círculo social.

—¿Como ella, entonces?

—Más todavía. Pero la cosa no se queda ahí, porque el relamido, Simón..., bueno, pronunciado «Saimon»...

—¿«Saimon»? ¿Qué cursilada es ésa?

—Quiere que lo digamos al modo anglosajón.

Otro idiota como Angélica. ¿Qué tiene de malo el castellano?

—Sí, tiene nombre de relamido —convengo para que se anime. Por favor, si algún Simón está leyendo esto, que no se enfade.

—Y encima es el nuevo director creativo.

—Traducido, que lo ha enchufado en la empresa —murmuro atando cabos, y sé lo que se le pasa por la cabeza.

Como Noelia le haya contado algo a su novio sobre los dos amagos de polvo que tuvieron (dos que sepamos), a Tito se le pueden complicar mucho las cosas.

—Sí, y el muy imbécil ya va pavoneándose y todo porque ha dado el braguetazo; dudo que sepa

hacer otra cosa, aparte de camelarse a la jefa.

—Si ya lo dijo Radio Futura: «Eres tonto, Simón, y no tienes elección...».

—Muy graciosa —dice esbozando una sonrisilla.

—Al menos estará bien bueno —reflexiono, porque dudo que una mujer como Noelia, toda perfección, vaya a echarse de novio a un tipo corriente. A lo mejor hasta lo ha buscado en una de esas agencias de contactos para ricos.

—Pse, las chicas dicen que no es para tanto. Y tiene diez años más que ella —añade. A Tito, como al resto de los hombres, les cuesta describir a los de su género, así que no ahondaré en ese aspecto, porque poco más voy a sacar.

—¿Y van en serio?

—Eso parece —admite a regañadientes.

Frunzo el cejo. Me da a mí que sólo es una maniobra de distracción. Noelia es lista, mucho, y así, de repente, se presenta con un novio formal... ¿A que suena a provocación? Y, claro, Tito, que es hombre y, como los de su especie en estos casos, sólo piensa de cintura para abajo, ha caído en la trampa.

—Pues tal como yo lo veo, sólo te queda una opción.

—Ilústrame —contesta alicaído.

La verdad es que no sé qué tipo de influencia tiene esa mujer sobre mi compañero de piso como para que esté tan hecho polvo. Joder, que Tito se las lleva de calle a todas (bueno, sí, a casi todas), es majo, simpático, folla bien y desnudo gana mucho, doy fe.

—Ir a machete con ella.

—Ya, claro. La acorralo en su despacho, le suelto cuatro obscenidades...

—No es mala idea... —reflexiono medio en cachondeo.

—... me la follo en su mesa y después, aparte de ponerme de patitas en la calle, me llevo de propina una demanda por acoso sexual que no me la creo ni yo. Eso sin mencionar que me parece poco o nada ético actuar así, pero bueno, haré como Groucho Marx: si no te gustan mis principios, me busco otros.

Me río con ganas ante su disertación entre lo cómico y lo dramático.

—No, nada de asaltar jefas en horario de oficina.

—Pues tú dirás qué hago...

—¿Y si finjo ser tu novia y te aburro todos los días con mensajitos, llamadas y te voy a buscar embelesada?

—Aparte de que Joel me cortaría los huevos, porque lo tienes babeando, so cabrona, mi jefa sabe que sólo somos compañeros de piso, porque vio una foto tuya con un famoso mangaka.

—Zorra y lista, lo tiene todo —mascullo.

—Sí, ella es así.

—Entonces, contraataca. Llama a la del pelo a juego con las bragas y tontea con ella. Ya sabes, actitud parejil, moñas.

—Joder, Xim, que paso de ella. Que le den por el culo o por dondequiera que le guste más. No la soporto.

—Pues te la llevaste a «la polvera»...

—Todos cometemos errores —se justifica encogiéndose de hombros.

Tito se incorpora y se queda sentado a mi lado.

—No tires la toalla. A lo mejor ese relamido sólo es una argucia para pincharte.

Y funciona. No hay más que ver su estado de ánimo.

—Que no, que se acabó —se obstina.

El problema aquí, bajo mi punto de vista y creo que él también lo intuye, es lo muy cuesta arriba que se le puede hacer el trabajo si Noelia quiere volverlo loco, y me da la sensación de que ya ha empezado a tocarle los cojones con exigencias ridículas. Me siento mal, porque no tengo ni idea de cuánto soportará Tito semejante presión.

—Bien, como mi situación sentimental es desastrosa y no tiene visos de arreglarse, vamos a hablar de la tuya, que es más estable —dice, recuperando un poco el tono desenfadado.

—¿Estable? —Le hago una pedorreta.

—Sé sumar, chata. Hacía mucho que un hombre no te duraba tanto. Siempre pasas de ellos a la menor duda o cuando descubres que te han tomado el pelo. Pero con Joel..., uy, uy, uy..., hay tema, y del bueno.

—No seas capullo —replico, y le doy un manotazo por chinche.

—A mí no me engañas, Xim —insiste con tonito de guasa—. Vas en serio y, de verdad, si estás preocupada por mí, olvídate. Ya me las apañaré solo. ¿Me has oído?

—¿Qué narices estás diciendo? —pregunto mosqueada—. Somos amigos, eso incluye preocuparme por ti.

—Xim, tú a lo tuyo. Ya encontraré quien me consuele —dice muy serio.

—No te entiendo... ¿Qué quieres que haga?

—Básicamente, que no la jodas.

Sabias palabras.

Otra cosa muy distinta es que vaya a interpretarlas como él quiere.

## Capítulo 29

—¡Hoy es tu día de suerte!

Miro tras de mí y veo a Mapi, sonriente, vestida y maquillada como si acabase de bajar de una pasarela. Y tiene la vista fija en mí.

«Mal asunto», pienso.

—¿Perdona?

—Nos vamos de *shopping*, querida —añade cantarina.

—Ehhh, son las once de la mañana, jueves, un día laborable, y a tu novio, o sea mi jefe, no le va a hacer gracia que me vaya tan pronto —alego, porque sé lo que es el *shopping* y no me entusiasma.

Sí, he investigado por mi cuenta. Ahora hasta sé lo que es un *clutch* y un montón de pijadas más. Y todo «gracias» a Angélica, después de que la muy guarra intentase ponerme en evidencia y, ante el desafío, hice los deberes. No os imagináis el descojone de Ful cuando le dije un día a media mañana lo de «¿Hacemos un *break coffee*?».

Y con Tito también he practicado mis lecciones, no os vayáis a creer, porque él está más puesto que yo en esto de cambiarle el nombre a la ropa o a los complementos. Muerta me quedé cuando supe cómo se llaman ahora los pantalones estrechos de toda la vida. *Slim* o *slim fit*. Agárrate, que vienen curvas. Si los *heavies* de los ochenta hablaran...

—Tranquila, ya se lo he comentado y no le importa —explica Mapi sonriente y hasta podría decirse que emocionada.

—¿Estás segura? —pregunto con desconfianza, porque lo más lógico sería que el dueño echara humo por las orejas cuando una empleada quisiera escaquearse a media mañana para algo tan banal como ir de compras.

Mapi asiente entusiasmada, aunque la que no lo está soy yo. Así pues, no muy convencida, me monto en el coche de ella, un impresionante BMW, y salimos disparadas hacia un centro comercial «de lo más cuqui», donde encontraremos ropa de marca a buen precio.

Es un detalle que se preocupe por mi economía.

Lo que ella ha llamado «centro comercial» no es la idea que yo tenía. A ver, tiendas hay, pero de un pijerío alucinante. No sé yo si mi tarjeta de crédito funcionará en estos establecimientos. Y no lo digo por el saldo disponible, era una ironía.

Mapi me arrastra, casi literalmente, a la primera tienda que considera digna, yo me abstengo de preguntar qué criterio sigue, y allí, nada más entrar, una dependienta monísima y estilosa (creo que va a juego con la decoración, y no es sarcasmo) la saluda con afecto.

Vaya, yo también lo haría si alguien se fuera a dejar el jornal en cuatro trapitos; muy monos, eso sí. Otra cosa es que me queden bien.

—No mires las etiquetas —me susurra Mapi cuando empezamos el recorrido por los percheros, que, dicho sea de paso, me voy a ver en dos minutos, porque hay cuatro prendas en cada uno. Nada de confección masiva con cinco unidades de cada talla.

—¿Por qué no?



—Hazme caso...

No sé yo, pienso, y termino en el probador con sólo tres cosillas. Lo que me parece perfecto. A pesar del consejo de Mapi, miro el precio. «Ostris» se queda muy corto para describir mi estupefacción, y eso que algunas prendas tienen hasta el setenta por ciento de descuento. Pienso en Tito y en lo poco que le cuesta gastar dinero en ropa, seguro que estaría orgulloso de mí.

Y después pienso en Joel, porque también gasta dinero en vestirse, aunque, a pesar del experimento que hice yendo de compras con él, no pude sacar muchas conclusiones, ya que no se compró nada. Sospecho que es Angélica quien se encarga de que su armario esté siempre bien provisto. No lo he preguntado para no crear mal rollo.

Ha quedado feo eso de pensar primero en un amigo antes que en un amante, ¿verdad?

—¿Cómo lo llevas? —pregunta mi *personal shopper*, y evita que me responda a mí misma.

—Pse, lo llevo... —contesto de forma vaga.

A ver, el vestido cuesta mil eurazos, rebajado, así que no, no me puede quedar bien, pues cada vez que lo mire me acordaré de cuántos carros de la compra puedo pagar con ese dinero. Y además es negro; no necesito otro vestido de ese color, ya tengo el mío multiusos.

Pero por no quitarle la ilusión a Mapi, abro la puerta para que me vea con el vestido puesto. Reconozco que me queda genial, como si me lo hubieran hecho a medida.

—Ostris, me veo estupenda —exclamo cuando salgo a la zona de espejos, porque en esta tienda no hay probadores cutres con cortinilla de esas que nunca cierran hasta el final. Son minihabitaciones con un sillón a disposición de las usuarias. Y en la antesala, un espacio con espejos en todas las paredes para verte en 3D.

La vena más diabólica me dice que a lo mejor esta zona la usan las clientas para presumir de tipazo, porque una puede comprobar cómo le queda la ropa en su correspondiente probador, sin tener que dar el paseílo.

Mapi niega con la cabeza, manifestando su desacuerdo, algo que me extraña, pues yo me veo perfecta. No negaré que me siento aliviada, un dineral que me ahorro.

Nada, a probarme otro. Éste cuesta ochocientos euros. También me queda genial, pero necesito la aprobación de Mapi, así que, a desfilar.

—Ese color no te favorece. El verde botella te hace mayor. No, fuera, quítatelo.

Y éste es el comienzo de una romería de la que, de verdad, no os hacéis idea.

Me da un poco de vergüenza entrar en un establecimiento, probarme unas cuantas cosas y salir sin comprar nada. No hemos pisado ninguna tienda de precios digamos «populares», con un montón de becarias doblando camisetas.

Pues nada, vámonos de romería...

Dos tiendas más tarde...

—Ese traje te lo tienes que comprar sí o sí —anuncia Mapi cantarina cuando salgo del probador con un tres piezas de corte masculino, pantalón, americana y chaleco, que sustituye a la camisa. Es de un negro descolorido. Mapi lo ha llamado «negro antracita».

—Y con unos zapatos destalonados de medio tacón..., ¡divina! —añade emocionada.

—¿Tú crees? —pregunto, mirando la etiqueta de reajo. Al loro, mil setecientos euros, sin los zapatos.

—Confía en mí —asevera, y se va por el calzado que, según ella, necesito.

A ver, puedo darme un capricho, pero sólo uno. Con estos precios, hasta dentro de cinco años, como mínimo, no podré darme otro. Digamos que es un megacapricho concentrado.

Regresa con unos zapatos negros brillantes y, todo hay que decirlo, alucinantes; hasta yo, que no tengo ni pajolera idea de moda, sé apreciar un diseño como éste.

Y ya, cuando me los pruebo...

—Parezco otra —murmuro, y Mapi niega con la cabeza, lo que me hace fruncir el cejo.

—Te falta la parte de peluquería y maquillaje —me corrige.

Hale, otra estación de penitencia.

¿De verdad las mujeres hacen todo esto para estar divinas de la muerte?

Vuelvo a ponerme mi ropa y me acerco a la caja. Imaginaréis lo que me cuesta sacar la tarjeta de crédito. Soy como el señor Cangrejo, el jefe de Bob Esponja, y la agarro con pocas o ningunas ganas de soltarla. Pero la dependienta, sin perder la sonrisa, la coge y la pasa por el datáfono.

Aún tengo una última oportunidad de echarme atrás fingiendo que no me sé el pin, sin embargo, me quedo perpleja cuando veo que sólo me van a cobrar seiscientos euros por todo.

—Luego te lo explico —susurra Mapi.

Tecleo el pin y la máquina extiende el recibo. Estoy por salir corriendo de la tienda con la compra, por si se dan cuenta de la rebaja que me han hecho. Pero no, me comporto como si nada.

Cuando por fin estamos fuera del alcance del radar auditivo de la dependienta y con la compra a buen recaudo (no me separo de las bolsas, que, por cierto, son preciosas), le pido a Mapi:

—Explícamelo.

—Verás, en esa tienda y en otras muchas vengo todas las semanas con mis clientes y gasto dinero, no te imaginas cuánto.

—Sí que me lo imagino —murmuro, porque no he hecho caso a su consejo y he mirado todas las etiquetas.

—Y cuando hago compras de índole personal, saben que deben tratarme muy bien —apostilla orgullosa.

—Gracias, de verdad —digo con absoluta sinceridad.

Es la primera vez en mi vida que me gasto una cantidad semejante en ropa, sin embargo, no me arrepiento, me queda estupendamente.

Pero Mapi no se conforma con un outfit (mirad cómo domino la palabrería) espectacular y quiere más, no se cansa. Va con unos tacones que me parecen infernales, y ella nada, al pie del cañón.

Finalmente, cuando yo pensaba que la jornada consumista había acabado, pues he quemado la tarjeta de crédito, miedo me da mirar el extracto, Mapi me lleva a un salón de belleza donde seguro que aparece el típico estilista cansino que me revuelve el pelo mil veces comentando para sí las posibilidades que tiene.

Pues no, aparece una mujer simpática, que me mira mucho rato hasta que tuerce un poco el gesto.

—¿Cuánto hace que no te haces una buena limpieza facial? —me pregunta.

A ver, puedo mentir y decir que hace un par de meses, pero esta mujer tiene pinta de profesional, así que me pillaré.

—Leo —interviene Mapi—, tú empieza desde el principio.

—A ver, no soy mucho de cremas —intervengo en voz baja, porque estoy rodeada de gurús de la cosmética.

—Se nota —murmura la tal Leo con cariño.

—Venga, al lío —la anima mi asesora de imagen personal.

—Empezaremos con el pelo —propone Leo, y llama a un tipo que sí, efectivamente, tiene toda la pinta de estilista pelma.

Mapi se sienta al lado y aprovecha para hacerse no sé qué en la cara con arcilla, mientras yo soporto al peluquero con su diatriba y que, tijeras en mano, revolotea a mi alrededor.

Qué tortura...

A ver, el sillón es cómodo, pero llevo aquí dos horas, ¡dos! Sentada y soportando todo tipo de torturas y todo tipo de manos, porque me han sobado cuatro personas distintas. El peluquero cansino me está hartando.

—Y ahora, el maquillaje —anuncia Mapi cuando acaban con mi pelo.

Debo admitir que me han dejado estupenda. Un corte más suave (palabras del genio peluquero, no mías) y un leve aclarado con mechas y parezco otra.

—¿Es necesario? —pregunto y ella asiente.

—Pues nada, vamos a ello.

Para esta fase viene Leo acompañada de otra chica y se ponen a estudiar mi cara y a opinar sin contar conmigo. Le preguntan a Mapi y ella, que en esto se defiende como la mejor, les marca las directrices.

¿Habéis oído hablar del iluminador, el *strobing*, el *contouring*, la base, la prebase...? Yo no, de ahí que me esfuerce para entender lo que dicen. Me piden que cierre los ojos y me deje hacer.

Me toca hacer otro cursillo para aprender más tecnicismos.

Qué remedio.

Supongo que estáis impacientes por ver el resultado. Yo también, no lo voy a negar porque esto se me está haciendo eterno.

—Abre los ojos —dice Mapi, quizá más emocionada que yo.

Parpadeo. No me reconozco, sólo la sudadera gris con la que he salido de casa me recuerda a una versión anterior de mí misma.

—¡Ostris! —acierto a decir, ojiplática ante la imagen que contemplo en el espejo.

¿Habéis visto uno de esos programas de cambio radical? Sí, no lo neguéis, todas tenemos días tontos y acabamos poniendo el Divinity para ver programas de éstos. Incluso Tito los ve conmigo y se descojona, porque hay casos en los que el después es peor que el antes. Pues bien, yo tengo la misma cara de perplejidad.

—¡Y ahora, a triunfar! —exclama Mapi entusiasmada.

—Primero habrá que pagar, ¿no?

Las chicas que me han atendido se retiran con discreción y Mapi dice:

—Es un regalo.

—¿Otro? —replico, porque, a ver, a nadie le amarga un dulce, pero hoy ya es demasiado.

Ella se limita a sonreír y a coger su bolso, diciéndome sin palabras que podemos marcharnos.

Salimos a la calle. Se ha hecho de noche y digo yo que en algún momento tendremos que regresar a casa, en especial ella, que tiene un niño pequeño. Se lo comento y me responde que me tranquilice. Fran Júnior está con la abuela Mariana y puede llegar tarde. Así que nos vamos a tomar algo para rematar la jornada, que, entre una cosa y otra, apenas hemos comido. Por supuesto, me empeño en pagar yo las tapas y los refrescos (bajos en calorías, desde luego).

Me hubiera encantado tomar unas cervecitas, pero como Mapi tiene que conducir, me solidarizo, que no pasa nada. Así que acabamos tarde, es la hora de cenar y aún nos queda un buen trecho de carretera hasta llegar a casa.

—Haz una locura —me dice, justo antes de arrancar el coche.

La miro sin comprender.

—Yo no puedo, tengo responsabilidades, pero tú... No puedes encerrarte ahora en casa con ese aspecto, tienes que aprovecharlo.

A ver, el peinado y el maquillaje son fabulosos, pero la ropa que llevo...

Nos quedamos pensativas, porque a ver adónde voy yo sola un día entre semana, por muy

divina de la muerte que me hayan dejado. Podría llamar a Tito, pero hacerlo venir hasta aquí...

—Vamos a casa de ese novio tuyo —propone Mapi con una resolución que me deja pasmada.

Por dos motivos, una, porque sepa que tengo «algo» por ahí y segundo, porque lo llame «novio».

—¿Sin avisar?

—De eso se trata. Dame la dirección.

Seré franca, la idea de sorprender a Joel me gusta mucho. Así que, pese a que eso de presentarse en casa ajena sin avisar es de mala educación, Mapi enfila el coche y en media hora estamos en el barrio residencial donde él tiene su adosado.

—Aquí estamos —dice, tras aparcar dos casas más adelante, porque no había sitio a la puerta.

Me sugiere que, para impresionarlo todavía más, me cambie de ropa y estrene el modelito nuevo. De malas maneras (lo que hace una por los hombres y empujada por las amigas), me cambio en el coche. Ya os imagináis lo difícil que resulta, sin embargo, las palabras motivadoras de Mapi logran vencer todas mis reticencias y al final lo consigo.

—¡Venga, a triunfar! —exclama, y levanta los pulgares, transmitiéndome todo su apoyo.

—Espérame aquí —le pido, y, al ver su cara, añado—: Por si la cosa no sale bien y me tienes que llevar a casa.

—Mujer de poca fe... Vale, quince minutos. Si en ese tiempo no has salido, me largo.

Asiento y me bajo del coche.

Menos mal que los tacones son aceptables, porque si no me hubiera caído al pisar una baldosa hueca de la acera. Respiro y, venga, dos escalones y llamar al timbre. Nada difícil.

Llamo de manera discreta para no ser maleducada e impaciente. Espero y controlo mis nervios. Está en casa, se ve luz a través de la ventana, así que puede que lo pille trabajando. Esto parece una película a cámara lenta. Oigo el chasquido de la cerradura y sonrío, dispuesta a darle la sorpresa de su vida, pero la que se la lleva soy yo cuando veo a Angélica, con cara de pocos amigos.

—Ah, eres tú —dice con desdén tras examinarme a conciencia, la muy rata.

Pero mira que es bruja esta tiparraca.

Nos retamos con la mirada. Creo que he ganado el duelo, porque mi aspecto la desconcierta y eso que ella va asquerosamente perfecta.

—¿Me dejas pasar? —pregunto con retintín, porque no se aparta.

—Estamos en medio de una importante reunión.

—Sólo serán cinco minutos —replico, y, a pesar de ser más bajita que ella, me cuadro de hombros.

Al final se aparta, porque no va a arriesgarse a que monte un escándalo. Camino despacio, aunque conozco la distribución de la casa, y sí, en efecto, hay más gente. Contabilizo a cuatro tipos en el salón, sentados alrededor de la mesa del comedor, llena de papeles y de dispositivos electrónicos de última generación.

Joel me ve y se me queda mirando fijamente. Bueno, al menos lo he sorprendido, ahora sabremos si para bien. Despacio, esboza una sonrisa que me hace sentir cierto alivio.

—Si me disculpáis unos minutos... —les pide a los allí reunidos, y se acerca a mí, que no he querido entrar en el salón.

—Joel, estamos en algo importante, por favor, sé breve —murmura la bruja.

—No quiero molestar —digo entre dientes, dispuesta a marcharme de allí cuanto antes.

—Angélica, por favor, no me jodas —masculla él, y ella se larga.

Nos dirigimos a la cocina, supongo que para tener algo de intimidad, sin embargo, yo no me

siento cómoda, la cosa ha empezado fatal. Se lo ve cansado, su aspecto no es tan pulcro como siempre. Lleva un pantalón negro deportivo y una camiseta blanca arrugada.

Nos miramos, él supongo que tiene más detalles que apreciar en mí. Así que me quedo quieta, sin saber qué decir. Y Joel hace lo mismo. Dos idiotas de manual, ¿a que sí? Miro de reojo la hora en el horno, es tarde, Mapi me espera y no quiero quedarme sin transporte, de modo que acorto distancias, dispuesta a darle un beso de despedida. Me acerco a su boca y, despacio, tanteo un poco, no quiero ser muy avasalladora; no obstante, en cuanto él me rodea la cintura y me pega a su cuerpo, me doy cuenta de que ya no se trata de un simple besito de despedida. Nos besamos a conciencia y, como me parece insuficiente, meto una mano por debajo de su camiseta y le acaricio el torso. Joel gime y yo también, nos estamos poniendo como motos.

La fase de magreo avanza, porque él juega con los botones del chaleco y va directo a por mis tetas, que presiona por encima del sujetador, y yo enredo la otra mano en su pelo, acercándolo aún más. Volvemos a devorarnos la boca, a robarnos el aliento y a jadear, mientras no dejamos de meternos mano ni de frotarnos el uno contra el otro.

Estoy a punto de meter la mano dentro de sus pantalones cuando...

Alguien se aclara la garganta y me separo de Joel con rapidez.

—Siento interrumpir, pero debes volver a la reunión —nos dice la bruja.

No sonrío, disimula su regocijo por haber interrumpido, aunque sé que lo está disfrutando.

—Cinco putos minutos más —ladra Joel, señalando la puerta.

Soy consciente de que debo irme y así se lo hago saber con otro beso de esos que te dejan insatisfecha.

—Veo que hoy has estado... entretenida.

—Pues sí —admito, orgullosa de haberlo desconcertado un poquito.

—Quédate —dice exigente y excitado—, tienes muchas cosas que contarme.

Me acaricia los labios y dirige la mirada al canalillo, porque el chaleco hace que sea aún más pronunciado de lo normal.

—No te concentrarías en tu trabajo y yo me sentiría culpable.

—Heidi... —suplica—, no me jodas tú también.

Pero no sucumbo a la tentación.

Lo beso otra vez y me cuesta horrores controlarme para no meter la mano por debajo de su camiseta. Pero no voy a continuar, hay demasiada gente pululando por la casa como para echar un polvo. Así que, pese a sus protestas, me marchó, bajo la atenta mirada de Angélica, que, con los brazos cruzados, saborea la victoria.

\* \* \*

—Tienes razón —murmuro al subirme al coche de Mapi, sorprendiéndola sin duda—: esta barra de labios es permanente.

—¿Qué demonios ha pasado? Estaba a punto de marcharme.

Le hago un pequeño resumen, empezando por la presencia de Angélica y su afán de tocarme la moral. Mapi asiente, comprendiendo a la primera la situación.

—Es mejor así —admito resignada—. Prefiero no tensar la cuerda.

Mapi frunce el cejo y niega con la cabeza.

—Lo que voy a decir ahora está penalizado en cualquier manual feminista, pero me importa un pimiento. Vuelve ahí dentro y lucha por tu hombre.

—¿De verdad has dicho que hay que luchar por un hombre? —pregunto con cautela.

Mapi tuerce el gesto, pero asiente.

—Sí, sobre todo si te importa de verdad. No le des la satisfacción a esa pájara. Llama a la puerta, entra sin pedir permiso y bésalo delante de todos.

—Ya lo he besado. Y a base de bien.

—Pues hazlo otra vez, marca territorio.

—Ostris, eso también ha sonado raro —le indico.

—Lo sé, hoy vamos a echar por tierra varios principios feministas, pero a veces hay que hacer cosas que no nos gustan —se justifica Mapi—. Ahí dentro hay otra mujer que, según me cuentas, no duda en recurrir a cualquier artimaña para apartarte, pues haz tú lo mismo.

—Tienes razón —musito—, eso es poco o nada feminista.

—Pues tú verás lo que haces. Yo, desde luego, si alguna petarda intenta alejarme de mi hombre, se entera, vaya que sí. Y al cuerno lo demás. ¿Acaso feminista es dejar que otra te toque la moral? ¿Volver a casa hecha polvo?

—Visto así...

—Hazlo. Déjalo sin palabras. Yo te espero aquí.

No muy convencida de que deba seguir su consejo, bastante cuestionable, ya que llevo mucho tiempo repitiéndome que ningún tipo merece tanto la pena como para hacer estas cosas, vuelvo al punto de partida. Llamo al timbre, pero con decisión y presionando bien, cuadro los hombros y, cuando se abre la puerta y me encuentro otra vez con Angélica (que a lo mejor se llama Angelines y ha modificado su nombre para que sea más guay), la empujo cual macarra poligonera, pese a ir arreglada como para una boda, y camino hasta el salón.

—Buenas noches —digo en tono educado—, sólo será un minuto. He olvidado comentar un asunto...

Me acerco hasta Joel, que se ha puesto en pie, confuso como el que más, y allí, delante de todos y de su representante, que como no podía ser de otro modo vigila desde la puerta, lo beso sin darle opción a que respire. A lo grande, con mucha lengua y descaro.

Alguien se aclara la garganta. Me da igual. Sólo cuando lo considero oportuno libero sus labios y aprovecho para susurrarle:

—Hasta el fin de semana.

Y como he entrado me marchó. Con la cabeza bien alta.

—Disculpen esta interrupción —oigo decir a Angélica, pero no me detengo hasta llegar al coche, donde me espera Mapi.

—Arranca, por favor —le pido como si acaba de atracar un banco y ella fuera mi cómplice al volante.

Nunca me ha dado por la vida criminal, aunque creo que el corazón se pone también a mil por hora.

## Capítulo 30

—Xim, despierta, joder...

Alguien me está zarandeando y no me gusta. Ahora que había pillado el sueño. Se enciende la luz de mi dormitorio y gruño.

—¡Levanta, coño! —insiste la misma voz sin dejar de zarandearme.

Enfoco la mirada y veo a Tito, despeinado y en calzoncillos, creo que son unos del Capitán América, mirándome con cara de pocos amigos. Él, no el Capitán América.

—Que no quiero follar, déjame dormir.

—Arriba, hostias, que tu amante está en el salón y tú, que duermes como una ceporra, no has oído el timbre y me he tenido que levantar yo.

—Ostris... —Me incorporo de repente—. ¿Joel está aquí?

El reloj del móvil me dice que son las dos de la madrugada.

¿Y si estoy soñando?

—Tú sabrás cuántos amantes tienes —se burla Tito.

Busco algo con lo que salir del dormitorio, no porque me dé vergüenza que me vea en bragas y camiseta, sino porque son de lo más cutres. Pillo lo primero que tengo a mano, una bata. Sí, una bata, ¿qué pasa? De las de felpa de toda la vida. Me la regaló mi madre y, aunque me pareció una prenda desfasada, al final le estoy sacando partido.

Encuentro a Joel en el salón. Vaya pinta que me trae.

—Reconciliaos en silencio, por favor, que mañana tengo que madrugar —exige Tito, antes de cerrar la puerta de «la polvera».

Lleva un chándal digamos poco glamuroso, unas deportivas azules y una cara de mala hostia que ya veremos qué pasa a continuación.

—¿Has conducido dos horas para venir aquí? —Asiente—. ¡Son las dos de la madrugada!

—Lo sé, joder —masculla, y da la sensación de estar cabreado consigo mismo.

—¿Y por qué has venido?

Ostris, qué pregunta tan estúpida acabo de hacerle.

Joel inspira, se peina con los dedos y avanza hacia mí.

—En lo único que podía pensar era en estos labios rojos alrededor de mi polla —contesta, acariciándomelos a pesar de que el maquillaje ya es historia.

No veas lo que tardé en quitarme todo aquello de la cara.

—Tanta poesía me abruma... —musito, y esboza media sonrisa.

Bueno, la cosa se está arreglando. No niego que hoy, entre su aparición estelar de madrugada y la mía en su casa, estamos copando el primer puesto de los más moñas del planeta.

Se inclina despacio y me besa.

—¡He dicho que os reconciliéis en silencio! —nos grita una voz, seguida de un portazo.

A la mierda mi compañero de piso y sus tonterías.

Rodeo el cuello de Joel con un brazo y le acaricio el nacimiento del pelo, mientras sigo besándolo y, de paso, derritiéndome. Él me abraza, me sujeta con fuerza y me responde con la

misma intensidad. Como motos nos ponemos entre susurros, gemidos y manoseos, hasta que consigo a duras penas despegarme y preguntarle:

—¿Te quedas?

—Heidi..., no hagas preguntas si ya sabes la respuesta —musita seductor, y vuelve a la carga de tal forma que a trompicones llegamos a mi habitación.

Cierro la puerta como puedo, pues no deja de meterme mano por cualquier hueco de la ropa, tampoco es que lleve mucha encima. Llega a mis pechos y, tras manoseármelos con saña, va a por los pezones. No os hacéis una idea de cómo me excita cuando me los aprieta.

Yo intento corresponderle de alguna manera, sin embargo, lleva el control y me resulta complicado llegar a su piel.

—Antes has dicho que no querías follar, lo he oído —musita, y se aparta para mirarme a los ojos, aunque sus manos siguen haciendo de las suyas.

Me tiene jadeante, cachonda, y me cuesta un poco hilar una respuesta medianamente convincente.

Pregunta trampa, porque si ha oído la conversación, sabe que lo he dicho antes de que Tito me comunicara su presencia.

—Es una broma entre nosotros —miento, y lo beso, al tiempo que meto la mano dentro de su pantalón. También podría haberle dicho que soñaba con él, sin embargo, me parece menos creíble.

Lo bueno de la ropa deportiva, aparte de ser cómoda, es lo fácil que es meterse mano. Lo acaricio por encima de los bóxers, sabiendo que eso lo pone cardíaco, mucho, y su «Heidi, la hostia, me vuelves loco» confirma que le tengo, perdón por el horroroso juego de palabras, en mis manos. Acto seguido, en vista de lo duro que está, opto por ser más osada y agarrarle la polla directamente. Lo acaricio, arriba y abajo, incluso avanzo más hasta llegar a sus testículos y presionar. Lanza un gemido que me pone muy cachonda, así que sigo masturbándolo.

Jadea y mueve las caderas al ritmo que marca mi mano.

Es una maniobra de despiste y funciona, pues no vuelve a preguntar.

—Quítate esto tan espantoso —ruega, e intenta bajarme la bata por los hombros. Colaboro y me quedo ante él con unas sencillas bragas y una camiseta de dormir bastante cochambrosa—. Y ahora busca ese puto pintalabios que llevabas, quiero que me dejes marcas de carmín por toda la polla.

—Eso... no va a ser posible. —Frunce el cejo, así que le explico—: Es una barra de labios ultrarresistente, no deja marcas.

—Joder, pero ¿qué mierda de cosméticos hacen ahora? —gruñe, y casi me echo a reír, aunque al final me encojo de hombros.

—Yo no soy ninguna experta en el tema —me justifico.

Para que no se me venga abajo, le pido que levante los brazos para desnudarlo de cintura para arriba. Lo empujo hasta que queda junto al borde de la cama. Al tener a mi disposición tanta piel, dibujo un reguero de besos hasta quedar de rodillas y a la altura de su erección.

—Siéntate —le pido mimosa, y me humedezco los labios despacio, para que aprecie bien el gesto—. Algo se podrá hacer...

Obedece raudo y primero me deshago de su calzado, después le indico que levante el culo y arrastro los pantalones junto con los bóxers.

—La hostia, Heidi —grazna cuando le chupo sólo la punta, recorriendo todo el glande con la lengua.

Y no es más que el principio...

Embadurno bien de saliva todo su miembro, le aprieto las pelotas con la mano y bajo la cabeza



hasta tragármelo entero. El gemido de Joel es increíble y me anima a proseguir.

—Te voy a hacer la mejor mamada de la historia... —prometo seductora, y él inspira hondo.

—Te creo... —jadea—. Joder..., vaya si te creo.

Me acaricia la mejilla sin apartar la mirada de mi boca. Supongo que ver cómo su polla entra y sale lo excita tanto o más que la sensación de humedad y calor que obtiene entre mis labios. A cualquier hombre, poder ver con todo lujo de detalles cómo se la chupan lo vuelve loco.

Ronroneo, lamo, succiono, raspo con los dientes..., en definitiva, consigo desesperarlo. Paso la lengua, subo la mano por su torso hasta que él me agarra de la muñeca y se la lleva a la boca para chuparme uno a uno los dedos.

Ostris, tengo que apretar los muslos debido al escalofrío que me recorre.

No debo despistarme, yo a lo mío, a dejarlo sin aliento, a proporcionarle un recuerdo inolvidable y, después de la parte cursi, añadiré que, por supuesto, quiero que se corra como nunca.

Está a punto, lo noto. Arquea las caderas de forma desesperada. Tiene la respiración entrecortada. Ya no sólo me chupa los dedos, me los muerde. Mantiene la otra mano en mi nuca y presiona hacia abajo para que ni se me ocurra apartarme y para poder seguir metiéndola hasta el fondo.

Respiro hondo por la nariz para no tener arcadas. Una técnica que me enseñó ya sabéis quien. Y funciona.

—Más fuerte, más, joder, sí, así, hasta el fondo, Heidi... Cómo la chupas.

Estoy por responderle: «Pues claro, es la mejor mamada que te han hecho nunca, guapo». Sin embargo, no digo ni una sola palabra, porque ya lo estoy demostrando con hechos.

Joel está desatado, jadea y gruñe. Me tira del pelo. Arquea las caderas, no puede controlarse. Bien, ahí es adonde quiero llevarlo. Al límite.

—Córrete... —musito o más bien ronroneo.

—... En tu boca —jadea—. Joder, claro que sí.

¡Cómo me pone este hombre cuando dice estas cosas!

No hace falta que os cuente lo que ocurre a continuación. ¿O sí? Vale, para quienes son más cotillas, allá van los detalles morbosos. Quienes no queráis, saltaos los siguientes párrafos.

Joel me agarra del pelo, lo enreda en un puño y tira. Un pequeño ramalazo de dolor que me encanta. Está a puntito, creo que hasta ha temblado.

—Me encanta tu polla... Tan dura, tan suave, tan... bonita.

—¡Bonita? No te pases —gime.

Alzo la vista, Joel me mira con los ojos entrecerrados y se corre, entre gruñidos. Llenándome la boca y yo, sin más, me lo trago y lo limpio bien con la lengua. Él sisea, me libera el pelo y se deja caer hacia atrás.

Se acabó la parte morbosa.

O no, por si os habéis saltado los párrafos anteriores.

Me incorporo despacio y gateo por su cuerpo, besándolo desde el ombligo hasta llegar a su boca. Le mordisqueo la barbilla. Joel emite un murmullo de puro placer, tiene los ojos cerrados y los brazos en cruz. Yo me acurruco sobre él y dejo que se recupere.

—Ven aquí, Heidi —musita, y me da un fuerte abrazo. Intenso. Muy significativo.

Prefiero hacerme la tonta.

—Mmmm, un abrazo de oso —comento, en un intento de que no nos pongamos excesivamente emocionales.

—Es lo mínimo que puedo hacer tras dejarme seco.

Busco su muñeca y le tomo el pulso. Poco a poco se va calmado. Sonríe encantada por haber sido capaz de satisfacerlo.

Cambiamos de postura para poder acostarnos mejor y cubrirnos con las sábanas.

Es el momento de dormir así, juntos, sin necesidad de más.

Por mi parte estoy más que dispuesta, ya que prefiero no hablar. Soy una cobarde, lo admito, pero de momento es lo mejor. Dejemos que esta relación continúe siendo así, sin demasiados lazos emocionales que después, cuando se rompen, son los que duelen y te obligan a vivir con el piloto automático. Soy doctora honoris causa en esa materia. La de veces que me he ilusionado, sobre todo cuando era una veinteañera inexperta. Todas hemos pasado por la desagradable experiencia del enamoramiento tonto con el que te ilusionas como una colegiala, te crees muy madura porque ya no eres una niña, pero el palo te lo llevas cuando el tipo, así, por las buenas, te suelta que aún no está preparado para comprometerse. Como si hacerlo fuera una condena. Por suerte, con cada tropiezo una se va espabilando y reduciendo el nivel de ingenuidad.

Y, tras cumplir los treinta, ya he logrado mi doctorado en inmunidad emocional; de ahí que me esfuerce tanto por no implicarme, aunque reconozco que con Joel me está costando más de lo habitual y eso es una señal inequívoca de que me importa demasiado.

—Hoy ha sido un día de mierda, pero esto lo compensa todo —dice él al cabo de un buen rato.

—Pensaba que te habías dormido —contesto en voz baja.

Noto su mano recorriéndome la espalda en un gesto que interpretaría como afectuoso. Y me gusta sentirme así, abrazada. Lo de susurrar ya me parece más íntimo y por tanto peligroso. A veces, tras un buen revolcón, sin querer se bajan las defensas y se habla más de la cuenta.

—Debería, sin lugar a dudas, porque tus habilidades orales son el mejor método para dejar a un hombre relajado y muy muy feliz.

—Oh, gracias.

—Heidi..., siento lo de esta tarde.

—No te disculpes, no merece la pena.

—Joder, ¿cómo que no? —masculla, y rompe el abrazo para colocarse de costado frente a mí.

No puedo apreciar bien su expresión, debido a la oscuridad, por lo que alzo una mano y le recorro la frente. Me doy cuenta de que frunce el cejo.

Suspiro e intento quitarle hierro al asunto.

—Lo entiendo, estás metido en algo muy gordo.

—No te puedes hacer una idea —me confirma—. Cuando firmé el contrato, prometieron respetarlo todo, no hacer modificaciones más allá de las imprescindibles, y ahora... ¡Joder! Ahora hasta quieren dejar un personaje como mero figurante.

—¿Cuál?

—El conserje.

—¿Cómo?! —pregunto extrañada—. Es fundamental para la trama, es el que lo ve todo, el narrador.

—Pues quieren dejarlo como un personaje más, decorativo, dicen que eso de sus inclinaciones de voyer puede malinterpretarse. Y encima pretenden darle un tono romántico a la relación entre la jefa y su admirador.

Me explica que los productores quieren centrarse en la historia de los dos protagonistas y hacer que tenga un cariz menos tortuoso y más romántico, algo que desvirtuaría la novela original, donde, y lo siento, pero os voy a jorobar el final, el asunto no acaba bien. Tampoco mal, de ahí que yo, y muchos lectores más, esperemos la continuación, de la que, por cierto, Joel no suelta prenda.

Debería haber aprovechado mis dotes orales para sonsacarlo, ahora que lo pienso.

Sigue contándome que en las reuniones de guion están en desacuerdo permanente y que a este paso la producción se va a complicar. Ya empiezan a acusarlo de ser el típico autor intransigente.

—A ver, un momento, que yo me entere —digo muy seria—; es una novela con alto contenido sexual, no pueden cargarse al conserje. ¡No lo permitas!

—Vaya, qué énfasis. A lo mejor sería bueno que estuvieras en la próxima reunión.

—A Angélica no le haría mucha gracia —le recuerdo, pese a saber que mencionar a su representante puede crear mal rollo.

—Angélica hará lo que yo le diga —afirma tajante—. Ya me está tocando mucho los cojones revoloteando todo el día a mi alrededor.

—Hace su trabajo —contesto diplomática, pues hablar de esa tiparraca de madrugada y en mi cama no me hace mucha ilusión que digamos.

—Ya, su trabajo —repite con retintín.

«¿Y por qué no la despedes?», me dan ganas de preguntar, sin embargo, me muerdo la lengua. Me entendéis, ¿verdad?

—Bueno, no le des más vueltas —le recomiendo, y me inclino para darle un beso rápido antes de añadir—: Buenas noches.

Murmura algo parecido a «buenas noches» y me rodea la cintura con un brazo.

—¡Joder! —exclama de repente, sobresaltándose.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto; a ver si me entero de por qué ha dicho eso, que no gano para sustos.

—Que no tengo la menor delicadeza —responde, y me deja aún más confusa—. Ven aquí.

Mmmm, ¿ese tono seductor a qué se debe?

Pues supongo a que quiere tema, porque mete una mano dentro de mis bragas y comienza a acariciarme.

—Joel..., que es tarde y mañana madrugo —me quejo sin demasiada convicción, la verdad, porque está presionando ahí, sí, justo ahí.

—Soy lo peor, Heidi —añade en un susurro, y comienza a besarme. Yo, no sé si en un acto reflejo o qué, me acuesto boca arriba y, ya de paso, separo los muslos, dándole acceso—. He llegado aquí a las tantas, te has arrodillado, me has dejado follarte esa boca... —un dedo se cuele bien dentro, haciéndome gemir de forma contenida—, me has escuchado, ¿y qué hago yo?

Trago saliva, arqueo la pelvis. Su mano continúa enredando en mi sexo y cuando digo «enredar» me refiero a que al menos un par de dedos están dentro y otro presionando sobre el clítoris, y ya sabéis qué pasa cuando se pulsa el interruptor general.

—Nada, no hago nada —prosigue, y se me escapa un gemido de esos que delatan a cualquiera—. No tengo excusa para este comportamiento tan desconsiderado.

—No hacía falta —miento con descaro.

—Lo dices por quedar bien, cuando resulta que estás empapada. ¿Tan cachonda te pone chupármela?

—Mmmmm...

—Deberías habérmelo dicho —continúa con ese tonito medio burlón, sin dejar de masturbarme, con bastante habilidad, todo hay que decirlo.

Ya no merece la pena controlarse y me desato por completo. Joel me muerde en el hombro y después comienza a susurrarme obscenidades.

—Eso es, Heidi..., muévete contra mi mano, eso es, disfruta...

—Joel... Joel... —jadeo.

—¿Sí, Heidi?

—Dale un poco de caña a esa mano, que estoy a punto.

—Espera un minuto...

Me deja patidifusa, pues, en vez de obedecer, se aparta hasta llegar a la mesita de noche y encender la luz, lo que me molesta.

—Así mucho mejor —dice convencido, y, por suerte, vuelve a meter la mano dentro de mis bragas y retoma sus atenciones—. Aunque me dan ganas de dibujarte mientras te corres.

—¿Eso... ha... sido... un... cumplido?

—Eso es la puta realidad —masculla.

—Pues no se puede estar en misa y repicando —acierto a decir, y él se ríe entre dientes.

—Lo sé, y bien que lo lamento. Ahora... —mueve los dedos con más rapidez— córrete.

—Ostrissssss... Sí...

## Capítulo 31

Hacía mucho, creedme, que no contaba las horas para salir del trabajo. Y eso que vi a Joel hace dos días, cuando se presentó en casa de madrugada y..., bueno, ya sabéis lo que pasó.

Tengo la bolsa de viaje en el coche, y he incluido una barra de labios de un rojo casi insultante, comprada en un bazar, porque la idea es dejarle marcas en todas partes, incluida la que estáis pensando. Después de salir escopetada, voy a ir a su casa. A ver, no es el primer fin de semana que pasamos juntos, sin embargo, creo que éste va a ser más especial y que él lo necesita, pues está muy tenso y, a pesar de que voy a romper otra regla de oro, ejerceré de pareja comprensiva y que presta su apoyo.

Escucharé sus quejas, le daré un masaje y hasta puede que le prepare una tortilla de patata para levantarle el ánimo (entre otras cosas). Con Tito funciona.

Joel me ha enviado un par de mensajes, uno normal, diciéndome que me espera y otro que..., uff, he tenido que abanicarme, pues me explicaba de forma muy gráfica para qué me espera. Además de para ir a un restaurante japonés que han abierto cerca de su casa, malpensados.

—Uy, uy, qué nerviosa te veo —se guasea Ful, y le hago una peineta.

—Envidia cochina —replico, y se ríe—. Se nota que te va bien con tu maridín.

—Pues sí, ahora estamos mejor que nunca. Ese crucero que hicimos el mes pasado nos ha ayudado mucho.

—Me alegro de verdad.

Me voy a la oficina de Fran para hablarle de las ventas y gastos de esta semana. Ya le he mandado los excel por correo, sólo he de repasar ambos listados con él. Llamo a la puerta de su oficina y entro. Mi jefe está hablando por teléfono y no debe de ser una conversación agradable, pues tiene el cejo fruncido. Me hace un gesto para que me siente y espero.

—Lo siento —dice al acabar la conversación—. La pija y sus tonterías.

Es increíble que la siga llamando de esa forma. No lo hace en tono despectivo, sino con cariño. Y a Mapi no parece molestarle. La extraña pareja. Sigo sin ver qué los une o por qué continúan juntos.

—¿Mapi está bien?

—Demasiado bien, diría yo —masculla Fran—. Este fin de semana, o finde, como dice ella, se va con sus amigas a un spa. Y sin avisarme, claro, que me da más por el culo.

A ver, entiendo a Fran, pero también a ella y, bueno, después de su acertado asesoramiento, mi bolsa de viaje contiene dos cosillas muy apañaditas. Por si no lo habéis deducido, llevo un conjunto de ropa interior púrpura, compuesto por bustier y tanga, y uno que yo me sé va a acabar taquicárdico perdido.

Y, como ya he mencionado, la barra de labios barata.

—Menos mal que mi madre me echa un cable con el niño...

Fran no es una excepción. Seguro que si fuera al revés y él fuera a marcharse de viaje, Mapi no tendría ni un problema en quedarse sola con su hijo.

—¿Has abierto los excel? —pregunto, y sí, he sido poco sutil, porque prefiero no saber detalles

de la intimidad de mi jefe, aunque entre él, Mapi y Mariana es difícil no enterarse.

Repasamos ambos documentos. Le explico las previsiones y vemos que han subido un poco los gastos de mantenimiento, lo que se traduce en que habrá que hablar con la empresa que se ocupa de ello. La producción se mantiene y por tanto Fran se siente satisfecho. Una vez revisados los datos, me entrega varios tíquets de gastos ordinarios, tanto personales como de empresa, para que los contabilice. Sí, le gestiono también sus cuentas privadas. Y no, no os pienso decir cuánto gana.

Con la tarea acabada y unas ganas locas, muy locas, de irme a casa de Joel, hago lo impensable: preguntarle a Fran si me puedo marchar antes de la hora. Él arquea una ceja sorprendido, pues nunca he hecho algo así. Me mira con una expresión curiosa, aunque yo sé que no va a preguntar, porque lo más seguro es que Mapi ya le haya contado algo. Da igual, he conseguido mi objetivo. Me despido de Ful con un beso al aire muy a lo diva y me voy directa al coche. Dudo si avisar a Joel o no sobre el adelanto de hora, pero decido que es mejor darle una sorpresa.

—Venga, que sólo son dos horas de volante —me digo animada, y enciendo la radio nada más arrancar mi Golf.

Desconozco cuál es la canción ideal para conducir cuando vas a pasar un fin de semana con un hombre (de momento no pongo etiquetas, ¿vale?), pero en la emisora que llevo sintonizada, una de éxitos de los ochenta y noventa, suena *Erotica* de Madonna. Genial, así me voy poniendo a tono.

\* \* \*

Todo va viento en popa a toda vela. Llego y aparco justo ante la puerta. El adosado de Joel no tiene pérdida, es el más grande de la urbanización. Según me contó, lo compró en construcción y juntó tres parcelas, de ahí que hasta se haya podido hacer una piscina. Desde luego, no se priva de nada. En fin, detalles tontos que cuento porque sí, porque estoy nerviosa, ya que seguramente os importan un pimiento.

Saco del maletero la bolsa de viaje y llamo al timbre, al tiempo que esbozo una sonrisa radiante, intentando no pensar en el tanga, que ahora mismo me viola un poco. Nunca me acostumbraré a estas modernidades.

Lo siento, pero soy de braga tradicional. La de sacrificios que estoy haciendo por un hombre, espero que merezca la pena.

La puerta se abre y veo a Joel con cara de pocos amigos, despeinado, con un pantalón de chándal gris, descalzo y desnudo de cintura para arriba.

No todo iba a ser malo.

—¿Llego en mal momento? —pregunto con cautela.

Él niega con la cabeza y sonrío. Uff, reconozco que lo he pasado mal.

—No te esperaba hasta... —Mira el reloj y añade—: ¡Joder! Se me han pegado las sábanas. Anda, pasa, enseguida me arreglo.

Vaya, lo he pillado en la cama. Prometedor.

—¿Una mala noche? —pregunto, mientras lo sigo por el pasillo que lleva al salón, que, por cierto, está patas arriba. Papeles amontonados, restos de una cena de comida rápida y latas de cerveza.

—Una pesadilla, sí —me confirma, y en vez de ir a arreglarse me acorrala contra la pared del pasillo y susurra—: Pero ya estás aquí y... —Me besa con verdaderas ganas, a lo posesivo, sujetándome bien, devorándome la boca, y para dejarme ya con ganas de más, me inmoviliza antes de añadir—: Como te he dicho..., tengo planes.

—Ya lo veo —murmuro, notando como la parte más sobresaliente de su pelvis encaja con la mía.

—Y como has llegado antes de lo previsto... —mordisco en el lóbulo de la oreja, escalofrío general y excitación en curso—, tenemos que entretenernos con algo, porque hasta las tres no tenemos la reserva para comer.

—Puedo recoger el salón mientras tú te duchas —propongo, y él se ríe de medio lado.

A ver, yo no he venido a hacer de chacha, es evidente, sin embargo, se lo he dicho para caldear un poco el ambiente, porque sé que Joel tiene una asistenta tres veces por semana.

—O puedo echarte el polvo de tu vida sobre esa mesa, después de apartar de un manotazo los trastos.

—Es una opción —musito con aire mimoso.

—Heidi..., no me provoques.

—Pues... no... digas... cosas... que... no... pretendes... cumplir...

Joel entra al trapo y, tras besarme en plan agresivo, me lleva hasta el salón, Barre con un brazo la mesa, me da media vuelta y me empuja hasta quedar doblada, con el culo en pompa, sobre la madera. Y encima me da un buen azote.

—Te la voy a meter de golpe —masculla, y empieza a pelearse con la cremallera de mis vaqueros—. Joder, ¿justo hoy tenías que ponerte unos tan ajustados?

—¿No me quedan bien? —pregunto con recochineo y muevo el culo en clara señal de provocación.

—De puta madre —responde gruñón y me gana otra palmada.

Con bastante dificultad, me baja los pantalones y el tanga al mismo tiempo. Una pena, tenía planes con la lencería.

¿Veis cómo a veces no hace falta llevar tangas incómodos?

Primero, fuera las zapatillas. Me levanta una pierna y después la otra para sacarme los vaqueros y los manda a saber adónde. Se incorpora y él, que sólo lleva unos deportivos, se los baja hasta dejar libre su polla y comienza a restregarse contra mi trasero.

Enfoco la mirada, lo único que veo es una lata de cerveza y un cenicero. Cutre a rabiar, un componente sórdido que me encanta. Esto no estaba premeditado, o no mucho, en todo caso.

—Este culo se merece un buen polvo.

—Pues no me hagas esperar... Joel.

—Cuando susurras así me pones muy bruto.

Me acaricia la espalda metiendo la mano por debajo de la camiseta hasta llegar al cierre del sujetador, juega con él, pero no lo desabrocha.

—Yo pensaba que esto iba a ser un visto y no visto —murmuro, y Joel se ríe entre dientes.

—Como quieras, Heidi...

Adelanta las caderas y sí, de un empujón me la clava, pero bien, con ganas y fuerza. Jadeo de forma escandalosa, como no podía ser de otro modo.

—Joel...

—No te haces una idea de lo cachondo que me pone oírte gemir así.

Estiro los brazos, apoyo la mejilla en la madera, pasando por alto la suciedad, y me dejo llevar. Joel imprime un ritmo rápido, furioso, y sí, brutote. De vez en cuando, es una delicia esto de no hacer nada, de quedarse quieta y, aunque suene a topicazo, comportarse como una sumisa. Una que, por cierto, después, cuando tenga la oportunidad, se vengará de forma creativa, no lo dudéis.

Yo también tengo un lado dominante y seguro que invertir los papeles puede resultar divertido. Espero que Joel no salga corriendo si un día me presento con la fusta y los tapones anales. ¿Qué? A muchos tíos les gusta.

—Esto es sólo un adelanto, Heidi, un adelanto —jadea entre empujón y empujón—. Nos vamos

a pasar el fin de semana follando como locos.

—Pues no me he traído las vitaminas —replico en un intento de ser graciosa, aunque mi cuerpo no está precisamente para chistes, ahora se está preparando para otra cosa.

—Pues ya puedes ir mentalizándote, no te voy a dar tregua.

—Espero que tengas al menos ColaCao —resoplo, pero por si acaso llevo unos sobres en la maleta. Soy una chica previsor.

Joel se echa a reír, aunque no pierde comba. Empuja, jadea, gruñe y yo hago lo mismo, bueno, lo mismo no, que apenas me muevo. Ya he admitido que por un ratito soy sumisa. Oír cómo su cuerpo choca con el mío, sentir sus dedos clavándose en mi trasero, aguantar la tensión, el olor a cenicero, las expectativas del fin de semana, las ganas de estar con él... La suma de todo hace que esta situación desemboque en un orgasmo de esos que te alegran el día.

—¿Satisfecho? —pregunto cuando se retira.

Noto mis muslos pegajosos. Sí, lo hemos hecho a pelo, algo que decidimos hace ya unas semanas, después de hablarlo. Ni él ni yo tenemos intención de ir por ahí follando a lo loco, así que podíamos prescindir de los condones.

—No —murmura y me ayuda a incorporarme.

Se sube el pantalón deportivo y enseguida lo tengo rodeándome la cintura con los brazos. Me aparta el pelo de la cara, porque con semejante meneo me ha despeinado, y se inclina para besarme.

—Mmmm... —ronroneo ante este gesto tan cariñoso.

Empiezo a acostumbrarme, pues Joel pasa de modo cañero a mimosín con una rapidez asombrosa. Y admitiré, porque es absurdo negarlo, que disfruto como una loca del lado cañero y que cada vez me es menos incómodo su lado mimosín.

—Ahora ya puedes limpiar el salón mientras me ducho —se guasea, y me da un piquito antes dejarme aquí, desnuda de cintura para abajo y rodeada de desorden.

—¡¿Y mi ColaCao?! —grito a su espalda; sin respuesta, claro.

\* \* \*

Para salir a comer, en vez de uno de esos trajes de tipo serio y profesional, Joel aparece con vaqueros y sudadera. Todo de marca, eso sí, aunque con ese atuendo parece un treintañero despreocupado.

Me propone ir caminando hasta el restaurante y no me importa, pues hace un día agradable y viene bien dar un paseo. A los cinco minutos de salir de casa, Joel, así a lo tonto, como quien no quiere la cosa, me coge de la mano.

A ver, no me aparto ni escondo la mano, sin embargo, me doy cuenta de que ir cogidos por la calle es toda una declaración de intenciones, no me lo neguéis. Tampoco me he puesto nerviosa ni nada parecido, por si os lo estabais preguntando.

Ha sido el comienzo de una jornada increíble. Una piensa que, cuando te acuestas con un tío, después poco o nada se puede hacer con él. Es sin duda el indicio principal de si hay posibilidades o no de que cuaje algo. A ver, con Tito me he pasado horas y horas hablando, llorando, riendo y follando (que no lo he ocultado nunca), sin embargo, no me veía con él en plan pareja. Y he aquí la diferencia que veo, mientras paso el tiempo con Joel. Sí, quiero volver a acostarme con él y a hacer locuras, desmadrarme y lo que surja, pero también quiero pasar momentos como los que hemos vivido hoy. En el restaurante, compartiendo mesa, anécdotas y algún que otro comentario picante.

Y eso que no me entusiasma la comida japonesa.



O después, cuando hemos dado un buen rodeo hasta casa, cogidos de la mano (otra vez) y haciendo un alto en el camino para entrar en una pastelería artesana (sí, esas de toda la vida, que no venden chuminadas gourmet, sino pasteles) y nos hemos puesto las botas.

Y ahora, cuando estoy en la cama, desnuda, con él dormido al lado, me da por pensar. Ya lo sé, ésta siempre es la parte más aburrida. Yo también leo novelas en las que mataría a la protagonista cuando se pasa tres capítulos divagando, pero quiero pensar y si no os gusta, hale, pasad página.

Si continuáis aquí os preguntaré sobre qué quiero reflexionar.

Pues, por ejemplo, sobre que, dejando a un lado algún que otro detalle que he ido conociendo, apenas sé nada de Joel. Sí, os podría describir a la perfección cómo es su cuerpo. No, no le he medido la polla, por si hay alguien que lo piensa.

Y no, no tiene tatuajes ni piercings. Sólo una pequeña cicatriz en el muslo, que parece antigua, así que puede deberse a mil asuntos. Cuando alguien te importa (y Joel me importa), quieres conocer detalles que no se ven a simple vista, aunque tampoco quiero que me haga una ponencia sobre su vida y milagros.

Yo me refiero a datos más personales. Vale, antes de seguir, para que no me deis la turra con eso, en cuanto tenga oportunidad se la mediré. Sigamos. No sé, por ejemplo, si es alérgico a algún alimento. Podría curiosear por su casa y ver qué música le gusta. El tema de la vestimenta ya lo tengo controlado.

—¿No serás una de esas psicópatas que, tras follarse a un tío, se lo queda mirando fijamente mientras duerme? —pregunta Joel sin abrir los ojos, lo que tiene miga, porque yo lo único que he hecho ha sido respirar.

Y sí, también comérmelo con los ojos, que desnudo y en la cama a medio cubrir me pone mucho.

—Y, no contenta con mirarlo, planea secuestrarlo si él decide largarse —añade con el mismo tono guasón.

—Mmmm, secuestrarte..., qué buena idea. Lástima que se me hayan olvidado las cuerdas y la cinta americana para amordazarte.

—Entonces ¿me secuestras o no?

—No, de momento no.

—Qué lástima —musita con aire bromista.

—Tengo que perfilar el plan, tranquilo.

—¿Y por qué me miras así?

—Porque quiero hacerte algunas preguntitas... —contesto, y, para no parecer una cotilla insufrible, recorro con la yema del dedo su torso, deteniéndome justo en la línea que marca la sábana como tope.

—A ver, ¿qué preguntas son ésas? —dice, y se me pone juguetón, pues aparta la sábana. Sí, tengo que traer una regla y medirlo, que no se me olvide.

—¿Eres alérgico a algo?

Parpadea. Me mira. Se frota la cara. Parpadea. Frunce el cejo. Me mira.

—No pienso darte esa información —responde.

—¿Por qué no?

—Eres una secuestradora en potencia —aduce muy serio.

Ese comentario me hace reír.

—Vale. —Lo acepto de momento, aunque me lo apunto para más adelante—. Sigiente pregunta... ¿Familia?

—Para pedir rescate, supongo.

—Ajá —digo, y le doy un manotazo por tonto.

Me coloco también de costado, frente a frente. Es obvio que seguimos desnudos. Aún no hemos cenado, aunque tampoco tengo hambre, después del atracón calórico que nos hemos dado en la pastelería. Calorías que, por otra parte, creo que ya hemos quemado o, en su defecto, quemaremos antes de que amanezca. Ahí lo dejo.

—¿Por qué de repente estás tan preguntona?

Me encojo de hombros aparentando indiferencia, aunque no me negaréis que Joel intenta desviar la atención. Cierto que a veces hablar de la familia es la mejor manera de estropear un buen momento, sin embargo, podría hacer un esfuerzo y decirme directamente que es un tema vedado, lo entendería.

—Apenas sabemos nada el uno del otro... —comento en voz baja.

Joel me coge una mano, se la lleva a la boca y me la besa.

Nos quedamos en silencio. Esos ratos tontos que no sabes si duran dos minutos o veinte. A veces son incómodos, otros tensos y otros, como éste, de lo más extraños. Seguimos mirándonos y de algún modo hay que salir de este silencio.

—Tengo dos hermanas, una mayor y otra menor —dice de repente, sorprendiéndome—. Así que imagínate el fuego cruzado. Siempre he sido la diana de ambas cuando querían salirse con la suya, aunque aprendí a chantajearlas cuando querían ganarse mi favor. —Habla tranquilo y con una sonrisa permanente, eso es buena señal—. Mis padres están separados hace ya años y cada uno ha rehecho su vida. Mi madre vive en la costa con su novio, regentan una tienda naturista, y mi padre está liado con una mujer de mi edad y sigue siendo ese respetable y serio señor que trabaja en un banco, a punto de prejubilarse, aunque le gusta salir y divertirse una barbaridad.

—Vaya..., qué familia tan original.

—Mucho —bromea con una sonrisa.

Me inclino y le doy un beso suave en los labios. Mi idea inicial era sólo eso, un roce, una caricia ligera, pero con Joel debería saber ya que nunca será posible, porque cualquier contacto, por nimio que sea, nos enciende.

Tras besarnos a conciencia, pese a que, dadas las circunstancias, deberíamos tener los labios agrietados, Joel se echa encima de mí y susurra:

—Ahora te toca a ti, Heidi.

—Ehhh, ¿qué haces?

—Preguntarte por tu familia —responde medio en broma, porque no sé yo si es muy adecuado que lo haga estando encima y metiéndome mano.

—Sólo tengo una hermana, ocho años menor. Nuria. La hippy de la familia. No le vemos el pelo más que cuatro veces al año —digo, y me detengo cuando empieza a chuparme un pezón—. Joel..., éstas no son formas...

—Sigue hablando —ordena.

—Mis padres llevan casados treinta y cinco años. Mi madre es funcionaria en el ayuntamiento y mi padre trabaja en la compañía eléctrica como supervisor. Se... jubila... el... año... que... viene... ¡Ostris, Joel!

«Ostris Joel» significa que el susodicho está arrodillado entre mis muslos, enredando con la lengua. Como comprenderéis, no puedo pensar en la familia en semejante circunstancia. No sería decente, ¿verdad?

—Tienes que posar un día así, abierta de piernas, mojada, con la piel sonrosada... —musita y vuelve a lamerme de arriba abajo.

—No vas a dibujar mi... —Trago saliva.

—¿Coño? —dice él ante mi silencio—. ¿Por qué no? A mí me gusta. Mucho.

—Eso parece...

Joel se ríe y, estando como está, con la boca pegada a mi sexo, imaginad las vibraciones que transmite. Pero eso es sólo una pequeña parte de su repertorio de perversidades. Con la lengua presiona sobre el clítoris y utiliza los dedos para masturbarme y, de paso, que no soy tonta, usa mis fluidos para lubricarme el ano. No voy a mentir, es algo que siempre, en primera instancia, me da reparo, sin embargo, acabo disfrutándolo como una loca.

No es lo mismo que los tapones anales. Éstos no se mueven, son fríos. Provocan sensaciones, sí, pero no las mismas.

Inspiro hondo. Un dedo por detrás, dos por delante. Unos labios succionando y yo me derrito, me arqueo y me froto con descaro contra su cara, su mano o lo que sea, con tal de alcanzar el clímax.

Al parecer, Joel tiene otros planes. Se incorpora de repente, de rodillas entre mis piernas, y me las alza hasta hacer que mis tobillos se apoyen en sus hombros.

Expuesta por completo a él y a sus intenciones. Se agarra la polla con una mano y adelanta las caderas para impregnarse de mi lubricación natural. Lo va a hacer en esta postura, que es tan morbosa como dolorosa e incómoda.

Presiona, empuja. Me pide que me relaje y acto seguido añade:

—Te la voy a meter por detrás, hasta el fondo —jadea.

Trago saliva, asiento y me preparo. Se me escapa un gemido lastimero cuando noto la invasión. El primer empujón siempre es el más impactante. Entra un poco más. Sé que estoy siendo muy gráfica, pues imaginaos qué experimenta mi cuerpo. Una suma de sensaciones que me dejan con la garganta seca a pesar de querer gritar y animarlo a seguir.

—Joel...

—¿Sí?

—Hazlo, no me dejes a medias.

No hace falta, lo hace, hasta el fondo. Y comienza a moverse, pero no contento con eso, utiliza la mano para masturbarme y penetrarme por delante con un dedo. Esto es imposible de soportar. Estiro los brazos, retuerzo las sábanas, gimo enfebrecida, él jadea y se muestra implacable, embistiendo como un poseso.

La cama es grande, sólida, ergonómica y a saber cuántas pijadas más, y aun así traquetea debido a la fuerza que Joel imprime en cada envite.

—¡Madredelamorhermoso, qué polvazo!

—¡Grita, Heidi, grita, me encanta! —exclama cuando mis gemidos pasan de ser indecentes a escandalosos; pero ¿quién dijo que no debían serlo?

Inspiro hondo, ya noto todo mi cuerpo preparándose para liberar la tensión, para experimentar un clímax que te deja mejor que si te hubieras zampado una tableta de chocolate.

—Joel... Oh, Dios, sí, uff, sí... —resoplo justo antes de quedarme inmóvil, tiesa como un palo y, sí, satisfecha. Muy satisfecha.

—Joder... —gruñe, y da un último empujón. Se queda clavado y gira la cabeza para morderme un pie.

Yo me quedo tumbada, a la espera de que haga o diga algo, porque yo soy incapaz. Tanta intensidad sexual (y emocional, aunque no me atreva a decirlo en voz alta) deja a cualquiera en este estado un tanto comatoso.

Joel reacciona antes y se retira despacio. Eso me permite estirar las piernas. Y al irse al baño me deja un par de minutos a solas. Ostris, ¿dónde me estoy metiendo?

Puedo lidiar con la parte física, disfrutarla y salir indemne, es lo que vengo haciendo en los últimos tiempos; no obstante, cada vez afloran más emociones que me van a complicar la vida, porque no sé si quiero admitirlas.

Él regresa del baño con una toalla húmeda y me limpia. A ver, me da un poco de reparo, seguro que me entendéis, pero no tengo la fuerza de mandarlo a paseo ni de juntar las piernas. Así que cierro los ojos y le dejo hacer.

—¿Alguna cuestión más que quieras preguntarme? —dice acostándose a mi lado. Nos cubre con las mantas y después me abraza.

—Mmmm... Ah, sí: ¿cuánto te mide empalmado?

## Capítulo 32

—Esto es vida... —susurro, estirándome en la cama.

Ostris, ahora entiendo por qué la gente se gasta una fortuna en un colchón; se acabó ir a tiendas en liquidación en busca de gangas. He dormido como un bebé; de un tirón.

Bueno, también pueden haber influido las cantidades industriales de dopamina y a saber qué más neurotransmisores que ha segregado mi cuerpo tras el maratón de sexo y arrumacos de ayer. Es que no os hacéis una idea de lo a gusto que me he sentido. Y sí, quiero repetir; otro fin de semana como éste y me declaro.

Uy, no, espera, que a lo mejor esto último es precipitado. ¿A que sí?

Vale, tres meses y pico juntos. Buen rollo. Parece que somos compatibles. Buen sexo y como no todo va a ser follar, también hablamos entre polvo y polvo y sí, son conversaciones agradables.

O no, porque, ojo al dato, ¡no le gusta Luis Miguel! Qué pelea de almohadas. Como lo estáis leyendo. Le tuve que arrear con una por decir, palabras textuales: que es un moñas insufrible.

Pero, bromas aparte, es un indicador importante de la relación que tenemos y que me esfuerzo por mantener igual. ¿Cuántas veces, tras echar el polvo, te das cuenta de que no hay nada más?

Joel se ha levantado hace diez minutos, algo gruñón, porque lo que quería era haraganear y tontear. Como soy su musa, se ha comprometido a traerme el desayuno a la cama. No desconfío, claro que no, sin embargo, me da a mí que no es lo que se dice muy apañado con las tareas domésticas.

De acuerdo, perdería parte de su atractivo como dibujante el hecho de ponerse unos guantes de goma y, venga, a limpiar el retrete. Me río al imaginarlo de semejante guisa.

—Nos hemos levantado de buen humor, por lo que veo —dice Joel entrando en el dormitorio con una bandeja.

Qué poco arte tiene, pienso mientras sonrío encantada, porque ya que le ha puesto voluntad, tampoco es cuestión de señalar sus defectos.

Me fijo en lo que trae y sí, hay ColaCao.

—¡Ostris, qué detalle! —exclamo mientras me siento en la cama y, por pura estupidez, me cubro con la sábana.

—Sigo sin entender qué te atrae de este brebaje. Me ha costado una barbaridad que se disuelva bien en la leche —me informa, poniendo cara de resignación.

—¿No tiene grumos? —pregunto frunciendo el cejo, mientras cojo la taza.

—Joder, no, ya te lo he dicho. Me he pasado un buen rato dando vueltas con la cuchara.

—Pues siento decirte que le has quitado toda la gracia —contesto, y él suspira, sin duda resignado—. Pero me lo tomaré sin rechistar —añado rápidamente—. Porque necesito reponer fuerzas. —Me mira fijamente, espera algo más agradecido, así que digo—: Y porque me lo has preparado tú.

Esboza media sonrisa y saca su cuaderno. Mientras yo bebo a sorbitos mi ColaCao, él dibuja. De nuevo se instala el silencio, Joel pone cara de concentración y yo me preparo para a saber cuánto tiempo de posado.

Acabo el desayuno, picoteo un bollo y después me pongo a pensar. Otra vez a darle vueltas a lo mismo. Corro el riesgo de aburrir a cualquiera, sin embargo, es curioso que, así, como si nada, ambos nos comportemos de una forma natural. Cualquiera podría tener la impresión de que somos una pareja que se compenetra y que por tanto no tiene que parlotear de asuntos banales.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —pregunta sin mirarme, con un cuestionable tono indiferente, aunque yo sé que está pendiente de cada movimiento. Y eso que a dibujarme con una taza de ColaCao no le veo yo mucho tirón comercial.

—¿Con o sin ropa? —replico insolente.

Joel sonrío de medio lado y deja el cuaderno, tomando la precaución de que yo no pueda ver nada de lo que ha dibujado. Se acerca a mí, todo ese cuerpo a mi alcance..., esa mirada que irradia peligro..., sólo unos bóxeres azules que marcan muy bien su intención.

Aunque sigo sin saber cuánto mide su intención. Entre una cosa y otra se me ha pasado el tema.

—No hagas preguntas si ya conoces la respuesta...

—Mmmm —ronroneo cuando empieza a chuparme un pezón.

A falta de una comparación mejor, los tengo como guijarros, lo que hace que la humedad de su lengua sea aún más excitante.

Suspiro y separo las piernas para que se acomode mejor. Le acaricio la espalda, le revuelvo el pelo y también palpo su trasero. No me canso de manosearlo y él a mí tampoco, pues enseguida noto una mano tanteando en mi sexo, pero, lejos de gustarme, hace que ponga mala cara.

—¿Qué ocurre?

—Ya sé que esto te parecerá extraño, a mí por lo menos me resulta... raro —digo, mirándolo a los ojos—, pero no puedo, de verdad que me apetece muchísimo, sin embargo, tengo agujetas.

Joel se aparta a un lado, entiendo que no le haga mucha gracia mi confesión. Lo miro de reojo y veo que el muy puñetero, aparte de estar empalmado, disimula bastante mal su diversión. Lo pincho con un dedo y al final estalla en carcajadas.

—Agujetas en el coño, joder, qué rara eres, Heidi —acierta a decir entre risas.

—Si te sirve de explicación, es la primera vez —admito de mala gana.

Y no miento. ¿Os ha pasado alguna vez? A mí nunca, y eso que he tenido maratones sexuales de esos que te pasas el fin de semana dale que te pego. No obstante, creo que con Joel he batido el récord.

Él sigue descojonándose de risa y yo con los brazos cruzados hasta que se le pase la tontería. Muevo un poco la pelvis y sí, en efecto, voy a tener que descansar.

—La culpa es tuya —farfulto y Joel se pone de costado para mirarme, olvidando el dibujo.

Su expresión, como habréis adivinado, es de choteo y también de orgullo.

—Culpa mía... —repito con aire engreído, y bajo la mirada.

—Sí. Ha sido un no parar —le confirmo.

—¿Y qué te parece... hacer algo desnudos... y que no implique... follar?

—¡Estupendo! ¿Qué se te ocurre? —pregunto con desconfianza, ya que, aparte de dibujar, no sé muy bien qué podemos hacer.

—Relajarnos en la piscina —contesta, y se vuelve para darme un beso suave, rollito cariñoso, a la par que me abraza—. Así tus agujetas... serán historia y esta noche...

Ahora es mi turno de echarme a reír, no sólo por lo que ha dicho, que es excitante, sino también por ese tono seductor que derrite.

—Vale —susurro en respuesta, y ahora soy yo la que se lanza a besarle con ganas.

¿A que al final terminamos follando con agujetas?

Pues no, no lo hacemos, y el motivo no es que yo me aparte, sino su móvil, que comienza a

sonar, estropeando esta bonita estampa mañanera de besitos, ColaCao, frases moñas y arrumacos.

—A ver, ¿qué coño pasa ahora? —le espeta a quienquiera que sea, de mala leche, como se deduce no sólo de las palabras utilizadas, sino también del tono.

Frunce el cejo y se pasa una mano por la cara mientras escucha. Le hago un gesto para indicarle que me voy al baño y así dejarle privacidad, sin embargo, me sujeta de la muñeca para que me quede. Ostris, esto es confianza y lo demás son tonterías.

Y no sólo me sujeta la mano, sino que además entrelaza los dedos con los míos. Uy, qué bonito, ColaCao y manitas. Joel va en serio.

—No me jodas... No me jodas... —continúa mosqueado, sin soltarme—. ¿Hoy? ¡Maldita sea! Tengo vida privada, ¿sabes?

Debe de ser algo gordo para que se muestre tan desagradable. En fin, espero que no se nos estropee el fin de semana. Yo tendré agujetas, pero ya veréis cómo con ese baño relajante en la piscina me pongo en forma.

—¿Y no se pueden meter el jodido guion por donde les quepa hasta el lunes?

Uy, creo que ya sé con quién está hablando, y estando de por medio Angélica, alias la tiparraca, alias la bruja, alias la metomentodo, esto no tiene visos de acabar bien.

La conversación va subiendo de tono. Joel me libera, se pone de pie y empieza a ladrar al teléfono, soltando un montón de términos que se me escapan, supongo que detalles técnicos.

Con lo guapo que está así, casi desnudo, marcando paquete y el pobre de mala leche. Suspiro porque me gustaría echarle una mano. No en sentido literal, malpensados, aunque sí, ese culito es una tentación.

El próximo día traigo un tapón anal, a ver qué dice.

—¿Y tienen que venir aquí? ¡Joder, en puta hora os sugerí reunirnos aquí! —exclama junto al ventanal del fondo. Apoya la cabeza en el cristal, cierra los ojos y resopla—. De acuerdo, maldita sea. De la comida te encargas tú. Llama a quien te dé la puta gana, pero a media tarde lo quiero todo limpio y recogido.

Cuando termina la conversación, tira de malos modos el móvil en la cama. Me mira y noto su enfado. Suspiro, porque sí, en efecto, su trabajo nos ha jorobado el fin de semana, pero toca ser comprensiva.

Abandono la cama y me acerco para acariciarle la cara y susurrarle:

—Si nos damos prisa, podemos... relajarnos... en la piscina. Tú y yo solos.

No contenta con susurrárselo en plan seductor, le mordisqueo el lóbulo y eso hace que por fin Joel reaccione. Me sonrío y dice:

—No perdamos el tiempo...

Manda a paseo sus bóxeres y ambos nos dirigimos a la piscina. Me lleva de la mano. No hemos salido del dormitorio cuando me detiene en el pasillo para besarme o más bien derretirme con semejantes caricias.

Estoy coladita por él, pero que no salga de aquí, por favor.

Conseguimos llegar al agua y nos acomodamos en la zona que menos cubre, desnudos. Joel ha tenido la buena idea de traer un par de toallas para apoyar la cabeza. Ahora no nos tocamos, sin embargo, soy muy consciente de que está a mi lado.

Entonces empieza a comentarme los problemas que están teniendo con el guion de *Odio a mi jefa*, empezando por la disparidad de criterios sobre el contenido.

—El problema no es opinar diferente, es que quieran cambiarlo todo, lo que hace que en la productora se pongan nerviosos, ya que por cada día que nos retrasamos, se pierde mucho dinero. Ellos, lo mismo que la editorial, quieren anunciar ya la fecha de estreno, porque eso disparará las

ventas y creará expectativas.

—Y tú no estás de acuerdo en transigir con tantos cambios —murmuro, entendiendo su postura.

—Y todavía nos queda el proceso de animación; ellos quieren hacerlo digitalmente, porque es más rápido y barato, no obstante, yo creo que la técnica tradicional de dibujar en una mesa de luz le daría un toque más personal. Aunque muchos efectos hay que añadirlos después, de forma digital.

Como no tengo ni pajolera idea de qué es una mesa de luz, me lo explica y me quedo a cuadros cuando echo cuentas (deformación profesional, lo siento) de la cantidad de dibujos que hay que hacer. Él lo llama «frames», o algo así, por minuto. Una barbaridad, os lo digo yo.

Donde también tienen ciertos roces es con el doblaje. Joel pidió que sus personajes tuvieran la voz de actores con cierta fama, pero hay dos conocidísimas actrices que han rechazado la oferta debido al contenido sexual y la productora quiere recurrir a gente anónima por temas económicos, pues ya tiene personal en nómina.

Cuando comenta los presupuestos que mueve esta gente me quedo alucinada. Claro que Joel no se lleva el cien por cien de los derechos, tiene que repartir con la editorial y con Angélica. Aun así, es un buen pellizco.

¡Ostris! Ahora entiendo por qué su ex, Soraya, quiere aguantar un poco más y no divorciarse, la muy espabilada quiere pillar su trozo del pastel. Anda que no hay listas por ahí sueltas.

—Gracias por aguantar este rollo y escucharme —dice Joel, y me coge la mano para llevársela a los labios y besármela.

—Si quieres, para quedar empatados, te explico cómo hago el balance trimestral y el anual. Eso sí que aburre —comento, y, de reojo, lo veo sonreír.

Cuando llevamos un buen rato en silencio, cogidos de la mano, respirando cloro y tranquilidad, oímos el desagradable tono del timbre, así que no nos queda más remedio que abandonar la piscina. Que también iba siendo hora, porque tengo los deditos arrugados.

—Que esperen, joder —masculla Joel tenso, mientras nos dirigimos al dormitorio envueltos cada uno en una toalla.

—No te preocupes por mí, ¿de acuerdo? Con ese pedazo de tele que tienes y como estás suscrito a todas las plataformas de pago habidas y por haber —Joel pone cara de disculpa—, seguro que ni me acuerdo de ti —concluyo, para que se vaya tranquilo.

—Por mucho que te empeñes, voy a pensar en ti.

Uy, ¡lo que ha dicho!

—Anda, ve a trabajar —lo animo, observándolo mientras se pone unos vaqueros (sin cinturón, ahí, mostrando el elástico de sus bóxeres) y una camiseta azul. Atuendo (vale, *outfit* para los puristas) sencillo, que le da un aire de chico travieso.

—Ven aquí un jodido minuto —murmura, y me aprisiona contra su cuerpo para darme un morreo primitivo e incendiario—. Descansa, que esta noche voy a darte caña.

—Vale —susurro y cuando se marcha me siento igual que una gilipollas enamorada. Agradecida. Feliz.

Y pienso en el elástico de los bóxeres más de lo prudente.

\* \* \*

A la hora de comer, y pese a haberme quedado hasta entonces en un segundo plano, no me queda más remedio que ir a la cocina. Mi idea es prepararme un bocadillo, pillar una cerveza y listo. Por cierto, he reposado y mis agujetas casi son historia.

Sé que están reunidos en el salón, así que procuro pasar desapercibida y justo cuando camino



por el pasillo despacio, sin hacer ruido en dirección a la cocina, oigo la voz de Angélica.

—Claro que no, tonta. Ya verás cómo se soluciona todo.

Está sola, hablando por teléfono y en la cocina. Qué suerte la mía.

Dos opciones, entrar como si nada, prepararme el bocadillo y fingir una sonrisa educada o esperar a que se largue y ni siquiera cruzarme con ella, porque a buen seguro buscará una excusa para provocarme.

—Joel nunca se ocupa de esos detalles, para eso me tiene a mí —continúa diciendo con su tonito de sabelotodo.

Es que me repatea.

Vale, está haciendo su trabajo. Nada que me sorprenda; además, puede que sea una «porculera», y que yo la chinchara con lo de la auditoría para jorobarla, sin embargo, creo que mira por el bien de Joel. Así que, si esto va para delante, tendré que aguantarla. Nadie dijo que fuera perfecto, ¿verdad?

—No seas impaciente. Haz caso a tu abogado y aguanta, no lo provoques. Deja que se entretenga con esa imbécil que le calienta la cama hasta que se canse de ella. Es una pueblerina, Joel no tardará mucho. Espera a que cobre los derechos de la adaptación, después ya tendrás tiempo de actuar.

Uy, espera, rebobina. La «imbécil que le calienta la cama» soy yo, ¿verdad?

Y también me ha llamado «pueblerina», la asquerosa.

Espera, espera, que ha dicho más cosas...

¿Y quién puede estar impaciente?

Exacto, la ex.

¡Ostris, que se la están jugando las dos petardas!

—Te llamo la semana que viene. No vengas por su casa ni lo molestes, ¿entendido?

Conociendo a Angélica, puede que esté jugando a dos bandas. Qué lista es. ¡Claro! Tiene a la ex de su parte, engaña y mantiene a Joel cabreado, desviando por tanto la atención, a mí intenta apartarme (porque le puedo jorobar los planes) y así, al final, ella se lleva el gato al agua.

Doy un paso atrás para que no parezca que la estoy espionando y hago más ruido del necesario y hasta finjo tener tos, de ese modo le doy tiempo a que esboce una sonrisa falsa y se sienta segura.

—Ah, eres tú —dice con desdén, mientras se sirve un vaso de agua.

—Buenos días a ti también.

—No sabía que estabas por aquí —añade en el mismo tono, mintiendo, por supuesto; anda que no le habrá preguntado a Joel.

Y, cómo no, me mira de arriba abajo, porque voy con ropa de andar por casa, poco o nada glamurosa. No como ella, que lleva una falda de cuero negra ajustada y una americana roja. Y no digo nada de los tacones, mucho más elegantes que mis chanclas de plástico.

—Mira, yo sólo quiero prepararme algo de comer y listo. Hoy no tengo ganas de discutir contigo —digo muy digna y, sin esperar respuesta, abro los armarios y busco lo que necesito.

—Enseguida llegarán los del *catering*. Aunque no he pedido para ti porque no sabía que estabas, seguro que podemos apañarnos.

Mira que es mala.

—Gracias. Qué detalle viniendo de ti, pero no hace falta.

Pongo la comida en una bandeja y me largo de la cocina. Cuanto menos tiempo esté cerca de Angélica, menos me subirá la tensión, porque es como un perro de presa. Qué agotadora, por favor.

Me acomodo en el dormitorio con mi bocadillo, mi cervecita y la pantalla de trocientas

pulgadas. Tiene tantas opciones que me lleva al menos media hora elegir qué ver.

Espero que a Joel no lo dejen hecho polvo, porque yo estoy descansando de maravilla y de paso ideando «cositas» para esta noche.

Que el chico necesita distraerse.

Liberar tensiones.

## Capítulo 33

Me he quedado traspuesta. Me despierto al oír el pitido del móvil. Me han entrado varios mensajes.

¿Qué hora es?

Estiro el brazo y compruebo que... ¡Ostris! Me he echado una siesta de tres horas. Hacía siglos que no dormía una siesta de este calibre.

Y buena falta me hacía; ya me siento recuperada por completo y dispuesta a todo.

Joel no ha venido, o si lo ha hecho me ha encontrado dormida y no ha querido despertarme. Lo más probable es que continúe enfrascado con los guionistas. En fin, no lo molestaré, aunque la idea de pasar un fin de semana especial e íntimo vamos a tener que ir modificándola. No puedo culparlo, ya que es su trabajo. En fin, digo yo que a la hora de la cena estaremos por fin solos.

¡La cena! Qué buena oportunidad de sorprenderlo. A ver, no soy ninguna cocinera excepcional, pero sí sé hacer cuatro cosillas. Además, creo que Joel apreciará el detalle.

Espero que a Angélica no le dé por hacer de las suyas y molestar.

Antes de abandonar el dormitorio y meterme en la cocina, reviso los mensajes. Todos son de Tito. Sonríe, a saber qué tonterías se le han ocurrido para chincharme.

**Tito:** Me siento solo.  
Esto no es lo mismo sin ti.

Parpadeo. Vaya mensaje. Hoy Tito está de bajón. Voy a escribirle algo que lo anime para que se sienta mejor. Para eso estamos las amigas.

**Yo:** Cómo te gusta el drama... Seguro que esta noche sales por ahí y me agradeces tener la casa para ti solito.

**Tito:** Lo dudo. No estoy de humor.  
La vida es una mierda.

**Yo:** No exageres.

**Tito:** No puedo más, Xim. Me rindo.

**Yo:** ¿Qué quieres decir?

**Tito:** Te echo tanto de menos...

**Yo:** Me estás empezando a preocupar.

No me responde, sigue en línea, pero no escribe nada. Mierda, eso no es bueno. Me deja intranquila. ¿Qué hago? Pues llamarlo, sin embargo, Tito no me responde. Ha apagado el móvil. No puedo hacer como si nada. Lo intento de nuevo con el mismo resultado.

Con el móvil en la mano por si le da por estar localizable, camino hacia el salón y, aunque está la puerta cerrada, se oyen las voces de los allí reunidos. Tienen para rato. Sigo indecisa. Ir a casa y comprobar que Tito no ha hecho ninguna estupidez son dos horas de carretera, más otras dos de regreso. Una panzada de conducir, desde luego. No sé con exactitud cuánto tiempo va a estar Joel

reunido, pero yo tengo un runrún que me impide pensar en otra cosa. Así que me visto y cojo el bolso.

Antes hago un último intento de contactar con él y nada, el muy puñetero sigue con el móvil apagado.

Tengo de informar a Joel de mis planes, por tanto no me queda más remedio que interrumpir. Justo cuando voy a llamar a la puerta, se abre y me doy de morros con él.

Vaya carita que tiene el pobre.

—¿Todo bien? —me pregunta, y percibo lo agobiado que está.

Intenta sonreír y mostrarse cariñoso, pero le es difícil, pues está sometido a una gran tensión. Debería consolarlo y mostrarle mi apoyo.

—Sí, estoy bien. No te preocupes por mí —contesto.

—Esto se está torciendo cada vez más —me explica—. Siento no poder estar contigo.

Me acaricia la cara, ostras, qué gesto tan bonito. Me acerco a sus labios y le doy un beso rápido. Quiero transmitirle todo mi apoyo. Lástima que no tenga ni pajolera idea de guiones y asuntos de ese tipo.

Joel mira mi ropa, que no es elegante aunque sí de salir a la calle, y pregunta:

—¿Te vas?

—Tengo que ir a casa.

Frunce el cejo.

—¿Ahora? ¿Ha ocurrido algo?

Podría mentirle. Mejor no, ¿verdad?

Saco el móvil del bolso y le muestro los mensajes de Tito.

—Me ha dejado preocupada —explico.

—Ya veo...

No sé cómo interpretar su respuesta. Desde luego, muy entusiasmado no está. Y comprensivo tampoco.

—Tiene el móvil apagado... —añado; sin embargo, su expresión sigue sin mostrar entusiasmo

—Haz lo que te dé la puta gana —me espeta, y, en vez de despedirme, me deja plantada y con la palabra en la boca.

Resoplo. Qué difícil es todo esto. Yo no estoy acostumbrada a este tipo de malabares. Tito es mi amigo. ¿Tan difícil es entender que me preocupa su estado?

—¿Te pido un taxi? —pregunta la que faltaba para el duro.

Qué tentación borrarle esa expresión chulesca y altiva de la cara.

—No, gracias —digo, y antes de que pierda la contención, salgo de la casa.

Espero que Joel se dé cuenta de un detalle, he dejado mis cosas, pues tengo intención de volver.

\* \* \*

—¿Qué carajo haces tú aquí? —pregunta Tito, mirándome como si fuera poco menos que una molestia.

Dejo el bolso y las llaves sobre la encimera. El trayecto, que normalmente hago en dos horas, ha durado tres y media, porque había un carril cortado debido a un accidente. No he podido parar ni para ir al servicio.

—Voy a hacer un pis y ahora hablamos —contesto.

Cuando salgo del baño, encuentro a Tito junto al frigorífico, bebiendo una cerveza. Tiene mala cara.

—¿Tú no ibas a pasar todo el fin de semana con Joel?

—Pues sí. Pero me has dejado preocupada. ¿Qué demonios te pasa?

—¿Y lo has dejado plantado? —sigue indagando, en vez de contarme qué le ocurre.

—Sí. Bueno, ¡no!

—A ver, que yo me entere: ¿has dejado a Joel en casa y te has venido hasta aquí para verme? —Asiento—. ¿Tú estás tonta o qué?

—¿Perdona? Me he chupado más de tres horas de carretera porque tú en tus mensajes decías que estabas hecho polvo.

—Haz el favor de llamarlo, inventa una excusa. Qué sé yo, que tu madre se ha puesto enferma y que todo ha quedado en un susto —sugiere enfadado por mi comportamiento.

—¿Eh? ¡No puedo hacer eso!

—¿Por qué, Xim?

—Le he dicho que venía a verte —confieso, porque no tengo nada que ocultar.

—Me cago en la puta. Pero ¿cómo le dices a un tío que estás preocupada por otro? —masculla cabreado—. ¿Estás loca?

—Somos amigos, no hay nada malo en eso —digo en un intento de parecer razonable, aunque por cómo se ha puesto Tito, me da a mí que nada va a calmarlo.

—Mira que eres boba, ¡hostias! —exclama, y da un manotazo a la nevera.

—Mira tus malditos mensajes —le pido, mostrándole el móvil, un poco cansada de que encima me esté echando la bronca—. ¿Cómo pretendes que me quede de brazos cruzados al leer esto?

—Joder. —Se pasa la mano por el pelo—. Sólo me estaba desahogando, contándote mis penas.

—¿Cómo dices?

—Pues sí, me ha dado el bajón, ¿vale? Sólo quería contárselo a alguien. No esperaba que fueras tan mema como para venir aquí corriendo. Joder, que Joel puede pensar lo que no es.

—Mierda. ¿Y por qué has apagado el teléfono?

—¡Para que no siguieras enviándome mensajes y te pillara chateando conmigo! —exclama como si me estuviera haciendo un favor—. Se supone que estás con él, no conmigo.

—¡No me lo puedo creer!

—Haz el favor de llamarlo, invéntate cualquier chorrada y ve cagando leches a su casa —me ordena.

—Ya es tarde y estoy molida. Además, Joel ha estado todo el día reunido con los guionistas, seguro que ha acabado agotado. Es mejor que descanse.

—Joder, Xim. ¡La que has liado por una tontería!

Esto es de traca, ¿a que sí?

Una se preocupa por su amigo, deja a su amante plantado y se encuentra al primero tan pancho y, para más inri, se enfada porque has ido a verlo.

Cojo de malos modos el móvil, fulminando a Tito con la mirada, y llamo a Joel. A ver qué película le cuento para que se le pase el mosqueo. Mosqueo que sin duda habrá sido avivado por Angélica, porque se lo he puesto en bandeja.

—Mierda, no responde.

—Insiste —me recomienda Tito.

Obedezco, pero nada.

—Lo ha apagado.

Tito resopla. Yo también.

—Mañana temprano resuelve esto como sea, ¿entendido? —me advierte.

—¿No vas a contarme qué te pasa para estar de bajón?

—Otro día. No quiero deprimirte con mis chorradas —dice, antes de encerrarse en «la

polvera».

Y para estar fresca como una lechuga y que él se relaje, me voy pronto a la cama.

\* \* \*

No sé si fresca como una lechuga, pero sí motivada como nunca y, a pesar de no haber dormido nada bien, conduzco hasta casa de Joel. La carretera ya está despejada, así que tardo las dos horas de rigor. De tanto hacer el mismo trayecto, al final el coche va a ir solo. En fin, ahora debo concentrarme en lo importante. Ya sé que contar una trola está feo y que Joel no es ningún idiota, sin embargo, la sugerencia de Tito es buena, ya que lo que he hecho es difícil de entender. Si me hubiera marchado a consolar a una amiga, la cosa sería muy distinta, mucho más fácil de comprender. Le sentaría mal que me largara, por supuesto, pero ni rastro de los posibles ¿celos?

Aparco frente a su casa. Es temprano, así que lo más probable es que aún esté en la cama. Bien, por el camino he parado en esa pastelería de toda la vida que tiene unas cosas alucinantes y he comprado algo dulce y, por supuesto, buen café.

Lo dulce es para ver si me deja utilizarlo como plato y el café porque le gusta ese brebaje para desayunar y, oye, no voy a cuestionar yo sus preferencias.

Llamo al timbre y espero. Confieso mi nerviosismo. Tengo ensayado, más o menos, qué voy a decirle. Algo así como que Tito estaba borracho, a punto de pegarse con el novio de su jefa y que tuve que ir a salvarle el culo.

Mi compañero de piso respaldará la mentira, antes de salir de casa hemos acordado la versión.

Joel tarda lo suyo en abrir, lo que confirma que lo he pillado en la cama. Sonrío y sujeto la bolsa con el desayuno. La misma bolsa que se me cae cuando Angélica abre la puerta.

La cuestión no es que ella esté en casa de Joel a primera hora de la mañana de un domingo, que ya de por sí es raro, pero podría explicarse; lo que queda fuera de toda lógica es que abra la puerta vestida tan sólo con una camiseta de Joel. Descalza, despeinada y con una sonrisa victoriosa.

Ha dormido aquí, y no en el cuarto de invitados.

—¿Querías algo? —me pregunta con un tono más altivo del habitual.

Trago saliva.

Oigo pasos y diviso a Joel. Se detiene tras ella. Me mira. Sólo lleva un pantalón de deporte gris. No hace falta que diga nada. Ha ocurrido. Se la ha tirado.

—Traeros el desayuno —acierto a decir.

Recojo la bolsa del suelo y se la entrego de malos modos.

Con la poca dignidad que me queda, doy media vuelta y camino hasta el coche.

Oigo cerrarse la puerta a mi espalda.

Ella ha ganado.

\* \* \*

Como imaginaréis, el regreso es triste. Me esfuerzo por no llorar, pues conducir con los ojos llenos de lágrimas es un peligro. Finalmente paro en un área de servicio y doy rienda suelta a mi crisis lacrimógena. A los cinco minutos me doy cuenta de que ningún hombre se merece esto y me viene a la cabeza una canción de Mónica Naranjo (A Tito le encanta, a mí no especialmente) *No voy a llorar*. La busco en YouTube y la pongo a todo trapo. No me sé la letra, pero canto a pleno pulmón. Desafino. Acaba la canción, la vuelvo a poner. Cualquiera que me vea pensará que me falta un tornillo. Me resbala.

Así, de ese modo, ya no derramo ni una lágrima más y puedo reanudar la marcha.

—Lo nuestro se acabó... —digo bien alto.

Decidida a pasar página y a no amargarme ni a pensar que de nuevo me he equivocado, llego al apartamento.

Voy directa al dormitorio de Tito. Lo encuentro aún acostado, así que, sin perder un segundo, me desnudo y me meto en su cama.

—¿Qué haces? —pregunta somnoliento.

Me coloco encima y lo beso.

Me rodea con un brazo y responde. Mejor, es lo que deseo. Olvidar, como he hecho otras tantas veces. Con él. Nunca me ha fallado.

—Xim... —gime—. ¿Qué pasa?

—Calla.

Vuelvo a devorar sus labios. Tito enreda una mano en mi pelo, pero no para continuar como yo esperaba, sino para apartarme.

—Dime qué ha pasado —exige.

Resopla y me aparto para quedarme tumbada boca arriba a su lado.

—¿No podemos hacer lo de siempre, emborracharnos y follar?

—Esta vez es diferente —murmura, y se coloca de costado para mirarme.

—¿Por qué? —pregunto mosqueada, ya que está desbaratando mi plan.

—Porque lo más probable es que mañana te arrepientas.

—¿Desde cuándo tienes tantos reparos en complacerme?

—Joder, Xim. Si quieres que follemos hasta reventar, lo hacemos, pero que sea porque nos apetece, no porque estés pensando en otro. No diré su nombre para que no te me pongas más brava.

—¿Y a ti qué más te da? Nunca te ha importado ese detalle —le recuerdo, y se limita a abrazarme.

Yo no quiero abrazos, quiero sexo, quiero sentirme bien. Nada de pensar. Sólo dejarme llevar. Para eso están los amigos como Tito.

—Mira, te quiero y lo sabes. Yo también estoy atravesando una etapa jodida. La diferencia es que, con independencia de lo que haya pasado, tú puedes arreglarlo. Yo no.

—Deja los discursitos de amigo razonable para otro momento —le espeto y, sin muchos miramientos, estiro el brazo y voy directa al centro de operaciones. Lo toco por encima del slip y sí, su polla reacciona; no obstante, él se mantiene en sus trece y no hace nada.

—Qué difícil es esto —se queja, y me acaricia la cara, con ternura, sin rastro de deseo—. Vamos a hacer un trato.

—No quiero tratos, sólo sexo —protesto, aunque da igual, Tito no cede y añade:

—Hoy vamos a pasar el día juntos, en la misma cama, abrazados, y te prestaré mi hombro para que llores y acabes durmiéndote.

—Vaya mierda de trato —me quejo.

Tito suspira y me peina con los dedos. Se pone en plan buen amigo, de los que te consuelan de forma clásica, y yo no quiero que sólo me abracen. Estoy en su cama, por favor, desnuda y él empalmado.

Nunca antes se ha mostrado tan reacio a complacerme. ¿Por qué se empeña en llevarme la contraria?

—Tito... —musito zalamera, pero no logro mi objetivo.

Él me sujeta de la muñeca y me aparta la mano de su entrepierna.

—Mañana, cuando hayas descansado y reflexionado, si quieres follar hasta que no puedas más, ¡perfecto! Follamos sin conocimiento.

—No quiero esperar a mañana.

—Anda, cierra los ojos y descansa —me recomienda.

—No lo veo muy claro. Sólo lo dices para escaquearte —le recrimino.

Suspiro, no me va a quedar más remedio que aguantarme y seguir el consejo de Tito, porque se muestra inflexible.

—La tengo dura, querida Xim, créeme, a mí me va a costar bastante más que a ti relajarme.



## Capítulo 34

### *Un año después...*

Como canta Julio Iglesias desde hace un montón de años, *La vida sigue igual*. Sí, ya lo sé, no he pensado en una canción muy moderna que digamos, pero mi madre es fan incondicional del cantante, así que la he oído cientos de veces y el subconsciente me ha traicionado; ¿qué queréis que os diga?

Acabo de llegar a casa, por fin es viernes y puedo tumbarme a la bartola, ya que Tito hoy sale con unos colegas por ahí. Ni cena me voy a preparar. Adoptaré el modo vagancia total y lo disfrutaré.

Os estaréis mordiendo las uñas, impacientes por saber qué ha pasado en este último año. Y por qué no he querido escribir nada. Bien, esperad a que me cambie de ropa, me ponga cómoda y os cuento.

Empezaré por el final, así os lleváis ya la sorpresa y no leéis pensando una y otra vez qué va a pasar. Hacer un spoiler de mi propia vida tiene su gracia. Allá voy: estoy comprometida.

Con Tito.

Fernando de Acuña, para ser más precisos.

El mismo que viste y calza.

Mi compañero de piso, amante ocasional, paño de lágrimas.

¿Cómo se os queda el cuerpo?

¿Y cómo llegué a esa situación?

Permitidme que abra una cervecita y os doy todos los detalles.

Tras aquel fatídico, aunque revelador, fin de semana, en el que hice más kilómetros que un autobús de línea, seguí el consejo de Tito y, en vez de acabar follando con él para quitarme las penas, como había hecho en anteriores capítulos de mis desengaños amorosos, esperé al día siguiente y opté por echarle un par de ovarios.

Al despertarme abrazada a él, me di cuenta de que a lo mejor tenía parte de razón. Todo había sido una sucesión de contratiempos, y si me quedaba en casa de brazos cruzados ganaría Angélica, y no, eso sí que no. Así que llamé a Joel, varias veces. No obtuve respuesta y pasé a los mensajes. Sí, ya lo sé, no es lo mismo, pues se pueden malinterpretar. ¿Y qué ocurrió?

—¡Me ha bloqueado! —exclamé, y Tito, que estaba a mi lado en la cama, se quedó de piedra. Le pasé el móvil porque no se lo creía.

—Qué imbécil —murmuró tras comprobar que no era una invención típica de chica molesta con su amante, y para averiguar qué estaba pasando, hizo la prueba desde su teléfono—. Joder, a mí también me ha bloqueado.

Ése fue sin duda un punto de inflexión y ambos nos dimos cuenta con pesar, yo la primera, de que mi aventura con Joel sólo había sido una anomalía. Decidimos pues seguir como hasta entonces, viviendo juntos, cada uno con sus aventuras, y, de vez en cuando, si lo considerábamos necesario, pasar un buen rato juntos, con o sin sexo, dependiendo de nuestro estado de ánimo.

Y así transcurrieron un par de meses, en los que yo me limitaba a ir al trabajo, tomar unas cervecitas y escuchar chistes malos en la tasca del pueblo, salir con Mapi de *shopping*, volver a casa, leer novelas románticas para disfrutar de un final feliz, pasar algún domingo en casa de mis padres, recibir fotos paradisíacas de Nuria desde Nueva Zelanda y soportar a mi prima Azahara, con Tito siempre a mi lado, sin acostarnos, bueno, sí, pero sólo para dormir abrazados, pues ni yo me encontraba con ganas de rumba ni él terminaba de centrarse por culpa de su jefa. Y es que Noelia ha seguido puteándolo de lo lindo. Ya os contaré en otro momento las barrabasadas que ha tenido que soportar.

No os imagináis la de noches que, animada por él, terminé llorando a moco tendido sobre su hombro, admitiendo que me había ilusionado con Joel más de lo prudente y jurando que jamás iba a volver a caer en la misma trampa. Juramento que hacemos siempre y que incumplimos sistemáticamente. Aunque para algo están las alarmas internas que todas llevamos dentro y que se activan, aunque nos empeñemos en ignorarlas. «Si parece demasiado bueno, a lo mejor no es real», fue el mantra que me dije.

Tito me consoló a su manera, a veces con buenas palabras, otras veces con mala leche y también con silencios. Quizá la forma más sensata de aguantar a una chica con mal de amores eran los abrazos y la compañía.

Para soportar aquellas noches en las que no siempre podía abusar de Tito y dejarle la camisa llena de lágrimas, él me recomendó una lista de películas moñas y de música lacrimógena. Según su teoría, lo más conveniente era pasar el «luto» de un tirón y concentrado. Igual que quitarse un esparadrapo. El problema era que, por desgracia, yo tenía el esparadrapo muy bien pegado.

La música ha creado obras maestras para estas situaciones, creo que el desamor es el mejor letrista para un cantante. Una de las canciones que jamás hubiera escuchado de no ser por mi situación personal habría sido *What's a Woman*. Lo que llegué a llorar reproduciéndola una y otra vez. Incluso un día, Tito, al llegar a casa y escucharla, bailó conmigo. Agarraditos, y seguro que lo niega, pero se le escapó una lagrimilla, porque a él tampoco le iban las cosas muy bien.

Otra que también incluyó en la lista de música, no sé si para animarme o hundirme del todo, porque con él una nunca se sabe a qué atenerse, fue *Vida loca*. Qué bonita y qué emotiva y qué lagrimones al seguir la letra.

Imaginad con qué cara iba a trabajar, porque, al arrancar el Golf, sonaba una de estas joyas del desamor.

Aunque la canción definitiva para superar la desilusión fue escuchar *Ese hombre*. Cuando la Jurado cantaba eso debía de estar cabreada de verdad, pero oye, ¿y lo a gusto que se queda una al llamar «payaso vanidoso», «engreído», «enano» y otras lindezas al tipo que la ha hecho sufrir?

Nos mantuvimos castos durante el periodo de duelo, en mi caso pongo la mano en el fuego, en el suyo doy fe de que en «la polvera» no hubo actividad sexual compartida, otra cosa es que Tito hiciera trabajos manuales, que lo queréis saber todo.

Hasta una noche en que lo acompañé a una reunión de su empresa, ejerciendo como amiga todoterreno y aprovechando para lucir otro estilismo de Mapi. Como era de esperar, Noelia no le quitó el ojo de encima a Tito y, no contenta con eso, se dedicó a pavonearse con Simón (Saimon), su novio. A éste le eché un buen vistazo y sí, está de buen ver, aunque es un gilipollas de libro, creído e inaguantable. Traducido, la versión masculina de Noelia.

Y, claro, el pobre Tito se vino abajo. Yo, para animarlo, me lo llevé fuera del salón con la intención de tranquilizarlo y acabamos echando ese polvo en los aseos que habíamos pospuesto de forma indefinida. Al acabar nos miramos, sonreímos y no sé qué se le pasó por la cabeza a Tito para pedirme que me casara con él.

Como os lo cuento.

—Señorita Querol, ¿sería usted tan amable de hacerme el hombre más feliz del mundo aceptando ser mi esposa? —preguntó todo serio, sin rastro de burla.

—¿Me estás vacilando? —repliqué tras los segundos que me costó procesar la pregunta.

—Sígueme el rollo —dijo bajando la mirada.

—Oh, señor De Acuña, jamás habría esperado esto de usted...

—¿Aceptas?

Y ya lo más inexplicable posible fue que yo aceptara.

Regresamos a la fiesta y sé que se lo comunicó a sus compañeros con la única intención de que llegara a oídos de Noelia y así jorobarla. Funcionó. Vaya cara que puso la jefa de Tito. Y, por si acaso pensaba que era broma, arrumacos a gogó delante de todos. Vale, la decisión pudo ser producto de un arrebato, pero a mi prometido (me cuesta acostumbrarme a llamarlo así) lo hizo sentirse mejor y con eso me es suficiente.

Mentiría si dijera que a escondidas no he figoneado la web oficial de cierto dibujante gráfico. Sí, a hurtadillas, porque no quería preocupar a Tito. Sé que la serie basada en *Odio a mi jefa* se estrena en breve en una plataforma a nivel mundial y que además Joel prepara el lanzamiento de su nuevo libro, del que dan pocos detalles, lo que ha levantado muchas expectativas.

Os preguntaréis si me devolvió mis cosas; pues sí, me llegaron a través de mensajero y con acuse de recibo. Eso sí, faltaba el pijama de Heidi, lo que me hizo pensar que él no fue el remitente, sino Angélica, ansiosa por borrar cualquier rastro de mi presencia en la vida de Joel. Y lo del acuse de recibo sin duda era una forma de tocarme la moral. Típico de ella.

Así que, en vista de que los demás pasaban página, yo me esforcé por no encabronarme y firmé el recibo encantada. Un detalle que no le comenté a Tito. Tampoco era cuestión de crear mal rollo, aunque el hecho de que Joel lo bloqueara en el móvil le sentó como una patada en los huevos, ya que en teoría eran amigos.

Que conste, yo jamás hubiera esperado de Joel una reacción similar, tan inmadura. Sé que los celos juegan malas pasadas, sin embargo, me repatea que se dejase llevar por suposiciones y no voy a caer en el error de pensar que lo hizo porque le importaba. ¡Ja! Si tanto le importaba, que me hubiera llamado.

Así que Tito y yo hemos seguido adelante, comprometidos. Un hecho que no ha sorprendido a nadie. En mi trabajo todos lo esperaban y me felicitaron. En el pueblo, tres cuartos de lo mismo y hasta hubo gente que nos preguntó por qué habíamos tardado tanto. En mi familia se llevaron una alegría y mis padres, que siempre han querido a Tito como un hijo, se mostraron entusiasmados. Sólo hubo una parte negativa. Como si fueran las «tacañonas» (apelativo que les puso mi padre con todo acierto), tanto mi prima como su madre murmuraron sobre la azarosa vida amorosa de Tito, insinuando que me pondría los cuernos antes de un mes. Son así, meter cizaña está en su ADN.

Bah, nada que nos sorprendiera.

Aún no hemos fijado la fecha de la boda, es algo que nos da pereza, porque, en resumidas cuentas, estamos muy bien así. Tito sigue con su trabajo e intenta que no le afecte mucho la presencia de su jefa y de su novio hecho a medida. Ha mandado algún que otro currículum por ahí con la esperanza de cambiar de trabajo y de una vez por todas pasar página, pero si bien lo han llamado, las ofertas que ha recibido son ridículas. No se va a poner de becario a su edad o trasladarse a otra ciudad si sólo le ofrecen un contrato temporal.

Y ésta es mi vida actual.

¿Os sorprende?

A mí no tanto, porque si bien hubo un momento en que me ilusioné con Joel, que pensé en una posible relación con él y todos los indicios apuntaban a eso, descubrí que nuestra relación no era ni de lejos tan estable como me había imaginado (pajas mentales que nos hacemos todas), pues se tambaleó al primer contratiempo y no resistió el segundo.

Así que me voy a dormir, creo que ya os he puesto al día. Mañana quiero levantarme descansada, ya que tengo reunión familiar. Mi hermana Nuria ha venido, por lo visto estaba en Nueva Zelanda dale que te pego con un lugareño, pero ha tenido que volver. No para ver a la familia, que siempre ha pasado olímpicamente de nosotros, sino para arreglar los papeles (tiene que pedir un nuevo visado), porque si no la echaban del país. En fin, el motivo da igual, me apetece ver a mi hermana, porque no sé yo si un día iré a Nueva Zelanda. No soy tan aventurera como ella.

Miro el móvil por si Tito me ha enviado uno de esos mensajitos cursis, típicos de parejitas empalagosas. Los manda sólo para chincharme y luego enseñarlos por ahí y presumir de novio atento.

—Qué raro... —murmuro, porque ni siquiera está en línea.

Mejor, dejémoslo que haga cosas de «chicos» y se divierta.

Si aparece con ganas de mambo, pues vale, no me importa. Ahora bien, no pienso arreglarme ni nada por el estilo.

Espero que mi prometido no beba demasiado y llegue a una hora prudencial, porque si no mañana estará hecho un asco y si tengo que aguantar a mi tía Sagrario y a su querida hija, necesito que esté en pleno uso de sus facultades. Desde que sabe nuestro compromiso, Azahara está más chinche de lo normal y sólo él es capaz darle un buen zas en toda la boca para que pare de tocar la moral.

\* \* \*

Tito no ha dormido en casa. Qué raro...

A ver, no soy una novia celosa que se pasa el día controlando a su pareja. No le envío un whatsapp cada media hora para ver qué hace ni tampoco desconfío cuando pasa la noche fuera, pero hemos quedado en casa de mis padres y no me apetece llegar tarde. Bostezo y cierro la puerta de «la polvera». Voy a prepararme un ColaCao.

Con mi desayuno ya listo, miro el móvil y sí, me ha enviado un mensaje:

**Tito:** I love you. Tranquila, que llegamos a tiempo a casa de tus padres.

Pongo los ojos en blanco; cuando le da por ser cursi, no tiene rival. Sonrío, hoy no me ha enviado una sarta de corazoncitos. Un día de éstos quizá os cuente qué me regaló en mi último cumpleaños. Vale, os lo diré ahora: me trajo un enorme globo rosa con forma de corazón al trabajo, lo que hizo que hubiera choteo general. Luego, en privado, me dio otro regalito, otro corazón, esta vez más pequeño, pues era el remate de un tapón anal. Y sí, lo estrenamos esa misma noche.

Y sí, me gustó.

Y sí, él también lo probó y le gustó.

A veces también le da por tener momentos moñas y se me pone mimoso. Hubo un día que, al llegar a casa, además de prepararme una cenita (vale, la encargó y sólo puso los platos), me recibió con una de esas canciones que has oído mil veces por la radio y que te parecen cursis, *Amiga mía*. Pero cuando la bailas bien pegada al mejor hombre que conoces, te olvidas de todo y disfrutas de un momento especial.

Voy a darme una ducha y confiaré en la palabra de Tito; si dice que llega a tiempo, es que llega.

No he acabado de aclararme el pelo cuando llaman al timbre. Ostris, ¿a que se ha olvidado las llaves? Espero que no venga muy perjudicado. No mola nada ir por ahí con un prometido resacoso colgado del brazo.

Me envuelvo en una toalla y, sin cubrirme el pelo, me dirijo a la puerta con el cla, cla, cla típico de las chanclas acompañándome.

Las chanclas cutres de siempre. Me resisto a tirarlas a la basura.

—Ya era hora, chato, que me tienes abandon... —Me quedo muda de repente.

—¿Puedo pasar? —me pregunta Joel tocándose una ceja.

Entonces me doy cuenta de que lleva una pequeña tirita.

—Sí, claro —murmuro, y me sujeto bien la toalla. Por favor, qué pintas llevo. Mierda, ¿quién iba imaginar que aparecería en mi puerta?

Tengo dos opciones, ir rápida a mi cuarto y vestirme con lo primero que pille, pero entonces él pensará que me importa y eso sí que no. O quedarme aquí, junto a la barra de la cocina, con mi ColaCao a medio beber. Como si me importara un pimiento que después de un año aparezca por mi casa con uno de sus impresionantes trajes de marca, más guapo que nunca y sin avisar.

—Sólo quería darte esto —dice, y me entrega una caja rectangular, envuelta de forma muy elegante, con lazo dorado.

Respiro y procuro no mirarlo demasiado, que no se me noten los nervios.

Desenvuelvo el paquete con cierta cautela. Supongo que si fuera de otra persona rompería el papel sin más, pero no quiero parecer impaciente, además; no está envuelto con un papel de esos baratos de supermercado.

Se lo ha currado. ¿Para impresionar?

Me encuentro con un sensacional tomo encuadernado, lo más probable es que en piel. Lo acaricio bajo su atenta mirada. Sí, es cuero color burdeos, con unas letras plateadas en las que se lee:

—*La musa rebelde...*

Es precioso. No dejo de acariciar la tapa y, con algo de cautela, abro el libro. No hace falta ser muy lista para saber que hay una dedicatoria.

El vuelve a tocarse la ceja nervioso.

Yo trago saliva y leo:

*Las musas siempre torturan a los creadores y ésta no ha sido una excepción.*

—Muy bonito —murmuro, y vuelvo a dejarlo todo dentro de su caja.

Sí, estoy evitando mirarlo más de la cuenta.

—Es una edición especial —dice Joel en voz baja; está cerca, aunque no lo suficiente—. Solo he mandado imprimir dos ejemplares. Éste y el que guardo en mi casa.

—Ah, qué detalle —respondo, y me doy cuenta de que acabo de decir una estupidez. Ha sonado frívolo y desagradecido.

Nos miramos, él hecho un pincel, yo con el pelo goteando, las chanclas y una toalla que como me descuide se me cae.

No puedo más, así que o bien lo echo de casa o pregunto.

—¿Por qué has venido? Esto me lo podrías haber enviado por mensajero.

Ya lo sé, ha sido un golpe bajo, pero se lo merece.

—Porque anoche me partieron la cara —dice, y se señala la ceja.

—¿Perdón?

—Tu «prometido» se presentó en un acto al que acudía y, sin mediar palabra, me arreó un buen

golpe.

—¿Perdón?

—Los de seguridad lo sacaron de allí, pero el muy cabrón me esperó a la salida.

¿Desde cuándo Tito va pegando a los tíos que me han hecho daño?

Uy, esto es nuevo. Hasta la fecha, nunca le había visto semejantes demostraciones de celos y/o actitud primitiva.

Ostris, ahora entiendo lo de «Voy a ir a tomar algo con los colegas». Menudo liante, pero la cuestión es ¿por qué ahora le ha dado por arreglar lo que estaba roto y que en teoría no tenía solución?

—¿Y...?

—Pues que me acompañó a urgencias a que me dieran tres puntos.

Se señala el apósito que lleva en la ceja y me da la impresión de que lo considera una herida de guerra.

—¿Y...?

—Joder —masculla, al ver que no se lo voy a poner fácil; por supuesto, en cuanto pille a mi prometido, se va a enterar.

Cruzo los brazos, una actitud defensiva, y así de paso me sujeto bien la toalla. Tendría que haber ido a mi cuarto y vestirme.

—A ver por dónde empiezo... —masculla.

Podría ofrecerle algo, sin embargo, prefiero que esto acabe cuanto antes, es demasiado surrealista y sigo mosca, que conste.

—Sí, maldita sea, sí, me tiré a Angélica ese mismo sábado, cuando todos se largaron, incluida tú —dispara, y arquea una ceja—. Y cuando apareciste al día siguiente y nos viste, joder, hasta lo disfruté. Lo admito, que nos pillaras me hizo sentir mejor, porque tu espantada fue como una patada en los huevos.

Parpadeo. ¿Esto qué es? ¿Una confesión o una discusión atrasada?

Da igual. Yo ahora no estoy para estos berenjenales.

—¿No vas a decir nada? —pregunta tenso.

—No.

—Estuve con Angélica tres meses más. Yo andaba jodido, mucho, las cosas no salían como había previsto, todo se torcía, así que fui a lo fácil —prosigue, y ahora su tono ya no es tan chulesco, sino resignado.

—Mira qué bien —comento con sarcasmo, porque escuchar lo que ya sé me hace una ilusión bárbara.

—En el fondo sabía que era un error, sin embargo, opté por la salida más cómoda. Sexo cuando lo necesitaba y punto.

—Ya, como todos... —añado sin variar mi tono.

—Hasta que... —hace una pausa, se acerca un poco más, yo no retrocedo— por una puta casualidad, descubrí que...

—Te estaba timando.

Frunce el cejo y me mira.

—¿Lo sabías?! —exclama, y me encojo de hombros.

—Lo sospechaba. Y que conste que le dije lo de la auditoría sólo por pincharla y que me dejara en paz.

—¿Y supongo que igualmente estabas al tanto de que mi ex también estaba en el ajo?

—Sí, oí una conversación entre ambas —admito, y de ninguna manera me voy a sentir culpable.

—¿Y no me dijiste nada? —pregunta, sin duda perplejo, pues lo más lógico era que, teniendo esa información, hubiera ido corriendo a contársela para desenmascarar a mi archienemiga.

—No tuve tiempo y cuando regresé estabas ocupado —le espeto, y por enésima vez tengo que sujetarme la toalla.

Joel inspira hondo y se peina con los dedos.

—Joder...

—¿Cómo lo descubriste? —pregunto, porque dudo mucho que Angélica cometiera un error.

—Por pura casualidad. En una de las reuniones, en la que ella no estaba, se habló de cifras, y si bien me sorprendieron, lo dejé pasar. Hasta que un día me dio por preguntar y joder...

—¿Cuánto tiempo llevaba engañándote?

—Eso ya da igual, la pillé y punto. Por suerte, Soraya lo admitió y me firmó el divorcio sin rechistar, con tal de que no la denunciara.

Así, a lo tonto, me lo ha soltado, lo del divorcio.

No tengo por qué alterarme al escuchar esa noticia. Mantengamos la calma.

Eso no lo pone en su web. No me critiquéis, he admitido que fisgoneo en ella.

—Ahora tengo otro representante.

—Gracias por la información. ¿Algo más?

—Joder, Ximena, no me lo pongas tan difícil.

Uy, ha utilizado mi nombre. Mala señal.

La pelota está en mi tejado, de eso no cabe duda. Tito le ha partido (o lo ha intentado) la cara. Ha venido después de un año, me ha traído un regalo. Ojo al dato, no uno cualquiera, recordad la dedicatoria, y ha confesado lo que ya sabía. Así que... ¿cuál es el siguiente paso?

¿Echarlo de casa?

Reconozco que nunca me he visto en una situación similar y, si bien al principio creía que aparecería y hablaríamos, al pasar el tiempo y no ocurrir, dejé de imaginarme posibles conversaciones. No es que Joel se esté arrastrando precisamente, así que tampoco tengo por qué darle una oportunidad.

¿O sí?

Ostris, qué dilema.

—Mira, ya sé que te jodió verme con ella y que después me encabroné.

—Sí, lo de bloquearnos a Tito y a mí fue divertidísimo —lo interrumpo con evidente ironía.

—Vale, fue una cabronada —admite—, pero...

—Y has tardado más de un año en darte cuenta.

No cedo ni un milímetro.

Lo tengo enfrente, no deja de mirarme. Supongo que espera ablandarme. Y no, no puede pretender que con un regalo y cuatro palabras yo me derrita.

—Podrías..., no sé, hacer un esfuerzo y mostrarte más comprensiva...

## Capítulo 35

—¿Comprensiva? —repito frunciendo el cejo, porque tiene guasa—. No das señales de vida, ni un cochino mensaje. Apareces, eso sí, hecho un pincel para engatusarme, seguro, y piensas que todo se va a arreglar sin más.

Joel ni siquiera tiene la decencia de parecer arrepentido.

Qué forma más rara de ¿intentar ablandarme? ¿De reconciliarnos? Es que no sé qué pretende, la verdad, aparte de darme la mañana.

—No es excusa, pero eso... —señala el libro de edición especial—, me ha llevado mucho tiempo y además —se acaricia la tirta y esboza una sonrisa un tanto guasona—, ayer me puse en peligro por ti.

—Qué exagerado eres —me burlo.

¿Estoy siendo demasiado dura con él? ¿Qué opináis? ¿Aflojo un poco o lo mando ya a paseo? Ostris, qué dilema. Ha venido, me ha traído el libro, eso cuenta como positivo, sin embargo, un año de olvido y bloqueo en el móvil son dos puntos negativos como una casa. Es decir, estamos empatados. Lo de la ceja no sirve para desempatar, que conste.

—Mira, he sido sincero contigo. La jodí, de acuerdo. Puedes recordármelo una y mil veces si eso te hace sentir mejor. Pero al menos podrías admitir que tú también tienes parte de culpa en todo esto.

—¿Perdona? —replico, perpleja ante su acusación.

—Pues sí. Admito que nadie me puso una pistola en la sien para follarme a Angélica. Lo hice consciente de que te haría daño, y si bien el polvo fue lamentable, disfruté cuando nos pillaste, me hizo sentir mejor —confiesa, elevando el tono de voz.

Me está mirando y yo a él. Creo que la situación se me puede ir de las manos, y si se me va de las manos, se me caerá la toalla. Todavía siento resbalar gotitas de agua por mis hombros y mi espalda. Vamos a intentar ser educados y mantener las distancias.

Él ha sido sincero, pocos asumirían su parte de responsabilidad. En fin, me toca apechugar, así que... allá vamos.

Me ha hecho daño su confesión, porque, aunque lo sabía, oírlo de su boca sólo hace que duela más. A ver si acepta mi dosis de sinceridad.

—La relación entre Tito y yo hace tiempo que es... especial —digo, a falta de un adjetivo mejor. Joel se mete las manos en el bolsillo del pantalón—. Sí, especial. Y, por si lo sospechabas, nos acostamos de vez en cuando y me refiero a antes de estar prometidos.

A favor de Joel hay que decir que no pone mala cara. Mantiene una expresión serena, aunque la procesión va por dentro, seguro.

—Pero nunca ha sido nada serio, al menos era nuestra intención. En cuanto vio que entre tú y yo había algo... ¿importante? —no sé si he elegido el mejor calificativo, pero Joel no me corrige—, se hizo a un lado. —Sigue en silencio, mala señal. A lo mejor piensa que follaba con ambos, así que me veo obligada a puntualizar—: Por si crees que yo jugaba a dos bandas, no es cierto. La bigamia no es lo mío.



¿He sonado convincente y madura? Eso espero, porque vaya papelón. Ostris, qué difícil es esto de confesarse. Él lo ha hecho, así pues, debo pagarle con la misma moneda.

—Aquel día, cuando te pillé con tu agente y tú parecías tan eufórico —prosigo, mirándolo a los ojos e intentando que no me traicione la voz, porque me duele, claro que me duele recordarlo—, regresé a casa y lo primero que hice fue buscar a Tito y hacer lo que otras tantas veces cuando me llevaba un desengaño: meterme en su cama y olvidarme de todo y de ti con un buen revolcón.

Joel inspira. No es fácil digerir tanta sinceridad, pero entiendo que, o bien soltamos todo lo que nos carcome por dentro, o no servirán de nada los buenos gestos. Y hay mucho que soltar para quedarse a gusto. Que ha sido un maldito año de silencio, no un par de días.

Bien, nos queda la última parte.

—Pero él me rechazó. Sí, como lo oyes. Me abrazó, me consoló y durmió conmigo, como un buen amigo, y me recomendó que no hiciese ninguna estupidez, que te llamara...

—Y yo te bloqueé —finaliza por mí.

—Pues sí. Lo hiciste. Incomprensible, porque siempre has presumido de madurez. Así que... —me encojo de hombros—, seguí adelante y..., bueno, ya hablaremos otro día de los problemas de Tito con su jefa, que no vienen al caso.

—Algo he oído —murmura y tuerce el gesto.

No hace falta ser muy espabilada para saber que anoche, aparte de partirle la ceja, Tito le contó sus cuitas amorosas, porque puede que se haya comprometido conmigo, pero piensa en ella. Si hemos llegado a este punto, ha sido por conveniencia, ambos lo sabemos.

De nuevo el silencio. Suspiro. Joel permanece inmóvil. Supongo que tampoco quiere arriesgarse. No sé... Esto es tan extraño y desesperante...

Podemos tirarnos así toda la mañana, dándole vueltas y más vueltas. De repente nos echamos en cara los fallos y después admitimos los errores. ¿Y...? Pues que volvemos a la casilla de salida. Es decir, no avanzamos nada.

—Te ofrecería un café, pero ya sabes que en esta casa no somos muy aficionados a ese brebaje...

Joel da un paso hacia mí. Ahora puede tocarme, pero no lo hace, sólo sigue mirándome fijamente y eso empieza a ponerme nerviosa.

—Quizá ya va siendo hora de que empiece a acostumbrarme al ColaCao —susurra, y hace amago de levantar un brazo, no sé si para acariciarme, aunque se contiene.

¡Uy, lo que ha dicho!

Trago saliva.

¿Lo habéis oído igual que yo?

Que no cunda el pánico, pero, ostris, por mucho que intente negarlo es una declaración en toda regla, ¿verdad?

Se acabó, a la porra todo, ya no puedo más. Me llevo una mano al pecho con fuerza, para sujetar la toalla, y antes de perder el valor o de recapacitar y acordarme de las razones por las que no debo hacerlo, voy directa a por él y lo beso. Así, sin medias tintas. Sorprendiéndolo.

Joel se tambalea un poco, aunque enseguida reacciona y me rodea la cintura con las manos, desplazando una hacia mi culo. Se pelea con la toalla, intenta subírmela para tocar piel, pero se conforma con estrujármelo y yo me vuelvo más ansiosa.

Ya no lo estoy besando de forma suave, más bien todo lo contrario. Le muerdo incluso el labio inferior hasta oír su primer gemido, al que me uno sin dudarlo. Nos estamos devorando el uno al otro, aquí, junto a la encimera de la cocina. Enredo una mano en su pelo, incluso tiro de él mientras Joel comienza a besarme el cuello, los hombros y a excitarme. Vaya si lo está haciendo y

creo que a él le pasa lo mismo.

—Vamos a mi dormitorio —jadeo, y me aparto a duras penas.

A la porra las alarmas internas y el cursillo avanzado de inmunidad emocional.

Creo que está procesando la información que acabo de darle. Ahora eso ya da igual, que piense lo que quiera.

A trompicones, porque tanto él como yo somos incapaces de despegarnos, llegamos a mi habitación. Joel cierra la puerta, se pasa una mano por el pelo y dice:

—Mi idea al venir aquí era más bien decente.

—¿Ah, sí? —susurro, y me voy acercando a la cama, al tiempo que juego con la toalla.

—Palabra.

—¿Y no tenías ninguna intención indecente? —pregunto, y niega con la cabeza—. Pues improvisa —añado, y dejo caer, por fin, porque mira que me ha dado guerra, la toalla.

—De acuerdo —gruñe.

Se lanza a por mí y volvemos a las andadas. A besarnos con desesperación, hambrientos y hasta de forma dolorosa. Meto las manos por debajo de su chaqueta para quitársela. No encuentro resistencia. El siguiente paso son sus pantalones, y mientras Joel se pelea con los botones de la camisa, yo lo hago con el cinturón.

Nos lleva unos minutos, pero finalmente su elegante traje está arrugado en el suelo junto a la toalla. Por fin desnudos, ¡por fin!

—He oído que estás comprometida —dice sin dejar de besarme, de tocarme, mientras me tumba boca arriba y se acomoda encima.

—Eso parece —suspiro, porque su boca va directa a mis pezones y su mano a mi sexo.

Ostris, qué bien me los chupa.

Me retuerzo bajo su peso, arqueo las caderas y le tiro del pelo. Estoy impaciente, lo admito, y él se percata de ello, pues levanta la mirada y hace una mueca.

—Ya te he dicho que mi intención al venir aquí era decente, así que no he traído...

—Olvídate de los condones —remato yo, y por la cara de alivio que pone es evidente que he acertado.

—Joder... —grazna cuando culebreo hasta poder alcanzarle la polla y estrujársela—. Suelta eso...

—Ya me has hecho esperar bastante —le espeto sin soltarlo.

—Vale, como quieras, Heidi...

—Cuánto había echado de menos que me llamas así —admito, y él, tras sonreír con suficiencia, me penetra de golpe.

—¿Y esto también lo habías echado de menos?

—Sí... Sí...

Joel me besa, ya no hay lugar para los disimulos ni tampoco para las mentiras. Por mucho que haya querido olvidarlo, ha sido verlo y recuperar todo lo que sentí y aún siento por él. Qué cabrones son los sentimientos y qué incontrolables.

—Heidi... —musita sin dejar de empujar y de besarme, de morderme y de hacerme jadear como una loca.

Lo araña, le tiro del pelo, respondo a sus besos y hasta arqueo la pelvis para que la penetración sea lo más profunda posible, y justo cuando todo empieza a descontrolarse, me acuerdo de algo fundamental y lo empujo para que se detenga.

—¿Qué hora es? —pregunto apurada, y estiro el brazo para agarrarle la muñeca y poder ver su reloj.

—¿Qué coño pasa? —pregunta confuso.

—Ostris, tengo que estar dentro de tres cuartos de hora en casa de mis padres.

—¿Me estás vacilando? —Niego con la cabeza—. De acuerdo, me daré prisa entonces.

Y otra vez coge el ritmo, qué ritmo. Sale, entra, me pellizca un pezón, el otro. Me besa, lo araño, jadeo. Se retira otra vez, adelante, atrás, empujón va, empujón viene. Más gemidos, más besos, más lengua. Le pido incluso que sea aún más brusco. Obedece.

Y otra vez lo detengo.

—Heidi..., ¿qué pasa ahora? —pregunta entre jadeos.

—¿Quieres venir conmigo a casa de mis padres? —Joel parpadea. Lo he pillado fuera de juego—. Sólo si quieres, por supuesto —añado para suavizar un poco el golpe, porque, ahora que lo pienso, no he elegido el mejor momento para pedírselo. Sigue mirándome, es evidente que no se lo esperaba—. No es obligatorio ni nada, sólo una reunión familiar. Mis padres, mi hermana y, bueno, la parte mala, pero si no te acercas a mi prima y a su madre, no te pasará nada.

—De acuerdo —dice, y me deja anonadada. Después mira el reloj y añade—: Se nos echa el tiempo encima.

Sonrío.

Uy, que reconciliación tan rara, pero qué bonita.

Lo beso, para que de nuevo recuperemos el ritmo. Joel consigue en un santiamén hacerme vibrar, gemir y llevarme al borde. Cómo me toca y me penetra, qué habilidad para que cada terminación nerviosa mande señales inequívocas a mi cerebro. Placer, placer, morbo, más placer, mucho morbo, y más..., mucho más...

Tenso todo el cuerpo, echo los brazos hacia atrás y...

—Espera un segundo —dice, frenando en seco.

—¿Eh?

Está sudando y se limpia la frente con la sábana antes de hablar.

—Si yo voy a conocer a tus padres...

Asiento. Entiendo su cautela. Es un gran paso, uno muy significativo, sin posibilidad de vuelta atrás.

—Tendrás que conocer tú a los míos —apostilla, y no os hacéis una idea de lo difícil que me resulta controlar las lágrimas—. Aunque en mi caso habrá que hacerlo por etapas, ya sabes que están divorciados.

Nunca imaginé que hablaríamos de algo tan importante justo en medio del polvo de reconciliación, que desde luego no se me va a olvidar en la vida.

—Por supuesto —afirmo con convicción—. Cuando tú quieras.

—Pues nada, al lío, Heidi, que llegamos tarde.

Me echo a reír, porque lo ha dicho todo serio.

Hoy es el día de los besos, de los suaves y lo profundos. De los bruscos con mordisco incluido. Y lo estoy disfrutando como si fuera la primera vez que un chico me besa. Ya sé que os puede parecer exagerado, sin embargo, poneos en mi lugar.

—Córrete conmigo —me pide entre respiraciones entrecortadas—. Vamos, Heidi, hazlo.

—Ni se te ocurra darme órdenes. —Me detengo y jadeo, porque ha variado el ángulo de penetración, no sé qué demonios hace, pero me encanta—. Nada de autorizar que me corra cuando tú digas.

Joel se ríe y me muerde el hombro.

—O sea, que nada de atarte y controlar cada movimiento hasta que supliques.

—Mmmmm, bueno, ya hablaremos —suspiro, porque oye, alguna que otra vez me apetece jugar

a la mujer obediente.

—Lo tomaré... como... un... sí —gime sin perder brío, y con qué energía me está follando.

—Siempre y cuando yo pueda hacer lo mismo contigo.

—Mmmm... ¿Y si te pido que me exprimas la polla hasta dejarme seco?

—Eso sí puedo hacerlo. Y ahora mismo.

Hago honor a mis palabras y me concentro. Arqueo la espalda, elevo la pelvis, él mete las manos debajo de mi culo y me agarra con fuerza. Tenso cada músculo de mi cuerpo y presto especial atención a los vaginales. Joel sisea debido a la presión que ejerzo.

—Sí, así —me anima y embiste como un loco—. Eso es, Heidi... La hostia puta, cómo me aprietas.

—Es... es lo que has pedido —replico jadeante.

—Porque vamos mal de tiempo, que si no te daba la vuelta y también te follaba por detrás...

—No me digas esas cosas...

Finjo escandalizarme, aunque al final me echo a reír.

Me las ingenio para colocarme encima y montarlo. Bien erguida. Joel levanta las manos y aprisiona mis pezones. Echo la cabeza hacia atrás, aún tengo el pelo húmedo, y me acaricia la espalda.

—Córrete... —exige—. Venga, me tienes loco, joder. Vamos, Heidi...

Y lo hago, con él bien clavado en mi interior y una tentación enorme de quedarme en casa y no ir a la de mis padres.

—Joel... —suspiro, porque, ostras, qué pasada de polvo acabamos de echar. Qué reconciliación, por favor. Me tiemblan las piernas.

—Heidi...

## Capítulo 36

Como habréis supuesto, llegamos considerablemente tarde. Más de una hora, para ser concretos. Entendedlo, las reconciliaciones llevan su tiempo y después nos hemos duchado y tal. Lo normal en estos casos.

Sé que tenemos una conversación pendiente, una en la que seamos capaces de decir sin tapujos qué sentimos. Sí, ya lo sé, va a ser difícil, pues es la primera vez que me voy a enfrentar a una situación similar.

Y me voy a enfrentar sola, sin haber leído ni un maldito libro de autoayuda y sin los consejos de Tito. No, nada de recurrir a él. Hay que ser valiente. Ya veremos cómo me las ingenio. ¿Le suelto a Joel algo cursi/romántico o espero a que lo haga él? No, yo primero, que él ha dado el paso de venir y arriesgarse a que le diera una patada en el culo. Venga, me lanzo... ¿Alguna sugerencia? ¿Qué se le dice a un hombre que te despierta sentimientos únicos y que te ha tenido un año sin noticias, para regresar luego y echarte un polvazo de alucine, dando por hecho que quiere algo más?

Y sed originales, no vale un simple «te quiero». He de esforzarme un poco más. Madurez, es lo que toca.

No me da tiempo a pensar nada más, pues Joel aparca su cochazo (cómo se nota que está ganando una pasta y no, no quiero hacerle una auditoría) delante de la casa de mis padres. No parece muy nervioso. Durante el trayecto me ha mirado de reojo unas cuantas veces y yo he hecho lo mismo. Es que estoy demasiado inquieta como para controlarme, pero he de esforzarme, pues delante de la familia habrá que disimular. No será fácil, siento un hormigueo entre las piernas muy elocuente.

Me bajo del coche primero y espero a que él venga a mi lado. Lleva el traje hecho una pena, es lo que tiene desnudarse con prisas y dejar la ropa en el suelo de cualquier manera junto a una toalla húmeda.

Como comprenderéis, no hemos tenido tiempo de sacar la plancha y adecentarlo.

—¿Listo? —pregunto y le cojo la mano y Joel, en vez de responder, pregunta:

—¿Hay algo que debería saber para no meter la pata?

Pongo cara de disculpa. A ver cómo le explico yo a este hombre lo desagradable que puede llegar a ser mi prima... Nada, no hay palabras, así que me limito a darle un último beso, a sonreír y a llevarlo de la mano. Espero que sus tablas a la hora de hablar ante un público difícil lo ayuden en este trance. Yo estaré a su lado.

—¡Ya era hora! Qué manía tienen mis hijas de llegar tarde —exclama mi madre al entrar en el comedor, aunque se queda ojiplática al ver a mi acompañante; así pues, toca presentación—. Luego hablamos —me susurra mi madre, mirando atenta cómo Joel estrecha la mano de mi padre.

Él saluda a todos con educación. La cosa va bastante bien hasta que, cómo no, mi prima abre la boca.

—Vaya, algunas cambian de novio como de camisa. ¿Y qué opina Tito de que le hayas puesto los cuernos?

—Que para eso estás tú, querida Azahara, para ayudarme a superarlo —le espeta Tito, entrando sin avisar.

Uy, qué aparición tan extraña.

Joel lo mira, sigue a mi lado y noto algo de tensión.

—¿Qué insinúas? —pregunta Azahara.

—Nada, mujer, como andas sobrada de experiencia en el tema cuernos... —añade Tito, y mi prima lo fulmina con la mirada.

Menos mal que mi tía Sagrario se ha ido al aseo, si no, se monta una buena.

—Venga, que el lechazo se enfría —tercia mi padre en plan pacificador, dejando el asado en el centro de la mesa—. Que entre lo que habéis tardado y la cháchara...

Ostris, mi padre hablando más de la cuenta, eso sí que es digno de mención.

—¿Y dónde está la moderna de la familia? —pregunta Azahara, refiriéndose a mi hermana, que, supuestamente, es la protagonista de la reunión familiar.

—Ha dicho que llegaba enseguida —comenta mi madre.

—Eso si llega, que ya sabemos lo mucho que le gusta a Nuria ser el centro de atención —puntualiza con mala leche mi tía, que para estar siempre quejándose de su maltrecha salud no veas cómo se estira para llegar al plato de jamón serrano.

Joel, sentado a mi lado, debe de estar flipando en colores. Vaya presentación oficial. No sé, a lo mejor debería haberla dejado para otro momento. Tito me mira con una media sonrisa insolente. El muy capullo ha vuelto a jugármela, si lo sabré yo.

Ya ajustaré, cuando tenga oportunidad, cuentas con él, por meticón y por manipulador. ¡Mira que decirme que había quedado con unos colegas para tomar algo!

Lejía, que no se me olvide comprarla para echarla en sus vaqueros de marca.

Observo de reojo a Joel, no es tonto, pero guarda silencio. Se estará preguntando qué pinta Tito en esta reunión. Bueno, a mí también me parecería extraño, no obstante, debe entender que mis padres lo consideran uno más de la familia.

—¿Me estabais esperando?! —canturrea una voz que hacía mucho que no oía.

Me levanto para abrazar a mi hermana. Está cambiadísima. Ya no lleva rastas, ni ropa tres tallas más grande, decolorada a mano; ahora viste ¿normal?

—¡Ostris, si no te reconozco! —exclamo cuando nos separamos.

Comienza la ronda de abrazos y saludos. Nuria, que es menos diplomática que yo, le dice a Azahara:

—¡Prima, hoy estás más amargada de lo normal!

Y, claro, yo me echo a reír con disimulo.

—¿Y yo qué, hippy de pacotilla?

—¡Tito! —chilla ella y va corriendo a sus brazos.

Mi hasta hace unas horas prometido la abraza, la coge en brazos, con bastante escándalo, como hacen siempre, y es que se llevan estupendamente. Ojo, no penséis mal, que yo sepa, y mi hermana me lo ha asegurado, nunca han tenido ni la más mínima tentación de carácter sexual, vamos, ni por asomo.

—¿Ya has abandonado la senda lésbica y vuelto a redil heterosexual? —pregunta Tito.

Mi madre tose, mi padre mira hacia otro lado. Mi prima sonrío como si fuera un insulto, y mi tía se santigua al tiempo que dice:

—Qué barbaridad, encima lesbiana.

Joel sonrío, por lo visto se lo está pasando en grande con este sainete familiar. Bueno, a saber qué me encontraré yo cuando conozca a sus padres.

—No, he descubierto todas las posibilidades que ofrece la bisexualidad —responde alegremente, y yo me echo a reír, lo mismo que Tito y Joel.

Otra cosa muy distinta es el resto, que no ven la gracia por ningún lado.

—Una decisión muy sabia —dice Tito, y me guiña un ojo.

¡A mí! Uy, encima provocando.

—Por cierto, ¿quién eres tú? —pregunta Nuria señalando a Joel.

—Un famoso mangaka que está loco por tu hermana —responde Tito.

—Vaya, vaya... Xim, qué pendón estás hecha. Mamá me dijo que ibas a casarte con Tito —dice con sarcasmo. Se acerca a Joel, que, educado, se pone en pie, y mi hermana le planta dos besos—. Encantada —ronronea, y me mira de reojo.

—Nuria... no te pases —le advierto.

—Mmmm, y parecías tonta —me espeta con retintín—. Primero te ligas a Tito y luego a éste. Uff, qué envidia me estás dando.

—Hija, por favor —la reprende mi madre incómoda.

—Ya ves, es que Xim no para —dice Tito, echando más leña al fuego.

—¿Y qué será lo próximo? ¿Un trío? —remata Nuria.

Yo me quiero morir.

—No, de momento no —contesta Joel muy serio.

Sí, definitivamente me quiero morir.

Acabamos de reconciliarnos, lo llevo a casa de mis padres y tiene que escuchar semejantes lindezas.

—Pero nunca descarto nada —apostilla, y esboza una sonrisa de lo más seductora.

Tito me mira tan sorprendido como yo, pues en teoría Joel debería mosquearse.

—Vale, cambiemos de tema —tercia mi madre.

—Jesús, María y José —reza mi tía escandalizada.

—Tranquila, que si te esfuerzas, seguro que tu marido también se anima —le dice Tito a mi prima e imaginad su cara, es un poema.

—Eso si no lo ha hecho ya por su cuenta —añade Nuria, echando más leña al fuego. Azahara se calla por prudencia, porque, de no hacerlo, se iba a llevar unos cuantos cortes más. Merecidos, por supuesto.

—Luego te lo explico —le susurro a Joel.

—Eso espero —me susurra él a su vez.

Y sí, me recorre un escalofrío.

Por suerte, la comida hace que nos olvidemos de temas peligrosos.

Debo reconocer que me sorprende cómo Joel va encajando las preguntas de mi madre. La primera, como no podía ser de otro modo, es qué significa mangaka. Él le da una versión para todos los públicos. Mi prima le pregunta si con eso se gana suficiente para vivir (petarda) y Tito sigue mirándome con media sonrisa burlona, aunque consigo relajarme.

—¡Joder! —exclama de repente mi hermana y nos muestra la pantalla del móvil—. Pero ¡si este tío es el autor de *Odio a mi jefa!*

—Gracias, Nuria —digo entre dientes.

Mi hermana les muestra alguna que otra viñeta y claro, la versión edulcorada que Joel les ha contado sobre cómics se va al garete.

—Se ha perdido toda la decencia —dice Azahara.

—Anda ya, prima, mira que eres santurrona. Ya te gustaría a ti que tu marido te hiciera estas cosas de vez en cuando —le espeta Nuria.

¿Os he dicho ya que me quiero morir?

—Te he dicho mil veces que el móvil no se trae a la mesa —la reprende mi padre, salvando un poco la situación.

—A ver, déjame echar un vistazo... —le pide mi madre con la boca pequeña, y se queda pasmada cuando mi hermana le muestra las imágenes. Luego añade, no sé si porque no sabe qué decir—: Pues dibujas muy bien, Joel, muy... realista.

—Gracias, Esperanza —contesta él, y mi madre sonríe complacida.

—Tienes que firmarme un ejemplar, cuñado. ¿Puedo llamarte «cuñado»? —pregunta Nuria.

Joel me mira. A ver cómo sale de ésta.

—Me encargaré personalmente de que te envíen ejemplares firmados, Nuria —responde con cierto aire divertido, el mismo que utiliza cuando alguna fan se muestra coqueta y sabe que ha de mantener las distancias sin resultar ofensivo.

A lo mejor ya no me quiero morir.

—Lo siento —le susurro, acercándome para que sólo él me oiga.

—No pasa nada —me responde con una sonrisa.

Bueno, así me siento mejor, pero no veo el momento de que podamos irnos. Desde luego, la impresión que se estará llevando de nosotros.

Por fortuna, Joel deja de ser el centro de atención y pasamos a meternos con mi hermana, que como lleva un montón de tiempo sin venir por casa tiene mucho que contar, así que aprovechamos para sonsacarle cuanto podemos y ella, que todo hay que decirlo, disfruta con su papel de protagonista, nos pone al día de sus aventuras en Nueva Zelanda.

Después de comer ayudamos a recogerlo todo y observo que Tito y Joel se apartan. No percibo tensión entre ambos y eso es buena señal, aun así, quiero saber de qué hablan en voz baja.

—So pájara, qué calladito te lo tenías —murmura mi hermana, impidiéndome que pueda acercarme a ellos. Me engancha del brazo y me saca del comedor para encerrarnos en el aseo—. Detalles, todos los que puedas. Empezando por ¿cómo te has ligado a ese tío? ¿Sabes quién es? ¿Te lo has tirado? ¿Vas en serio con él?

—Nuria, tranquila. Es una larga historia...

Le hago un resumen rápido y ella, que siempre ha sido mucho más expresiva que yo, no deja de sonreír, de abanicarse y de suspirar.

—Me muero de envidia, so perra.

—Ya, claro, como que tú te has aburrido en Nueva Zelanda.

—Olvídate de mí y dime que Joel va a ser mi cuñado, porfa, porfa.

—Eso aún está por ver —respondo, y no miento.

Consigo librarme de mi hermana. Con disimulo, voy en busca de esos dos. Los diviso en la calle, junto al coche de Joel. Bien, si me pongo en la ventana de la cocina, me llega la onda. Pero de nuevo alguien entorpece mi camino. Me voy a perder lo más interesante de la conversación, ya lo veréis.

—A ver, hija, me tienes que explicar qué está pasando aquí. Un día estás comprometida con Tito, de lo cual me alegro muchísimo, ya sabes que siempre le hemos querido como a un hijo y que es un hombre cabal, trabajador y guapo, que todo cuenta —dice mi madre y sonrío, porque es cierto, aunque si le cuento a Tito lo de «cabal», seguro que lo rebate—. Y al día siguiente nos traes a un hombre que..., bueno, también es guapo, pero se gana la vida de una manera... Yo no soy como tu tía y no hago aspavientos, sin embargo, Ximena, hija, que dibuja..., bueno..., eso.

—Cómics para adultos, mamá —le recuerdo sólo por pincharla un poco, aunque sé que luego, a solas, cotilleará hasta enterarse bien de todo. «Ya veremos qué pasa cuando se publique *La musa*



*rebeldes*», pienso, y pongo mi mejor cara de niña buena, para que no se preocupe.

»Mamá, ya hablaremos en otro momento —contesto impaciente.

La dejo con la palabra en la boca y me acerco a la ventana A ver qué se cuentan Tito y Joel, porque a buen seguro me incumbe.

—Por supuesto que vamos a hablar —sentencia mi madre, aunque no percibo censura en su voz. Más bien he notado curiosidad, mucha.

A mí ahora me interesa pegar la oreja y enterarme de qué hablan esos dos, así que venga, a escuchar como si nada.

Están hablando del coche de Joel, algo que me aburre un poco. Sí, es cómodo, potente, muy chulo y gasta lo justo, porque es híbrido, pero a ver si ya han tocado los temas que me interesan y me los he perdido. Tuerzo el gesto, qué mala espía soy, yo quiero algo más de chicha.

Por desgracia, Nuria va hacia ellos toda sonriente y se mete en la conversación. Genial, adiós a mi plan.

—Bueno, bueno, bueno, Joel, ¿qué te ha parecido tu primera reunión con nuestra familia? Interesante, ¿verdad?

—Mucho —contesta él.

Tito se ríe entre dientes.

—¿Y qué intenciones tienes con mi hermana? Y no me vengas con tópicos.

—Eso, ¿qué intenciones tienes con Xim? —la secunda Tito en un tono de lo más guasón.

Ay, pobre, que me lo han puesto en un aprieto.

—A corto plazo... —Joel hace una pausa, no es listo ni nada; se nota que está curtido en estas lides— llevarla a casa, aún tenemos mucho de que hablar.

¿Es o no es un hacha esquivando preguntas?

—¿No habéis hablado lo suficiente esta mañana? —pregunta mi exprometido, al que por cierto tengo que darle un par de collejas; recordádmelo si me olvido.

Joel esboza media sonrisa de lo más socarrona.

—Parece que no —dice mi hermana riéndose.

—¿Has acabado ya de tocarme la moral o te queda mucho? —dice Joel mirando a Tito—. Porque ayer me pillaste con la guardia baja, pero ahora te puedo devolver el «favor».

—¡Vaya, testosterona al por mayor! —exclama Nuria divertida.

—No seas rencoroso —replica Tito sin perder el buen humor—. Y recuerda que estás en deuda conmigo.

—Eso tienes que contármelo —tercia mi hermana con evidente curiosidad, y Joel se señala la ceja—. Ah, vale, que hubo pelea de gallos. Joder con Ximena, hasta se pelean por ella. ¡Me muero de envidia!

Qué exagerada es Nuria, por favor.

Parece que no voy a obtener más información, y entonces veo a mi padre... Ostris, no, se acerca con unos vasos de chupito y una botella de pacharán. Ay, ay, ay, que le va a hacer a Joel la prueba del algodón.

—Bueno, chicos, vamos a topar una copita —les dice mi padre—. Esto es digestivo.

Tito, qué cabrón, mantiene una expresión neutra, lo mismo que mi hermana.

—Hay que ser muy hombre para resistir el pacharán casero de papá —bromea Nuria y es la primera en beberse, de un trago, su vaso.

—Cuidado, cariño, que se te sube enseguida a la cabeza.

Tito, que ya ha pasado por esto, se bebe su chupito como si nada. Aún recuerdo la primera vez que mi padre le sirvió pacharán casero. Qué mal lo pasó el pobre.

Y ahora es el turno de Joel. No quiero que acabe con un ardor de estómago por mi culpa. Creo ya ha tenido suficiente dosis de contención por hoy, que al pobre no lo han dejado tranquilo desde que ha llegado. Así que, decidida a salvarlo, salgo escopetada y camino hasta donde están. Nada más llegar, le arrebató el vaso a mi padre y me lo pimpló sin parpadear.

—Gracias, papá, me hacía falta —digo sonriente, y agarro a Joel de la mano en plan parejita y eso—. Y ahora, si no os importa, nos vamos. Despideme de los demás.

Antes de que aparezca mi madre, empujo a Joel para que se meta en el coche y yo hago lo mismo. Él arranca sin decir una palabra.

—Interesante —murmura cuando ya nos hemos incorporado a la carretera—. Muy interesante.

—Lo siento. Te habrá parecido una encerrona en toda regla —digo y él me mira de reajo, así que me veo obligada a añadir—: Te compensaré, de verdad.

—Ya lo creo que lo harás —contesta con aire pícaro, y siento un hormiguelo que me induce a replicar:

—Por supuesto. Y cuanto antes, mejor.

## Capítulo 37

### *Nadie dijo que fuera fácil...*

Resumir todo lo que he vivido en estos últimos meses en un solo capítulo creo que es una misión casi imposible, porque han ocurrido cosas muy importantes para mí y también para los que me rodean.

Los momentos buenos superan a los malos, menos mal; sin embargo, hay veces que no todo es perfecto, que se tuercen un poco las cosas, y de verdad quiero que vuelvan a estar en su sitio, pero esto de las relaciones serias es difícil; sí, he dicho «serias», porque así es mi relación con Joel.

Y una relación seria implica un esfuerzo, no todo es estupendo, sonrisas y diversión. Surgen los roces, la disparidad de criterios y las inevitables desavenencias.

En muchas ocasiones admito que son sólo pijadas que se pueden solucionar con un gesto o una palabra amable, no obstante, cuando se trata de temas que implican cambios, cambios relevantes, la cosa no es tan fácil.

Está a punto de amanecer y no soy capaz de volver a conciliar el sueño. La de vueltas que he dado esta noche en la cama.

No os asustéis, Joel duerme a mi lado; sin embargo, anoche tuvimos una de esas conversaciones que, si bien no son peleas, tampoco acaban bien.

Han ido pasando los días desde nuestra reconciliación, días estupendos, que sin duda han afianzado nuestra relación hasta el punto de que anoche, mientras cenábamos, soltó la bomba. Tranquilidad, que no cunda el pánico, no me pidió que me casara con él. Uff, eso me hubiera puesto en una situación aún más comprometida. Que conste, si un día me lo propone, no saldré huyendo, ahora bien..., no tengo ni idea de cómo lo afrontaré.

Joel sugirió algo en apariencia más sencillo, que viviéramos juntos. Traducido, que yo me trasladara a su casa, ya que no tiene mucho sentido que sigamos de acá para allá.

Me explico. De lunes a jueves, para estar cerca del trabajo, yo duermo en el apartamento que comparto con Tito y Joel alguna vez se queda a pasar la noche (ya os contaré después, si me acuerdo, qué ocurrió una de esas noches, para empezar, porque nos gustó y repetimos), pero generalmente esperamos al fin de semana para estar juntos. Entonces yo agarro el petate y paso tres días con él.

Joel me lo pidió de forma sencilla y yo pues... no reaccioné con la emoción y la celeridad que se presupondrían. Respondí que me lo tenía que pensar. Así que nos metimos en la cama de morros y yo no he dormido nada bien.

La razón de que no empezara a dar saltos de alegría ni a lanzarme a sus brazos y acabar celebrándolo en la cocina fue que, si bien la propuesta me ilusiona, mi lado más sensato hizo aparición. Trasladarme a casa de Joel (vale, al casoplón) implica estar a dos horas de carretera de mi trabajo y, la verdad, no me parece práctico. Él puede dibujar desde cualquier sitio, siempre y cuando tenga su estudio. Ahora bien, comprendo igualmente que no se puede venir a vivir al apartamento con Tito y conmigo, porque andaríamos un poco justos de espacio.

Menos mal que en otros aspectos las cosas van bastante bien. Conocí a sus padres. Ostris, su madre es... ¿cómo os lo diría?, bastante peculiar, muy reservada y distante. Nos recibió en su casa de la costa y sí, fue educada, no nos faltó de nada, pero no me sentí cómoda y creo que Joel se dio cuenta.

Con su padre fue otro cantar. Todo el día bromeando, tonteando y hasta coqueteando (incluyéndome a mí), porque resulta que ha dejado a su última novia (una chica de la edad de Joel, ya os lo había dicho) hace tan sólo un par de meses porque era aburrida. Ver para creer.

Con mi familia la cosa también va genial. Mi madre se ha leído *La musa rebelde*. Sí, como lo estáis oyendo. Y cuando acabó el libro me dijo:

—Qué bien dibuja ese novio tuyo y cuánto te quiere, se nota en cada página. Debes estar orgullosa. Ya me gustaría a mí que alguien me hubiera regalado algo de este estilo.

¿Cómo os quedáis? Yo alucinada, porque ahora mi madre va por ahí con *La musa rebelde* debajo del brazo, presumiendo de hija y de yerno, e imaginaos en el pueblo los chismorreos. Joel se alegró mucho y le regaló un ejemplar firmado y dedicado. Y regaló otro a la biblioteca municipal. Con un par, así todo el pueblo lo puede leer.

Mi padre no ha hecho ningún comentario al respecto.

De mi hermana Nuria no os puedo contar mucho. Pasó apenas un mes en casa y de nuevo se largó a recorrer mundo, o eso dijo, aunque todos sospechamos que fue directa a Nueva Zelanda.

En el trabajo todo va genial. La empresa de Fran ha aumentado las ventas y no sólo eso, también el prestigio entre sus clientes, lo que se ha traducido en más papeles para la contable, o sea, yo; no me quejo, pues eso ha ido acompañado de un aumento de sueldo. Ahora bien, ni de lejos me acerco a lo que gana Joel, que me pidió que le hiciera la declaración de la renta y me quedé anonadada. No preguntéis, no os voy a dar esa información.

Confieso que ahora sé combinar mejor la ropa, que hasta me maquillo de vez en cuando, y todo gracias a Mapi y sus consejos; sin ella no lo hubiera logrado ni de coña.

Si os preguntáis qué fue de Angélica, os lo puedo decir. Se declaró insolvente, así que Joel no pudo recuperar ni un céntimo de lo que le birló, y a pesar de ganarle el juicio, ella se fue de rositas.

Respecto a Tito..., este tema es más complejo y creo que daría para un libro de aventuras. Intuyo que él sería un excelente narrador de sus propias peripecias. «La polvera» ha vuelto a funcionar a pleno rendimiento. Algunas noches, cuando llego de trabajar y oigo algún que otro gemido, llamo a Joel y le pongo el altavoz para que lo escuche, después me voy a mi dormitorio y tenemos sexo telefónico. No soy rara, soy práctica y discreta.

Bueno, no siempre he sido tan discreta... A ver, esto que no salga de aquí, porque fue extraño, complicado e imprevisto. Uno de esos días en los que Joel se quedó en casa, estábamos tonteando en el sofá. Ya conocéis las reglas sobre lo que se puede y lo que no hacer en el Chéster. Pero al estar solos, no nos preocupamos. Pues bien, entre una cosa y otras nos calentamos, que si te meto la mano debajo de la camiseta, que si no llevas sujetador, que si me he comprado unas bragas nuevas (lo hice, me gasté medio jornal en lencería y mereció la pena), que si patatín que si patatán... El caso es que nos pusimos como motos. Y Tito nos pilló a puntito de echar ese polvo tonto con la tele encendida. No preguntéis qué estábamos viendo.

¿Y qué pensáis que sucedió?

Pues lo inevitable.

Que se unió a la fiesta.

Ostris, me quedé alucinada. No era mi primer trío, sin embargo, en las ocasiones anteriores el tercero había sido un desconocido al que no volveríamos a ver. Pero la situación había cambiado.

Mucho.

Tito nos miró con el cejo fruncido y una falsa expresión de desaprobación. Yo intentaba cubrirme y Joel, que en teoría siempre había recelado de mi amistad con él, en vez de abrocharse los pantalones, se situó a mi espalda, agarró mi camiseta, me la quitó y, tras lanzarla por encima del hombro, hizo que me recostara en su pecho y comenzó a tocarme las tetas. Imaginad mi cara y la de Tito.

Yo gemí, bajito, lo juro, tampoco era cuestión de alentar a nadie. Tito, aparte de mirarme con media sonrisa de lo más pícaro, se quedó allí de pie un buen rato, observándonos. La temperatura fue aumentando. Sentía a Joel a mi espalda, frotándose contra mi culo, sin dejar de sobarme. Estábamos a tiempo de detenernos y que todo aquello sólo fuera un gesto tonto y provocativo.

Pero algo debió de ver Tito, porque se fue acercando. Un paso y otro. Podía tocarme. Sin embargo, continuó observándome. Me había visto cientos de veces desnuda, pero parecía que fuera la primera vez. Yo sentí una especie de temor, razonable, de que aquello fuera un examen; el riesgo de suspender era alto, porque no había estudiado. Así que giré la cabeza y busqué con la mirada a Joel, quería ver un gesto, una señal que me indicara el camino a seguir. Me besó y se apretó aún más contra mi trasero. Seguía con los pantalones abiertos y se me clavaba la hebilla del cinturón.

Si en ese momento Joel hubiera dicho algo como «Tócala, está deseándolo», en plan dominante gilipollas, me habría enfadado, pues él no tenía por qué llevar las riendas. Pero no lo hizo, esperó a que yo tomara la decisión y cuando miré de nuevo a Tito, sonreí y entonces mi amigo me acarició la mejilla y se arrodilló a mis pies.

Joel siguió tocándome, besándome, mientras se acomodaba en el Chéster. Se quedó como si fuera mi respaldo y yo con las piernas abiertas a merced de cuanto Tito quisiera hacerme.

Cerré los ojos y me dediqué a disfrutar, sólo a eso, sin pensar en nada más. Sólo en la boca de Tito en mi sexo. Las manos de Joel en mis senos. Lo más impactante fue que cuando estaba a punto de correrme gracias a la boca y las habilidades de Tito, Joel me besó de una forma tan tan ardiente que me dejó anonadada. Nunca hubiera esperado un gesto similar de él.

Tan intenso como cariñoso.

Y después..., como era lo más lógico, nos fuimos a «la polvera», nos desnudamos del todo y pasamos una de las noches más divertidas y excitantes de mi vida.

No es algo que hayamos repetido en muchas ocasiones pues los tres sabemos que, de hacerlo, podemos implicarnos más de la cuenta a nivel emocional, pero sí que ha habido otras dos veces muy muy morbosas.

Y una de ellas en la piscina, no digo más.

Pero aunque esos momentos a tres bandas hayan sido satisfactorios y morbosos, me quedo con la intimidad que muchas noches hemos compartido Joel y yo. Y mira que me daba miedo acostumbrarme a dormir con él, abrazados o no, dependiendo del día, pero sí juntos. Miedo porque, cuando algo es tan bueno, temes que se acabe.

A veces he llegado a pensar que si Joel accedió a hacer un trío fue para comprobar de primera mano el tipo de relación que había entre Tito y yo y que esa relación no suponía ninguna amenaza.

Y ésta ha sido mi vida en los últimos meses.

De ahí que anoche me sintiera fatal cuando Joel y yo nos metimos a la cama sin apenas hablarnos y con un beso rápido que, sinceramente, sonó a premio de consolación.

No quiero que esto se alargue, que hoy nos levantemos como si nada y miremos hacia otro lado. Además, mañana se marcha de viaje, tiene que acudir a varios actos promocionales y no lo puedo acompañar por motivos laborales. Una pena, porque disfruto mucho viéndolo en su salsa. No os

hacéis una idea de lo orgullosa que me siento cuando lo felicitan por su obra. Y no, no he vuelto a formularle ninguna pregunta comprometida en público.

En cuanto me lo permita el trabajo, cogeré unos días libres e iré con él, pero de momento me quedo aquí, o sea que hay que solucionar esto cuanto antes.

Me doy la vuelta y lo miro. Ostris, ¿cómo es posible que sin haber hecho absolutamente nada, porque está dormido, yo me haya revolucionado?

Ya sé qué estáis pensando, que utilizar el sexo como medida de despiste es muy feo, incluso diréis que no es la solución a los problemas de pareja. Bueno, vale, podéis tener parte de razón, pero es como el millonario que dice que el dinero no da la felicidad. Yo, por si acaso, lo voy a intentar. A lo mejor sólo quiero tocarlo por placer... De acuerdo, me habéis pillado, es una mentira como una catedral. Pero después, por supuesto, hablaremos y ya veréis cómo acercamos posturas.

—Deja de darle vueltas —musita somnoliento.

Me recuesto sobre él y coloco una mano sobre su pecho. Sé que el punto más sensible de un hombre está más abajo, en cambio prefiero jugar con sus tetillas, incluso me estiro para poder chupárselas.

—Heidi..., ¿me estás intentando manipular con sexo?

—¿Funciona?

—Todavía es pronto para saberlo —replica un poco guasón.

Sonrí contra su piel y me doy por enterada. Para que el contacto sea mayor, no dudo en tumbarme encima. Joel adopta una pose de lo más pasiva, con los brazos doblados bajo la cabeza.

Es un sumiso excelente, lo he comprobado de primera mano. Cuando le enseñé la fusta y otros cachivaches, sonrió de medio lado y dijo:

—Más vale que sepas usarla bien, porque yo sí lo haré cuando tenga ocasión...

Y sí, vaya si sabe usarla...

Aunque hoy dejaremos los juegos, vamos a lo práctico.

Comienzo a besuquearle el pecho y voy subiendo hasta llegar a la mandíbula y sólo me detengo junto a su boca. Lo provooco con la punta de la lengua. El muy cretino mantiene la boca entreabierta, sin hacer siquiera amago de responder. Habrá que esforzarse más de lo previsto.

Me incorporo y me coloco a horcajadas, poniendo especial cuidado en que su polla quede bien encajada y presionada entre mis muslos, y me quito, de manera sugerente, la camiseta de tirantes que uso para dormir; regalo de Joel, con estampado de Mazinger Z, porque el pijama de Heidi lo tiene escondido y sólo me deja usarlo en ocasiones especiales. Yo tampoco me lo explico, fetichismo de mangakas.

Joel reacciona abriendo los ojos y sonriendo de manera picarona. Estupendo.

Creo que es buen momento para iniciar las negociaciones...

Bueno, un segundo, que me muevo lo justo y así... Exacto, jadea. Ahora sí.

—He estado pensando... —comienzo con voz insinuante, y me contoneo al tiempo que llevo ambas manos a mis pechos y me acaricio bajo su atenta mirada— en una solución intermedia.

Pongo morritos.

Joel arquea una ceja.

—Para lo de vivir juntos —añado, y suspiro. Exagero un poco, sí.

—¿Y...? —pregunta y noto que se controla, pues ha movido las caderas en busca de mayor contacto.

Me llevo los dedos a la boca, me los chupo a conciencia y después vuelvo a acariciarme el pezón.

—Podríamos..., no sé... —musito con aire de chica tonta—, buscar una casita, así, mona, en el

pueblo...

—Sigue —dice y su respiración lo traiciona.

—Una que podamos pagar a medias.

He aquí el quid de la cuestión.

—Mmmm... —murmura medio convencido, y abandona su actitud pasiva.

Mueve las manos hasta sujetarme las caderas y comienza a jugar con el elástico del pantaloncito.

—Además, en el pueblo las casas son más baratas... —Continúo exponiendo mis razones y sí, tocándome bajo su atenta mirada.

—Mmmm...

—Una casita de pueblo, con su buhardilla para... —jadeo, porque ya no juega con el elástico, sino con los pliegues de mi sexo— que puedas dibujar tranquilamente, mientras yo...

—¿Posas para mí?

—¡Exacto! —exclamo encantada, y no sólo porque estemos llegando a un acuerdo, sino porque su pulgar está ahí, justo sobre el clítoris.

—Aclarado pues este asunto, pasemos al siguiente...

—Espera, espera, ¿ya está? ¿Ya lo hemos arreglado? —pregunto, y parpadeo confundida.

—Pues sí. Yo te hice una propuesta, no te convenció. Tú has reflexionado y me has hecho una contrapropuesta. A mí me parece bien. ¿Cuál es el problema?

—¿Has aceptado porque estás empalmado? —pregunto suspicaz.

—¿Importa? —replica, y continúa enredando con la mano entre mis muslos.

—¡Estamos en medio de una conversación seria! —lo regaño, e intento apartarle la manita—. Incluso trascendental, ¿y tú sólo piensas en follar?

Joel aparta la mano y se incorpora para quedar cara a cara conmigo. Resopla y dice mirándome a los ojos:

—O sea, tú puedes utilizar el sexo como medida de presión para negociar y cuando me convences con tus artimañas, resulta que me dejas a medias —protesta con un aire de niño travieso que me pone mucho.

—¿Artimañas? —repito burlona.

—De musa caprichosa, sí —corroboro.

—¿De verdad te parece bien mi propuesta? —pregunto, sólo por asegurarme.

Joel se pasa una mano por el pelo. Sin duda no puede pensar, con esa erección que presiona pidiendo paso. O... bueno, a lo mejor está siendo razonable y yo una tiquismiquis al querer complicar un asunto que se puede resolver en un pispás.

—Heidi..., me cago en la puta, que sí, que me parece muy bien. Mientras estoy fuera, ve buscando algo. ¿Follamos ya?

Me echo a reír y él pone cara de «a ver cuántas tonterías he de soportar antes de echar un polvo».

—¡Ostris, no puede ser tan sencillo!

Parece perplejo y hasta resopla.

—Vale, te doy otra opción: me cojo un cabreo de tres pares de cojones —propone. Yo frunzo el cejo, porque no es una opción que me guste—. Después nos tiramos dos semanas de morros. Yo voy a las presentaciones de mala hostia, regreso y tú actúas como una bruja resentida y todo se va a la mierda. ¿Prefieres eso?

—¡Claro que no!

—Pues entonces haz algo más que restregarte.

—¿No te gusta? —pregunto con un tonito cercano al de chica tonta y hasta me chupo el dedo.

—Mucho —masculla, y añade—: Arrodíllate y termina de convencerme.

Arqueo una ceja.

—Si me lo pides así...



## Referencia a las canciones

- «Eungenio» Salvador Dalí, © 1998 BMG Music Spain, S. A., interpretada por Mecano.
- No sé tú*, © 1991 Warner Music Netherlands BV. All Rights Reserved. Unauthorized Copying, Hiring, Lending, Public Performance and Broadcasting of this Recording is prohibited, interpretada por Luis Miguel.
- Nothing Else Matters*, © 1991 Blackened Recordings, interpretada por Metallica.
- La incondicional*, © 1988 Warner Records Inc. © 1988 WEA International Inc., interpretada por Luis Miguel.
- Eloise*, © 2007 Parlophone Music Spain, S. A., interpretada por Tino Casal.
- Erotica*, © 1992 Sire Records Company, interpretada por Madonna.
- No voy a llorar*, © 2001 Sony Music Entertainment (Holland) B. V., interpretada por Mónica Naranjo.
- La vida sigue igual*, © 1999 Sony Music Entertainment España, S. L., interpretada por Julio Iglesias.
- What's a Woman*, © Einzeltrks, interpretada por Vaya con Dios.
- Vida loca*, © 2004 Warner Music México S. A. de C. V. © 2004 Warner Music México, S. A. de C. V., interpretada por Francisco Céspedes.
- Ese hombre*, © 1979 BMG Music Spain, S. A., interpretada por Rocío Jurado.
- Amiga mía*, © 1997 Warner Music Netherlands B. V., interpretada por Alejandro Sanz.

*Cuando nadie me ve*  
Noe Casado

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Imagen de la cubierta: Evgeniya Porechenskaya / Shutterstock  
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Noemí Ordóñez Casado, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2020

ISBN: 978-84-08-22511-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA  
**ROMÁNTICA**

---



¡Síguenos en redes sociales!



## Table of Contents

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Cita](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Referencia a las canciones](#)

[Créditos](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)